

BIBLIOTECA DE «LA NACIÓN»

HISTORIA
DE
SAN MARTÍN
Y DE LA
EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

TERCERA EDICIÓN

SEXTO Y ÚLTIMO TOMO



BUENOS AIRES
1903

HISTORIA DE SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

BIBLIOTECA DE «LA NACIÓN»

HISTORIA
DE
SAN MARTÍN
Y DE LA
EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada.
Máxima de San Martín.

TERCERA EDICIÓN

SEXTO Y ÚLTIMO TOMO



BUENOS AIRES
1903

CAPITULO XLIV

La guerra de Quito.—Bomboná y Pichincha.

1821 - 1822

Movimientos convergentes de la revolución sudamericana.—Estado de la guerra del sur en 1821.—Combate de Pitayó.—Derrota de Jenay.—Campaña sobre Patía.—Abandono de Popayán.—Carácter de la guerra de Pasto.—Marcha de Sucre á Guayaquil.—Retrato de Sucre por Bolívar y San Martín.—Situación de Guayaquil.—Conducta prudente de Sucre.—Reacción realista en Guayaquil.—Sucre, general en jefe en Guayaquil.—Combate de Yahuachi.—Sucre pasa la cordillera.—Desastre de Huachi.—Sucre se repliega á Guayaquil.—Decisión de los guayaquileños.—Expedición de Murgeón.—Planes de campaña de Bolívar.—Abre la campaña de Pasto y atraviesa el Juanambú.—Batalla de Bomboná.—Victoria estéril.—Retirada de Bolívar.—Sus incertidumbres.—Reunión de las fuerzas de la insurrección sudamericana.—San Martín envía una división auxiliar peruanoargentina á tomar parte en la guerra de Quito.—Sucre toma la ofensiva.—Combate de Río Bamba.—Hábiles maniobras estratégicas de Sucre.—Batalla de Pichincha.—Sometimiento de Pasto.—Deificación del pretorianismo.—Quito incorporado á Colombia.—Proclamación de la alianza continental por los dos libertadores sudamericanos.—Convergencia de las armas de la insurrección sudamericana hacia el Perú.—La gran combinación militar sudamericana ejecutada.

I

Hemos llegado al gran momento en que, después de historiar los movimientos convergentes de la revolución de la América meridional al sur y al norte, y explicar la ley que determinaba su unidad, sus armas triunfantes en ambos extremos van á concurrir á un centro común, y operar allí su conjunción

los dos libertadores que las dirigían. Quito es el nudo de esta doble campaña continental, que se apretará en Guayaquil y se desatará en el Perú.

La guerra del sur de Colombia, emprendida después de la reconquista de Nueva Granada, con Quito por objetivo, no había sido tan feliz como la del norte. Los derrotados de Boyacá, eficazmente ayudados desde Quito por el capitán general Aymerich, hiciéronse fuertes en las provincias de Pasto y Patía, y disputaron tenazmente el dominio de Popayán y del Alto Cauca, haciendo experimentar á los independientes serios reveses. Nombrado el general Manuel Valdés jefe de la división de operaciones del sur, abrió segunda campaña con tres batallones—entre ellos el Albión,—y alguna caballería. Atacado por 1100 infantes del ejército de Calzada en el pueblo de Pitayó, al noroeste de Popayán, su vanguardia fué arrollada en un principio. El batallón Albión restableció el combate como en Carabobo, y decidió la victoria por una impetuosa carga á la bayoneta. Los realistas se replegaron á Patía, con una pérdida de 300 hombres entre muertos y heridos (6 de junio de 1820). Reforzado Valdés, ocupó á Popayán con un cuerpo de ejército de 2300 hombres, que en poco tiempo quedó reducido á menos de mil por las enfermedades y la deserción. Con esta fuerza, insuficiente para la empresa, reabrió campaña sobre Pasto, en obediencia á órdenes terminantes de Bolívar (enero de 1821). Los habitantes de Patía, sublevados, al poner en práctica su acostumbrada táctica, le abrieron paso y le cerraron los caminos de retaguardia, cortando sus comunicaciones con Popayán. Al atravesar la barrera del Juanambú, encontróse rodeado de enemigos por todos lados. Desesperado, emprendió una marcha ofensiva sobre la ciudad de Pasto. El coronel Basilio García, que había sucedido á Cal-

zada en el mando de los realistas, lo esperó con 850 hombres en la quebrada de Jenay, cerrándole el camino, y lo derrotó completamente, matándole 200 hombres y tomóle 100 prisioneros. Casi todo el batallón Albión murió peleando en esta acción (2 de febrero de 1821). El armisticio de Trujillo salvó los restos de Valdés de una pérdida total.

Reabiertas las hostilidades al romperse el armisticio, el general Pedro León Torres, que reemplazara á Valdés, fué atacado en Popayán por el activo coronel Basilio García, obligándolo á encerrarse en sus trincheras (15 de julio de 1821). A su vez, Torres, al frente de 1800 hombres, en su mayor parte de infantería, tomó la ofensiva con el intento de avanzar hasta Pasto. Las hostilidades de las guerrillas realistas, las enfermedades y la deserción de sus tropas, lo derrotaron sin combatir, y vióse obligado á emprender desde Patía una retirada desastrosa sufriendo considerables pérdidas (agosto 29). Popayán fué abandonado por los independientes, que dominaron los patianos.

La guerra del sur de Colombia se habría prolongado indefinidamente sostenida por las poblaciones de Patía y de Pasto fanatizadas por la causa del rey, contando con el apoyo de Quito, sostenido á su vez por el virreinato del Perú, si la expedición de San Martín y el dominio del Pacífico no hubiesen aislado este foco de resistencia y permitido atacarlo en su base. Así lo reconoce el más imparcial y más patriota de los historiadores colombianos. Era la Vendée colombiana, como se ha dicho. Situada entre los ríos Guáitara y Juanambú, que se deslizan en cauces profundos por entre rocas escarpadas, estas posiciones eran suficientes para impedir el paso de ejércitos numerosos, aun defendidas por fuerzas muy inferiores. Entre ambos ríos se levanta majestuoso el volcán de Pasto, como inmen-

so surcado por barrancos profundos, que son otras tantas posiciones militares inexpugnables que dominan los desfiladeros del Juanambú, barrera formidable donde habían sucumbido durante diez años todos los ejércitos invasores, y cuyo solo nombre infundía pavor á los soldados republicanos. Contra estos obstáculos naturales y la fuerza moral de sus semisalvajes habitantes, se habían estrellado los esfuerzos de los vencedores de Carabobo, y aun triunfando de ellos, habrían quedado en impotencia para adelantar sus operaciones como la experiencia lo mostró poco después. La expedición de San Martín al Perú y la revolución de Guayaquil, que fué su primera consecuencia, cortando las comunicaciones terrestres y marítimas entre el Perú y Quito, y aislando á Quito, hizo posible el triunfo de las armas de Colombia por esa parte, y aun así, fué necesaria la concurrencia directa de las tropas peruanoargentinas para asegurarlo, como luego se verá.

II

Convencido Bolívar de que la guerra del sur no daba resultados llevada por los valles de Patía y de Pasto, resolvió atacar á Quito por el sur y por el norte á la vez, buscando el camino del Pacífico adonde lo llamaba su destino. Quito no había sido incluído en el armisticio de Trujillo, y podría abrir hostilidades sobre su territorio, ganando posiciones. La revolución de Guayaquil le proporcionó la base que necesitaba. Faltábale sólo un general capaz de ejecutar esta operación combinada. Por un momento pensó trasladarse él mismo á Guayaquil; pero luego se fijó en un oficial que hasta entonces no se había señalado por grandes acciones, pero que por sus cualidades estaba destinado á ser

uno de los más grandes generales de la independencia sudamericana, ligando la acción militar de Sucre. Hemos señalado ya su modesta aparición. Natural de Cumacá, había recibido una educación científica, y hecho con distinción desde muy joven todas las campañas de la revolución con Miranda, Piar y Bolívar. Ocupaba por este tiempo el puesto de ministro de guerra de Colombia.

Sucre era el general predestinado á ganar la primera y la última batalla de las armas sudamericanas coaligadas, y por una singular coincidencia, los dos libertadores que las organizaron y las condujeron por caminos opuestos al través del continente á su punto de conjunción, han hecho á la vez su retrato. Bolívar hacía de él este juicio: "Sucre es la cabeza mejor organizada de toda Colombia: es metódico y capaz de las más elevadas concepciones: es el mejor general de la república y el primer hombre de estado. Sus principios son excelentes y fijos y su moralidad ejemplar. Tiene el alma grande y fuerte. Sabe persuadir y conducir á los hombres; los sabe juzgar, y, si en política no es un defecto juzgarlos peores de lo que son en realidad, tiene el de manifestar demasiado el juicio desfavorable que hace de ellos. Es el valiente de los valientes, el leal de los leales, el amigo de las leyes y no del despotismo, el partidario del orden, el enemigo de la anarquía; finalmente, es un verdadero liberal". San Martín, que no lo conoció personalmente, recordándolo en su ostracismo, decía de el: "Bravo y activo en alto grado, reunía á estas cualidades una prudencia consumada, y era un excelente administrador. Las tropas bajo su mando observaban una disciplina severa, lo que contribuía á hacerlo amar de los pueblos. No sólo poseía mucha instrucción, sino también conocimientos militares más extensos que los del general Bolívar.

Si á esto se agrega una gran moderación, puede asegurarse que fué uno de los hombres más beneméritos que produjo la república de Colombia".

La misión confiada á Sucre era política y militar, y cuadraba á su carácter. Como Guayaquil al hacer su revolución se hubiese puesto bajo la protección de San Martín y de Bolívar, y Quito había sido declarado parte integrante de Colombia, llevaba encargo de negociar su incorporación á la república á la vez de prestarle el auxilio de sus armas. El general colombiano, con una columna de mil hombres reunida en Popayán, parte de los derrotados ejércitos del sur, embarcóse en el puerto de Buenaventura—costa del Chocó,—y se dirigió á Guayaquil (mayo 1821). A su arribo, encontró que esta provincia se había declarado independiente y había constituído en consecuencia un gobierno supremo; pero que existían dos partidos que se dividían la opinión: el uno—que era la mayoría,—estaba por su incorporación al Perú: el otro, por la unión con Colombia. Las armas de esta inconsistente república habían sufrido un revés en su primer ensayo, en Ambato (20 de noviembre de 1820), y no podía mantenerse, ni aun á la defensiva, sin el auxilio militar del Perú ó de Colombia. Esta situación encerraba, á la vez que la unión de las armas de los dos libertadores, el primer fermento de su futura división. Sucre procedió prudentemente al no insistir sobre la inmediata incorporación, y asumió el papel de simple auxiliar, aparentando no mezclarse en la cuestión política, pues comprendía que la situación de Guayaquil independiente era imposible entre dos colosos, y que el mando de las armas le daría al fin la preponderancia. Una reacción realista que estalló por este tiempo, vino á servir á sus designios. El 17 de julio (1821) sublevóse la flotilla de la ría y un batallón guayaquileño pro-

clamó al rey, de acuerdo con una expedición de 1200 hombres que en esos mismos momentos preparaba Aymerich. Sucre acudió con sus tropas, sofocó el movimiento y quedó de hecho dueño de la situación militar como general en jefe de todas las fuerzas.

El general Sucre, al frente de las fuerzas de Guayaquil y Colombia, resolvió salir al encuentro de la invasión que traía Aymerich en dos fuertes columnas, la una, mandada por éste, salida de Quito, y la otra, fuerte de 1000 hombres, procedente de la provincia meridional de Cuenca, á órdenes de su segundo el coronel Francisco González, quien, por una marcha de flanco faldeando las vertientes occidentales de las montañas, debía reunírsele en las nacientes del Babahoyos, al pie del Chimborazo. Hallábase Sucre precisamente á inmediaciones de este punto, que era la posición estratégica, y descendiendo rápidamente el río por su margen izquierda, salió al encuentro de González al que batió en Yahuachi, á la bajada de la cordillera, causándole una pérdida de 150 muertos y 500 prisioneros (19 de agosto de 1821). En seguida se volvió sobre Aymerich, quien esquivó el combate, perdiendo como 300 hombres en una retirada de 400 kilómetros hacia la capital. Situado de nuevo en Babahoyos, el general independiente destacó por sus flancos dos divisiones de 300 hombres cada una, con el objeto de atacar á Quito por el norte y sublevar la provincia de Cuenca por el sur. Con el grueso de sus fuerzas, que alcanzaban á 1300 hombres, trepó la cordillera del Chimborazo y se situó en Huachi, sobre la meseta andina de Ambato, donde poco antes habían sido derrotadas las primeras tropas guayaquileñas. Aymerich, que buscaba el desquite de Yahuachi, hizo salir á su encuentro al coronel González con fuerzas superiores. En un reñi-

do combate de tres horas, los independientes fueron hechos pedazos, con pérdida de 300 muertos y heridos, 40 oficiales y 600 soldados prisioneros. Casi simultáneamente, las fuerzas de Colombia que hostilizaban á Quito por el extremo opuesto, retrocedían vencidas de Patía y abandonaban Popayán (12 de septiembre de 1821). La campaña del sur parecía perdida.

La derrota de Huachi ó Ambato, fué publicada en Guayaquil á son de cajas de guerra, llamando á sus hijos á las armas. Todos acudieron á ocupar sus puestos y formóse una reserva de 700 hombres. Sucre, que saliera de la derrota levemente herido, con algunos oficiales y 100 soldados, reunió en Babahoyos sus dispersos, y oportunamente reforzado por un batallón colombiano de 500 plazas, hizo pie firme en esta posición. Su plan era defender los ríos y los pasos difíciles de las montañas, aunque sin esperanzas de disputar el terreno, si no era socorrido por el Perú y Colombia; resuelto en último caso á encerrarse en Guayaquil y perecer allí. Aymerich no supo aprovecharse de su victoria: detuvo sus marchas en Río Bamba, al pie de las vertientes de la cordillera del Chimborazo, sobre el flanco sur de Sucre. Desde este punto dispuso que el coronel Carlos Tolrá, invadiese á Guayaquil con mil infantes y 300 jinetes; pero éste, considerando escasas sus fuerzas para la empresa, é intimidado por la fuerte posición que ocupaba Sucre, dentro de una red de ríos rodeada de esteros y pantanos, entró en negociaciones provocadas por el astuto general colombiano. Firmóse en consecuencia un armisticio por noventa días (noviembre 20 de 1821). La estación de las lluvias, que convierte la parte llana de la provincia de Guayaquil en un lago, cortando las comunicaciones terrestres, paralizó de hecho las operaciones.

Los realistas, que contaban con un ejército de 3000 veteranos distribuídos entre Cuenca, Quito y Pasto, recibieron por este tiempo un auxilio, que mejoró su situación. Después de la batalla de Carabobo, arribó á Puerto Cabello el general Juan de la Cruz Murgeón—el compañero de San Martín en Arjonilla,—nombrado virrey de Santa Fe por muerte de Sámano, título que debía adoptar así que hubiese reconquistado las dos terceras partes de la Nueva Granada. Con las cortas fuerzas que conducía y auxiliado por La Torre con algunas compañías, siguió al istmo y desembarcó en Chagres (agosto de 1821). Con una división de 800 hombres de las tres armas, embarcóse en Panamá, tomó tierra en Atacames, á inmediaciones de la embocadura del río Esmeraldas, y después de una marcha prodigiosa al través de un bosque desierto de cien kilómetros, montando la cordillera, arribó á Quito con su expedición y tomó el mando superior con el título de capitán general (24 de diciembre de 1821).

III

Los planes militares de Bolívar después de Boyacá, tomaron un determinado rumbo americano; pero, como la aguja imantada, oscilaba en el Ecuador. Asegurada la reconquista de Nueva Granada y en vísperas de realizarse la expedición libertadora del Perú, escribió á O'Higgins que "el ejército de Colombia marchaba contra Quito, con órdenes de cooperar activamente á las operaciones del ejército chilenoargentino sobre Lima". Reabierta la expedición, Sucre, en nombre de Bolívar, renovaba este mismo anuncio. San Martín, al aceptar la solidaridad de causa, contestaba inculcando sobre la necesidad y conveniencia de aunar los comunes

esfuerzos y combinar medidas para dar impulso y unidad á la guerra americana. Las atenciones de la guerra al llamar al libertador al norte, le hicieron abandonar este plan, que no fué sino una ocurrencia pasajera, dando poca importancia á la resistencia de los realistas por la parte del sur. Muy luego varió de idea, y resolvió reconcentrar sus fuerzas en Río Hacha y Santa Marta, para acelerar la rendición de Cartagena, dominar en seguida el istmo de Panamá, y acudir á Guayaquil, para emprender por el Pacífico la campaña contra Quito. Rendida Cartagena, dirigióse á San Martín, proponiéndole conducir 4000 hombres por el istmo, para aniquilar de un golpe el poder español en el Perú, aun antes de emprender la campaña de Quito, por cuanto, según él, nada importaba que los realistas poseyeran unas pocas provincias en la cima de los Andes del Ecuador, si eran vencidos en su centro. Al efecto, dirigióse al Protector y á la Junta de Guayaquil pidiéndole transportes y víveres para las tropas colombianas que desde Maracaibo debían dirigirse á Guayaquil ó al Callao, según mejor conviniese (21 de octubre de 1821). Luego, pensó embarcarse con un ejército en la costa de Chocó, por el puerto de Buenaventura y dirigirse á Guayaquil, dejando pendiente la guerra de Pasto. La derrota de Sucre en Huachi y el posterior arribo de la expedición de Murgeón lo decidieron al fin á emprender su campaña por el sur de Colombia. El gran rumbo estaba fijado.

Bajo la denominación de "Guardia Colombiana", imitación de la "Guardia" de Napoleón, Bolívar había organizado un verdadero ejército de las tres armas, que constituía el núcleo de sus ejércitos. Sobre esta base formó el que debía operar sobre Quito, y reunióse en la arruinada ciudad de Popayán con los restos de la división de Torres, al-

canzando á un total como de 3000 hombres. En su proclama al abrir la campaña, indicó cuál era su objetivo: "¡Quiteños, la Guardia Calombiana dirige sus pasos hacia el antiguo templo del padre de la luz! Confiadle vuestra esperanza. Bien pronto veréis las banderas del iris sostenidas por el ángel de la victoria" (17 de enero de 1822). En su marcha hasta el Juanambú, al través de un país enemigo, perdió como mil hombres, que dejó en los hospitales (24 de marzo de 1822). Con poco más de 2000 hombres que le quedaban, atravesó á inmediaciones de su confluencia con el Guáitara, el río que hasta entonces había sido la tumba de los ejércitos independientes en su encarnizada lucha contra la Vendée colombiana. Su plan, más de instinto que de cálculo, era esquivar la campaña en el territorio de Pasto, cuyas inexpugnables posiciones por la parte del norte y su resistencia popular temía, y con razón, inutilizaran su ejército, como el hecho lo demostró. En consecuencia, evitando atacar de frente las fortificaciones de los pastusos, que ocupaban todos los desfiladeros, se inclinó sobre su derecha, con ánimo de atravesar el Guáitara y penetrar al territorio de Quito. Era rodear la dificultad sin vencerla.

El Guáitara es un río torrentoso que corre de sur á norte entre empinadas rocas tajadas á pique, más escarpadas aun que las del Juanambú, y que sólo es vadeable por dos puentes suspendidos sobre un abismo. Al acercarse á su margen derecha, convencióse de que no podía vencer esta barrera natural, y buscó el primero de sus puentes, que encontró cortado por el enemigo y defendida su cabeza meridional. Inclinóse entonces sobre su izquierda en busca del otro puente, con el propósito de tomar á Pasto por el sur, en caso de no poder pasar el río. En su marcha, encontróse con el ejército

realista, fuerte como de 2000 hombres—en su mayor parte voluntarios del país,—fortificado al pie del volcán de Pasto á las órdenes del coronel Basilio García. La posición de los pastusos era formidable. Apoyaba su derecha en la falda del volcán y su izquierda sobre el Guáitara: el centro era una eminencia cubierta por un espeso bosque con un barranco á su pie, defendida por una trinchera con grandes árboles abatidos. Entre ambas líneas se interponía una profunda cañada que sólo podía atravesarse por un puente dominado por los fuegos cruzados de los realistas. El plan de campaña de Bolívar, tan vago como era, estaba frustrado, y se estrellaba al fin contra el obstáculo que había querido evitar. Según el mismo lo dijo en aquel momento, no podía permanecer allí, ni podía retroceder, y tenía que vencer á todo trance. Decidió atacar. Eran las dos de la tarde (7 de abril de 1822).

El ejército independiente estaba formado sobre el borde de la cañada, en la llanura de Bomboná que ha dado su nombre á la batalla que se siguió, y que los españoles llamaron de Cariaco. El ataque principal sobre el flanco cubierto por el Guáitara, que se consideraba el más accesible, fué rechazado, y la columna que lo llevara, convergió entonces hacia el centro, donde se estrelló contra las abatidas de árboles, quedando sus batallones en esqueleto. El ataque sobre la derecha enemiga por la falda del volcán, que era accesorio y se consideraba casi imposible, fué más feliz, consiguiendo un batallón que lo llevó, escalar la montaña, dispersar la infantería que la defendía, y establecerse sobre el flanco del enemigo, hásta dominarlo con sus fuegos. Faltaba media hora para ponerse el sol. Bolívar, que desde el llano presenciaba este combate al frente de la reserva, y se daba confusa

cuenta de él, desprendió un batallón sobre las trincheras del frente con el objeto de impedir que el centro enemigo cargase sobre los asaltantes del volcán, lo que dió por resultado un tercer rechazo con pérdida de ochenta hombres en veinte minutos de fuego. En este estado de la batalla sobrevino la noche. Los republicanos, dueños de las altas faldas de las montañas, se encontraron vencedores y paralizados al borde de hondos precipicios alumbrados por la luz de luna. El enemigo, una vez vencedor en su izquierda y dos veces en su centro, que había sufrido muchas menos pérdidas que los republicanos, como que combatía parapetado, al ver dominado el flanco derecho de su posición, emprendió desordenadamente la retirada con abandono de su artillería. Nadie sabía quién era el vencido ó el vencedor, y la verdad era que ambos ejércitos estaban derrotados. Tal fué la famosa batalla de Bomboná. El campo de batalla quedó por los independientes, á costa de la tercera parte de su ejército. Fué una victoria á lo Pirro, y en peores condiciones que Napoleón después de la sangrienta victoria de Tilsit, se encontró en impotencia hasta para conservar el campo de batalla. Así exclama un historiador colombiano: "Estéril triunfo que había costado tan caro". La perdida de los republicanos pasó de 600 entre muertos y heridos: la de los realistas no llegó á doscientos cincuenta.

La batalla estaba ganada y destempló el nervio de la resistencia pastusa; pero la campaña estaba por el momento perdida. Ambos contendores quedaron impotentes para ofenderse; pero los pastusos estaban en su terreno y los republicanos no tenían más perspectiva que consumirse estérilmente en la inacción. El coronel García, conociendo su ventaja negativa, intimó á los republicanos

repasaran el Juanambú. El libertador, convencido de que forzosamente tendría que hacerlo, abrió una negociación con el objeto de ajustar un armisticio, á lo que se negó el jefe español. A los ocho días, la situación del ejército independiente era insostenible. Bolívar vióse obligado á emprender su retirada con poco más de la mitad del ejército con que había invadido (1300 hombres), abandonando á la generosidad del enemigo 300 heridos y enfermos que no podía conducir por falta de cabalgaduras (16 de abril de 1822). En su marcha retrógrada, que efectuó en masa bajo el fuego de las guerrillas de todo el país sublevado, experimentó la pérdida de varios destacamentos, 500 fusiles y su correspondencia oficial. En Patía hizo alto. Abiertas sus comunicaciones con Popayán, pidió refuerzos para formar un nuevo ejército, que le fueron inmediatamente enviados, consiguiendo reunir hasta 2000 hombres de las tres armas, pero sin elementos de movilidad y experimentando nuevas pérdidas por la insalubridad del clima.

La campaña combinada al sur de Colombia, operando simultáneamente por Pasto y por Guayaquil, estaba malograda. Sucre, vencedor en un principio, había sido derrotado, y estaba reducido á una precaria defensiva, sin que pudiera recibir refuerzos de Colombia, y sin más esperanza que los auxilios que pudiera prestarle San Martín desde el Perú. Bolívar había abierto sus operaciones para reparar el contraste de Sucre, perseverando en la combinación, pero, vencedor y vencido á la vez en Bomboná, habíase visto obligado á retrogradar á Patía. Podía reabrir una campaña sobre Pasto con fuerzas iguales á las que podía presentarle el enemigo; pero era seguro que se consumirían en este roce, en que el clima, la opinión y las armas, estaban contra él. Aun triunfando, era difícil, si no

imposible, que pudiese llegar hasta Quito, donde lo esperaba otro ejército igual al suyo. Sucre, mientras tanto, encerrado en Guayaquil, no podía avanzar para darle la mano, removiendo el obstáculo intermedio, pues para ello necesitaba de un ejército que no tenía. O renunciar á someter á Pasto, trasladando la base de operaciones al Pacífico, ó perseverar en la empresa, con medios suficientes para dominar á Quito, tal era la alternativa que se imponía.

En esta situación incierta permaneció el libertador los meses de abril y mayo (1822), sin ningún propósito deliberado. Hubo momentos en que, desesperado, volvió á su antigua idea de renunciar definitivamente á la campaña de Pasto, y emprender la de Quito por la costa del Pacífico. Un gran suceso que iniciaba la reunión de las armas de la insurrección sudamericana, vino á fijar sus irresoluciones. Sucre había vencido por el lado del Pacífico y entrado triunfante en Quito, con el auxilio de las tropas peruanoargentinas enviadas por San Martín. El momento señalado, al ligar históricamente las dos revoluciones del sur y del norte, había llegado (véase capítulo XXXV, párrafo VIII). El plan de campaña continental de San Martín está matemáticamente ejecutado, y se combina con otro análogo que lo completa. El sueño de los dos libertadores de América está realizado. Este es el nudo de la revolución sudamericana, cuya síntesis hemos dado, determinando su ley y explicadno sus atracciones recíprocas (véase capítulo I, párrafo I).

IV

Antes de su triunfo de Yahuachi y de su derrota de Huachi, Sucre había comprendido que con las escasas fuerzas colombianas de que disponía, aun unidas á las de Guayaquil, le sería difícil, si no imposible, abrir campaña formal contra Quito, y que, aun la defensiva se hacía dudosa, si no era eficazmente auxiliado por San Martín desde el Perú, combinando sus operaciones. Al tiempo de abrir su primera campaña (13 de mayo de 1821), escribió Sucre á San Martín: "Un cuerpo dependiente del ejército del Perú que se levante en Piura, puede cooperar muy eficazmente á la campaña sobre Quito, invadiendo por Cuenca y Loja, y penetrar hasta reunirse con la división de Colombia que marche de Guayaquil. Quito será libre en esta campaña, y me lisonjeo que tengan en ella una parte gloriosa los libertadores del Perú. Los colombianos verán, con una satisfacción orgullosa, marchar entre las filas á los libertadores del sur, y estar á las órdenes de V. E." Después de su derrota en Huachi, en que perdió la mitad de su ejército, hubo de darlo todo por perdido, si prontamente no fuese sostenido con fuerzas del Perú. "La desgracia que sufrieron nuestras armas en Ambato (escribía el 26 de septiembre al ministro de la guerra del Perú) ha vuelto á amenazar á Guayaquil de un peligro cierto, y estamos cerca de una invasión que hace vacilar la suerte del país. Se asegura que el enemigo hace ya sus aprestos para expedicionar sobre Guayaquil; pero, con los elementos que actualmente están á su disposición, no me atrevo á garantizar el resultado. Intereso, pues, á V. E. por la remisión de socorros".

La oportuna llegada de un batallón colombiano de 500 plazas después del combate de Huachi, y la decisión de la provincia de Guayaquil, que permitió ajustar el armisticio de que antes se dió noticia (párrafo II), unido todo á la inundación del país, que paralizó de hecho las operaciones, permitieron á Sucre mantenerse á la defensiva (noviembre de 1821). Esperaba entonces que el libertador se trasladara á las costas del Pacífico con 4000 hombres para abrir campaña sobre Quito ó el Perú, según conviniese, en combinación con San Martín; pero, abandonado este proyecto y decidida la campaña de Popayán sobre Pasto, la situación de Guayaquil era precaria, tanto más cuanto que, ni Aymerich ni el capitán general Murgeón habían ratificado el armisticio ajustado con el coronel Tolrá. No esperando inmediatos auxilios de Colombia, Sucre previó que, á la reapertura de las hostilidades, su posición se haría muy difícil y que no le quedaría más esperanza que encerrarse en Guayaquil, y sucumbir allí, según confesión propia. Concibió entonces el proyecto de no permanecer en inacción durante el invierno, y dirigióse por un camino de la costa que las inundaciones dejaban libre, á fin de ocupar las provincias de Cuenca y Loja, colindantes por el sur con el Perú, buscando una base más sólida de operaciones. A la vez, instaba por los auxilios solicitados á San Martín: "El enemigo—escribía al Protector desde Babahoyo,—ha concentrado sus fuerzas en Río Bamba, y según avisos, iba á moverse con un cuerpo de dos mil hombres. Este punto (Babahoyo) no es susceptible de defensa. Aunque restablecida en cierto modo la moral, no se han aumentado los cuerpos, sino tan miserablemente, que una población de 70.000 habitantes apenas ha dado 200 reclutas, y la ley marcial publicada por el gobierno de la provincia ha dado

por todo efecto la formación de algunas milicias, que no prestan otra esperanza que la de ver hombres que á la vista del enemigo desertarían, como siempre. Resuelto, sin embargo, como siempre á estorbar á todo trance que ocupe el enemigo á Guayaquil, por la tendencia que su posición daría á los estados fronterizos, he pensado defender algunos pasos que entretendrán el tiempo mientras vienen socorros del Perú ó de Colombia, y en último caso, encerrarme en la capital para perecer con ella, pues no confío en su existencia bajo los medios fríos que se ponen para salvarla. Las tropas de Colombia no parecen, y acercándose ya el enemigo, he creído un deber reiterar mis reclamaciones por algún batallón que ponga á cubierto la provincia mientras, llegadas las fuerzas que vienen de Cauca, estemos en actitud de retornar á la ofensiva. Suplico una contestación que nos saque de la ansiedad en que nos hallamos de recibir algún auxilio de tropas del Perú, para deliberar mis operaciones conforme á esta esperanza, ó en la negativa, aceptar el mejor partido que nos ofrecen las circunstancias".

Pasaron más de dos meses (noviembre y diciembre de 1821), sin que apareciesen los esperados refuerzos de Colombia. El libertador, ocupado en preparar la campaña contra Pasto, apenas había podido formar en Popayán un ejército de 2000 hombres, de manera que sólo pudo enviar á Sucre algunos reclutas, con órdenes terminantes de que realizara su invasión por Cuenca, á fin de dividir la atención de las fuerzas españolas de Quito. Tal operación era imposible sin la cooperación militar del Perú; y de realizarse sin ella, habría quedado comprometida la débil división colombiana del Pacífico, después de la retirada de Bombona. Sucre no contaba á la sazón sino con 1300 hombres, incluso el contingente de Guayaquil, fuerza insufi-

ciente, aun para tomar una ofensiva parcial. Fué en tales circunstancias cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito.

Sobre la frontera de Quito hallábase organizando una división de las tres armas el general Arenales, que ocupaba el puesto de presidente del departamento de Trujillo. El Protector dispuso que marchase en auxilio de Guayaquil. Arenales declinó el mando de la expedición, dando por causal sus enfermedades. Sucre, pensando que fuera por repugnancia de sujetarse á su mando, le ofreció modestamente ponerse bajo sus órdenes con la división colombiana, porque "le gustaba más obedecer que mandar y le sería siempre lisonjero servir bajo tan acreditado general". Arenales persistió en su renuncia, y fué nombrado para reemplazarlo el coronel Andrés Santa Cruz, el dos veces prisionero en Tarija y en Pasco. Celebróse en consecuencia un convenio, por el cual los sueldos y las bajas de la división, bajo la bandera peruana durante la campaña, quedaban á cargo de Colombia (enero de 1822). La división auxiliar componíase de dos batallones y tres escuadrones, de nacionalidad peruana y argentina, que sumaban un total de 1300 á 1500 hombres. El batallón núm. 4 del Perú habíase formado sobre la base de la compañía de granaderos del núm. 8 de los Andes, glorioso resto de los libertos de Cuyo, diezmados en Chacabuco y Maipú, y lo mandaba el coronel argentino Félix Olazábal. El núm. 4 estaba compuesto de peruanos, á las órdenes del comandante argentino Francisco Villa. Dos escuadrones de cazadores á caballo del Perú iban á cargo del comandante Antonio Sánchez, argentino también. Por último, un escuadrón de Granaderos de los Andes, de noventa y seis plazas, argentinos todos, con su comandante Juan Lavalle á la cabeza.

V

La división peruanoargentina, siguiendo el plan de campaña trazado por Sucre, que cambiaba su base de operaciones apoyándose en el Perú, pasó la frontera, y reunida á la colombiana, se apoderó sin resistencia de las provincias de Loja y Cuenca (9 de febrero de 1822). Este hecho iniciaba el afocamiento de la revolución sudamericana y la gran reunión de las armas de la insurrección continental bajo las inspiraciones de sus dos grandes caudillos. Por la primera vez se veían reunidos en un mismo campo los llaneros de Colombia y los gauchos de las pampas argentinas, los soldados independientes del Perú y de Chile, con los de Venezuela, Nueva Granada, Quito y Panamá. Las dos divisiones así compuestas, formaban un total de 2000 hombres. Sucre se detuvo en Cuenca durante los meses de febrero y marzo, dando tiempo al desarrollo de las operaciones que á la sazón abría Bolívar por Pasto, y á la espera de un batallón que le venía desde Panamá, el que, muy disminuído, alcanzó á incorporárseles antes de la terminación de la campaña, á órdenes del coronel José María Córdoba, que sería uno de los más valerosos generales de Colombia. Al fin, decidióse á tomar resueltamente la ofensiva, y se puso en marcha en busca del enemigo (marzo de 1822). Un singular incidente, que por mucho tiempo ha sido un misterio, hubo de poner término á la campaña al iniciarse, y dar á los realistas el triunfo sin combatir.

La división auxiliar había tomado el puesto de honor ocupando la vanguardia, y uno de sus batallones hallábase avanzado sobre el enemigo. En

tales circunstancias, el coronel Santa Cruz recibió una nota del gobierno delegado del Perú, en que le prevenía ponerse inmediatamente en retirada con su fuerza en cualquier punto que se hallase, y concentrarse en Piura, dando por causal que los españoles de la sierra amenazaban á Lima. La verdadera causa era la cuestión de Guayaquil que hemos apuntado antes y sobre la que volveremos después. La orden era terminante, y así Santa Cruz lo comunicó por escrito á Sucre. El general colombiano se negó de oficio á autorizar la retirada, por cuanto, hallándose la división á sus órdenes, no tenía comunicación directa del Protector, y porque el servicio que ella prestaba, era en retribución del batallón colombiano Numancia que el Perú retenía á su servicio. En una conferencia privada manifestó á Santa Cruz que estaba resuelto á hacer uso de la fuerza para impedirlo, porque de permitirlo, la empresa contra Quito era perdida, y el honor de las armas colombianas se amenguaba dejando comprometido al libertador en su campaña combinada.

La retirada de la división auxiliar importaba, en efecto, la pérdida de la campaña. Ella representaba por lo menos la mitad de la fuerza del ejército independiente. Sucre con sólo mil hombres habría tenido que retrogradar, y hasta su salvación era dudosa. El resultado habría sido probablemente la pérdida de Guayaquil, pues en esos mismos días (principios de abril), Bolívar emprendía su retirada de Pasto después de su desastrosa victoria de Bomboná. Habría sido, no sólo una mengua para las armas de Colombia, sino también un oprobio para la causa de la independencia americana. Afortunadamente, la orden, aunque terminante, no autorizaba el empleo de la fuerza para cumplirla. Santa Cruz reunió una junta de guerra para acon-

sejarse en este conflicto, y todos sus jefes opinaron unánimemente que debía continuarse la campaña á la espera de órdenes más precisas. Todo quedó amistosamente arreglado entre Sucre y Santa Cruz, y cuando, pocos días después, llegó la contraorden de San Martín revocando la mal aconsejada resolución del gobierno peruano, ya la campaña estaba abierta y la bandera auxiliar comprometida en el fuego (11 de marzo de 1822).

VI

La situación de los realistas en Quito, si no desesperada, era dificilísima. Aislados en medio de las montañas, sólo contaban con 2000 hombres, aunque de buenas tropas, para defender la capital, que, si bien podían disputar con ventaja los pasos de la cordillera occidental, eran impotentes para tomar la ofensiva. Pasto se sostenía siempre indomable, pero su nervio había sido quebrado en Bombona, y Bolívar, reforzado con nuevos contingentes de Nueva Granada, se disponía á atravesar otra vez el Juanambú. El capitán general Murgeón había muerto de pesadumbre contemplando el triste estado de su causa. Aymerich había vuelto á reasumir el mando. La primitiva combinación de la campaña se rehacía en mejores condiciones, y Bolívar por Pasto y Sucre, reforzado por el Pacífico, convergían sobre Quito. Para contrarrestar esta combinación, Aymerich echó á vanguardia 1500 hombres de su ejército sobre las vertientes occidentales de la cordillera, al mando del coronel Nicolás López, pero con orden de ceder el terreno, no comprometer batalla y replegarse hacia la capital al amparo de las fuertes posiciones naturales y fortificadas que la rodean. En ejecución de este plan expectan-

te, el grueso del ejército español se había situado en Río Bamba. Al moverse Sucre de Cuenca y dar dirección á sus divisiones diseminadas en su círculo estratégico, intentó el enemigo impedir su concentración; pero, verificada ésta metódicamente y con prudencia, limitóse á permanecer en observación en las alturas.

Sucre contaba con 2500 hombres al abrir su campaña, incluyendo el batallón colombiano que conducía el coronel Córdoba. Desde Cuenca siguió faldeando la cordillera occidental, y descendió al valle de Río Bamba, al pie del Chimborazo. Las comunicaciones con Guayaquil quedaron desde entonces abiertas, y su retaguardia y flancos asegurados. Los independientes provocaban con empeño una batalla; pero el enemigo iba cediendo el terreno y se mantenía á la estricta defensiva en posiciones inexpugnables. Observando Sucre que había descuidado cubrir sobre su izquierda una quebrada, único paso accesible, que defendido por 200 hombres, podía contener la marcha de un ejército, penetró por allí, mientras llamaba la atención por el frente, y amagando su retaguardia, desplegó su línea de batalla en el valle opuesto (21 de abril de 1822). Esta fué la ocasión de uno de lo más brillantes combates de caballería de la guerra de la independencia americana.

Los realistas excusaron el combate á que eran provocados, y se pusieron en retirada, ocupando otra posición más á retaguardia de la villa de Río Bamba, con su caballería al frente. Sucre dispuso que un escuadrón de Dragones de Colombia y los Granaderos de los Andes practicasen un reconocimiento del terreno. El escuadrón argentino atravesó la villa, y formó detrás de un mamelón de sus arrabales del norte, á cuyo pie se extendía una llanura. La caballería enemiga, que constaba de cua-

tro escuadrones con 420 hombres, iniciaba en ese momento un avance en columnas paralelas. En esta formación, se introdujo en un ancho callejón, que le obligó á disminuir su frente, estrechando los intervalos. Lavalle, con su golpe de vista, se aprovechó de esta falsa maniobra y cargó á fondo, sable en mano, con sus noventa y seis Granaderos, poniendo en completa derrota á los realistas y los acuchilló hasta el pie de las posiciones que ocupaban sus masas de infantería. Antes que los vencidos pudiesen reaccionar, emprendió su retirada al trote, para recibir la nueva carga que le venía, lo más distánte posible de la infantería. En ese momento llegaban treinta dragones de Colombia que siguieron su movimiento retrógrado. La caballería realista, rehecha, volvió al ataque á gran galope. Los granaderos argentinos, sostenidos por los treinta dragones colombianos formados en escalón sobre su izquierda, volvieron caras, y envolviendo á los escuadrones realistas, los acuchillaron por segunda vez por la espalda, hasta el fondo de la llanura. Cincuenta y dos muertos y cuarenta heridos del enemigo (con la pérdida tan sólo de un granadero argentino y un dragón colombiano muertos y veinte heridos), fueron los despojos de este famoso combate, que anuló toda la caballería española por todo el resto de la campaña.

VII

Después del combate de Río Bamba, el ejército español continuó su retirada y se hizo fuerte en las inaccesibles posiciones de Jalupana, donde en 1813 habíanse atrincherado los revolucionarios de Quito y que fueron flanqueadas por Montes en su famosa marcha antes relatada (véase cap. XXXVIII, párra-

fo VIII). Sucre convocó una junta de guerra, y todos fueron de opinión de imitar la hábil maniobra del general español en aquella época, pero dentro de líneas más precisas y con objetivos más claros, á fin de rodear las posiciones inatacables por el frente, envolver uno de sus flancos, y tomar la retaguardia del enemigo; y en último caso, estrecharlo sobre la ciudad obligándolo á una batalla decisiva.

El 13 de mayo (1822) inició su movimiento estratégico el ejército independiente, por un camino que, ascendiendo del volcán del Cotopaxi conducía á retaguardia del enemigo y rodeaba su flanco izquierdo por el este. Después de una marcha de cuatro días al través de las heladas cimas de la montaña, descendió al valle de Chillo, á veinte kilómetros de Quito (17 de mayo). Los realistas, apercibidos, se habían replegado con anticipación sobre la ciudad, y la cubrían por el sur, situados en posiciones impenetrables esquivando el combate á que eran provocados fuera de ellas (22 y 23 de mayo). El general republicano se propuso entonces maniobrar por el flanco derecho del enemigo y trasladarse al norte de la ciudad, á fin de cortar sus comunicaciones con Pasto, de donde Aymerich esperaba una columna de refuerzo, que estaba en camino, según comunicaciones que se interceptaron. Para ejecutar esta operación, era necesario seguir un camino escabroso por la falda del volcán de Pichincha, coronado por cuatro picos nevados, en que las columnas tenían que marchar en desfilada. A las 8 de la noche del 23 de mayo, bajo una lluvia, emprendió su marcha por aquella estrecha ruta el ejército independiente. A las 8 de la mañana del siguiente, la vanguardia coronaba las alturas del volcán que domina á Quito, y á cuyo pie se desenvuelve una áspera cuesta cubierta de bosques y matorrales.

Antes que todo el ejército independiente hubiese operado su reunión, los españoles trepaban la cuesta cubiertos por el bosque, y atacaban al batallón núm. 2 del Perú que llevaba la cabeza y debía ocupar la derecha de la línea. Eran las 9.30 de la mañana. El coronel Olazábal, que lo mandaba, contuvo el ímpetu del ataque por el espacio de media hora, hasta agotar sus municiones. El batallón núm. 4 del Perú, que lo relevó en el fuego, recluta y sin el nervio de los soldados del núm. 8 de los Andes, se sobrecogió al encontrarse frente de todo el ejército enemigo, y cejó en el primer momento; pero luego reaccionó con brío. El terreno era estrecho para los despliegues, lo que favorecía á los independientes que, retardados en su marcha, tenían que entrar en pelea á medida que coronaban la cima de la montaña. Sucesivamente fueron entrando en línea los batallones colombianos, relevándose en el fuego hasta agotar sus municiones, pues el parque había quedado á gran distancia, á retaguardia. El enemigo ganaba terreno. Una carga á la bayoneta del batallón colombiano Paya equilibró el combate. Los realistas procuraron entonces flanquear la izquierda independiente á favor de la espesura del bosque, y ya alcanzaban la cima, cuando aparecieron tres compañías del famoso batallón inglés "Albión", y tomaron por el flanco á los flanqueadores, derrotándolos. El coronel Córdoba con el centro, sostenido por las compañías del "Albión", completó la victoria, echando cuesta abajo el resto del ejército enemigo, que se refugió en la ciudad al abrigo de sus fuertes. Eran las doce del día 24 de mayo de 1822.

La caballería española había presenciado el combate, formada en los suburbios de Quito, y era la reserva con que contaba Aymerich para retirarse á Pasto. La caballería independiente, que no tomó

parte en la batalla, por no permitirlo el terreno, fué lanzada en su persecución, obligándola á ponerse en fuga y dispersarse más tarde. El general Sucre intimó rendición á la ciudad. Aymerich capituló, entregando las fortalezas, las tropas y el armamento (25 de mayo de 1822). Los realistas perdieron 1100 prisioneros de tropa y 160 jefes y oficiales capitulados; 400 muertos, además de 190 heridos; 14 piezas de artillería; 1700 fusiles y sus banderas. Los independientes tuvieron 200 muertos, de los cuales cerca de la mitad correspondían á los batallones peruanoargentinos, y 140 heridos de las dos divisiones aliadas.

Esta victoria, obtenida por el común esfuerzo de las armas de la insurrección del sur y del norte de la América meridional, reunidas por la primera vez, puso el sello á la alianza continental.

VIII

Las batallas de Bomboná y Pichincha pusieron término á la guerra del norte de la América meridional, y cuadraron el territorio de Colombia según el plan geográfico de su constitución. Bolívar, que después de Bomboná se había replegado á Patía y reorganizado un nuevo ejército de 2000 hombres, según queda relatado, propuso una capitulación á la provincia de Pasto, precisamente en el mismo día en que Sucre trepaba el volcán de Pichincha para dar la batalla que debía poner término á la campaña y dar fuerza á la intimación del libertador paralizado en sus operaciones. La noticia de la derrota del ejército de Quito decidió al coronel Basilio García á capitular. Pero los indomables pastusos, fanatizados, que aun contaban con 2000 hombres armados, se resistían á abatir su

bandera, y querían continuar, aunque fuese solos, su resistencia. "Guerra á los rebeldes y á los herejes", era su grito. Fué necesario que García llamase en su auxilio al obispo de Popayán, Jiménez de Padilla, que hasta entonces había inflamado á los realistas del valle de Cauca y á los pastusos con sus predicaciones, combatiendo á su cabeza con la cruz y con la espada, y los persuadiese de que debían deponer las armas. Merced á esta poderosa influencia espiritual, firmóse una capitulación en que se concedió sin restricciones á los pastusos todo lo que pidieron (8 de junio de 1822). Se reconoció á los capitulados el derecho de no tomar partido contra su voluntad en favor de Colombia, ni ser destinados en ningún tiempo á los cuerpos vivos del ejército de la república, manteniendo su organización de milicias urbanas en sus respectivos distritos, sin que jamás pudieran ser obligados á salir fuera de su territorio. Otra de las condiciones estipuladas, fué que "no hubiese la más mínima alteración en cuanto á la sagrada religión C. A. R. y á lo inveterado de sus costumbres", que fué concedida por el libertador, declarando: "que la república de Colombia se gloriaba de estar bajo la protección de la religión de Jesucristo y no cometería jamás el impío absurdo de alterarla". El libertador entró triunfante en Pasto, y tuvo así la gloria de someter pacíficamente á la indomable provincia realista, que por el espacio de diez años había resistido á todos los ejércitos de Colombia, había hecho frente durante los últimos ocho meses de la campaña á no menos de nueve mil soldados aniquilando más de la mitad de ellos, y obligado al mismo Bolívar á retroceder quebrado ante sus armas, salvando al fin su autonomía bélica. Bolívar, embriagado por la gloria, se dirigía á los colombianos: "Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del

Perú, el ejército libertador, marchando de triunfo en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia. Participad del océano de gozo que inunda mi corazón, y elevad en los vuestros altares al ejército libertador, que ha dado gloria, paz y libertad" (8 de junio).

La deificación de los ejércitos de Colombia, levantados á los altares por su libertador, inauguraba el pretorianismo sudamericano, que debía pesar sobre la América hecha independiente y acabar con el libertador. Los soldados de Colombia, ensoberbecidos con sus triunfos, identificándose con la fortuna y el espíritu de su gran caudillo, empezaron á tratar á los pueblos libertados como pueblos conquistados. Los vencedores de Pichincha enarbolaron en Quito las banderas de Colombia, declarándolo incorporado de hecho á la gran república en presencia de las tropas auxiliares que habían concurrido á su libertad. La municipalidad de Quito protestó contra este avance, que contrariaba los votos de la mayoría de los ciudadanos y ajaba la dignidad popular que representaba. Los municipales fueron desterrados militarmente en castigo de esta resistencia de mera forma. Sucre, no obstante trabajar en el mismo sentido, pero con habilidad y moderación, reparó esta inútil violencia, y desarmó la oposición, perfeccionando el acto con formas más regulares (29 de mayo). Cuando Bolívar llegó á Quito, todo estaba sometido á las bayonetas colombianas. Los libertados recibieron al libertador con entusiasmo, votándole la entrada triunfal que venía buscando, y una nueva y merecida corona de oro imitando laureles, como la de Caracas y Bogotá (16 de junio de 1822).

Los dos libertadores del norte y del sur proclamaron entonces á la faz del mundo la gran alianza de las armas triunfantes de la insurrección sud-

americana, sellada en Pichincha. Bolívar decía desde Quito á San Martín: "Los beneméritos libertadores del Perú han venido con sus armas vencedoras á prestar su poderoso auxilio en la campaña que ha libertado tres provincias del sur de Colombia. No es nuestro tributo de gratitud el de un simple homenaje, sino el deseo más vivo de prestar los mismos y aun más fuertes auxilos, si es que ya las armas libertadoras del sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba á abrirse. El ejército de Colombia está pronto á marchar á dondequiera que sus hermanos lo llamen". San Martín contestaba que "los triunfos de Bomboná y Pichincha habían puesto el sello de la unión de Colombia y del Perú, asegurando la libertad de ambos estados, y que consideraba bajo un doble aspecto estos sucesos, consumada con heroísmo la obra del libertador, siendo el Perú el único campo de batalla que quedaba en América".

Toda la América meridional estaba hecha independiente y barrida de enemigos desde Méjico hasta el Cabo de Hornos: sólo quedaba Puerto-Cabello en Colombia y una parte del Perú por libertar. Hacia el Perú convergían los ejércitos triunfantes de la insurrección sudamericana, y sus dos grandes libertadores iban á encontrarse bajo la línea divisoria de sus campañas continentales y punto de reunión de sus armas aliadas. El plan de campaña continental de San Martín estaba ejecutado en el sur y el de Bolívar en el norte. La historia no presenta ejemplo de una combinación militar más vasta, que se desenvuelve con método al través de un mundo, se prosigue con perseverancia por el espacio de doce años, y da por resultado la concentración de las fuerzas revolucionarias en el punto estratégico de la victoria final, obedeciendo á la ley que las gobierna y á la inspiración sistemática de los generales que las dirigen.

CAPITULO XLV

Guayaquil.

1822

Armonías de la revolución sudamericana.—Diverso carácter de las evoluciones del sur y del norte de la América Meridional.—Dos hegemonías y dos libertadores.—Conflictos y antagonismos.—La cuestión de Guayaquil.—Derrota de los guayaquileños.—Luzuriaga, jefe de las armas de Guayaquil.—Negociaciones de Guido con Guayaquil.—Intervención colombiana en Guayaquil.—Nudos de la cuestión de Guayaquil.—Acuerdos secretos entre San Martín y la junta de Guayaquil.—Actitud resuelta de Bolívar en la cuestión de Guayaquil.—Examen históricolegal de la cuestión de límites de Guayaquil.—Desinteligencia de San Martín y Bolívar con este motivo.—Intervención de San Martín en Guayaquil.—Examen de esta actitud.—Prospecto siniestro.

I

Hasta aquí hemos seguido paralelamente la marcha de los acontecimientos y el desarrollo de los principios constitutivos de la emancipación sudamericana, en sus formas elementales, en su evoluciones orgánicas y en sus fenómenos alternativos, dentro del círculo de atracción de sus armonías. Lo irreductible de la embrionaria masa animada, el sincronismo de sus vibraciones, sus gravitaciones mutuas, manifiestan una ley superior que se concreta en una insurrección articulada. Los enlaces étnicos, gegráficos y sociológicos de los pueblos

puestos en conmoción, la convergencia de sus marchas estratégicas, la dirección constante de las fuerzas vivas y su condensación en los puntos donde deben producir su efecto, dan su unidad al movimiento revolucionario. La genialidad democrática del conjunto de elementos, fuerzas y voluntades que se combinan; el equilibrio inalterable de los instintos populares; la adaptación de órganos apropiados para una vida nueva; la impotencia de las invenciones artificiales y de las influencias fuera del círculo vital para reaccionar contra las tendencias espontáneas; la ley del destino que se impone á despecho de todo, y la lógica de los hechos coherentes que prevalece en la organización republicana, revelan un determinismo político que está en el medio ambiente, en los hombres, en las cosas y responde á una necesidad vital de la revolución misma. Hasta aquí las armonías.

A medida que la lucha de la independencia se simplificaba por la concurrencia de los comunes esfuerzos, el movimiento revolucionario se hacía más complicado en su conjunto. Los antagonismos y sus conflictos aparecen simultáneamente con las armonías de la emancipación, por el efecto de las acciones y reacciones de sus elementos ingénitos en actividad y en conjunción. Hasta aquí la atracción física de las masas es la que por su gravedad determina su dirección y sus agrupaciones coherente. En adelante empiezan á diseñarse los particularismos que derivan de su propia naturaleza; á intervenir los intereses y las pasiones de los hombres puestos en contacto; á despertarse las incompatibilidades, emulaciones y rivalidades nacionales y personales; y hasta el temperamento de los caudillos que presiden en sus partes al complicado movimiento colectivo, será un nuevo factor, que acelerará la crisis, y produciendo un choque, provo-

cará colisiones y repulsiones. Empero, las líneas fundamentales del plan general de la revolución sudamericana no se alterarán por estos desvíos accidentales; los instintos, convertidos en ciencia y conciencia, prevalecerán y encontrarán su equilibrio, y la organización definitiva en sus partes y en su conjunto obedecerá á la misma ley que puso en movimiento las fuerzas, las condensó, y les hizo producir la mayor suma de trabajo útil en la lucha por la emancipación. Ni la confusión que acompaña á la concentración de las dos hegemonías continentales, ni la acción oficial de los gobiernos, ni la influencia misteriosa de las sociedades secretas, ni las conjuraciones de los poderes absolutos del mundo entero contra los principios de la democracia, ni la espada misma de los libertadores, echadas por una parte en el platillo de la monarquía y por la otra en el de la monocracia, podrán alterar el equilibrio estable del americanismo republicano y de las autonomías soberanas. San Martín y Bolívar, dos genios, dos fuerzas, los dos libertadores del sur y del norte de la América meridional, desaparecerán de la escena después del triunfo de sus armas, uno después del otro, quedando triunfante la república, sin dejar rastros, el uno de sus planes monarquistas, ni el otro de sus ambiciones y sueños de absorción continental, y se ordenarán por último los elementos orgánicos que la revolución entrañaba, según su naturaleza en la proyección de sus destinos finales.

Lo que más contribuía á hacer inminente el conflicto entre la revolución del sur y del norte—aparte del carácter de sus caudillos,—era la diversa organización de sus fuerzas políticas y el impulso á que respondían. De dos masas que se refunden, la acción inicial de la una tiene que preponderar sobre la otra, aunque al fin el equilibrio estático se es-

tablezca. Tal sucedió en la condensacción de las fuerzas batalladoras y redentoras de la América meridional, y en la conjunción de sus dos grandes caudillos en el momento de completar su evolución simultánea. Eran dos revoluciones, que representaban dos hegemonías armadas, que en sus tendencias seguían sistema diverso por sus medios, aunque no por sus fines. La una—la del sur, acaudillada por San Martín,—representaba la emancipación de las diversas secciones americanas por un principio de solidaridad, entregándoles sus propios destinos una vez libertadas. La otra—la del norte, representada por Bolívar,—obedeciendo á la misma tendencia, respondía á un plan de absorción nacional, de grado ó por fuerza, que, dada su impulsión, pretendería convertirse en regla dominadora del continente emancipado por la acción de sus armas. Bolívar, libertador de Nueva Granada, le había impuesto, á título de vencedor, su incorporación á Venezuela. Libertador de Quito, pretendía imponerle su incorporación á Colombia, como más tarde impondría al Alto y Bajo Perú su constitución monocrática y sus presidentes vitalicios, contrariando los particularismos y falseando las leyes fundamentales de la democracia. De aquí la inminencia del conflicto de las fuerzas y el antagonismo de los principios constitutivos.

Guayaquil era el punto donde debía necesariamente manifestarse este antagonismo y producirse este conflicto por el encuentro de los dos caudillos del sur y del norte. Alrededor de Guayaquil giraban todos los movimientos concéntricos de los dos grandes libertadores al efectuar su conjunción y Guayaquil decidiría de sus destinos.

II

Dijimos antes que la provincia de Guayaquil, al efectuar su revolución y declarar su independencia, poniéndose á la vez bajo la protección de las tropas de San Martín y de Bolívar, á manera de estado mediatizado, se convertiría en una manzana de discordia entre los dos libertadores (véase capítulo XXVII, párrafo II). Uno y otro aceptaron el indefinido protectorado: el primero con el pensamiento de incorporarla al Perú, y poner un pie en el norte; con la resolución el segundo de anexarla á Colombia y penetrar al sur. San Martín envió cerca del nuevo gobierno revolucionario á sus edecanes, Guido y Luzuriaga, con la misión ostensible de saludarlo; pero su verdadero objeto era negociar una alianza que lo colocase bajo su dependencia militar (noviembre de 1820). A su arribo á Guayaquil, los comisionados encontraron la situación cambiada. Las armas guayaquileñas habían experimentado un serio revés en su primer ensayo. La primitiva junta de gobierno había caído y sido substituída por otra que representaba por el momento la política de la independencia de la provincia insurreccionada, aunque inclinándose del lado del Perú.

El gobierno de Guayaquil, al responder al llamamiento de sus partidarios del interior, y aprovechando la circunstancia de hallarse fraccionado el ejército realista por las atenciones de la guerra de Pasto, se propuso extender la insurrección en todo el territorio y apoderarse de la capital del reino. Al efecto, puso en campaña un cuerpo de ejército de 1500 hombres, cuyo mando confió al oficial venezolano Luís Urdaneta, uno de los promotores de su

movimiento. Urdaneta se apoderó fácilmente de la provincia de Cuenca y marchó sobre Quito. Una columna como de 600 hombres de tropas regulares, á órdenes del coronel Francisco González, salió á su encuentro, y á pesar de la notable inferioridad numérica, lo derrotó completamente en la llanura de Huachi (ó Ambato), causándole una pérdida de 500 hombres entre muertos, heridos y prisioneros (20 de noviembre de 1820). Un animoso oficial argentino (de Tucumán), llamado José García, se puso al frente de las reliquias del ejército guayaquileño reforzado con algunos reclutas, y salió en busca del enemigo para vengar la derrota de Ambato. Fué igualmente derrotado en Tanizahua, al pie del Chimborazo, con la pérdida de casi toda su división (3 de enero de 1821). García cayó prisionero, fué pasado por las armas en el campo de batalla, y su cabeza, remitida á Quito como trofeo, colgóse para escarmiento en una jaula de hierro en el puente de Machángana, á la entrada de la ciudad.

A pesar de la consternación producida por el desastre de Ambato, los comisionados fueron recibidos con entusiasmo por el pueblo y el gobierno, como precursores de un eficaz auxilio. Luzuriaga fué nombrado comandante en jefe de los restos del ejército guayaquileño, que reorganizó con inteligencia y actividad, situándose en Babahoyo, para hacer frente al enemigo triunfante, cuyo avance contuvo. Guido, por su parte, abrió con el gobierno las negociaciones que estaba especialmente encargado de conducir de acuerdo con su colega (diciembre de 1820). Las instrucciones le prevenían ajustar una convención militar, por la cual todas las tropas de la provincia quedaran exclusivamente á órdenes de San Martín, con facultad de removerlas según las necesidades de la guerra. Su objeto inmediato, á la vez de establecer un principio de de-

pendencia, era dominar mejor desde la frontera de Quito el territorio limítrofe de Trujillo, que aun no se había pronunciado, y que por este tiempo estaba ocupado por una división realista de 1500 hombres, que amagaba por la espalda la posición que él ocupaba en Huaura. También tenía encargo de negociar un empréstito en dinero. La junta, llena de vacilaciones y desconfianzas y coartada por la insubordinación de sus tropas, únicamente se prestaba á recibir un cuerpo de 200 veteranos para formar sobre esa base un nuevo ejército, con la promesa de enviar más adelante al Perú un contingente de 400 reclutas del país. Guido hubo de aceptar este convenio; pero, bien aconsejado por Luzuriaga, á quien consultó, negóse á firmarlo, y acordó que se les comunicase en forma de propuesta "ad referendum". Habiendo sobrevenido la estación de las inundaciones que paralizaban las operaciones militares, y á cubierto la provincia de una invasión de parte de Quito después de la derrota de García en Tanizahua, Luzuriaga renunció el mando de las armas (enero de 1821), de conformidad con nuevas instrucciones de San Martín y se retiró juntamente con Guido.

San Martín no se hallaba en aptitud de socorrer á Guayaquil, ni de ejercer presión sobre su gobierno; sus fuerzas eran apenas suficientes para mantener en jaque al enemigo en Lima y atender á la campaña de la sierra. Por otra parte, habiendo proclamado Trujillo la independencia, y dominado ya todo el norte del Perú hasta la frontera de Quito, la concurrencia de fuerzas auxiliares no le era tan necesaria, por lo que adoptó desde entonces una política prescindente respecto del nuevo estado que se había puesto bajo su protección. Fué entonces cuando Bolívar envió á Sucre al frente de una división á Guayaquil, con el doble objeto de

preparar su anexión y de concurrir por el Pacífico á la campaña combinada del sur de Colombia (11 de mayo de 1821). La presencia de las tropas del libertador, que asumieron una actitud provocativa, trajo algunos disturbios, promovidos por los partidarios de la anexión á Colombia, que, aunque en minoría, contaban ser apoyados por las bayonetas auxiliares. Sucre, sin dejar de trabajar en el mismo sentido por medios cautelosos, aplazó prudentemente la cuestión, según se explicó antes, y consiguió al fin apoderarse del mando de las armas de la provincia, que le aseguraba el dominio de hecho (véase cap. XLIV, párrafo II).

El triunfo de Sucre en Huachiri y su derrota posterior de Huachi, á que siguió la retirada de Bolívar de Pasto después de Bomboná, hizo perder á los colombianos en Guayaquil su preponderancia militar y política. Los guayaquileños, y hasta el mismo Sucre, volvieron sus ojos hacia el Protector del Perú, que, dueño ya de Lima al frente de un fuerte ejército y con el dominio de las aguas, era el único que podía prestarles un pronto y eficaz auxilio en la peligrosa situación que atravesaban. Fué entonces cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito, que ha sido ya relatada, y terminó con la victoria de Pichincha (véase capítulo XLIV, párrafo IV).

Pendientes los arreglos sobre el auxilio que el Perú prestaría para poner término á la guerra de Quito, sobrevino un incidente que hubo de interrumpirlos. El distrito de Puerto Viejo, encabezado por su cabildo, proclamó su incorporación á Colombia (16 de diciembre de 1821). El gobierno consideró este acto como una rebelión, y trató de emplear las armas para reprimirlo. La oficialidad colombiana apoyó ruidosamente la actitud de los anexionistas, promovió asonadas, fomentó la de-

serción de las tropas del país y aun intentó apoderarse por sorpresa del parque y cuarteles de la ciudad (21 y 24 de diciembre). La junta, sostenida por el pueblo, estaba resuelta á mantener su autoridad. La guerra civil podía encenderse ó producirse con escándalo al frente del enemigo. Felizmente Sucre, que ostensiblemente no había tomado participación en estos manejos, asumió al fin el papel de mediador entre los disidentes y el gobierno, moderando el ardor de sus subordinados, y todo volvió á entrar aparentemente en orden. El general colombiano, temiendo que estos incidentes pudieran interrumpir ó retardar los auxilios de que necesitaba para abrir su campaña, se apresuró á dar explicaciones sobre ellos al gobierno del Perú: "La situación local de esta provincia escribía al ministro Monteagudo,—y la relación de sus intereses con el Perú, me determinan á hacer esta manifestación, para que el Protector no sea avisado siniestramente de los hechos; que creo S. E. aceptará como mi deseo de enterarlo en todo cuanto pueda concurrir al bien común de los americanos. Sin mezclarme en la cuestión (interna), yo pensé, que la unidad de la provincia era necesaria, no sólo en las circunstancias en que debemos presentarnos en masa al enemigo, sino para evitar un ejemplo de disolución social en las provincias limítrofes que darían que hacer á sus gobiernos con pretensiones semejantes". Todo esto no pasaba de un remiendo en falso.

Como antes se apuntó, la cuestión de Guayaquil tenía tres nudos, que convenía desatar sin romper: la independencia que había proclamado la provincia; su incorporación al Perú ó su anexión á Colombia. San Martín resolvió prudentemente aplazarla, proponiendo su solución por la vía diplomática, en el sentido de garantir el voto libre de Guaya-

quil, que en el estado de la opinión esperaba diese por resultado la incorporación al Perú. La junta, presidida por Olmedo, era partidaria de esta combinación, manteniendo mientras tanto su independencia. El Protector, al acreditar como ministro cerca del gobierno de Guayaquil al general Francisco Salazar (30 de noviembre de 1821), le dió en consecuencia instrucciones expectantes, que como todas las posiciones expectantes en presencia de un contendor resuelto, debía dar por resultado una derrota segura desde que no se preveía la apelación á la fuerza. Las instrucciones prevenían á Salazar proceder con doble cuidado en no intervenir sobre la forma definitiva de gobierno que quisiese adoptar la provincia, ni sobre la independencia ó su incorporación al Perú ó á Colombia, librando este punto á la espontaneidad de la mayoría del pueblo, cuya voluntad debía observar con sagacidad y precaución. En el fondo de todo esto estaba el pensamiento secreto de la incorporación de Guayaquil al Perú, y el auxilio prestado á Sucre, respondía á él á la vez que á la terminación de la guerra de Quito. Puesto de acuerdo Salazar con la junta, arreglóse todo en el sentido del plan teórico del Protector.

Después de los abortados pronunciamientos relatados, la junta, resentida, y apoyada por el sentimiento público, cada vez más divorciado de la causa de los colombianos, se dirigió en queja al representante diplomático del Protector, manifestándole que estaban oprimidos por la violencia de los soldados del libertador, á quienes temían más que á los del rey. Para dar una base de fuerza á la opinión, fué nombrado comandante en jefe de las fuerzas guayaquileñas el general La Mar, que también respondía al plan de incorporación al Perú. En un principio, se pensó en confiar el mando de la

división auxiliar peruanoargentina al mismo general La Mar, para contrapesar la influencia de Sucre, pero ya el coronel Santa Cruz se había puesto en campaña con ella, y San Martín, bien aconsejado por el presidente Olmedo, desistió de esta combinación.

III

La actitud de Bolívar en la cuestión de Guayaquil era más resuelta y respondía á un plan político y militar más deliberado, teniendo de su parte la fuerza y el derecho, aun cuando no le acompañase la mayoría del pueblo que pretendía anexar Colombia á toda costa. Era para él cuestión de poder nacional y de preponderancia americana, y como tal, la encaró sin vacilaciones, de hito en hito. Así, al mismo tiempo que enviaba á Sucre con fuerzas para concurrir por el Pacífico á la campaña combinada sobre Quito, acreditaba cerca del gobierno del Perú, en calidad de enviado diplomático, á D. Joaquín Mosquera, con el objeto de ajustar una Liga americana y arreglar la cuestión de límites entre los dos estados colindantes. (Véase cap. XXXV, párrafo VI). En cuanto á lo primero, no fué difícil un acuerdo, aunque por el momento de mera forma, pues no tuvo inmediata ulterioridad. La negociación en lo relativo á límites presentó mayores dificultades. Colombia pretendía tener derecho sobre las provincias limítrofes de Jaén, Maynas y Quijos, que, por su parte, el Perú consideraba como suyas. No era posible resolver este punto litigioso, sin tocar la delicada cuestión de Guayaquil. El plenipotenciario Mosquera sostenía que esta provincia debía formar parte integrante de Colombia. El ministro Monteagudo, como representante del Perú, argüía que, habiendo reconocido su independencia, sería

una contradicción consentir en tal estipulación, y propuso que se le dejara la libertad de agregarse á una ú otra república, según fuese su voluntad. Las instrucciones de ambos negociadores eran terminantes, y les prevenían no ceder en este punto, así es que todo arreglo sobre estas bases opuestas se hizo imposible. Empero, para no embarazar los tratados pendientes con cuestiones secundarias, se acordó dejar indeciso el punto, reservándolo para un convenio particular por medios conciliadores y pacíficos, con el compromiso moral por parte del Perú, de que los habitantes de las provincias de Quijos y Maynas, situadas sobre la izquierda del Marañón, no fueran convocados para las elecciones de representantes al congreso peruano que iba á reunirse, el cual determinaría los límites definitivos.

Estos tratados, según la pintoresca expresión del presidente de la junta de Guayaquil, Olmedo, no eran "sino cenizas engañadoras, que tapaban el fuego, y que el menor viento esparciría, dejando el fuego á descubierto". La actitud de la junta de Guayaquil respecto de la cuestión pendiente fué el viento que hizo volar la ceniza y hubo de soplar un incendio.

La constitución colombiana había declarado que el territorio de la República sería el mismo que comprendían el virreinato de Nueva Granada y la capitanía de Venezuela, y por lo tanto, se consideraba comprendida en él la presidencia de Quito, como dependencia de Nueva Granada, incluso Guayaquil, que era una de sus provincias. El Libertador Bolívar no podía renunciar á este plan geográfico, que cuadraba su imperio republicano de mar á mar, y constituía á Colombia en la primera potencia sudamericana de la época, triunfante ya en su guerra con la España al norte de la América Meridioral. Así, al emprender la campaña de Quito, se dirigió al

presidente de Guayaquil, intimándole con amenazas olímpicas su incorporación á Colombia. "El gobierno de Guayaquil sabe (le escribía desde su cuartel general) que no puede ser un estado independiente y soberano: sabe que Colombia no puede ni debe ceder sus legítimos derechos: sabe, en fin que no hay un poder humano que pueda hacer perder á Colombia un palmo de la integridad de su territorio. Tiempo es ya de obrar de un modo justo, racional y conveniente á los intereses de esa provincia, demasiado expuesta á variaciones, pero oportunamente auxiliada y protegida por las armas de Colombia". Era cortar el nudo con la espada vencedora de Colombia, y un reto dirigido indirectamente á las pretensiones territoriales del Perú.

Ante esta actitud imperativa, que no retrocedía ante nada ni ante nadie, San Martín oponía un plan meramente expectante y negativo, en sus reservas diplomáticas, en sus relaciones con la junta de Guayaquil y con Bolívar, en su combinación alternativa de que Guayaquil perteneciese á uno ú otro Estado ó permaneciese independiente, si tal era su libre voluntad, y debilitaba más su acción, al prestar sin condiciones su concurso para la terminación de la guerra de Quito, introduciendo en sus propias tropas auxiliares un elemento de desconfianza. En el choque de estas dos políticas, debía triunfar la que estuviese animada de mayor impulsión inicial, y estando además la razón y la fuerza de parte de Bolívar, no era dudoso cuál sería el resultado.

IV

La cuestión de Guayaquil entre el Libertador de Colombia y el Protector del Perú, representantes de las dos hegemonías continentales de la época, merece una atención especial, por ser la primera cues-

tión de límites que surgiera entre las repúblicas sudamericanas al declararse independientes; tiene, además, una doble significación histórica y política, así por sus consecuencias inmediatas, como porque ella envuelve el gran principio que al fin ha prevalecido y se ha incorporado al nuevo derecho público americano, como ley racional consentida de una nueva vida internacional.

Las nuevas repúblicas hispanoamericanas, al reasumir su soberanía territorial, adoptaron las demarcaciones coloniales en el orden político y administrativo, que respondían á la vez á sistemas geográficos y particularismos étnicos, derivando sus títulos de posesión y dominio de los del soberano español de que se emancipaban de hecho y al que se substituían de derecho. Es lo que se ha llamado el "uti possideti" anterior á la revolución. A este principio respondió, al sur del continente, la propaganda de la hegemonía argentina al libertar á Chile, y la hegemonía chilenoargentina al libertar el Perú, que, repudiando las conquistas y las anexiones, trazaban el mapa político de la América del Sur, con sus fronteras definidas por un plano histórico de hecho y de derecho sin violentar los particularismos, y entregaba á la espontaneidad de los pueblos sus propios destinos. La hegemonía colombiana representaba, por el contrario, las anexiones y las absorciones, con tendencias á refundir los particularismos en una nueva asociación que respondía á un plan de organización artificial, derivado de la victoria de las armas y basado en la fuerza. Empero, Bolívar, que representaba esta hegemonía absorbente, representaba esta vez, por acaso, el principio superior, según el cual se constituirían definitivamente las nuevas nacionalidades al trazar los límites de su soberanía territorial.

El antiguo virreinato de Nueva Granada había

sido declarado constitucionalmente parte integrante de la república de Colombia, en unión con la capitanía general de Venezuela, comprendiendo la presidencia de Quito como dependencia de Nueva Granada. Esta declaración había sido aceptada por todo el mundo americano, con aplauso y sin protesta. Si la provincia de Guayaquil formaba parte de la circunscripción política de Quito, correspondía á Colombia. Si, por el contrario, pertenecía al virreinato del Perú, era peruana. Tal era la cuestión de hecho y de derecho. La fuerza la resolvió de hecho; pero los documentos históricolegales dan á Colombia la razón de derecho, que al fin ha prevalecido teórica y prácticamente como regla internacional entre las repúblicas hispanoamericanas.

La provincia de Guayaquil fué en varias épocas dependencia del virreinato del Perú; pero, creado el virreinato de Nueva Granada, quedó definitivamente como parte integrante del reino de Quito. Empero, por su posición geográfica y por motivos accidentales estuvo algunas veces sujeta en parte ó en el todo al virrey del Perú, y lo estaba de hecho en lo político y militar al tiempo de invadir San Martín el territorio peruano. En 1803 habíase dispuesto, por razones de conveniencia militar, que la plaza y el puerto de Guayaquil dependiesen del virreinato del Perú y no del de Nueva Granada. Reclamada esta disposición por el presidente de la audiencia de Quito, declaróse, en 1807, que la autoridad conferida sólo se extendía á lo militar, sin intervención alguna en el gobierno político ni económico, reprobando los procederes del virrey del Perú, que había pretendido lo contrario. Con motivo de las revoluciones de Quito y Nueva Granada, en 1809 y 1810, el virrey Abascal agregó de hecho la provincia de Guayaquil á su gobierno, como lo hizo con las del Alto Perú que pertenecían al Río de la Plata, con el objeto de

proveer á su defensa. En 1815, restaurada la autoridad real en Nueva Granada, los vecinos de Guayaquil solicitaron que las cosas volvieran á su antiguo estado, y así lo acordó el rey en 1819, desaprobando nuevamente la intromisión del virrey del Perú en su orden interno. Desde entonces, la provincia de Guayaquil quedó como parte de la audiencia de Quito, y ésta como dependencia del virreinato de Nueva Granada. Tales eran los títulos legales que invocaba Colombia.

La declaratoria de la independencia de Guayaquil, reconocida por el Protector del Perú, y desconocida por el Libertador de Colombia, á la par de las pretensiones encontradas de ambos sobre su posesión, complicaba la cuestión. Agréguese que el mismo Protector no creía posible ni conveniente que Guayaquil se mantuviese en estado independiente, ni tampoco los mismos guayaquileños, y se tendrá idea de lo intrincado del problema á resolver. Para San Martín era una cuestión de decoro y de interés puramente peruano. Para Bolívar era una cuestión de poder, de vida nacional y de influencia americana. Quito, parte integrante de Colombia, sin el puerto de Guayaquil, era un territorio atrofiado, y el Libertador tenía razón, aun desde el punto de vista geográfico, en sostener la necesidad de su posesión como condición de existencia para su gran república. De aquí que el plan político del Protector del Perú fuese meramente expectante y reservado, y el del Libertador de Colombia, deliberado y franco.

V

Seguro Sucre del auxilio de San Martín en la campaña de Quito, y estimulado por la arrogante intimación del Libertador, dirigióse al ministro de la Guerra del Perú, revelando francamente las exi-

gencias de Colombia con pretexto de adicionar su anterior explicación, redactada en términos tan equívocos: "Pienso que es del interés de los gobiernos limítrofes impedir las disensiones de la provincia de Guayaquil, que, siendo el complemento natural del territorio de Colombia, pone al gobierno en el caso de no permitir jamás se corte de nuestro seno una parte por pretensiones infundadas. Tal consentimiento sería un ejemplo de disolución social para la República, y para los países limítrofes, en que este ejemplo fatal iba cundiendo el año anterior, si el gobierno de ese Estado no hubiese tenido la sabia energía de cortarlo. Persuadidos de los nobles sentimientos del gobierno del Perú, nos prometemos que empleará su poderoso influjo para ayudarnos á conciliar los partidos que agitan á Guayaquil, concentrar las opiniones y restablecer el orden, que desea la parte sana de la provincia, para evitar todo ejemplo de disolución que turbase nuestra tranquilidad".

Como la intimación de Bolívar llegase acompañada del anuncio de que sería inmediatamente seguida por su ejército, el gobierno de Guayaquil, intimidado, se dirigió al Protector del Perú manifestándole su apurada situación. San Martín, ofendido por la actitud arrogante de Bolívar, en circunstancias que con sus armas auxiliares concurría á asegurar la libertad del territorio de que se trataba de disponer á la baqueta y sin acuerdo suyo, cuando se hallaba bajo su protección declarada, resolvió intervenir directamente en la cuestión. Fué entonces cuando ordenó al coronel Santa Cruz, que en cualquier punto que se hallase con la división auxiliar, retrocediera inmediatamente á la frontera peruana (véase cap. XLIV, párrafo V) y se pusiese á órdenes del general La Mar, comandante en jefe de las armas de Guayaquil (2 de marzo de 1822). Felizmente,

según en su lugar se explicó (cap. citado), esta orden quedó sin efecto, y las fuerzas auxiliares continuaron la campaña de Quito unidas á las de Colombia.

No obstante la contraorden para la retirada de la división auxiliar, San Martín persistió en su plan de intervención alternativa, á efecto de garantir la libertad del voto de Guayaquil. Dirigióse en este sentido á la junta, incitándola á expresar terminantemente si insistía ó no en mantener su independencia; en el primer caso, le ofrecía sostener su voluntad con sus fuerzas; pero que, si quería ceder á las intimaciones de Bolívar y unirse á Colombia, esto en nada alteraría la liberalidad y circunspección de su política. A La Mar se le previno procediese de conformidad con esta resolución: "Por las comunicaciones del Libertador de Colombia, no queda duda del plan abierto de hostilidad adoptado contra Guayaquil y del compromiso que queda al gobierno del Perú con el de aquella república. Aunque es muy notable que en tan difíciles circunstancias el gobierno de Guayaquil espere en una actitud pasiva el desenlace de las operaciones del Libertador, sin embargo, se previene que, siempre que el gobierno, de acuerdo con la mayoría de los habitantes de esa provincia, solicitase sinceramente la protección de las armas del Perú, por ser su voluntad conservar su independencia de Colombia, en tal caso, completadas las fuerzas que están puestas á sus órdenes (la división auxiliar), las emplee en apoyo de la espontánea voluntad del pueblo. Si por el contrario, el gobierno de Guayaquil y la generalidad de los habitantes de la provincia pronunciasen su opinión á favor de las miras de Colombia, sin demora vendrá al departamento de Trujillo á tomar el mando general de la costa norte, reunir la división del coronel Santa Cruz en Piura, aumentar hasta donde

alcancen los recursos del territorio, y obrar según lo exija la seguridad del departamento". Al Libertador Bolívar se dirigió directamente el Protector manifestándole que "por comunicaciones del gobierno de Guayaquil tenía el sentimiento de ver la intimación hecha á esa provincia para que se agregara á Colombia, y pedíale la dejase consultar su propio interés, para agregarse libremente á la sección que le conviniera, porque tampoco podía quedar aislada con perjuicio de ambos estados colindantes".

La actitud de Bolívar era soberbia y provocativa: la de San Martín, si bien más correcta, era imprudente y sin sentido político ni militar, salvo en un punto: que Guayaquil no podía quedar aislado. Bolívar no podía ceder, á menos de mutilar la república de Colombia, que era su creación. Por lo tanto, la intervención directa de San Martín provocaba un conflicto que podía traer una ruptura, y esto para sostener una independencia vacilante, que era un estorbo para el desarrollo de los planes de ambos libertadores. ¿Estaba resuelto el Protector á llegar á una extremidad? No es probable. Bolívar, triunfante en el norte y sin enemigos que combatir en su territorio, tenía de su parte la plena disposición de sus fuerzas, además de la razón, como se ha demostrado. San Martín tenía á su frente un enemigo poderoso que combatir, y en el mejor de los casos—independencia de Guayaquil ó su anexión al Perú,—complicaba su situación incierta, privándose del concurso de las armas triunfantes del norte de la América, que él mismo consideraba necesario para terminar prontamente la guerra de la independencia continental. No estando resuelto á la guerra, sólo de un modo podía neutralizar las exigencias de Bolívar, y era paralizar la guerra de Quito, retirando—como lo pensó,—el concurso prestado á Sucre; pero esto era hacerse la guerra á sí mismo,

dando la ventaja á los realistas, como luego lo comprendió. Pasado ese momento, persistir en la intervención alternativa, era prepararse una derrota segura, ya fuese porque las armas de Colombia, triunfantes en la guerra de Quito, podían dominar á Guayaquil mejor que él, ya porque de este modo convertía á un aliado natural en antagonista, si no en enemigo declarado. Preferible era entonces ceder y no provocar conflictos perjudiciales á la causa general de la emancipación sudamericana. Colombia, tal cual estaba geográficamente constituída, necesitaba del puerto de Guayaquil: el Perú, dueño de un vasto litoral, no lo necesitaba absolutamente. Y como Colombia era una fuerza y una máquina de guerra americana bien montada, mejor estaba Guayaquil en manos de Colombia, si su anexión le daba más nervio y la complementaba para concurrir más eficientemente á la redención definitiva de la América del Sur en el Perú.

El plan alternativo de San Martín, para garantir el voto libre de Guayaquil en oposición á la política interventora ó invasora de Bolívar, no podía darle sino tres resultados: ó el mantenimiento de la independencia de una provincia débil, que no podía ser nación, y que era un estorbo entre las armas redentoras del sur y del norte de América; ó la agregación al Perú de una provincia aislada, que provocaría un conflicto; ó la anexión á Colombia, que era una derrota fácil de prever, después de Pichincha. Antes de Pichincha, pudo tal vez proponer como transacción hacer de Quito una nueva república independiente, que era el verdadero voto de sus habitantes, como los hechos lo han demostrado; pero para esto habría sido necesario que hubiese calculado mejor sus medidas antes de unir sin condición alguna sus armas con las de Colombia, pretendiendo retirarlas cuando ya estaban compro-

metidas en la campaña que iba á dar la preponderancia á Bolívar. Era muy difícil que el fundador de Colombia, que en su constitución había incluído á Quito en su plan geográfico, pasase por este avenimiento; pero al menos era un pensamiento digno del libertador del sur, concordante con su política americana, de redimir á los pueblos y entregar á su posteridad sus propios destinos sin violentarlos y respetando los particularismos autonómicos; y bien que esto no fuese más que un plan uchrónico de muy dudoso éxito, era más racional que el plan alternativo de San Martín, que, de todos modos, era una dificultad, un conflicto ó una derrota. Bien examinado todo, lo más acertado para el éxito, y lo más conveniente para la causa de la independencia americana, era no insistir sobre la independencia de Guayaquil, renunciar á la pretensión de agregarlo al Perú, y dejar de buena voluntad que se incorporase á la república de Colombia á que correspondía, como parte integrante de Quito, sobre cuya anexión en general no hacía cuestión.

Bajo estos siniestros auspicios, que nada lisonjero prometían, iba á abrirse la proyectada conferencia entre Bolívar y San Martín, "para fijar establemente la suerte de la América del Sur"—según las palabras del segundo,—precisamente en el punto que era causa de una disidencia profunda entre los dos libertadores del sur y del norte, que, al unir sus banderas y darse un abrazo de hierro, separarían sus almas hasta entonces unidas en un gran propósito.

CAPITULO XLVI

La entrevista de Guayaquil.

1822

El encuentro de los grandes hombres en la historia.—Los grandes hombres americanos.—Grandeza de Bolívar y San Martín.—Los paralelos históricos.—Grandeza intrínseca y relativa.—El culto de los héroes.—Acción dual y necesaria.—Prestigios de la entrevista de Guayaquil.—Los misterios de la entrevista.—Planes, ilusiones y esperanzas de San Martín al buscar la entrevista.—Declaraciones públicas de San Martín sobre los objetos de la entrevista, comprobadas por los hechos y los documentos.—Correspondencia entre San Martín y Bolívar antes de la entrevista.—Seguridades dadas por San Martín de que en la conferencia de Guayaquil quedaría fijada la suerte de América de acuerdo con Bolívar.—Bolívar en Quito.—Empieza á diseñarse su política absorbente.—Su entrada triunfal en Guayaquil.—Incorpora violentamente Guayaquil á Colombia.—Carta que dirige en seguida á San Martín.—Llegada de San Martín á Guayaquil.—Recepción de San Martín por Bolívar en Guayaquil.—Entrevista de los dos libertadores.—Lo que pasó y lo que no pasó en la entrevista. — Revelaciones anunciadas por San Martín. — Carta de San Martín á Bolívar que aclara el misterio de la entrevista.—Lo que se sabe y lo que no se sabe de la entrevista.—Actitud de San Martín después de la entrevista.—Famosa carta de San Martín á Bolívar.—Testamento político.

I

El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos, es tan raro como el punto de la intersección de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren. Sólo una vez se ha producido este fenómeno en el cielo, y en la

tierra rarísimas veces. La masa de un cometa penetró una vez la de otro, y al dividirlo, lo convirtió en una lluvia de estrellas que sigue girando en su círculo de atracción, mientras el primero continuó su marcha parabólica en los espacios. Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos grandes hombres sudamericanos, por la extensión de su teatro de acción, por su obra, por sus cualidades intrínsecas, por su influencia en su tiempo y en su posteridad. Son los únicos hijos del Nuevo Mundo, que, después de Wáshington, hayan entrado á figurar en el catálogo de los héroes universales, cuya gloria se agranda á medida que pasa el tiempo y la obra en que fueron artífices se completa. Wáshington dió al mundo la nueva medida del gobierno humano, según la vara de la justicia, y legó el modelo del carácter más bien equilibrado en la grandeza, que los hombres hayan admirado y bendecido. Bolívar y San Martín fueron los libertadores de un nuevo mundo republicano, que restableció el dinamismo del mundo político, por efecto de la revolución que hicieron triunfar con sus armas. Su acción fué dual, como la de los miembros de un mismo cuerpo, y hasta su choque y antagonismo final responden á su acción dupla, que se completa la una por la otra, aunque la más poderosa prevalezca incorporándose en una sola las respectivas fuerzas iniciales, sin que por esto se extinga la absorbida.

Los paralelos de los hombres ilustres á lo Plutarco, en que se buscan los contrastes externos y las similitudes aparentes para producir una antítesis literaria, sin penetrar en la esencia de las cosas mismas, son juguetes históricos, que entretienen la curiosidad, pero que nada enseñan. Se ha abusado por demás de este artificio respecto de San Martín y Bolívar, hasta hacerse una vulgaridad. Su parale-

lismo está en su obra, y su respectiva grandeza no puede medirse por el compás del geómetra ni por por las etapas del caballo de Alejandro al través del continente que recorrieron en direcciones opuestas y convergentes.

Se ha dicho con más retórica que propiedad, que para determinar la grandeza relativa de los dos héroes americanos, sería necesario medir antes el Amazonas y los Andes. El Amazonas y los Andes están medidos, y las estaturas históricas de San Martín y Bolívar también, así en la vida como acostados en la tumba. Los dos son intrínsecamente grandes en su escala, más por su obra común que por sí mismos, más como libertadores que como hombres de pensamiento. Su doble influencia se prolonga en los hechos de que fueron autores ó meros agentes, y vive y obra en su posteridad. Esta influencia póstuma es la que no ha sido medida aún, y la que determinará en definitiva la verdadera amplitud de sus proyecciones. La historia planta los jalones del pasado, los presentes se guían por ellos, y el futuro deducirá cuál de los dos tuvo más larga visual ó acertó con mejor instinto. Hasta ahora, el tiempo que aquilata las acciones por sus resultados duraderos, dando á Bolívar más gloria y la corona del triunfo final, ha dado á San Martín la de primer capitán del Nuevo Mundo, y la obra de la hegemonía por él representada vive en las autonomías que fundó, aunque no como lo imaginara; mientras el gran imperio republicano de Bolívar y la unificación monocrática de la América que persiguió, se deshizo en vida y se ha disipado como un sueño, uniéndose, empero, las figuras de los dos libertadores en el espacio recorrido, y marcando en los lindes del porvenir la marcha triunfal de las repúblicas sudamericanas hacia los grandes destinos que les están reservados. Si la conciencia

sudamericana adoptase el culto de los héroes, preconizado por una moderna escuela histórica, resurrección de los semidioses de la antigüedad, adoptaría por símbolos los nombres de San Martín y de Bolívar, con todas sus deficiencias como hombres, con todos sus errores como políticos, porque ellos son los héroes de su independencia y los fundadores de su emancipación: fueron sus libertadores y constituyen su binomio virtual.

En todos los acontecimientos en que intervienen hombres y cosas, puede concebirse y aun demostrarse, qué hombres pudieron reemplazar á otros, y cómo, con ellos ó sin ellos, se hubiesen producido los hechos lógicos de que fueron autores ó meros actores, sin que por esto se desconozca la acción eficiente de las individualidades conscientes con potencia propia.

Son sin duda las revoluciones las que engendran á los hombres, cuando ellas son el resultado de una evolución que tiene su origen en causas complejas; pero son los hombres los que las impulsan y las caracterizan, y á veces son factores indispensables en el enlace y en la dirección de los acontecimientos. Sin Colón, se habría descubierto más tarde la América, pero fué él quien conscientemente la descubrió. La revolución de Inglaterra habría estallado después de la resistencia cívica de Hampden; pero sin Cromwell no habría triunfado militarmente, inoculándose el principio disciplinario y religioso, que fué su fuerza y su debilidad. La emancipación de los Estados Unidos de la América del Norte habría hecho surgir de todos modos una gran república; pero sin Wáshington no tendría en el ejercicio del poder el carácter de grandeza moral que ha impreso sello típico á su democracia. La revolución francesa habría estallado, porque estaba en el orden y en el desorden de las cosas, y sin los hombres que

alternativamente la dirigieran, se habría desarrollado, y tal vez mejor, porque ninguno supo fijarla.

Se concibe fácilmente, con arreglo á este criterio, que la insurrección sudamericana se produjera como hecho espontáneo, resultado de antecedentes históricos y efecto inmediato de las circunstancias, si San Martín y Bolívar no hubiesen existido; pero tal como se produjo y se desenvolvió, no se alcanza cómo con menos recursos pudo hacerse más, ni organizarse mejor militarmente, ni triunfar en menos tiempo y con el menor desperdicio de fuerzas en la lucha por la independencia continental. Por eso son grandes intrínsecamente y por sí mismos Bolívar y San Martín, aparte de las cosas en cuyo medio obraron y de las fuerzas preexistentes á que dieron organización, impulso y dirección convenientes.

Si se compara la ecuación personal de los dos libertadores, vese que San Martín es un genio concreto, con más cálculo que inspiración, y Bolívar un genio desequilibrado, con más instinto y más imaginación que previsión y método. Sin embargo, no se puede concebir la acción concurrente del uno sin la recíproca del otro, y los dos, sin ser providenciales, pueden considerarse necesarios, tal como la insurrección se desenvolvió hasta alcanzar su máximum de efecto. Mientras siguen la corriente de la evolución colectiva, son meros agentes. Cuando se apoderan de las fuerzas vivas, las condensan, las distribuyen, les imprimen impulso y dirección, respondiendo á un plan general que está en ellos más que en la masa; entonces son verdaderos factores, y llegan en cierto modo á ser creadores. Es la idea de San Martín la que triunfa, y es la acción eficiente de Bolívar la que la convierte en hecho victorioso.

Hemos dicho ya que, sin exagerar la figura histórica de San Martín ni dar á su genio concreto un

carácter místico, pocas veces la intervención de un hombre de acción deliberada con una idea en la cabeza, fué más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos como en el desarrollo lógico de sus consecuencias (véase cap. II, párrafo I). Si alguno pudo tal vez entrever el camino de la victoria, fué él quien lo descubrió y lo impuso como itinerario contra la corriente de la opinión. Sólo él entre sus contemporáneos era capaz de crear con los pobrísimos elementos de que dispuso, coordinándolos, un ejército compacto, animado de una pasión americana, traspasar los Andes y vencer matemáticamente como venció en Chacabuco y Maipú. Sin él, no se habría dominado el mar Pacífico, según las previsiones de su genio, ni se hubiese realizado la expedición al Perú. Elimínense estos hechos, de que fué autor, y la dilatación de la insurrección sudamericana es imposible: queda aislada en los extremos.

Por lo que respecta á Bolívar, puede decirse otro tanto; pero sin el concurso de San Martín, que ejecutó la mitad de la tarea, no habría llegado jamás al Pacífico y quizá hubiese quedado aislado en Venezuela, porque, dominado el Perú por los realistas y dueños del mar, de Quito y Nueva Granada, hubieran opuesto otra resistencia que la que encontró en Boyacá y Pichincha. A su vez, si Bolívar no triunfa en el norte y no viene á darle la mano, la expedición del Perú, si no fracasa, se convierte en una guerra crónica y el plan de insurrección y de campaña continental, que era condición necesaria de triunfo, no se realiza. Ni el uno ni el otro, con las fuerzas de que disponían, aun triunfando aisladamente, podía llevar á buen término la obra de la emancipación del continente. Así, sin la acción concurrente de ambos, el éxito militar de la independencia sudamericana era imposible, tal como se alcanzó por

el efecto de la convergencia de sus ejércitos y la concentración de sus fuerzas en el último punto de resistencia del enemigo.

Todos estos rayos convergentes de la historia que se afocan en el punto céntrico en que los dos libertadores operaron su conjunción, son los que dan sus prestigios á la conferencia de San Martín y Bolívar en Guayaquil. El escenario es el arco iluminado del Ecuador del Nuevo Mundo, con su horizonte marítimo y sus gigantescas cadenas de montañas en perspectiva, sus palmeras siempre verdes y sus volcanes encendidos. Los protagonistas son los árbitros de un nuevo mundo político. El mundo que pone el oído y no oye nada. Uno de los protagonistas desaparece silenciosamente de la escena, cubriendo su retirada con palabras vacías de sentido. El otro ocupa silenciosamente su lugar. El misterio dura veinte años, sin que uno ni otro de los interlocutores revelase lo que había pasado en la conferencia. Al fin, una parte del velo se descorre, y vese, combinando las palabras escritas ó habladas con los hechos contemporáneos, y los antecedentes con sus consecuencias, que el misterio consistía únicamente en el fracaso de la entrevista misma, y que lo que en ella se trató, así como lo sucedido ó dicho, es lo que estaba ya anunciado, lo que todos sabían poco más ó menos, ó podían deducir, lo que necesariamente tenía que ser, y que se sabe hoy todavía más que los mismos protagonistas, porque se ha podido penetrar hasta el fondo de sus almas y leer en ellas lo que no estaba escrito en ningún papel.

A pesar de todo esto, la curiosidad se ha empeñado y se empeña en descubrir algo más, fuera del círculo de acción de los actores, como los que divisan con un poderoso telescopio las montañas de la luna, y buscan sus habitantes, que la razón les dice

no existen, ó en un cuadro que pone de relieve sus grandes figuras en plena luz, se quiere penetrar en el claroscuro del fondo que las realza. Lo único misterioso, en este acto, que la imaginación se ha empeñado en rodear de accidentes fantásticos— después de los documentos publicados y de las versiones desautorizadas que se han hecho,—son los móviles secretos que impulsaron al uno á ser intransigente é impusieron al otro su abdicación, los que no están consignados en ningún documento, como que tuvieron su origen en la propia conciencia en que los guardaron. El tiempo, que ha hecho caer las máscaras con que se cubrieron ambos en su primera y última entrevista, ha puesto sus almas de manifiesto, y podemos hoy leer en ellas mejor que ellos mismos.

II

Si el Protector del Perú, mejor aconsejado, hubiera obrado con más previsión y con arreglo á un plan fijo, habría puesto condiciones á su prestación de auxilios en la guerra de Quito, ó por lo menos arreglado previamente bases de discusión en su proyectada conferencia con Bolívar. En vez de esto, antes de celebrar un pacto formal, unió de hecho sus armas con las de Colombia, perdiendo la preponderancia adquirida en Guayaquil. En seguida, celebró un tratado de liga americana de paz y guerra, que dejaba pendiente la cuestión de límites, y especialmente la de Guayaquil, en que las posiciones antagónicas del Perú y Colombia se definieron como una amenaza en suspenso. Por último, toma como un hecho la oferta de Bolívar de concurrir á la terminación de la guerra del Perú con las fuerzas colombianas, y procede con más

sentimentalismo que sentido práctico, cuando, terminada en Pichincha la campaña de Quito, y reducida la guerra de la independencia al territorio del Perú, piensa que ese auxilio le vendrá en las mismas condiciones en que él había prestado el suyo. (Véanse cap. XXV, párrafo VI y cap. XLIV, párrafo IV).

Antes de Pichincha, Bolívar, triunfante en el norte, era el más fuerte: después de Pichincha, era el árbitro, y podía dictar sus condiciones de auxilio al sur. San Martín se hacía ilusión al pensar que era todavía uno de los árbitros de la América del Sur, y al contar con que Bolívar compartiría con él su poderío político y militar, y que ambos arreglarían en una conferencia los destinos de las nuevas naciones por ellos emancipadas, una vez terminada por el común acuerdo la guerra del Perú, como había terminado la de Quito. Sin más plan y con bagaje tan liviano, se lanzó á la aventura de su entrevista con el Libertador, que debía decidir de su destino, paralizando su carrera. Si alguna vez un propósito internacional, librado á eventualidades futuras, fué claramente formulado, ha sido ésta; y si alguna vez se comprometieron declaraciones más avanzadas de orden trascendental sobre bases más vagas, fué también en esta.

Aprovechando la abertura de Bolívar al tiempo de abrir éste su campaña de Pasto, y decidido ya á concurrir por su parte á la de Quito uniendo sus armas con las de Colombia en Guayaquil, buscó por sí una conferencia con el Libertador, con el designio declarado de fijar la suerte del continente hecho independiente, en el orden político y militar. Así lo anunció públicamente, al determinar con precisión los objetos de la entrevista. "La causa del continente americano me lleva á realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. Voy

á encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia; la enérgica terminación de la guerra que sostenemos, y la estabilidad del destino á que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituído en alto grado responsables ("árbitros") del éxito de esta sublime empresa". No se podía indicar más claramente que el objeto era el arreglo de la cuestión de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra de Quito y la del Perú, y la fijación de la forma de gobierno que debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación.

Al avanzar San Martín tan categóricas declaraciones sobre los objetos de la conferencia, aun no había unido de hecho sus armas con las de Colombia en el Ecuador. (Véase cap. XXXV, párrafo II). Después de despachada la mal combinada expedición de Ica, San Martín, según se explicó antes, embarcóse en el Callao, á fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). Sabedor á medio camino de que el Libertador, en vez de trasladarse con su ejército á Guayaquil, como había pensado, continuaría la campaña del sur de Colombia por Pasto, regresó á Lima (3 de marzo). En esta situación indecisa lo encontró la derrota de Ica, que trastornaba todos sus planes y amenguaba su influencia continental. Fué entonces cuando, al consolidar su base de poder, reorganizó un respetable ejército para responder á la expectativa que él mismo había creado y de que todos estaban pendientes. Y fué entonces también cuando, cambiando de política, convocó el congreso peruano para entregar al pueblo sus propios destinos, pendiente el plan monarquista imaginado por él, al parecer abandonado, y reveló por

la primera vez públicamente su propósito de retirarse de la vida pública, así que desapareciesen los peligros de la situación. (Véase cap. XXXVI, párrafo VI). Terminada felizmente la guerra de Quito con el eficaz concurso de sus armas, que estableció la alianza americana de hecho, reanudó su postergada conferencia con Bolívar, con los mismos propósitos ya declarados y poseído de las mismas ilusiones (14 de julio de 1822).

Al terminar la guerra de Quito, el Libertador se dirigía al Protector, y al agradecerle el auxilio prestado por "los libertadores del sur de América" (según sus propias palabras), le significa que las tres provincias de Quito libertadas, eran colombianas, renovando con este motivo su anterior oferta en términos generales: "El ejército de Colombia está pronto á marchar á donde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente á la patria de nuestros vecinos del sur, á quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas". El Protector le contestaba: "Los triunfos de Bomboná y Pichincha han puesto el sello de la unión de Colombia y del Perú. El Perú es el único campo de batalla que queda en América, y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo contra los que ya han sido vencidos en todo el continente. Acepto su generosa oferta. El Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que V. E. pueda disponer, á fin de acelerar la campaña y no dejar el mayor influjo á las vicisitudes de la fortuna. Espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente á poner término á la guerra del Perú, así como las de éste han contribuído á plantar el pabellón de la República en el sur de este vasto continente. Es preciso combinar en grande los intereses que nos han

confiado los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer el beneficio de su independencia. Marcharé á saludar á V. E. á Quito. Mi alma se llena de gozo cuando contemplo aquel momento. Nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos". ¡Y no lo ha olvidado!, pero por causas muy diferentes de las que se imaginaba el libertador del sur al ir al encuentro del libertador del norte, en la creencia de que éste lo reconocería á la par suya en calidad de árbitro, "para combinar en grande los intereses de los pueblos americanos", según sus palabras. Y el gobierno del Perú, al confirmar oficialmente estas esperanzas, manifestaba al de Guayaquil y al enviado peruano cerca de él: "En la conferencia quedarán arregladas cualesquiera diferencias que pudiesen ocurrir sobre el destino de Guayaquil, y arreglados todos los obstáculos para la terminación de la guerra de la independencia".

Con estas esperanzas y seguridades halagadoras, y bajo los siniestros auspicios antes señalados (véase cap. XLV, párrafo V), iba á celebrarse entre los dos libertadores la entrevista que "la América no olvidaría".

III

Al llegar Bolívar á Quito (16 de junio de 1822), después de Pichincha, encontró, como antes se dijo, resuelto el problema de la integración de su imperio republicano. Las provincias de Quito, Cuenca y Loja, estaban incorporadas, de grado ó por fuerza, á Colombia. Faltábale sólo la anexión de Guayaquil, que era una consecuencia, para cuadrar su territorio de mar á mar y poner su poderosa mano sobre el Perú, "único campo de batalla que quedaba en América", según la expresión gráfica de San

Martín. El venía buscando los honores del triunfador, que consideraba atributos de su gloria, como el incienso en los altares de los dioses. Naturaleza tropical, con imaginación poética, ensoberbecida por el éxito y viciada por la lisonja, estas vanas ostentaciones eran una necesidad de su temperamento y de sus ambiciones en la vida. El pueblo libertado le tributó los honores, merecidos aunque exagerados, que nunca faltaban donde él triunfaba, sabedores todos de que así satisfacían sus propensiones. Como en Bogotá, después de Boyacá, tuvo entrada triunfal, coronas, monumentos, himnos y loores que perpetuasen su victoria. Era el hombre más poderoso de la América del Sur, y el verdadero árbitro de sus destinos, y esto, á la par de los honores, exaltaba su imaginación ardiente. Según sus palabras á propósito de la cuestión de Guayaquil, "en América no había poder humano que pudiera oponerse á Colombia". San Martín no podía ser un obstáculo á sus designios, y lo quebraría, si se atravesaba en su camino.

El delirio de las grandezas, que estaba en germen en su cabeza, empezaba á fermentar activamente en su alma inquieta. Su plan de política absorbente, impura liga de su ambición personal con sus grandes designios de emancipación continental, empezó á diseñarse. Antes que los sueños de unificación americana bajo su hegemonía, antes que las presidencias vitalicias y la monocracia en su persona como coronamiento de la obra revolucionaria hiciesen su aparición, ya los perfiles de su insaciable ambición, que era su fuerza y que sería su debilidad, se proyectaban sobre las líneas de las fronteras de los nuevos Estados, cerrándose en su glorioso punto de partida.

En Quito vió por la primera vez las tropas de San Martín y pudo compararlas con las suyas. Su

porte y su correcta disciplina llamaron su atención, especialmente los Granaderos á Caballo, argentinos, que rivalizaban con los llaneros de Venezuela, y á los que confirió, en recuerdo de su reciente hazaña, el título de "Granaderos de Río Bamba". Tan valientes como fueran sus soldados, probados en veinte batallas ganadas ó perdidas, pero siempre bien peleadas, eran una montonera al lado de los del libertador del sur. Sea emulación de gloria, sea que considerase como un obstáculo á sus aspiraciones de engrandecimiento la influencia moral de la República Argentina, alma de la hegemonía del sur de la América, desde entonces empezó á manifestarse su prevención contra los argentinos, que al fin haría su estallido.

Uno de los obsequios que el pueblo de Quito ofreció á sus libertadores, fué un espléndido banquete á que asistieron los jefes colombianos, peruanos, argentinos y chilenos de las divisiones vencedoras en Pichincha, que representaban la alianza de las armas americanas del sur y del norte. El Libertador, como de costumbre, pronunció varios brindis, ó elocuentes ó verbosos. En uno de ellos, embriagado por sus palabras, llegó á decir: "No tardará mucho el día en que pasearé el pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo argentino". Cinco jefes argentinos se hallaban presentes: el comandante de granaderos á caballo de los Andes, Juan Lavalle, pidió la palabra para aclarar un error, se puso de pie, y dijo con reconcentrada arrogancia: "La República Argentina se halla independiente y libre de la dominación española, y lo ha estado desde el día en que declaró su emancipación, el 25 de mayo de 1810. En todas las tentativas para reconquistar su territorio, los españoles han sido derrotados. Nuestro himno nacional consagra sus triunfos". Y brindó por la independencia de América y de la República Argentina. No hubo más brindis.

A Guayaquil entró Bolívar bajo arcos de triunfo, con las leyendas: "A Simón Bolívar—Libertador de Colombia—Al rayo de la guerra, al iris de la paz" (11 de julio). Al hacerse las salvas de honor, las cañoneras de la ría arriaron el pabellón celeste y blanco de Guayaquil, y enarbolaron el de Colombia. "¿Por qué tan pronto?" exclamó en alta voz algo sorprendido, pensando que era la señal de la incorporación de la provincia disputada. Al arriar el pabellón de Colombia, después de terminadas las salvas, y ascender de nuevo el del estado mediatizado, resonó un grito unánime: "¡Viva Guayaquil independiente!" Miró de soslayo, se caló el elástico que tenía en la mano, y siguió su marcha triunfal. Este incidente fué muy comentado en el público, y especialmente en la legación peruana, como indicante de las intenciones del Libertador.

No eran un secreto para nadie las intenciones de Bolívar. Para convertirlas en hecho, se hizo acompañar de un cuerpo de ejército de 1500 hombres, que ocupara militarmente la ciudad en actitud amenazante.—Su actitud era agresiva.—Dos incidentes análogos al de Quito vinieron á poner otra vez de relieve su orgullo, su rivalidad con los peruanos y su prevención contra los argentinos. En un banquete con motivo del aniversario de uno de sus triunfos, uno de los jefes brindó por que el Omnipotente lo conservase por siempre. Se levantó y dijo: "Sí, señores: hoy hace treinta y nueve años que he nacido tres veces: para el mundo, mi gloria y la República". En otro banquete tocóle tener á su frente al coronel argentino Manuel Rojas, secretario de la legación peruana. Rojas lo miraba de hito en hito, como si quisiese penetrarlo. Encontrándose por acaso sus miradas, el Libertador bajó los ojos. Repitiéndose el hecho por segunda vez, le preguntó con ceño:—¿Quién es usted?—Manuel

Rojas,—contestó apaciblemente el interpelado.—¿Qué graduación tiene usted?—Coronel,—replicó Rojas, inclinando el hombro izquierdo y mostrando la pala de su charretera.—¿De qué país es usted?—Tengo el honor de ser de Buenos Aires,—dijo poniendo la mano sobre las medallas argentinas que llevaba en el pecho.—Bien se conoce por el aire altanero que representa.—Es un aire propio de hombres libres,—repuso por último el argentino, inclinándose.—Aquí terminó este singular diálogo. Ambos interlocutores bajaron la cabeza. Todos permanecieron en silencio. Un frío glacial circuló por toda la concurrencia. Dos días después (13 de julio), el mismo día que San Martín le dirigía su carta, lisonjeándose de que ambos "cambiarían de acuerdo y en grande los intereses de los pueblos", el pabellón independiente de Guayaquil era arriado y se enarbolaba el iris colombiano con esta inscripción: "La América del Sur, libre por la República de Colombia".

No habían pasado veinticuatro horas desde la entrada triunfal del Libertador en Guayaquil, cuando los partidarios de su anexión á Colombia, sostenidos por sus bayonetas, dirigieron una representación al síndico-procurador de la Municipalidad, pidiendo que se hiciese efectiva inmediatamente. La Municipalidad se negó por unanimidad, porque los representantes del pueblo estaban convocados para resolver esta cuestión. Esta resistencia irritó á Bolívar. Repetida la petición sin mejor resultado, elevóse otra enderezada directamente al Libertador (julio 12). Bolívar, tomando pie de esta tramoya, declaró á Guayaquil en estado de anarquía, y al asumir el mando político y militar, significó á la junta, por medio de su secretario, que la provincia quedaba bajo la protección de Colombia (julio 13), intimando por medio de un edecán su voluntad á la

asamblea popular. Al mismo tiempo expidió una proclama en que decía á los guayaquileños: "Os veis reducidos á la situación más falsa, más ambigua, más absurda, para la política como para la guerra. Vuestra situación era un fenómeno que estaba amenazando la anarquía. Yo he venido á traeros el arca de la salvación". Empero, tributando en la forma un homenaje al principio que sostenía San Martín, les aseguraba que su reasunción del mando absoluto, en nada coartaba la libertad del voto que pronunciase su representación; pero decretaba imperativamente de antemano, que la anexión era un hecho fuera de cuestión: "Sois colombianos: vuestros votos han sido por Colombia: habéis pertenecido por tiempo inmemorial al territorio que tiene la dicha de llevar el nombre del padre del Nuevo Mundo; mas, yo quiero consultaros, para que no se diga que hay un colombiano que no ama sus sabias leyes". La junta se dió por notificada y declaró que "cesaba desde luego en el ejercicio de sus funciones gubernativas". Así quedó consumada de hecho la incorporación de Guayaquil á Colombia. Bolívar hacía lo que podía, y puede decirse, lo que debía, para resolver la cuestión y prevenir un conflicto inminente; pero lo hacía mal, sin franqueza en las palabras y con violencia en los actos.

San Martín, por su parte, se preparaba á ejecutar una maniobra análoga, consecuente con su política y sus declaraciones comprometidas de sostener el voto libre del estado mediatizado. Al efecto, se había hecho preceder por la escuadra peruana, que á la sazón se encontraba en Guayaquil bajo las órdenes de su almirante Blanco Encalada, con el pretexto de recibir la división auxiliar peruano-argentina, que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. Ocupada así la ciudad por agua y

por tierra, el Protector contaba ser dueño del terreno, para garantir el voto libre de los guayaquileños, y tal vez para inclinarlo á favor del Perú. Pensaba que á su llegada aun se hallaría el Libertador en Quito, hasta donde era su intención dirigirse, como lo había anunciado, á fin de buscar allí el acuerdo en actitud ventajosa; pero Bolívar "le ganó de mano", según él mismo lo declaró después. Los miembros de la disuelta junta de Guayaquil se refugiaron á bordo de la escuadra peruana, á pesar de las instancias del Libertador, poniéndose como vencidos bajo la protección del vencido.

IV

Consumada de hecho la incorporación de Guayaquil, Bolívar, al contestar la carta de San Martín, que le anunciaba su visita, lo invitaba á verlo en "el suelo de Colombia", ó á esperarlo en cualquier otro punto, envolviendo en palabras lisonjeras el punto capital, que era "arreglar de común acuerdo la suerte de la América". Decíale: "Con suma satisfacción, dignísimo amigo, doy á usted por la primera vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo, y este nombre será el que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es el único título que corresponde á hermanos de armas, de empresa y de opinión. Tan sensible me será que no venga á esta ciudad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que venga usted de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer, y si es posible, tocar? No

es posible. Yo espero á usted y también iré á encontrarlo donde quiera esperarme; pero sin desistir de que nos honre en esta ciudad. Pocas horas, como usted dice, bastan para tratar entre militares; pero no serían bastantes esas mismas para satisfacer la pasión de la amistad que va á empezar á disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que amaba sólo por la opinión, sólo por la fama".

Al firmar Bolívar esta carta, el 25 de julio de 1822, á las 7 de la mañana, anuncióse que se avistaba en el horizonte una vela á la altura de un islote elevado á la boca del golfo llamado "El Muerto". Poco después, la goleta Macedonia, conduciendo al Protector, echaba anclas frente á la isla de Puná, y la insignia que flotaba en su mástil, señalaba la presencia del gran personaje que traía á su bordo. Anunciada la visita, el Libertador mandó saludarlo por medio de dos edecanes, ofreciéndole la hospitalidad. Al día siguiente desembarcó San Martín. El pueblo, al divisar la falúa que lo conducía, lo aclamó con entusiasmo á lo largo del malecón de la ribera. Un batallón tendido en carrera le hizo los honores. Al llegar á la suntuosa casa que se le tenía preparada, el Libertador lo esperaba de gran uniforme, rodeado de su estado mayor, al pie de la escalera, y salió á su encuentro. Los dos grandes hombres de la América del Sur se abrazaron por la primera y por la última vez. "Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado general San Martín", exclamó Bolívar. San Martín contestó que los suyos estaban cumplidos al encontrar al libertador del norte. Ambos subieron del brazo las escaleras, saludados por grandes aclamaciones populares.

En el salón de honor, el Libertador presentó sus generales al Protector. En seguida empezaron á desfilar las corporaciones que iban á saludar al

ilustre huésped, presente el que hacía los honores. Una diputación de matronas y señoritas se presentó á darle la bienvenida en una arenga, que él contestó agradeciendo. En seguida, una joven de diez y ocho años, que era la más radiante belleza del Guayas, se adelantó del grupo, y ciñó la frente del Libertador del sur con una corona de laurel de oro esmaltado. San Martín, poco acostumbrado á estas manifestaciones teatrales y enemigo de ellas por temperamento, á la inversa de Bolívar, se ruborizó, y quitándose con amabilidad la corona de la cabeza, dijo que no merecía aquella demostración, á que otros eran más acreedores que él; pero que conservaría el presente por el sentimiento patriótico que lo inspiraba y por las manos que lo ofrecían, como recuerdo de uno de sus días más felices. Luego que se hubo retirado la concurrencia, los dos grandes representantes de la revolución de la América del Sur quedaron solos. Los dos permanecían de pie. Paseáronse algunos instantes por el salón, cambiando palabras que no llegaban á oídos de los edecanes que ocupaban la antesala. Bolívar parecía inquieto: San Martín estaba sereno y reconcentrado. Cerraron la puerta, y hablaron sin testigos, por el espacio de más de hora y media. Abrióse luego la puerta: Bolívar se retiró impenetrable y grave como una esfinge, y San Martín lo acompañó hasta el pie de la escalera con la misma expresión, despidiéndose ambos amistosamente. Más tarde, el Protector pagó al Libertador su visita, que fué de mero aparato y sólo duró media hora.

Al día siguiente (27 de julio), San Martín ordenó que se embarcase su equipaje á bordo de su goleta, anunciando que en esa misma noche pensaba hacerse á la vela, después de un gran baile á que estaba invitado. Señal que no esperaba ya nada de

la entrevista. A la una del día se dirigió á la casa del Libertador, y encerrados ambos sin testigos, como la víspera, permanecieron cuatro horas en conferencia secreta.—Todo indica que este fué el momento psicológico de la entrevista.—A las 5 de la tarde, sentábanse, uno al lado del otro, á la mesa de un espléndido banquete. Al llegar el momento de los brindis, Bolívar se puso de pie, invitando á la concurrencia á imitar su ejemplo, y dijo:—"Por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el general San Martín y Yo".—San Martín, á su turno, contestó modestamente, pero con palabras conceptuosas que parecían responder á una preocupación secreta: "Por la pronta conclusión de la guerra; "por la organización de las diferentes repúblicas del continente", y por la salud del Libertador de Colombia".—Del banquete pasaron al baile. Bolívar se entregó con juvenil ardor á los placeres del vals, que era una de sus pasiones. El baile fué asumiendo la apariencia de una reunión de campamento llanero, por la poca compostura de la oficialidad del Libertador, que á veces corregía él con palabras crudas y ademanes bruscos, que imprimían á la escena un carácter algo grotesco. San Martín permanecía frío espectador, sin tomar parte en la animación general, observándolo todo con circunspección; pero parecía estar ocupado por pensamientos más serios. A la una de la mañana, llamó á su edecán, el coronel Rufino Guido, y le dijo: "Vamos: no puedo soportar este bullicio". Sin que nadie lo advirtiese, un ayudante de servicio le hizo salir por una puerta excusada—según lo convenido con Bolívar, de quien se había despedido para siempre,—y lo condujo hasta el embarcadero. Una hora después la goleta Macedonia se hacía á la vela conduciendo al Protector. Al día siguiente levantóse muy temprano. Parecía preocupado. y

permanecía silencioso. Después del almuerzo, paseándose por la cubierta del buque, exclamó: "¡El Libertador nos ha ganado de mano!" Y al llegar de regreso al Callao, encargaba al general Cruz escribiese á O'Higgins: "¡El Libertador no es el hombre que pensábamos!" Palabras de vencido y de desengañado, que compendiaban los resultados de la entrevista.

V

¿Qué había pasado en las conferencias secretas? Lo que estaba en el orden de los hechos, en la atmósfera política, en las almas de los dos interlocutores. Antes de la entrevista ¿quién no sabía de lo único de que podían ocuparse San Martín y Bolívar? Después de la entrevista, ¿quién no sabe cuál fué el resultado de las conferencias? En el orden físico como en el orden político, son los mismos elementos los que constituyen la esencia de los fenómenos y forman la trama de los acontecimientos necesarios. Si, conociendo la historia de la emancipación hispanoamericana, sólo se supiese que San Martín y Bolívar habían celebrado una conferencia en 1822, podría determinarse á priori cuáles fueron los puntos que en ella se trataron: y con más certidumbre pueden determinarse á posteriori, conociéndose los documentos correlativos que la precedieron y la siguieron, y los hechos que la explican.

Dos grandes cuestiones dominaban la época: la terminación de la guerra de la independencia, circunscripta al territorio del Perú, y la organización política de las nuevas naciones independientes ya. Las cuestiones de alianza militar para alcanzar lo primero, y de límites para definir las soberanías territoriales, estaban comprendidas, pero eran ac-

cesorias. No había en el mundo de la política sudamericana otros problemas que resolver, "para fijar la estabilidad del destino de la América", según las palabras de San Martín al buscar la entrevista. Por consecuencia, San Martín y Bolívar, las dos grandes influencias de la época que únicamente podían resolverlos como árbitros, debieron necesariamente ocuparse de ellos. El tiempo, que ha descorrido el velo del misterio, con exhibición del documento fundamental que esparce plena luz sobre la conferencia, ha venido, como un protocolo, á revelar que lo que se trató en ella, fué lo mismo que estaba públicamente anunciado, salvo la guerra de Quito ya terminada, la cuestión de Guayaquil eliminada de hecho, y la desaparición de una gran figura de la escena sudamericana, que fué su consecuencia. La famosa conferencia de Tilsit, que sólo se conoce por inducción y por sus resultados, ha sido rehecha en todas sus partes, como si el mundo entero hubiese sido testigo en ella. La de Guayaquil es más fácil de rehacer en sus partes integrantes, sin necesidad de apelar á conjeturas, con sólo ordenar los puntos y los incidentes fuera de cuestión, que son del dominio de la historia documentada, sin agregar una palabra ni un gesto que no puedan ser comprobados.

La conferencia se verificó bajo malos auspicios para establecer igualdad en la partición de la influencia continental: el libertador del norte, dueño de su terreno, que pisaba con firmeza, tenía de su lado el sol y el viento: el del sur, se presentaba en una posición falsa, sin un plan fijo, sin base sólida de poder propio, que al pisar la playa guayaquileña había sido ganado de mano, según su expresión, en la cuestión que se proponía tratar de igual á igual. Así, los dos grandes protagonistas del drama revolucionario se presentaron enmascarados

en esta escena que sólo tiene de dramático lo que pasó en el alma de cada uno de ellos. La impresión que á primera vista produjo Bolívar en San Martín, fué de repulsión, al observar su mirar gacho, su actitud desconfiada y su orgullo mal reprimido. Tal vez leyó su propio destino en la mirada encapotada de su émulo, al encontrarse con otro hombre distinto del que se imaginaba á la distancia, y al chocar con una ambición con que no había contado. Sin embargo, lo penetró al través de su máscara. Bolívar, más lleno de sí mismo, miró á San Martín de abajo arriba, y sólo vió la cabeza impasible que tenía delante de sus ojos, sin sospechar las ideas que su cráneo encerraba, ni los sentimientos de su corazón. Vió simplemente en él un hombre sin doblez, un buen capitán que debía sus victorias más á la fortuna que á su genio. Así se midieron mentalmente estos dos hombres en su primer encuentro.

Bolívar tenía en su cabeza un plan de consolidación americana, que, aunque confuso todavía, respondía á un propósito firme de dominación que se sentía llamado á ejecutar solo. San Martín, que no tenía el resorte de la ambición personal—y si la tuvo por acaso al provocar la conferencia, adjudicándose el papel de árbitro, se destempló al chocar con aquella voluntad férrea encarnada en un hombre, que lo consideraba como un obstáculo á la expansión de su genio atrevido,—pudo estimar su temple al encontrarse con un antagonista en vez de un aliado. "Puede decirse—son palabras de San Martín,—que sus hechos militares le han merecido con razón ser considerado como el hombre más extraordinario que haya producido la América del Sur. Lo que lo caracteriza sobre todo, y le imprime en cierto modo su sello especial, es una constancia á toda prueba á que las dificultades dan mayor ten-

sión, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grandes que sean los peligros á que su alma ardiente lo arrastra". El círculo en que podía moverse la voluntad de San Martín, era muy limitado: iba de buena fe y sin ambición á buscar los medios de poner pronto término á la guerra de la independencia, circunscripta á un solo punto, y á tratar como "responsable del éxito de la empresa y del destino de la América", según sus propias palabras, las grandes cuestiones americanas de la organización futura, resolviendo de paso las del presente. Y no tuvo ni cuestiones qué tratar, ni encontró siquiera hombre con quien discutir. Bolívar se encerró en un círculo de imposibilidades ficticias, oponiéndole una fría resistencia que no se dejaba penetrar, á pesar de haberle insinuado antes, que "entre militares pocas horas bastaban para tratar".

La única cuestión de actualidad, la que afectaba "los intereses generales del Perú y de Colombia", que era la de Guayaquil, y que, según las seguridades oficiales dadas por San Martín "quedaría transigida en la conferencia", ni se tocó siquiera; estaba resuelta de hecho, y Bolívar, al ofrecerle su hospitalidad, le había notificado, que Guayaquil estaba "en el suelo de Colombia", y él la había aceptado bajo el pabellón colombiano. La gran cuestión de actualidad, que era la pronta terminación de la guerra de la independencia, por el común acuerdo y la alianza de las armas del Perú y de Colombia, fué esquivada en parte por el Libertador, y en parte resuelta por él en términos equívocos que importaban no alterar la situación militar, dándose San Martín ostensiblemente por satisfecho á más no poder con este resultado parcial que nada resolvía. La cuestión menor de las bajas de la división auxiliar que había concurrido á Pichincha, que, según lo convenido, debía reemplazar Colombia, no se tocó,

porque Bolívar la había detenido en Quito, adelantándose con sus batallones para dar el golpe de Estado de Guayaquil, temeroso de que su presencia pudiese alentar á los guayaquileños á pronunciarse en sentido contrario á sus planes de anexión.

La otra cuestión fundamental de orden trascendental, la que se refería á la organización futura de los nuevos Estados, no podía dejar de ser tratada, y lo fué, aunque incidentalmente, según testimonio del mismo San Martín. Los documentos hablarán en cuanto al modo cómo fué considerada y medio resuelta la relativa á la alianza, en el orden de los hechos; en cuanto á ésta, que se relaciona con las conciencias, á falta de ellos, la ilustrarán los antecedentes conocidos con que se liga, y las confidencias que esparcen una media luz sobre este punto, el único obscuro de la conferencia, aunque el más claro de la historia. Puede hasta fijarse la hora en que estas dos grandes cuestiones se trataron, y el momento preciso en que San Martín renunció, hasta en teoría, al proyecto quimérico del establecimiento de una monarquía americana. Cuando, después de la recepción oficial, los dos libertadores quedaron solos á puerta cerrada por el espacio de hora y media, era natural que no entrasen todavía en materia y se ocupasen de la situación general. Así lo confirma un dato de mera referència. Durante esta primera conferencia preliminar, el Libertador abrió la puerta y llamó á su ayudante de campo y secretario, el general T. C. Mosquera, y le ordenó trajese las últimas cartas del vicepresidente Santander, que instruían del estado en que se hallaba Colombia, lo que indica que se ocupaban de darse cuenta de la situación de todas y cada una de las partes de la América del Sur. En la visita de etiqueta que el Protector hizo al L bertador, que sólo duró media hora, no era la ocasión ni hubo tiempo para tratar

tan graves cuestiones. Por consecuencia, fué el 27 de julio, de 1 á 5 de la tarde, que hemos señalado, cuando tuvo lugar la formal y definitiva entrevista (véase párrafo IV de este cap.). A esas horas, los dados del destino estaban tirados.

VI

Salvo el orden en que se trataron los diversos puntos conexos con la inmediata terminación de la guerra de la independencia sudamericana, todos los tópicos son conocidos, y hasta los gestos que acentuaron la interesante discusión. San Martín manifestó que no abrigaba temor alguno respecto de la suerte futura del Perú en el orden militar. Sin embargo, agregó que, aun cuando estuviese intimamente convencido de que, cualesquiera que fuesen las vicisitudes de la guerra, la independencia de América era irrevocable, su prolongación causaría la ruina de las poblaciones, y era un deber sagrado de los hombres á quienes estaban confiados sus destinos, evitar tan grandes males. Bolívar ofreció el auxilio de tres batallones colombianos, pagando estrictamente la deuda de Pichincha; pero reservóse darles instrucciones secretas que anularan la cooperación que debían prestar, como se vió luego, complicando la oferta con la devolución del batallón Numancia, que debía agregarse á la columna colombiana. De este modo, Bolívar ponía un pie en el Perú, sin dar los medios eficientes para terminar prontamente la guerra, dejaba más ó menos librado el Perú á sus propios recursos, y en el estado crónico de la lucha, ó dado un suceso desgraciado, él era el árbitro, seguro de que el triunfo definitivo era cuestión de tiempo. Si Bolívar, en vez de 1400 hombres prestados á medias, hubiese puesto á dis-

posición del Protector tres ó cuatro mil colombianos ó decidídose á entrar con su ejército al Perú, contando, como contaba con la cooperación eficaz del general de los Andes, la guerra de la independencia habría terminado en tres meses. No quiso hacerlo, y la lucha se prolongó por tres años más. Para persuadirlo de esto, San Martín desenvolvió entonces el plan de campaña por puertos intermedios que tenía meditado, que para producir todas sus ventajas debía ser acompañado por una poderosa invasión á la sierra; y que esto no era posible sin el auxilio del ejército colombiano; pues los tres batallones colombianos ofrecidos (además del batallón Numancia) serían apenas suficientes para mantener el orden en Lima y guarnecer los castillos del Callao.

Parece que Bolívar dió poca importancia á las últimas fuerzas que resistían en el Perú, sea por cálculo ó por estar mal informado. San Martín se encargó de poner ante sus ojos los estados de fuerza, diciéndole que "no se hiciese ilusión sobre las fuerzas realistas en el Alto y Bajo Perú, que ascendían al doble de las patriotas; que se trataba de poner término á la lucha que juntos habían emprendido y en que estaban empeñados, y que el honor del triunfo final correspondía al Libertador de Colombia, á su ejército y á la república que presidía".

El momento psicológico de la conferencia había llegado. Bolívar, estrechado en sus defensas artificiales, pero resuelto á mantenerse en ellas, contestó que el congreso de Colombia no lo autorizaría para ausentarse del territorio de la república. Esto decía el que había reconquistado á Nueva Granada sin autorización del congreso, y le había impuesto la república colombiana, y que al sancionarse la constitución, se había reservado fuera de ella el ab-

soluto poder militar en los pueblos que fuese sucesivamente libertando, como lo acababa de hacer con Quito y Guayaquil. San Martín, sin darse por entendido de que era una evasiva, le repuso, que estaba persuadido de que la menor insinuación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación. El Libertador estaba sordo y no quería oir. San Martín tuvo la gran inspiración del momento. "Bien, general, le dijo, yo combatiré bajo sus órdenes. Puede venir con seguridad al Perú, contando con mi cooperación. Yo seré su segundo". Bolívar, sorprendido, levantó la vista y miró por la primera vez de frente á su abnegado interlocutor, dudando de la sinceridad de un ofrecimiento de que él no era capaz. Pareció vacilar un momento; pero luego volvió á encerrarse en su círculo de imposibilidades constitucionales, agregando que, aun estando resuelto á emprender formalmente la campaña del Perú, su delicadeza no le permitía jamás el mandarlo. Era significarle que, de ir él, con su ejército, iría mandando solo, como árbitro militar y político de la suerte de los pueblos, y que no aceptaba su cooperación. Si antes lo había considerado un obstáculo, ahora era más necesario suprimirlo, cuando se presentaba moralmente tan grande, que lo vencía con su abnegación. Fué sin duda entonces cuando formó de él el concepto de que era "un buen hombre", pero peligroso, aun como contraste de su ambición. San Martín comprendió que el Libertador no quería hacer causa común con él: desde ese momento, probablemente, decidió eliminarse poniendo los medios para que el Perú resolviese por sí solo, con los últimos restos de las tropas argentinas y chilenas, la lucha americana, y en todo caso, dejar la puerta abierta para que el Libertador avanzase con su poderoso ejército triunfante, y diese el golpe mortal

á la dominación española en la América del Sur. No volvió á insistir sobre el punto en cuestión, sabiendo ya á que atenerse.

VII

¿Se trató en la conferencia la cuestión capital de la organización futura de los nuevos estados sudamericanos? Es indudable. Todos los historiadores que han recibido más ó menos directamente las vagas confidencias de los dos grandes protagonistas de la escena, coinciden en este punto, sin exceptuar uno solo; y aunque variando en las versiones, todos están contestes en que San Martín abogó por la monarquía y Bolívar por la república. No podía ser de otro modo, después de la solemne declaración de San Martín de que iba á tratarse en la entrevista por él buscada, "de la estabilidad del destino á que con rapidez se acercaba la América, y de que él y el Libertador eran en alto grado responsables". Y necesariamente tenía que tratarla, dada la situación en que él se encontraba, con una negociación sobre monarquización del Perú, pendiente en Europa, que, aunque al parecer abandonada después de la convocatoria posterior del congreso peruano para entregar sus destinos al país libertado, podía todavía considerarla como un proyecto presentable, si Bolívar le prestaba su aprobación, ó no le ponía obstáculo.

Sucede á este respecto lo mismo que en los demás tópicos de la conferencia. Conocidas las opiniones sobre forma de gobierno que profesaban ambos libertadores, públicamente declaradas en varias ocasiones, pueden ponerse en boca de los interlocutores los argumentos que hicieron valer en favor de ellos, y hasta las palabras de que se sirvieron. San Mar-

tín diría, como había dicho siempre, que, aunque republicano por convicción, y considerando la república como el gobierno más perfecto, posponía sus principios al bien público, al optar por lo que creía posible y mejor para asegurar la paz de los nuevos Estados evitando la anarquía, porque no consideraba á los pueblos de la América del Sur preparados para la democracia; y que respecto al Perú, pensaba que era la forma de gobierno más adaptable á su estado social; siendo por otra parte este un medio de alcanzar una solución, que conciliaba la política del Nuevo y del Viejo Mundo, y aun de arribar á un arreglo con la España sobre la base del reconocimiento de la independencia. En este plan quimérico y absurdo, pero patriótico á su manera, no entraba por nada la ambición personal: él no aspiraba ni siquiera á ser presidente de república. Bolívar era republicano, á su manera también. Como presidente de una gran república, que componía un verdadero imperio, era más que un rey, y soñaba ya con la monocracia americana, y con la presidencia vitalicia que le había inoculado su maestro Simón Rodríguez, y que sostuvo en sus escritos varias veces desde sus primeros hasta sus últimos días de vida pública, como la única institución capaz de dar estabilidad á los nuevos Estados, combinando la constitución monárquica de la Inglaterra con la democracia embrionaria de la América del Sur, por la eliminación de sus dos principios fundamentales:—ni democracia ni rey.—Precisamente por este mismo tiempo se inauguraba el nuevo é inconsistente imperio mejicano, y Bolívar, tal vez por una asociación de ideas, que se ligaba á la reciente conferencia, después de emitir sobre San Martín, en la intimidad, el juicio que había formado de él, considerándolo como un hombre bueno, agregaba: "Itúrbide se hizo emperador por la gracia de

Pío, primer sargento; sin duda será muy buen Emperador. Su imperio será muy grande y muy dichoso, porque los derechos son legítimos, según Voltaire, por aquello que dice: "El primero que fué rey, fué un soldado feliz", aludiendo sin duda al buen Nemrod. Mucho temo que las cuatro planchas cubiertas con carmesí, que llaman trono, cuesten más sangre que lágrimas, y den más inquietudes que reposo. Están creyendo algunos que es muy fácil ponerse una corona, y que todos lo adoren; y yo creo que el tiempo de las monarquías fué, y que, hasta que la corrupción de los hombres no llegue á ahogar el amor á la libertad, los tronos no volverán á ser de moda en la opinión". En este manto de republicano se envolvía una ambición cesárea, incompatible con la verdadera democracia, como sus reaccionarias teorías confesadas lo manifiestan y el tiempo lo demostró. Era, pues, natural que, por principios y por instinto y hasta por interés propio, rechazase el plan monarquista de San Martín, y éste era otro motivo para eliminarlo. Era una idea muerta.

La tradición ha conservado algunas frases á propósito de monarquía, pronunciadas por los interlocutores, que uno de ellos ha confirmado. San Martín, en uno de los rarísimos momentos de expansión, comunicó en 1832 al enviado de Chile en París, don José J. Pérez, que Bolívar no creía posible la monarquía, sino á condición de que los reyes fuesen americanos. San Martín le contestó, según él, que no podían tomarse á lo serio monarcas "que habían fumado juntos el mismo cigarro, y para sus súbditos serían naranjos", aludiendo á la monja que no podía reverenciar un Cristo tallado en el tronco de un naranjo que había visto crecer en el huerto de su convento. Algunas otras confidencias parece que se hicieron los dos libertadores. San Martín

asegura que Bolívar le dijo que "depositaba su mayor confianza en los oficiales ingleses que servían en su ejército", y pudo cerciorarse por sí mismo de que trataba á los oficiales colombianos más bien como esclavos que como compañeros, tolerando la mayor licencia en la tropa, en que era muy popular. Al despedirse para siempre del Libertador, al parecer amigablemente, ofrecióle enviarle desde el Perú un caballo de paso, para las marchas de sus futuras campañas. En seguida sentóse á la mesa del banquete, y vencido, si no convencido, alzó la copa y brindó "Por la organización" de las diferentes "repúblicas del continente". Hasta entonces, el libertador del Sur había fundado repúblicas de hecho, pero no había confesado una fe política, inclinándose en teoría á la monarquía, aunque sin pretender imponer sus opiniones. Por la primera vez reconocía que los nuevos Estados sudamericanos eran "repúblicas", y debían "organizarse" como tales.

¿Hubo algo más? Tal vez. Así lo indica la reserva que uno y otro guardaron por el espacio de largos años, sin comunicar sus impresiones á sus más íntimos confidentes. San Martín, como vencido, quedó mortificado, y era un asunto de que no le era grato hablar, habiéndose impuesto por otra parte el silencio como un deber de patriotismo para no dar armas al enemigo, según lo dijo él mismo al Libertador después de la conferencia. Bolívar, por su parte, no debió quedar satisfecho de sí mismo: el Protector lo había vencido moralmente con su abnegación, y su silencio mismo constituye el mayor elogio que podía hacer á su elevación de sentimientos. Parece, empero, que Bolívar hubiera ido más allá, en algunos de esos momentos de indiscreción que le eran tan habituales, y que, si no se entendieron, fué porque los planes que podían acercarlos, le repugnaban. Así lo indicarían varias confidencias

de San Martín llenas de reticencias, cuando desde su ostracismo observaba á Bolívar poseído del delirio de la monocracia. "Es preciso creer, escribía tres años después (1827), que todos los hombres que no han empuñado el clarín para desacreditar al ex general San Martín, han sido perseguidos por el general Bolívar. La emulación no puede entrar en parte. Los sucesos que yo he obtenido en la guerra de la independencia, son bien subalternos en comparación de los que ha prestado él á la causa general de la América. Usted tendrá presente que á mi regreso de Guayaquil le manifesté la opinión que me había formado del general Bolívar, es decir, una ligereza extrema, inconsecuencia en sus principios, y una vanidad pueril, pero nunca me ha merecido la de un impostor".

Un año después (1827), cuando la fortuna de Bolívar declinaba, y el Perú y hasta su misma patria repudiaban al Libertador, volvía á insistir sobre el mismo tópico: "No me ha tomado de sorpresa la conducta que el general Bolívar ha observado en el Perú. Tenga presente el juicio que le dije había formado de él á mi regreso de Guayaquil. Desgraciadamente para la América, no he tenido que rectificarlo. Estoy convencido de que la pasión del mando es, en lo general, la que más domina al hombre, y hay muy pocos capaces de dominarla. No me queda duda de las sanas intenciones de este general en atacar mi opinión; pero yo sería un mal caballero, si abusase de la situación en que se halla (que estoy seguro empeorará aún más por su carácter), para publicar secretos que sólo verán la luz después que deje de existir".

Es posible que San Martín se llevase á la tumba alguno de los secretos de la entrevista respecto de los planes ambiciosos de Bolívar, entonces en germen, que hoy no son un misterio para nadie, pues

él mismo se ha encargado de revelarlos al mundo con sus hechos y sus escritos. Todo induce, empero, á pensar que las revelaciones anunciadas, se limitaban á la famosa carta que dirigió al Libertador después de la conferencia, que puede considerarse como el protocolo consentido de ella, y que entonces no era conocida ni sospechada siquiera. Si algún rasgo de detalle se ha perdido, la historia no necesita de él, porque posee los suficientes documentos para juzgar á ambos en el momento de prueba en que sus caracteres se contrastaron por la piedra de toque del mando supremo en el apogeo de su grandeza.

VIII

Un historiador colombiano, ministro y confidente del Libertador, ha dicho: "Afirmóse en su tiempo, que ni el Protector había quedado contento de Bolívar, ni éste de aquél". San Martín, por su parte, se encargó de afirmar esto mismo, dando por motivo que "los resultados de la entrevista no habían correspondido á lo que se prometía para la pronta terminación de la guerra". Era un vencido. Si desde entonces meditó separarse de la escena, para no ser un obstáculo á la terminación de la guerra, ó si la situación que á su regreso encontró en Lima lo determinó á ello, es un punto accesorio que no puede con precisión determinarse; pero de todos modos, ésta fué una de las principales causas que obró en él para su resolución definitiva, además de otras que fatalmente la imponían.

La primera palabra de San Martín de regreso al Perú, fué para abrir sus puertas á las armas auxiliares de Colombia, proclamando la alianza sudamericana, y de alto encomio para su feliz rival: "Tuve la satisfacción de abrazar al héroe del sur de Amé-

rica. Fué uno de los días más felices de mi vida. El Libertador de Colombia auxilia al Perú con tres de sus bravos batallones. Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar". San Martín sabía bien que este auxilio era insuficiente, que su concurrencia no sería eficaz desde que no era dado con el propósito serio de poner de un golpe término á la guerra, y que su persona era el único obstáculo para que Bolívar se decidiese á acudir con todo su ejército al Perú. Fué entonces cuando, hecha la resolución de eliminarse, dirigió al Libertador la famosa carta, que puede considerarse como su testamento político, y que la historia debe registrar íntegra en sus páginas.

"Le escribiré, no sólo con la franqueza de mi carácter, sino también con la que exigen los altos intereses de la América.

"Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido de que, ó no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás el mandarme, y que, aun en el caso de decidirse, estaba seguro de que el congreso de Colombia no autorizaría su separación del territorio de la república, no me han parecido bien plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto á la segunda, estoy persuadido de que, si manifestase su deseo, sería acogido con unánime aprobación, desde que se trata de finalizar en esta campaña, con su cooperación y la de su ejército, la lucha que hemos emprendido y en que estamos empeñados, y de que el honor de ponerle término refluiría sobre usted y sobre la república que preside.

"No se haga ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas. Ellas montan en el Alto y Bajo Perú á más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no puede poner en línea sino 8500 hombres, en gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (que concurrió á Pichincha), cuyas bajas no han sido reemplazadas á pesar de sus reclamaciones, ha debido experimentar una pérdida considerable en su dilatada y penosa marcha por tierra, y no podrá ser de utilidad en esta campaña. Los 1400 colombianos que envía, serán necesarios para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios, no podrá alcanzar las ventajas que debieran esperarse, si fuerzas imponentes no llamasen la atención del enemigo por otra parte, y así, la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido de que, sean cuales sean las vicisitudes de la presente, la independencia de la América es irrevocable; pero la prolongación de la guerra causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitarles tamaños males.

"En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado. He convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general á quien la América debe su libertad. ¡El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse!

"No dudo de que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca, reclamará su activa cooperación, y pienso que no podrá negarse á tan justa demanda.

"Le he hablado con franqueza, general; pero los sentimientos que exprime esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen á traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia".

Por el portador de la carta le remitía una escopeta y un par de pistolas, juntamente con el caballo de paso que le había ofrecido para sus futuras campañas, acompañando el presente con estas palabras: "Admita, general, este recuerdo del primero de sus admiradores, con la expresión de mi sincero deseo de que tenga usted la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sur".

Esta carta, escrita con aquel estilo del General de los Andes, que era todo nervios, en que cada palabra parecía una pulsación de su poderosa voluntad, es el toque de retirada del hombre de acción—el documento más sincero que haya brotado de su pluma y de su alma,—es el protocolo motivado de la conferencia de Guayaquil, que explica una de las principales causas de su alejamiento de la vida pública, y puede considerarse como su testamento político. Es un triunfador vencido y consciente que, al tiempo de completar su obra, se resigna á entregar á un rival más afortunado, glorificándolo, el honor de coronarla: "Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia (aun bajo las órdenes de Bolívar). ¡El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse!"

La historia no registra en sus páginas un acto

de abnegación impuesto por el destino, ejecutado con más buen sentido, más conciencia y mayor modestia.

CAPITULO XLVII

La abdicación de San Martín.

1822

Pliego cerrado de San Martín al marchar á la conferencia de Guayaquil.—Sublevación en Lima contra Monteagudo.—Deposición violenta de Monteagudo.—Actitud del general Alvarado y del ejército durante la revolución.—Carácter del movimiento de Lima.—Destierro de Monteagudo.—Situación que encuentra San Martín á su regreso de la conferencia.—Su resolución de alejarse de la vida pública.—La consigna del silencio.—Trabajos militares que emprende.—Su último plan de campaña.—Instalación del primer congreso constituyente del Perú.—San Martín resigna el mando.—Honores que le votó el congreso.—Proclama de despedida á los peruanos.—Se aleja para siempre del Perú.—Su ostracismo en Chile.—Caída de O'Higgins.—San Martín chacarero en Mendoza.—Juicio sobre la retirada de San Martín del Perú.

I

Mientras San Martín conferenciaba con Bolívar en Guayaquil, tenía lugar un suceso extraordinario que debía afirmarlo en la resolución hecha de separarse por siempre de la vida pública. El pueblo de Lima se había sublevado en presencia del ejército inerte, contra el gobierno protectoral, y aunque sin afectar su persona, puso á descubierto las bases minadas de su poder político y militar. Al tiempo de

marchar á la conferencia, el Consejo de Estado, á indicación suya, le había dirigido una consulta reservada, previendo el caso de acefalía del gobierno, por muerte ó impedimento del delegado supremo Torre-Tagle. San Martín dejó en consecuencia un pliego cerrado, en que nombraba para ejercer el mando en tal caso á Alvarado, general en jefe del ejército unido, confiándole la conservación del orden durante su ausencia. Hasta este punto de apoyo había fallado.

El 25 de julio—el mismo día en que San Martín era aclamado en Guayaquil,—reuníanse en Lima unos cincuenta vecinos, movidos secretamente por Riva Agüero, quien, mal avenido con la situación, se había constituído en representante del sentimiento indígena. Allí se acordó la caída del ministro Monteagudo, blanco de todos los odios, como el hombre civil más expectable de la actualidad. El delegado supremo Torre-Tagle, era generalmente despreciado, y se le consideraba como un pobre instrumento de voluntades ajenas. Monteagudo era el cabro emisario en cuya cabeza se amontonaban todos los pecados de la época. Su tirantez en el mando, que á veces rayaba en insolencia; sus tendencias monárquicas, en pugna con la opinión; sus gustos sibaríticos, que herían el sentimiento público; sus crueles persecuciones á los españoles, que recrudecieron durante la ausencia de San Martín, afectando las principales familias vinculadas con los perseguidos, y hasta sus mismas reformas adelantadas, que chocaban con las preocupaciones ó excedían la medida en la represión de los vicios sociales inveterados, al autorizar hasta la delación de los criados para reprimir el juego en el seno de las familias, habían creado en torno suyo una atmósfera de impopularidad y malquerencia, que no era sino el síntoma de

las resistencias latentes que la generalidad de los peruanos abrigaba contra el gobierno protectoral. No se atrevían á atacar de frente al Protector, y buscaban una víctima inmolatoria en quien herirlo. La encontraron en Monteagudo. En consecuencia, elevaron una petición al Delegado, solicitando su remoción, en que exponían que "el vecindario estaba en fermentación, hasta temerse una espantosa revolución por las tiránicas y arbitrarias providencias, que amenazaban al Perú con un despotismo que pretendía disponer á su antojo de la suerte del país". Al mismo tiempo, dirigieron una nota á la Municipalidad de la ciudad solicitando su apoyo "en vista de la opresión y despotismo que sufría, no sólo la ciudad, sino todo el Estado, por el influjo del odiado ministro". Uno de los notables fué comisionado para significar al jefe del gobierno, en nombre del pueblo, su resolución de convocar un cabildo abierto, si al terminar el día no se cumplían sus votos. La Municipalidad, presidida por Riva Agüero en su calidad de presidente del departamento de la capital, apoyó decididamente la exigencia, pidiendo la inmediata prisión del ministro. El gobierno contestó por medio de dos consejeros de Estado, que al día siguiente se tomarían en consideración las peticiones.

Eran las diez y media de la noche. El pueblo se agolpaba á las puertas de la Municipalidad y alrededor del palacio de gobierno, pidiendo á grandes gritos la deposición del ministro. Monteagudo renunció. La Municipalidad exigió su prisión, á fin de que respondiese al juicio de residencia á que debía ser sometido, y así se proveyó.

Al día siguiente la agitación acrecía, y tomaba las proporciones de una revolución. En ese mismo día aparecía un periódico con el título significativo

de *El Republicano*, que se constituía en órgano del movimiento, enarbolando como bandera este epígrafe de Rousseau: "No hay negación tan completa como la que conserva las apariencias de la libertad, porque así está la misma voluntad cautiva". Las exigencias populares se renovaron. El gobierno, para satisfacerlas, declaró públicamente que el ex ministro permanecía en su casa, bajo segura custodia responsable de su persona.

Mientras tanto, el ejército (en el cual los revolucionarios tenían algunos sostenes, propalando que contaban con su neutralidad), permanecía con las armas en descanso. El hermano del general en jefe, D. Felipe Antonio Alvarado, era uno de los corifeos más caracterizados de la Municipalidad, y sus relaciones íntimas con sus directores eran notorias. En el día anterior, la Municipalidad había dirigido un oficio al general, previniéndole que sólo se trataba del ejercicio legal y pacífico de los derechos de los ciudadanos, en que las armas no tenían para qué intervenir. Alvarado, después de dejar pasar veinticuatro horas, contestó: "Cuando recibí anoche el pliego que se me dirigió á nombre del pueblo, me persuadí de que sus reclamaciones no llegaran á hacerse reuniones tumultuosas, que, además de trastornar el orden, desmoralizan el ejército, único apoyo de la seguridad del país. Llevar tales movimientos al grado que hoy hemos visto, es precipitarse á la ruina, dividiendo la opinión y formando facciones cuyo resultado será la disolución de la fuerza armada y los horrores de la anarquía. Si el ejército, cuyo instituto es proteger al país y crearle su independencia y libertad, fuese en esta crisis un mero espectador de los desórdenes, se haría responsable de la pérdida de esta capital; pero los jefes del ejército y yo, que comprendemos bien las conse-

cuencias de estas asonadas, estamos dispuestos á sostenerla á toda costa, tomando las providencias necesarias á la tranquilidad pública". A pesar de esta, al parecer categórica intimación, que le imponía por lo menos el deber de garantir el orden público y salvar el decoro del gobierno de que se hacía responsable, permaneció al frente del ejército, frío espectador del desorden, actitud que, según él mismo, "desmoralizaba la fuerza armada amenazando su disolución, y precipitaba al país á la anarquía y la ruina". Era, á la inversa del payo del centinela, una consigna bien aprendida y mal observada.

II

La agitación fué acreciendo en los días subsiguientes. Según la expresión de los mismos agitadores, "los ciudadanos parecían más bien leones de Arabia, que pacíficos peruanos". El gobierno había desaparecido de hecho, la Municipalidad era un órgano automático y la revolución anónima dominaba en las calles. Era un movimiento complejo y confuso, sin objetivo claro ni plan fijo, pero que tenía su razón de ser. El sentimiento nacional contra los extraños que ejercían el poder, el sentimiento republicano contra los planes monarquistas del gobierno, la resistencia sorda contra el poder protectoral, la oposición electoral que procuraba tener representación en el próximo congreso, eran otras tantas causas concurrentes que obraban para darle impulso y significación.

Las hojas sueltas que se publicaban á manera de boletines, traducían embozadamente estos diversos sentimientos y tendencias. "Este gran paso del pueblo anuncia—"decía su órgano en la prensa,—el pri-

mero majestuoso de su libertad, que puede asegurarse empieza á gozarla, porque con tal ministro al frente (Monteagudo), aunque se habían roto las cadenas de la España, se habían roto de un modo que se nos habían quebrado las manos". En otra hoja suelta de la misma procedencia se decía: "Un misántropo orgulloso consideraba esta capital (Lima) como una propiedad de conquista. Tiemblen los tiranos y desengáñense de intentar aherrojar á sus detestables cadenas á unos hombres que no ignoran que la ambición de los opresores es reinar sin trabas, franquear los límites de toda ficción legítima y erigir en ley los caprichos del poder arbitrario. La gloriosa carrera que habéis comenzado, será marcada por las generaciones futuras como la época más importante del ser político y existencia de la patria. Desde ella señalarán el principio de su libertad, y os bendecirán como fundadores de sus privilegios. Es indispensable caminar con firmeza y no desmayar un punto en aniquilar todo lo que se resienta del ominoso nombre de opresión. Un momento de resolución y energía evitará grandes desastres. Un descuido en sofocar la oposición más pequeña, hará derribar la obra comenzada, y se expondrá á que Mario vuelva sobre Roma respirando venganza, acordándose de las lagunas de Manturnio. Es imposible esperar bienes y honradez en la cueva de Caco". Estos tiros, apuntados al ministro Monteagudo, herían de rebote al Protector.

El 29 volvió á reunirse la Municipalidad, y exigió del gobierno que, "para hacer cesar la exaltación de los vecinos que podía inducirlos á abrazar medios violentos", era necesario el destierro del depuesto ministro. Así se hizo. El general Alvarado, en nombre de la fuerza armada, dió su sanción á la revolución en términos tan contradictorios como

equívocos: "Las reuniones tumultuosas, compuestas en mucha parte de gente sin responsabilidad, me hicieron justamente recelar que su continuación produjese la anarquía en el pueblo y la desmoralización en el ejército. Sin contrariar las resoluciones del pueblo, me resolví á contener con la fuerza de las armas cualquier desorden que atacara violenta y perpetuamente los principios fundamentales de la actual administración. El ejército destinado á la protección de los derechos de los ciudadanos, tiene también por objeto hacer respetar las autoridades establecidas, mientras que una legítima y suficiente representación no crea deber hacer innovaciones". La conclusión á que arriba el general en jefe, es sorprendente. "Enterada la Municipalidad de estos mis sentimientos, debía excusar la insinuación sobre mi asenso á que el ministro depuesto salga del territorio del Estado. Combatir el enemigo común y cimentar la libertad de los pueblos, he ahí el único blanco á que deben tender sus operaciones públicas y privadas. Trate, pues, la Municipalidad de considerarme muy ajeno de intervenir en estas materias. Conozco los deberes de los ciudadanos y me abstendré de disputar con la espada unos procedimientos que nazcan de la razón y de la justicia. Puede, por consiguiente, la Municipalidad hacer cuantas reclamaciones tenga á bien por el orden legal, segura de que las armas no serán nunca una barrera que se oponga á sus justos clamores".

Tal era la situación que encontró San Martín á su regreso de la conferencia de Guayaquil (agosto 20). El pueblo lo recibió con demostraciones de simpatía, aclamándolo con entusiasmo. Riva Agüero y los principales revolucionarios se le presentaron ofreciéndole votos de adhesión. El no se alucinó

respecto de su popularidad, ni se dejó arrastrar por el despecho al ver su autoridad moral ajada. Vió claramente que la opinión indígena no le era propicia y estaba fatigada de su dominación; que el ejército estaba desligado de él; que había cometido el error de confiar el gobierno á manos ineptas y débiles; que su ministro Monteagudo era un instrumento quebrado por la tensión que había dado á los resortes de presión; que él no era ya un hombre necesario y podía ser un obstáculo al pronto triunfo de la independencia, definitivamente asegurado; que en tales circunstancias prestaba un servicio á la causa de la América eliminándose como hombre público; y se eliminó conscientemente. Podía aún mantenerse en el poder. Tenía á sus órdenes un ejército acostumbrado á obedecerle, que le era fácil volver á dominar; contaba en el país con un partido poderoso, y con estos elementos de fuerza y de opinión, no le era difícil imponerse. Pero para esto, tenía que retemplar con mano de hierro los resortes de su autoridad adoptando una política de represión, que le repugnaba; de todos modos, al fin chocaría con el congreso que había convocado, cuyo espíritu era oposicionista y podía producir un escándalo. Prefirió entregar á los hijos del Perú sus propios destinos políticos, para que se gobernasen por sí mismos, después de proveer á su defensa. Fué entonces cuando escribió á Bolívar: "Mi partido está irrevocablemente tomado: he convocado el congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile".

Fiel á la consigna del silencio que se había impuesto, para no divulgar las verdaderas causas de su retirada, escribió al mismo tiempo á su amigo O'Higgins, cubriéndola con su cansancio y mal estado de su salud: "Me reconvendrá usted por no

concluir la obra empezada. Tiene usted mucha razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada: la temperatura de este país me lleva á la tumba. En fin, mi juventud fué sacrificada al servicio de los españoles y mi edad media al de mi patria. Creo que tengo el derecho de disponer de mi vejez. Será la última carta que le escriba".

Veinticinco años más tarde, después de publicada su carta á Bolívar, en que daba el verdadero motivo de su retirada, explicando la lucha por que pasó su espíritu en aquel momento, decía: "Este costoso sacrifiicio, y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario en aquellas circunstancias), me obligaron á dar este paso que comprometía mi honor y mi reputación, con esfuerzos que no está al alcance de todos poder calcular". El sacrificio quedó así fríamente consumado, en nombre del deber y de la necesidad, en el silencio de la propia conciencia.

III

El Protector, al decidirse á entregar al Perú sus propios destinos, se impuso el deber de proveer á su seguridad, poniendo en sus manos la espada con que debía libertarse por sí solo, si esto era posible; y por si acaso se quebraba en sus manos—como sucedió,—dejaba abiertas las puertas por donde debía penetrar la reserva de Bolívar, que contaba con los medios para triunfar definitivamente. Con este objeto, reasumió el mando y se ocupó con actividad en remontar su ejército, trazando el plan de campaña que hacía tiempo tenía en su cabeza y que había pensado ejecutar personalmente, solo ó con la concurrencia de las fuerzas colombianas.

A fines de agosto, las fuerzas peruanas, chilenas, argentinas y colombianas, reunidas en el Perú, ascendían á más de 11.000 hombres, según su cómputo. No era una situación militarmente perdida la que entregaba. Además, una expedición de 1000 hombres, enviada por el gobierno de Chile, debía reforzar en Arica el ejército destinado á operar en puertos intermedios. Con estas fuerzas bien dirigidas, podían emprenderse operaciones decisivas con algunas probabilidades de triunfo, y San Martín confiaba en sus buenos resultados. "El resultado de la campaña que se va á emprender, no deja la menor duda de su éxito", escribía á O'Higgins al anunciarle su resolución de retirarse. Podrá echársele en cara que con esta confianza no emprendiese él mismo la campaña. La única explicación racional de este alejamiento es que comprendía que su presencia era el "único obstáculo" que se oponía á que Bolívar concurriese con todas sus fuerzas, y pensó que su ausencia aceleraba ó facilitaba el auxilio de la poderosa reserva colombiana, que á todo evento aseguraba el triunfo final. Sabía, como lo había dicho, que sus elementos no eran suficientes para fijar la victoria, aunque bastantes para probar fortuna con probabilidades de éxito. En tal situación, y en este sentido lo combinaba todo, prescindiendo de su persona. Sin duda que habría sido más heroico para San Martín ponerse al frente de su ejército y realizar por sí mismo el plan combinado en que tanto confiaba. Vencedor, tenía tiempo de retirarse legando la victoria; y vencido, cumpliría su último deber como general, corriendo la suerte de sus últimos soldados. Empero, había también su heroísmo moral, al renunciar al poder y á la gloria, exponiéndose á ser tachado de pusilánime. Por eso ha dicho él mismo, con plena con-

ciencia de lo que hacía, que "sacrificaba su honor y su reputación por servir á la América".

El plan de San Martín, si no muy seguro, y tal vez ilusorio en algunas de sus partes, era racional, y prometía ventajas positivas sin comprometer mucho, con sólo conducir las operaciones con precisión y actividad. Consistía en lanzar un ejército de 4300 hombres por intermedios, dándole por nervio los veteranos de los Andes y de Chile, para obrar sobre la sierra del sur y el Alto Perú en combinación con la columna del guerrillero Lanza, que simultáneamente obraría en el Alto Perú, llamando á sí una parte de las fuerzas del ejército español diseminadas desde Jauja á Huancayo, Cuzco, Arequipa y Puno, hasta la frontera norte argentina. Al mismo tiempo, desprender otro ejército de igual fuerza sobre la sierra del centro, que penetraría por Pisco, para cortar la línea del enemigo, á la vez que impedir que el grueso de sus fuerzas cargase sobre la expedición de puertos intermedios, y, ganada la primera batalla, como era probable, obrar en combinación ambos ejércitos. Bolívar, anticipadamente consultado, declaró excelente el plan, reservándose ponerle obstáculos y condenarlo después del mal éxito. El hecho pareció demostrar que la victoria no debiera buscarse por ese camino y que se encontró por otro. Asimismo, tan mal ejecutado como fué el plan—y no pudo serlo peor,—vióse que pudieron haberse conseguido ventajas, si no decisivas, por lo menos muy considerables. Es probable que, si el mismo San Martín lo hubiese combinado sobre el terreno, lo habría modificado, cargando con toda su fuerza sobre el punto más débil del enemigo, y limitándose á llamar la atención de una manera seria sobre el que debía ser meramente concurrente, en vez de dividir las probabilidades con dos ejérci-

tos de igual fuerza, en que, perdido el uno, se inutilizaba el otro, ó se perdían los dos. Pero los planes de campaña no son absolutamente buenos ni malos, cuando son racionales, sino con relación á la idiosincrasia del general que los concibe y ejecuta por sí. Napoleón, cuando pretendía dirigir teóricamente las operaciones de Moreau, se convenció de que los planes de campaña, relativamente malos ó buenos, sólo son bien ejecutados por el general que los concibe, según su temperamento y los recursos que tiene dentro de sí mismo.

Después de proveer á la seguridad del Perú, y organizar la victoria á todo evento, según él lo entendía, ocupóse de la suerte política del Perú, sobre la base de su irrevocable retirada; de nadie se aconsejó, á nadie confió su secreto, y tan sólo interrogó su propia conciencia. Solamente comunicó su resolución á O'Higgins y Bolívar; pero antes que sus contestaciones llegaran, el hecho estaría consumado. Debió ser en un momento melancólico para el hombre que había sido durante cinco años el árbitro de la mitad de la América del Sur, y la suprema resolución, como él mismo lo ha dicho con reconcentrada emoción, costóle sin duda "esfuerzos que él sólo pudo calcular", al tomarla y ponerla en ejecución.

IV

El 20 de septiembre de 1822 instalóse con gran pompa el primer congreso constituyente del Perú. San Martín se despojó en su presencia de la banda bicolor, símbolo de la autoridad protectoral. "Al deponer la insignia que caracteriza al jefe supremo del Perú, dijo, no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del

poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy felizmente que lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino que necesitan para hacer la felicidad de sus representados. Desde este momento queda instalado el congreso soberano, y el pueblo reasume el poder en todas sus partes". En seguida, depositó sobre la mesa del congreso seis pliegos cerrados y se retiró entre vivas y aplausos estruendosos. Abrióse uno de los pliegos. Era su renuncia irrevocable de todo mando futuro: "El placer del triunfo para un guerrero que pelea por la felicidad de los pueblos, sólo le produce la persuasión de ser un medio para que gocen de sus derechos; mas, hasta afirmar la libertad del país, sus deseos no se hallan cumplidos, porque la fortuna varia de la guerra, muda con frecuencia el aspecto de las más encantadoras perspectivas. Un encadenamiento prodigioso de circunstancias ha hecho ya indudable la suerte futura de la América; y la del pueblo peruano sólo necesitaba de la representación nacional para fijar su permanencia y prosperidad. Mi gloria está colmada cuando veo instalado el congreso constituyente: en él dimito el mando supremo que la necesidad me hizo tomar. Si mis servicios por la causa de América merecen consideración al congreso, yo los represento hoy, sólo con el objeto de que no haya un solo sufragante que opine por mi continuación al frente del gobierno".

El congreso votó una acción de gracias al ex Protector "como al primer soldado de la libertad", y lo nombró generalísimo de los ejércitos de mar y tierra de la república, con una pensión vitalicia de doce mil pesos anuales. San Martín aceptó el título y el beneficio; pero declinó su ejercicio, exponiendo sus razones: "Resuelto á no traicionar mis propios sentimientos y los grandes intereses públicos, séame permitido manifestar que la distinguida clase á que

el congreso se ha dignado elevarme, lejos de ser útil á la nación, si la ejerciera, frustraría sus propios designios, alarmando el celo de los que anhelan por una positiva libertad; dividiría la opinión de los pueblos y disminuiría la confianza que sólo puede inspirar el congreso con la absoluta independencia de sus decisiones. Mi presencia en el Perú, con las relaciones del poder que he dejado y con las de la fuerza, es inconsistente con la moral del cuerpo soberano, y con mi opinión propia, porque ninguna prescindencia personal, por mi parte, alejaría los tiros de la maledicencia y la calumnia. He cumplido la promesa que hice al Perú: he visto reunidos sus representantes. La fuerza enemiga ya no amenaza la independencia de unos pueblos que quieren ser libres, y que tienen los medios para serlo. El ejército está dispuesto á marchar para terminar por siempre la guerra. Nada me resta sino tributar los votos de mi más sincero agradecimiento y de mi protesta de que, si algún día se viera atacada la libertad de los peruanos, disputaré la gloria de acompañarlos, para defenderla como un ciudadano". El congreso insistió, pero San Martín repitió su renuncia.

En la misma noche, reunido el congreso en sesión extraordinaria, acordó que el General San Martín llevase el título de "Fundador de la libertad del Perú", con el uso de la banda bicolor de que se había despojado y el grado de capitán general:—que se le asignase la misma pensión vitalicia que á Wáshington:—que se le erigiese una estatua sobre una columna con inscripciones conmemorativas de sus servicios, y que, mientras tanto, se colocase su busto en la Biblioteca Nacional por él fundada:—por último, que en todo tiempo se le hicieran en el territorio de la República los honores anexos al Poder Ejecutivo. Así cumplió el Perú su deuda de gratitud.

Desde su retiro de la Magdalena dirigió á los peruanos su última palabra de despedida, que ha quedado estereotipada en la memoria de los americanos por su estilo lapidario, cuyos conceptos la historia debe reproducir íntegros, para examinarlos á la luz de un criterio diverso del de sus contemporáneos.

"Presencié la declaración de los Estados de Chile y el Perú: existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.

"Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer la independencia y dejar á su voluntad la elección de sus gobiernos.

"La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible á los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte, ya estoy aburrido de oir decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré dispuesto á hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más.

"En cuanto á mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de éstos darán el verdadero fallo.

"Peruanos: os dejo establecida la representación nacional. Si depositáis en ella entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os va á devorar.

"Que el cielo presida á vuestros destinos, y que éstos os colmen de felicidad y de paz".

V

Retirado San Martín á su habitual residencia de campo en el pueblo de La Magdalena—bautizado por él con el nombre de "Pueblo Libre",—se encontró solo con su antiguo confidente Guido, á quien había pedido lo acompañase. Paseábase en silencio por la galería de la casa, al parecer radiante de contento. De repente volvióse á su compañero y exclamó en tono festivo: "Hoy es un día de verdadera felicidad para mí. Me he desembarazado de una carga que no podía llevar. Los pueblos que hemos libertado, se encargarán de sus propios destinos".

Interrumpido en su soledad por las diversas diputaciones del congreso que le ofrecían sus honores ó insistían en que aceptase el puesto de generalísimo, agradeció lo primero; pero respecto á lo segundo, contestó con firmeza: "Mi tarea está terminada, y mi presencia en el poder, no sólo sería inútil sino perjudicial: á los peruanos toca completarla". Entrada ya la noche, prorrumpió con cierta impaciencia: "Ya que no puedo poner un cañón en la puerta para defenderme de otra incursión, por pacífica que sea, voy á encerrarme". Y se retiró á su aposento, donde se ocupó en arreglar sus papeles. Hasta entonces, á nadie había comunicado su resolución de separarse del territorio del Perú.

A las 9 de la noche hizo llamar al general Guido, invitándolo á tomar el te en su compañía. En la conversación amistosa que se siguió, le preguntó de improviso:—"¿Qué manda para su señora en Chile? El pasajero que conducirá las encomiendas, las entregará particularmente".—¿Qué pasajero es ese?—

preguntó su amigo.—"El pasajero soy yo, repuso.— Ya están listos mis caballos para pasar á Ancón, y esta misma noche me embarcaré".—Guido, sorprendido y agitado, le observó: que cómo exponía su obra á los azares de una campaña no terminada aún, cuando nunca le había faltado el apoyo de la opinión y de las tropas; y libraba la suerte política del país á reacciones turbulentas que su ausencia provocaría sin duda; y cómo, sobre todo, dejaba en orfandad á los que le habían acompañado desde las orillas del Plata y desde Chile. "Todo lo he meditado detenidamente, replicó con emoción. No desconozco ni los intereses de la América ni mis deberes. Abandono con pesar á camaradas que quiero como hijos, y que tan generosamente me han ayudado; pero no puedo demorar un solo día: ¡me marcho! Nadie me apeará de la convicción en que estoy, de que mi presencia en el Perú le traería más desgracias que mi separación. Por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto sino bajo condiciones contrarias á mis sentimientos y á mis convicciones. Voy á decirlo: para sostener la disciplina del ejército, tendría necesidad de fusilar algunos jefes; y me falta valor para hacerlo con compañeros que me han acompañado en los días felices y desgraciados".

Estrechado por Guido, rompió al fin la consigna del silencio que se había impuesto, y manifestó la principal de sus razones, consignada en su carta al Libertador, que ni al mismo O'Higgins había querido comunicar. "Existe una dificultad mayor— agregó,—que no podría vencer sino á costa de la suerte del país y de mi propio crédito. Bolívar y yo no cabemos en el Perú. He penetrado sus miras: he comprendido su disgusto por la gloria que pudiera caberme en la terminación de la campaña. El no excusaría medios para penetrar al Perú, y tal

vez no pudiese evitar yo un conflicto, dando al mundo un escándalo, y los que ganarían serían los maturrangos. ¡Eso no! Que entre Bolívar al Perú; y si asegura lo que hemos ganado, me daré por muy satisfecho, porque de cualquier modo triunfará la América. No será San Martín el que dé un día de zambra al enemigo".

Eran las diez de la noche. En ese momento, su asistente le anunció que todo estaba pronto para la marcha. El general abrazó á su compañero, montó á caballo, y tomando al trote, se perdió en la sombra. Al día siguiente Guido encontró á la cabecera de su cama una afectuosa carta, en que recordaba los trabajos que habían pasado juntos, y le agradecía, no sólo la cooperación que había prestado en ellos, sino, más que todo, "su amistad y cariño, que habían suavizado sus amarguras, haciéndole más llevadera la vida pública". Al mismo tiempo el general Alvarado recibía otra carta, en que se despedía de sus antiguos compañeros de armas, asegurándoles el triunfo: "Voy á embarcarme. Queda usted para concluir la gran obra. ¡Cuánto suavizará el resto de mis días y el de las generaciones, si la finaliza (como estoy seguro) con felicidad! Tenga la bondad de decir á nuestros compañeros de armas cuál es mi reconocimiento á lo que les debo. Por ellos tengo una existencia con honor; en fin, á ellos debo mi buen nombre".

En la misma noche del 20 embarcóse en el bergantín Belgrano, y se alejó para siempre de las playas del Perú. A su arribo á Chile encontró que su nombre era execrado allí como el de un verdugo, y que el gobierno de O'Higgins bamboleaba. Estaba triste y enfermo, y un violento vómito de sangre lo postró en cama por el espacio de dos meses. Al separarse del Perú, cuyo tesoro le acusaban sus enemigos haber robado, sacó por todo caudal "cien-

to veinte onzas de oro" en su bolsillo, y por únicos espolios, además del estandarte de Pizarro, la campanilla de oro de la inquisición de Lima. Contaba para subsistir en Chile con la chacra donada por el Estado y con un depósito de dinero que había confiado á un amigo, del que, según él mismo, sólo encontró "unos cuantos reales", sin insistir más sobre este desfalco. El gobierno del Perú, noticioso de su indigencia, le envió "dos mil" pesos á cuenta de sus sueldos. Con esta plata y algunos recursos que se allegó, pudo pasar á Mendoza á principios de 1823, donde hizo la vida de un pobre chacarero. Allí recibió la noticia de la caída de O'Higgins y de que su esposa agonizaba en Buenos Aires en su solitario lecho nupcial. Sólo le quedaba en el mundo un amigo proscripto, y una hija, fruto de su unión, que sería su Antígona, cuando, ciego como Belisario, sólo le faltase pedir limosna en los caminos. Felicitó á O'Higgins por su caída. El ex dictador, en marcha al ostracismo, le contestó: "Recibí los parabienes por mi separación del gobierno, como una prueba de su amistad, y del más grande don de la Providencia. ¡Después de tantos años de lucha, descanso! No puedo contar con otros fondos que los de la hacienda del Perú (Montalván) que debo á su generosidad". En los mismos días, el desterrado de Mendoza le escribía: "Se me asegura que el mismo día que usted dejó el mando, se envió una partida para mi aprehensión. No puedo creer semejante procedimiento; sin embargo, desearía saberlo para presentarme en Santiago, aunque después me muriese, y responder á los cargos que quisieran hacerme". Es el caso de exclamar como el poeta: "Oh! quanto e triste!"

VI

La retirada de San Martín del Perú, en medio de la plenitud de su gloria, con elementos bastantes para mantenerse en el poder y luchar contra el enemigo, fué un misterio para los contemporáneos, excepto para Bolívar, y á última hora, para su amigo Guido. Unos la calificaron de acto de abnegación á la manera de Wáshington. Otros la juzgaron como acto de deserción del hombre de acción desalentado, impotente para gobernar los sucesos. El tiempo ha disipado el misterio, y habilitado á la posteridad para pronunciar con conocimiento de causa el juicio definitivo, á que él mismo apeló, en su proclama de despedida.

San Martín, con su claro buen sentido, y con su genial modestia, aunque violentándose á sí mismo, según confesión propia, se dió cuenta exacta de la situación y de sus deberes para con ella, y los cumplió con prudente abnegación. Se reconoció vencido como hombre de poder eficiente para el bien, y exclamó resignado: "¡El destino lo dispone así!" No se creyó un hombre necesario, y pensó que la causa á que había consagrado su vida podía triunfar mejor sin él que con él. Al sondear su conciencia, debió comprender que no era, como Macabeo, el caudillo de su propia patria y no tenía el derecho de exigir sacrificios al pueblo en holocausto de su predominio personal. Sin voluntad para ser déspota y sin el suficiente poder material para terminar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó, eligiendo su hora, para descender antes de caer empujado por acontecimientos que no estaba en su mano detener. Comprendió que era un obstáculo para la reconcen-

tración de las fuerzas continentales, y se apartó del camino abriendo paso á una ambición absorbente, que era una fuerza, y cuya dilatación era indispensable en último caso para el triunfo de la independencia sudamericana. Podía luchar, pero no estaba seguro de triunfar solo: Bolívar tenía en sus manos el rayo que á uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder colonial de la España en América, pero á condición de no compartir con él ni con nadie su gloria olímpica. Al reconocer el temple de sus armas, vió que le faltaban las fuerzas morales de la opinión, y que su ejército no estaba identificado con su misión de libertador como cuando en Rancagua le confiara su bandera. Al pasar revista á los 11.000 soldados libertadores por él reunidos en el último campo de batalla de la independencia, calculó que podía tentarse con ellos el último esfuerzo con probabilidades de éxito; pero en previsión de un contraste, á fin de no privar al Perú de la poderosa reserva de Colombia, que en todo caso restablecería el contraste y fijaría la victoria, se retiró, sacrificando estoicamente, como dijo, "hasta su honor militar". Previó que en término fatal, su gran personalidad se chocaría con la gran personalidad de Bolívar, con escándalo del mundo, retardando el triunfo de la América con mayores sacrificios inútiles, y se eliminó. Como el centinela que ha cumplido su facción, entregó al vencedor de Boyacá y de Carabobo la espada de Chacabuco y Maipú, para que coronase las grandes victorias de las armas redentoras de las dos hegemonías sudamericanas.

Tal es el significado histórico y el sentido político y moral de lo que se ha llamado la abdicación de San Martín. No fué un acto espontáneo como el de Wáshington, al poner prudente término á su carrera cívica. No tuvo su origen, ni en un arranque

generoso del corazón, ni en una idea abstracta. Fué una resolución aconsejada por el instinto sano y un acto impuesto por la necesidad, ejecutado con previsión y conciencia. Resultado lógico de una madura reflexión, con el conocimiento de sí mismo y de los hombres y las cosas de su tiempo, lo que tiene de grande, es lo que tiene de forzado y de deliberado á la vez. Si no una abdicación voluntaria, fué una cesión de destinos futuros para asegurar mejor el beneficio de los trabajos de ambos libertadores, y ahorrar á la América sacrificios innecesarios, á costa del sacrificio de una ambición personal, que no era ya un factor necesario.

Aquí se ve lo falible que es el juicio y lo pobre del criterio de los pueblos, ofuscados por los hechos aparentes ó las palabras vacías de sentido. Sólo el tiempo, gran clasificador de los hechos y revelador de las verdades más ocultas, enseña á comprender y juzgar los actos y los documentos de la historia. ¡Ha sido necesario que transcurriese un cuarto de siglo, para que la famosa proclama de San Martín dejase de citarse á la letra, como un monumento histórico, y como la manifestación del alma de un grande hombre en un momento supremo!

Si San Martín hubiese abdicado el mando por los motivos consignados en su proclama de despedida, sería indigno de su fama, y merecería, después de la injusticia de sus contemporáneos, el desprecio de los venideros. Si en la plenitud del poder y con medios suficientes para llevar adelante su obra, hubiese dejado una página inacabada y una misión por llenar, habría sido un poltrón y un desertor de su bandera, que retrocedía ante el trabajo y el peligro. Si hubiese abdicado, como lo dijo, "porque estaba aburrido de oir decir que quería hacerse soberano", habría cedido á un arranque caprichoso de pueril enojo, indigno de las acciones reflexivas

de un varón fuerte. Si la consideración de que "la presencia de un militar afortunado era un peligro para un Estado que de nuevo se constituía"— repetición de lo que había dicho Bolívar antes,— obrara en su ánimo, sería un héroe de papel, henchido de humo y vanidad, revestido de una falsa magnanimidad, que otorgaba favores imaginarios cuando aun era un problema la existencia del nuevo Estado de que se consideraba supremo dispensador. Para honor suyo había consignado los verdaderos motivos de su retirada en su carta á Bolívar, que explanó con intimidad en las confidencias de su última noche peruana. La proclama de despedida que lleva su nombre, y que ha contribuído á extraviar el juicio de la posteridad, ó fué un disfraz de circunstancias para cubrir su retirada, fiel á la ley del silencio que se impuso, ó un manto de oropel que se dejó echar con indiferencia sobre sus hombros. Lo único que hay de él en ese documento, es su espíritu de desinterés y su apelación al fallo de la posteridad.

La vida pública de San Martín termina aquí; pero su acción se prolonga todavía en la historia, acompañando, aunque ausente, la lucha de la emancipación sudamericana hasta su triunfo final, con la desaparición de los últimos restos del ejército argentino de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

CAPITULO XLVIII

Torata y Moquegua.—Zepita.—Primer ensayo de gobierno nacional del Perú.

1822 - 1823

Un salto en las tinieblas.—El congreso peruano.—Organización de un nuevo Poder Ejecutivo en el Perú.—Bolívar ofrece todos sus recursos al Perú y son rehusados.—Actitud de los auxiliares colombianos.—Manifestaciones del nacionalismo peruano.—Plan de campaña trazado por San Martín.—Expedición á puertos intermedios.—Presagios del mal éxito.—Distribución de las fuerzas españolas.—Operaciones preliminares.—Batalla de Torata.—Derrota de Moquegua.—Destrucción del ejército del sur.—Fracaso de la expedición del centro al mando de Arenales.—Los auxiliares colombianos se retiran.—Desorganización y anarquía.—Riva Agüero presidente del Perú.—Trabajos de la nueva administración.—Nueva expedición á puertos intermedios.—Designios secretos de Bolívar.—Ocupación de Lima por Canterac.—Desorganización política del Perú.—Sucre, dictador militar.—Expedición de Sucre al sur.—Campaña de Santa Cruz al Alto Perú.—Batalla de Zepita.—Derrota de la expedición de Santa Cruz.—San Martín es llamado al Perú.—Contestación de San Martín.—Bolívar en el Perú.—Es nombrado dictador del Perú.—Caída de Riva Agüero.—Bolívar, árbitro del Perú.

I

Uno de los más graves cargos que los contemporáneos hicieron á San Martín por su retirada del Perú, y que la historia ha repetido, es la manera precipitada en que la efectuó, al dejar huérfano su ejército al mando de un general sin prestigio, y

confiados los destinos del país que abandonaba, á un congreso sin autoridad moral, ni más base de poder que el ejército mismo, odiado como todo ejército libertador en tierra extraña que pesa sobre ella, sin proveer nada para la organización de un gobierno eficiente. Es probable que, si el Protector hubiese postergado su retirada hasta arreglar todo esto á fin de coordinar voluntades dispersas, no lo habría efectuado jamás; pero el hecho es que dejó todo en verdadera acefalía, ejército y gobierno, sin rumbo y sin coherencia; mientras él daba su gran salto en las tinieblas. Fué, más que una abdicación, un abandono del mando.

El congreso peruano se apoderó del poder abandonado en sus manos, y no sabiendo cómo organizarlo, reasumió en sí todas sus facultades y funciones, dando por razón que "distribuir y separar los poderes, sería lo mismo que reformar la constitución, y no podía por lo tanto, desprenderse de ellos". Con arreglo á esta teoría, en vez de constituir un Poder Ejecutivo eficaz, nombró una junta de gobierno, compuesta de tres individuos de su seno, para que, bajo su inmediata dirección, lo desempeñase. Recayó el nombramiento en dos extranjeros y un peruano: el general La Mar, con el título de presidente, quiteño (de Cuenca); D. Felipe Antonio Alvarado, argentino (de Salta) y hermano del general, que no tenía más título que éste y su participación en la pueblada contra Monteagudo; y D. Manuel Salazar y Baquijano, conde de Vista-Florida, natural de Lima, que no pasaba de ser un gran figurón de buen tono. Este triunvirato, forastero y á pupilo, no satisfizo á nadie. La opinión pública, que anhelaba un gobierno propio, fatigada del mando de los extraños, lo recibió con tibieza y desconfianza. El partido de Riva Agüero, que era el más activo y populachero, se consideró defraudado en

sus aspiraciones, y empezó á conspirar. En realidad, el nuevo gobierno, sin títulos personales, sin autoridad en el país y sin punto de apoyo en la fuerza pública, no tenía más sostén que la mayoría del mismo congreso, constituído desde su origen en camarilla política. El Perú no estaba todavía bien preparado para gobernarse á sí mismo, ni salvarse solo sin el auxilio extraño. Faltando el Protector, vendría el Libertador. Dos dictaduras sucesivas bajo hegemonía extraña.

Bolívar, que en su entrevista con San Martín, se había ya manifestado irresoluto para abrir campaña sobre el Perú y declinado el ofrecimiento del mando en jefe, bajo el pretexto de que el congreso no lo autorizaría para ausentarse del territorio de Colombia, así que vió desaparecer al Protector de la escena, se apresuró á ofrecer, sin reserva, todos los recursos militares para poner término á la guerra de la independencia. Por medio de una nota, firmada por su secretario, singnificó al nuevo gobierno: "Aunque el Protector del Perú en su entrevista en Guayaquil no hubiese manifestado temor de peligro por la suerte del Perú, el Libertador se ha entregado desde entonces á la más constante meditación, aventurando conjeturas que mantienen en la mayor inquietud su ánimo. Ofrece desde luego todos los servicios de Colombia. Se propone mandar al Perú 4000 hombres más de los que se han remitido, si el gobierno del Perú acepta este nuevo refuerzo. En caso de remitirse esta fuerza, el Libertador desearía que la campaña del Perú se dirigiese de un modo que no fuese decisivo, y se esperase la llegada de los nuevos cuerpos de Colombia, para obrar inmediatamente, incorporados al ejército aliado. Son sus designios ulteriores (los del Libertador), en el caso de que el ejército aliado no venga á ser vencedor, se retire hacia el norte,

de modo que pueda recibir seis ú ocho mil hombres de refuerzo que irían inmediatamente. De todos modos, es el ánimo del Libertador hacer los mayores esfuerzos para rescatar al Perú del imperio español".

Al negarse Bolívar por ambición á compartir su gloria con San Martín y declinar hasta la sumisión de su rival en el mando superior de las armas, no comprendió que éste le allanaba el camino. San Martín, al retirarse, para abrir á Bolívar las puertas del Perú, no previó que, al proveer á la seguridad militar del país y despertar el espíritu nacional, se las cerraba por el momento, y lo obligaría al fin á forzarlas, venciendo las resistencias de los mismos peruanos. El gobierno del Perú, poseído de un sentimiento de nacionalismo, que desconfiaba de las intenciones de Bolívar, que veía en el nuevo ofrecimiento una amenaza de dominio extraño sostenido por un poder militar sin contrapeso, lo declinó con frialdad y contestó tardíamente, que "haría uso oportunamente del auxilio, y que entre tanto, sólo necesitaba fusiles por su justo precio". El retardo de la contestación puso en alarma á Bolívar, impaciente por dominar en el Perú, y para hacer la forzosa á fin de que su ofrecimiento fuese aceptado, dictó órdenes preventivas, en el sentido de neutralizar el auxilio prestado: "Parece—escribió al jefe de la división colombiana en el Perú,—que el Perú, ó tiene demasiadas fuerzas sobre qué contar, ó quiere ver perecer su libertad; y pues parece que se duda de la rectitud de los deseos del Libertador, previene que la división colombiana no sea comprometida en ningún caso sin probabilidad de buen suceso, y en el de revés, ó de no creer que deba comprometerse, se repliegue al territorio de Colombia". Al recibir la contestación retardada, el Libertador, ofendido, rei-

teró sus órdenes á fin de que la división prestada no "se comprometiese en ningún caso, sin la más absoluta probabilidad de buen suceso, y salvarla á todo trance, avisándolo así al gobierno del Perú". Esto, y negar todo concurso, era todo uno. La actitud del jefe de la división de Colombia—el general Juan Paz del Castillo,—era, en consonancia de estas instrucciones, más bien la de un neutral hostil que la de un auxiliar, y la arrogancia de sus tropas irritaba la susceptibilidad peruana.

El congreso se hizo el órgano de todas estas desconfianzas y susceptibilidades á que dió la importancia de una cuestión nacional, y las convirtió en ley. ¿Hasta cuándo, exclamó un diputado, existirá el Perú bajo la tutela de sus tropas auxiliares? ¿Hasta cuándo carecerá de una fuerza propia? ¿Por qué han de ser enrolados los peruanos para llenar el déficit de las tropas auxiliares?" Otro diputado decía: "El Perú necesita levantar una fuerza armada capaz por sí sola de destruir las legiones enemigas que ocupan parte de su suelo; necesita un ejército, suyo en todo sentido, para asegurar su independencia política". En armonía con estas inspiraciones se dispuso que todas las vacantes civiles se proveyeran de preferencia con peruanos, y las del ejército y marina con sólo oficiales peruanos (17 de noviembre de 1822). Esta ley fué votada con grandes aplausos. En seguida, dictó el congreso las bases de la constitución política, haciendo por la primera vez su confesión republicana. Dió á la nación la denominación de "República Peruana", sobre la base fundamental de que la soberanía residía esencialmente en el pueblo y que su gobierno sería popular representativo, sin que el Poder Ejecutivo pudiese ser nunca vitalicio ni hereditario (16 de diciembre de 1822). Esta cláusula iba contra la presidencia vitalicia

de Bolívar, que, rechazada en Colombia, era una amenaza para la América.

Esta era la situación moral, política y militar del Perú, á los tres meses de la separación del ex Protector, en vísperas de abrirse la campaña por él preparada.

II

El plan de campaña de San Martín—último destello de su genio militar al apagarse,—bien que complicado en su desarrollo, reposaba sobre ideas muy sencillas, aun cuando adoleciese del defecto capital de no ser decisivo. Dada la extensión de la línea española desde Pasco hasta Potosí á lo largo de la cordillera central, y dueños los independientes del punto de ataque por agua ó por tierra—circunstancia que equilibraba las fuerzas en acción,—la solución del problema consistía en atacar el punto más débil, y batir en detalle sus divisiones fraccionadas dentro de esta zona, antes de que pudiesen operar su reconcentración. Al efecto, un cuerpo de ejército debía amagar seriamente la derecha enemiga para impedir que reforzase su centro, y hacer una poderosa diversión por su izquierda mientras el cuerpo principal cortaba la línea de operaciones de los realistas, interceptando sus comunicaciones. En ejecución de este plan, el ejército del sur, mandado por Alvarado, debía desembarcar en puertos intermedios, reforzarse allí con una división chilena, que le llevaría los caballos necesarios, y penetrar al interior del país como una cuña. Su objetivo inmediato eran Arequipa y el Cuzco, y su objetivo ulterior el Alto Perú, contando con la cooperación del guerrillero Lanza, y una diversión que se verificaría al mismo tiempo desde el territorio argentino por la frontera de

Salta. El ejército del centro, al mando de Arenales, debía marchar sobre Jauja, con poder suficiente para neutralizar las fuerzas que ocupasen el valle, ó destruirlas si eran más débiles. En el caso de que el enemigo se replegase para operar su reconcentración más á retaguardia, ocupar sólidamente la sierra del sur y del centro, promover la insurrección en toda la región andina y remontar el ejército invasor, obrando en combinación y simultáneamente ambos ejércitos.

Tal era el plan de campaña trazado por San Martín al retirarse del Perú, y que el gobierno que le sucediera se decidió á poner en ejecución. La combinación era relativamente buena, pero contingente; aun en el caso de buen éxito, no hería el poder enemigo en el corazón. Si bien cada uno de los dos cuerpos de ejército podía prometerse ventajas parciales, el éxito de la campaña dependía de la simultaneidad de sus movimientos, á fin de impedir la reconcentración del enemigo en un punto de ataque. y aun obrando en combinación en el punto de convergencia, la cuestión tenía que decidirse por una batalla ulterior en otras condiciones

El grueso del ejército realista, al mando de Canterac, estaba establecido en la sierra del centro, desde Jauja á Huancayo. Arequipa estaba débilmente guarnecida por el general Santos La Hera, en reemplazo del general Ramírez Orozco, que se había retirado á España, dando por perdida la América. El virrey La Serna tenía su cuartel general en el Cuzco con una reserva lejana en Puno. El ejército de Olañeta se hallaba en Potosí, y la división de Valdés estaba á la sazón ocupada en pacificar el norte del Alto Perú, conmovido por el guerrillero Lanza. Por consecuencia, el ataque simultáneo por el sur y el centro obligaba al ejército realista en la sierra del centro á cubrir su iz-

quierda y proteger su retaguardia, y en caso de no hacerlo así, perder sus comunicaciones y quedar aislado en el valle de Jauja, contra dos ejércitos, uno sobre su frente y otro sobre su único flanco de retirada.

El núcleo sólido del ejército del sur, que debía operar por puertos intermedios, lo componían los cuerpos veteranos vencedores de Chacabuco y Maipú: El regimiento Río de la Plata, el batallón número 11 y los Granaderos á caballo de los Andes: los batallones números 2°, 4° y 5° de Chile, y el batallón númeo 1° de la Legión Peruana, en todo 4490 hombres, de los cuales 1900 soldados argentinos, 1200 chilenos, y el resto peruanos, con una dotación de 10 piezas de montaña. Embarcada la expedición en el Callao, en los transportes que había dejado preparados San Martín, demoróse su salida (fines de septiembre de 1822). El general dirigió con este motivo una especie de intimación al gobierno: "El ejército de los Andes y el de Chile están resueltos á expedicionar. Convencidos de lo ventajoso y necesario de esta marcha, desde el jefe hasta el último soldado no aspiran sino á marchar y buscar al enemigo por el sur. Yo aseguro que, si se le trastorna su salida, si se varía de plan, un descontento general va á tomar el lugar del entusiasmo; la desmoralización será el primer resultado, y un desorden total será el término. El ejército expedicionario se pierde, si no se le deja marchar. Lo aseguro una y otra vez, y su pérdida va á ser el último golpe. Antes que suceda esta catástrofe, y si es que se resuelve no mandar ó demorar siquiera la expedición, hago la renuncia de mi cargo de general en jefe del ejército expedicionario".

El general Alvarado, antes de embarcarse, llamó al jefe de la división colombiana, Juan Paz del Castillo—el mismo que, como se ha dicho, había ser-

vido en el ejército de los Andes,—y le manifestó que, reunidos en las fuerzas bajo sus órdenes los pabellones del Perú, Chile y la República Argentina, le sería grato llevar por lo menos un cuerpo que uniese á ellas la bandera de Colombia. Paz del Castillo contestó que no estaba autorizado para ello. Alvarado le exhibió entonces una carta del Libertador, en que le recomendaba la división y la ponía en cierto modo bajo sus órdenes. El jefe colombiano se negó absolutamente á cooperar á la empresa de puertos intermedios.

Bajo estos desfavorables auspicios zarpó la expedición del puerto del Callao en la primera quincena de octubre (1° á 15 de octubre de 1822). Retrasada en su viaje por las calmas de la estación y algunos accidentes de los transportes, tardó cincuenta y siete días en avistar los puertos intermedios del sur. Aun era tiempo, obrando con actividad; pero por otras causas, la campaña se abrió tardíamente, bajo auspicios más desfavorables, sin plan fijo y sin resolución. Todo auguraba una catástrofe.

III

El general Alvarado se dirigió con el primer convoy de la expedición al puerto de Iquique, al sur de Arica, que comunica con los valles de Tarapacá, Azapa y Lluta, y también con Tacna y el Alto Perú. Allí echó á tierra el batallón número 2 de Chile que se hallaba muy bajo (160 plazas) con el objeto de que se remontase y promoviese la insurrección en los valles, á la vez de reunir elementos de movilidad de que carecía (7 de diciembre). Parece también que su objeto era abrir comunicaciones con la división de Lanza, y en efecto se dirigió oficialmente por esta vía, haciéndole saber su pre-

sencia sobre las costas, pero sin darle instrucción alguna respecto de ulteriores operaciones combinadas.

El 3 de diciembre hallábase reunido todo el convoy de la expedición en el puerto de Arica. Desde este momento, todos los movimientos del general en jefe independiente empiezan á resentirse de vacilación y lentitud. Parece que la responsabilidad le pesaba y que no encontraba dentro de sí mismo inspiraciones para dar impulso á la empresa que le estaba encomendada, en que la actividad y la resolución era la primera condición de éxito. "Emprenderé bien pronto la marcha que me indican el honor y la necesidad, decía con desmayo. El general San Martín cargó sobre mis hombros un peso que sólo él podía soportar. La empresa me parece demasiado penosa, y conozco debo llamar á mi favor toda la firmeza posible para arrostrar tamañas dificultades. Con todo, no desfallece mi espíritu, y tengo una esperanza del triunfo". Su primera idea fué desembarcar en Arica; pero después pensó en dirigirse más al norte, en la suposición de que un ataque de flanco sería más ventajoso que uno de frente. El itinerario de la expedición estaba sin embargo trazado histórica y geográficamente. Conocemos ya la comarca que iba á ser el teatro de la guerra, donde Miller, en la primera campaña á puertos intermedios, había ejecutado con tan pequeñas fuerzas operaciones tan notables, eficazmente auxiliado por los recursos del país y la decisión de sus habitantes por la causa de la independencia (véase cap. XXXI, párrafos III y IV). Con un ejército muy superior al que el enemigo podía presentarle, Alvarado permaneció durante tres semanas en inacción en Arica, sin decidirse á tomar un partido. Llamó á Miller para aconsejarse, quien le manifestó francamente que, "estando esparcidas

en puntos tan distantes las divisiones del enemigo, y siendo tan favorable la posición de los patriotas, cualquier plan que se adopte, sería bueno, con tal de que se tomase la ofensiva sin perder tiempo, ya con dirección á Arequipa, ya sobre La Paz ó Potosí". El general convino en todo; pero luego encomendó á Miller una diversión más al norte, con 120 hombres, con el objeto de llamar la atención del enemigo por el flanco izquierdo.

El general Alvarado ha disculpado su inacción por la falta de elementos de movilidad, á causa de haberlos retirado con anticipación el enemigo. y porque, de los 700 caballos conducidos desde Chile. sólo 400 llegaron, con retardo y en muy mal estado. La explicación podría ser atendible, si después de los dos meses perdidos en la navegación, las tres semanas de inacción no hubiesen sido de vida ó muerte. En la ofensiva estaba la victoria probable. En la detención, por cualquier causa que fuese, estaba la derrota segura. No había que vacilar. Con caballos ó sin ellos, debía abrirse la campaña. Cuando se recuerda el desembarco de San Martín en Huacho, con sólo 2500 hombres, al frente de un ejército enemigo dos veces superior en número, para ir á tomar la línea de Huaura con sólo 25 caballos, vese que lo que faltaba no eran elementos de movilidad, sino una cabeza y una voluntad firme que diese impulso vigoroso á las operaciones ofensivas (véase cap. XXVII, párrafo V).

Las divisiones españolas posesionadas de la sierra se hallaban diseminadas—según antes se apuntó,— en una extensa línea de más de 2000 kilómetros, desde Pasco hasta Potosí. El grueso de su ejército, al mando de Canterac, fuerte como de 5000 hombres, hallábase situado en la sierra del centro desde Jauja hasta Huancayo. Arequipa estaba débilmente guarnecida por el general Santos La Hera.

según queda dicho. El virrey estaba en el Cuzco con una pequeña guarnición. La reserva, que no pasaba de 1000 hombres, estaba en Puno al mando de Carratalá. Valdés, con su disión, se hallaba en La Paz, ocupado en la pacificación del sur del Desaguadero, después de haber obligado á Lanza á replegarse á las inaccesibles montañas de Ayopaya. Olañeta estaba en Potosí con poco más de 2000 hombres. Pisco y el valle de Ica estaban defendidos por una pequeña división al mando de Rodil. Todos los puntos intermedios desde Quilca hasta Iquique estaban tan sólo ocupados por algunos destacamentos de mera observación. Entre las divisiones mediaban centenares de kilómetros, de caminos escabrosos y desiertos al través de la montaña. Se necesitaba un mes, por lo menos, para reunir un ejército respetable en el punto de ataque. Para todo dió tiempo la lentitud con que se desarrolló la expedición á puertos intermedios y la inacción de ella en Arica.

Al anuncio de la invasión, el virrey dispuso que una parte del ejército de Jauja se reconcentrase en el Cuzco, dejando el valle cubierto con el resto, y que Carratalá avanzase á su frente para cubrir la posición de Arequipa, permaneciendo á la expectativa hasta que los independientes señalaran decididamente su plan de internación á la sierra. Ordenó á Olañeta que con el grueso de su fuerza marchase sobre la costa por las altiplanicies del Alto Perú en dirección á los valles de Azapa y Tarapacá. Dispuso que Valdés, con su división, acudiera á marchas forzadas á cubrir á Arequipa, como el punto céntrico que debía recibir el primer ataque y avanzara sobre las vertientes occidentales de la cordillera en observación de los invasores. Canterac se movió en consecuencia de Huancayo con dos batallones y cuatro escuadrones que sumaban 2400 hom-

bres, dejando otros tantos en Jauja á cargo de Loriga. Valdés, poniendo alas en los pies de sus ágiles soldados serranos, fué el primero que se presentó á cubrir el punto amenazado. Cuando las primeras velas de la expedición se avistaron en Arica, ya el activo general español coronaba las alturas de Moquegua en la sierra, con 1750 infantes, 750 hombres de caballería y 4 piezas de artillería. A pesar de la relativa inferioridad numérica, resolvióse á disputar el terreno, fiando en lo fuerte de sus posiciones—que conocía bien,—y en el apoyo del ejército de Canterac, que avanzaba á marchas forzadas en su sostén.

IV

La primera señal de vida que dió el general invasor, fué la ocupación de Tacna, por el regimiento Río de la Plata y los Granaderos á caballo de los Andes, con 4 piezas de artillería (24 de diciembre). Ocho días después (1° de enero de 1823), esta vanguardia, destacada á 72 kilómetros de la reserva, con un desierto intermedio, era reforzada con los batallones número 5 de Chile y número 11 de los Andes, á órdenes del general Enrique Martínez, segundo jefe del ejército. En el mismo día, señalóse la presencia del enemigo en Calana, á diez kilómetros al NE. Era el general Valdés, que, suponiendo que la fuerza allí situada no pasaba de 1000 hombres, había pensado sorprenderla con 400 infantes montados en mula, 400 hombres de caballería y 2 piezas de artillería. Con tal intento habíase movido desde Sama en la tarde del 31, al través de un árido arenal de 50 kilómetros sin agua. Extraviado por los guías en la obscuridad de la noche, al amanecer del día siguiente (1° de enero de 1823) no estaba ya á la vista de Tacna. Viendo que la sorpresa

no era ya posible, inclinóse sobre su izquierda, y acampó en Calana, sitio abundante en agua y forrajes, á 17 kilómetros de la ciudad. Su situación era peligrosísima. No podía desandar el camino hecho (qué sólo es transitable en la noche) sin exponer su tropa á perecer en la travesía. Sus cabalgaduras estaban fatigadísimas por una rápida y penosa marcha de doce horas. La fuerza de que disponía no alcanzaba ni á la mitad de la que tenía á su frente.

El general Enrique Martínez se hallaba á 10 kilómetros de Tacna con los batallones 4° de Chile y número 11 de los Andes al amanecer del día 1°, después de una marcha de 50 kilómetros al través de otro arenal. Señalada la presencia del enemigo en Calana, dispuso que la fuerza que ocupaba la ciudad (1200 hombres), eligiese una buena posición y esperase su incorporación. A las 11 de la mañana recibió parte de que los realistas avanzaban en son de ataque. Adelantóse personalmente para reconocer el campo. El enemigo ocupaba el camino que conduce á la cordillera, parapetado por su izquierda con zanjas y tapiales, y una altura sobre su derecha. Parecía dispuesto á la pelea. Era un ardid de Valdés, que, considerándose perdido—como lo confesó después,—hacía cara fea al enemigo, para ganar tiempo y salvarse. Martínez no se decidió á atacarlo. Limitóse á hacer observar sus movimientos con un batallón del Río de la Plata y el regimiento de Granaderos á caballo, á la espera del resto de su fuerza. A la 1 del día estaba reunida toda la vanguardia argentinochilena en número de más de 2000 hombres, de las tres armas, contra 800. En vez de ganar el tiempo perdido, el general independiente dispuso que un batallón y un escuadrón marchasen á tomar la altura de la derecha del enemigo con el objeto de flanquearlo, y

avanzó algunas guerrillas á la vez que su artillería disparaba algunos tiros perdidos. Los realistas, al observar el lento movimiento envolvente, reconcentran sus fuerzas y se ponen en retirada. Entonces se adelanta toda la caballería independiente para comprometer el ataque. Ya era tarde. El sol se ponía en el horizonte. La columna de Valdés había ganado el día. Después de sostener algunas guerrillas de retaguardia y cambiar algunos tiros de cañón, se replegó á Pachía, diez kilómetros más al NE., donde pasó la noche sin ser hostilizada. Al día siguiente, continuó la retirada por el pie de la sierra y volvió á ocupar su anterior posición de Moquegua.

El general Alvarado permanecía mientras tanto en Arica con el resto de sus fuerzas. Al fin se decidió á abrir la campaña. El 13 de enero ocupó el valle de Locumba, con la resolución de marchar sobre Moquegua. Era precisamente lo que Valdés se proponía: atraerlo al camino de antemano por él reconocido, donde le era fácil oponerle una eficaz resistencia por el frente, y por donde esperaba á su retaguardia el apoyo de Canterac, que le aseguraba la victoria. Empero, tan ignorante del avance de Alvarado como éste lo estaba de sus movimientos, destacó al coronel Ameller con tres compañías de infantería y 125 caballos, con el objeto de sorprender la vanguardia independiente, que consideraba muy débil. Después de una larga y fatigosa marcha por caminos de travesía, se encontró Ameller, al amanecer del día 14, á tiro de cañón de todo el ejército independiente. El jefe español emprendió en orden su retirada hacia el norte de Locumba, disputando el terreno; y débilmente perseguido por el espacio de 15 kilómetros, consiguió reunirse á la división de Valdés, en Moquegua. También se malogró esta oportunidad brindada para dar un

golpe al enemigo, que estableciese por lo menos el predominio moral al abrir la campaña. Todo indicaba que este predominio estaba del lado de los realistas, que no se economizaban y se movían, y cuando se veían en apuros, sabían hacer frente con serenidad á los peligros, y salvar intactas su tropas de lances en que, vigorosamente atacadas, habrían seguramente sucumbido.

Después de este segundo fracaso negativo, que muy poco prometía, penetró Alvarado con su ejército en masa en la amena quebrada de Moquegua, por cuyo centro corre el río de Ilo. El 17 estaba en la Rinconada, á 25 kilómetros del pueblo de Moquegua, donde el río Torata se derrama en el Ilo, y empiezan los viñedos que constituyen la riqueza de la comarca. El mismo día, Valdés escribía á Canterac: "Hasta ahora todo ha salido á medida de mis deseos. El enemigo, sin advertirlo, marcha á su total destrucción". Efectivamente, la campaña de intermedios estaba perdida. El cuerpo de ejército de Canterac se hallaba á tres jornadas de Torata, y el de Valdés convergía al mismo punto, de antemano elegido para dar allí, á hora fija, la batalla decisiva con la ciencia y conciencia del triunfo.

V

El 18 ocupó sin resistencia el ejército independiente la ciudad de Moquegua, después de un ligero tiroteo de avanzadas. Esta ciudad, situada en una hondonada más abajo de la confluencia de los ríos Ilo y Torata, está dominada al este por una montaña cortada á pico que se levanta 300 metros sobre el nivel del valle y sólo tiene una salida accesible. Desde este punto resolvió Valdés disputar el terreno palmo á palmo. La naturaleza lo favorecía. Desde

Moquegua, el terreno forma una serie de alturas sucesivas y encajonadas, fáciles de defender contra fuerzas muy superiores, y que se prolongan hasta los altos de Valdivia, á espaldas del pueblo de Torata. Los realistas coronaron de guerrillas todas las alturas, estableciendo emboscadas en las escabrosidades laterales. El ejército independiente marchó de frente en guerrillas y desalojó sucesivamente á los realistas de sus posiciones, que perdieron como 300 hombres en esta valerosa y bien conducida retirada. En Torata hizo pie firme y tendió Valdés su línea de batalla, en las faldas de los altos de Valdivia, sobre el camino de Puno, á la espera del cuerpo de ejército de Canterac, que se hallaba á poco más de una jornada de distancia. El 19, á las 4 de la tarde, los dos ejércitos estaban frente á frente. Los independientes llevaron sobre la marcha el ataque sobre la falda del cerro, empeñándose un vivo fuego de fusilería. En ese momento desplegó en tiradores un batallón español y cubrió el centro al grito de: "¡Aquí está Gerona!" Simultáneamente apareció coronando los altos de Valdivia una parte del refuerzo de Canterac, y lanzó otro estruendoso grito: "¡Viva el rey!" que repercutió en todas las concavidades de la montaña. La batalla cambió de aspecto. La victoria se decidía por las armas del rey de España, merced á la pericia de sus esforzados generales y ágiles soldados. Canterac, que se había adelantado con un destacamento, dispuso reforzar su flanco derecho, por donde la izquierda independiente avanzaba en columna, sostenida por la caballería y ganando terreno. La derecha realista rechazó este "temible ataque", como lo llama Canterac. Inmediatamente toda la línea realista cargó de frente sobre la infantería de los independientes, que, agotadas sus munciones, volvió caras, y fué fusilada por la espalda, dejando el campo sembrado

de cadáveres. El sol se ocultaba en esos momentos en el horizonte. El mismo día y en las mismas horas de esta triste derrota, el congreso del Perú decretaba un monumento en Arica, ¡en honor del ejército libertador del sur!

Tal fué la batalla de Torata, en que se peleó con valor por una y otra parte, pero sin concierto por parte de los independientes; distinguiéndose por su firmeza y resistencia el primer batallón de la Legión peruana, que por la primera vez entraba al fuego. La pérdida del ejército argentinochilenoperuano pasó de 500 hombres entre muertos y heridos. Los españoles confesaron una pérdida total de 250 hombres entre muertos y heridos, que se cree fué mayor.

Los derrotados batallones independientes se replegaron á su reserva, sostenidos por los certeros fuegos de su artillería, donde se rehicieron en una altura frente al pueblo de Torata. El enemigo se contuvo. El general Alvarado ordenó la retirada, protegida por las sombras de la noche. El 20 estaba otra vez en Moquegua, á 25 kilómetros del campo de batalla. Pasóse una revista de municiones, y se encontró que no se contaba sino con ocho tiros por plaza en las cartucheras. El general reunió una junta de guerra para aconsejarse. Unos fueron de opinión de replegarse á Arica por el camino de Tacna, y otros de reembarcarse por el puerto de Ilo. Parece que la mayoría estuvo por que se eligiese una posición ventajosa para resistir; que se mandasen traer municiones de Tacna, y que, si antes de recibirlas eran atacados, se llevase una carga brusca á la bayoneta al enemigo para vencer ó morir. El general en jefe dijo que, si no contase más que con cincuenta soldados, con ellos se batiría contra los españoles. Después de tantos retardos y vacilaciones, esta resolución, inspirada por el des-

pecho, era una temeridad sin esperanzas. La salvación estaba en una pronta retirada. No se supo ó no se quiso aprovechar el tiempo, y el 21, al amanecer, cuando el ejército enemigo se presentó á la vista de Moquegua, todavía permanecían los independientes allí.

La posición elegida por Alvarado en Moquegua era fuerte y se prestaba á una batalla defensiva, que prometía ventajas con tropas resueltas, pero bien municionadas, y sobre todo, bien montadas. Apoyaba su izquierda en los suburbios de la ciudad sobre el cementerio. Extendía su línea sobre el perfil de una planicie en la prolongación de un barranco escarpado que cubría su frente, con un camino de herradura en el centro que barrían los fuegos de la artillería. Sobre la derecha se elevaba una árida altura formando una larga cuchilla. Observando el general español que se había descuidado este punto culminante, que podía considerarse la llave de la posición, ordenó que Valdés con dos batallones y dos escuadrones lo ocupase y llevase un ataque decidido sobre la derecha independiente, mientras él con el resto de su infantería cargaba por el frente, salvaba el barranco, apoyado por su artillería, y la caballería amagaba el flanco izquierdo de los independientes. Así se hizo, y la victoria coronó por segunda vez las armas realistas en el espacio de cuarenta y ocho horas. El ejército independiente, flanqueado y atacado de frente, formó martillo sobre su derecha, y después de una corta y valerosa resistencia á sable y bayoneta, se dispersó completamente, dejando en el campo 700 muertos y heridos con 1000 prisioneros, según los españoles, quienes por su parte declararon una pérdida de sólo 400 hombres en las dos jornadas, no obstante confesar que algunos de los cuerpos perdieron la mayor parte de su gente en Moquegua. Los

Granaderos á caballo de los Andes, mandados por Lavalle, dieron dos valientes cargas para cubrir la retirada de los dispersos; pero, cargados nuevamente por la caballería enemiga vencedora, se dispersaron á su vez. Las reliquias de los derrotados en Torata y Moquegua se embarcaron en Ilo. De los 4000 hombres que componían el ejército expedicionario de puertos intermedios, poco más de 1000 hombres regresaron á Lima á las órdnes del general E. Martínez.

El general Alvarado se dirigió á Iquique, para recoger el cuadro del número 2 de Chile, dejado allí con un transporte de refugio. Olañeta, que había acudido con parte de su ejército desde Potosí, ocupaba ya los valles Lluta, Azapa y Tarapacá. Con tan poca previsión en lo pequeño como en lo grande, el general dispuso que un corto destacamento bajase á tierra con el objeto de practicar un reconocimiento (14 de febrero). Olañeta, que se hallaba emboscado en el pueblo, cayó sobre él con dos batallones, y todo el destacamento fué sacrificado peleando valientemente. En seguida, bajo el pretexto de hacer llegar algunos auxilios pecuniarios á sus prisioneros y recomendarlos á la humanidad del vencedor, Alvarado invitó á una entrevista al general español. Este le manifestó sin empacho que estaba muy lejos de entregar los prisioneros á una autoridad ilegítima creada por una revolución de jefes liberales; y exaltado por grados, los calificó de "traidores liberales", manifestando su resolución de separarse del virrey, y limitarse á la defensa del territorio del Alto Perú en nombre del rey absoluto. Esta declaración fué una de las ventajas más señaladas de la segunda expedición á puertos intermedios, de la que tanto se prometía San Martín en su plan póstumo. La otra, fué la que alcanzó Miller,

quien, con sus 120 hombres, hizo más que todo el ejército expedicionario, al poner en alarma á todo el sur, distrayendo la división de Carratalá.

VI

¿Qué era entretanto del cuerpo de ejército que, según el plan convenido, debía invadir por Jauja en combinación con el del sur? Sin esta cooperación, la expedición era una aventura peligrosa. Arenales, encargado de la operación de la sierra, penetrado de su importancia, había urgido por la organización y apresto de su ejército; pero todos los empeños se escollaron contra la falta de concurrencia de los auxiliares colombianos. El ejército, á la sazón existente en Lima (diciembre de 1822), constaba de 460 artilleros, 4900 infantes y 950 de caballería, de los cuales 280 chilenos, 2000 colombianos y 4000 peruanos; pero de estos últimos apenas 2000 en estado de ponerse en campaña.

Contábase con los batallones de Colombia para completar el número de 4000 hombres, necesario para emprender la marcha á la sierra. El jefe colombiano, Paz del Castillo, que antes se había negado á unir su bandera con el ejército del sur, bajo el pretexto de no fraccionar su división, negóse igualmente á tomar parte en la operación, por no considerarla segura, invocando instrucciones de Bolívar. Instado á exponer sus planes, los ocultó con la pretensión de cooperar independientemente, según su criterio, lo que importaba negar de hecho su cooperación y reservarse la dirección de la guerra. En seguida, exigió que el jefe que mandase la expedición de la sierra, fuera un general, hijo del Perú, con el objeto de excluir á Arenales, único capaz de llevarla á cabo con éxito. Por último, hizo

exigencias tales, formulando á la vez quejas tan sin fundamento, que el gobierno vióse obligado á denegarlas. Paz del Castillo pidió entonces regresar á su país. El gobierno, por librarse de auxiliares tan incómodos, cuya mala voluntad era notoria, le proporcionó los transportes necesarios para trasladarse á Guayaquil. La división de Colombia se retiró del Perú, llevándose el batallón Numancia, fuerte de 600 plazas, que se había incorporado á ella después de causar al erario un gasto como de 190.0000 pesos, de manera que este auxilio debilitó y empobreció al país sin prestarle en esta ocasión ningún servicio.

A pesar de estos contratiempos, comprendiendo Arenales que el ejército del sur podría ser sacrificado, si faltaba la combinación acordada, estaba resuelto á expedicionar con poco más de 2000 hombres. Su plan consistía en dirigirse á Nasca por agua, desembarcar allí á fin de cubrir el flanco izquierdo de Alvarado, y cortar ó flanquear las fuerzas que había dejado Canterac en Jauja. "Con tan débiles elementos, dice él mismo, resolví mi embarco, para emprender una marcha cuyo triunfo consistía más en la celeridad que en la importancia de la fuerza, cuando llega la funesta nueva de la derrota de Moquegua, y aparecen los tristes restos que se salvaron, y á su cabeza el brigadier D. Enrique Martínez".

Las derrotas de Torata y Moquegua produjeron más irritación que desaliento en el pueblo. El triunfo definitivo de la independencia era un hecho que estaba en la conciencia de los peruanos. La opinión hizo responsable al gobierno del mal éxito de la campaña. El ejército de Lima, situado en Miraflores, se puso en verdadero estado de insurrección contra el congreso, y especialmente contra el triunvirato, movido por el partido de Riva Agüe-

ro. Arenales fué invitado á ponerse á la cabeza del movimiento; pero este austero general, que no tenía más ley que la ordenanza militar, prefirió entregar el mando á su segundo, el general Santa Cruz, y se alejó por siempre del Perú. Los jefes del ejército unido—incluso los de los Andes y Chile, encabezados por el general E. Martínez,— dirigieron una representación al congreso, en que, protestando sus respetos y obediencia al cuerpo representativo, pedían que Riva Agüero fuera colocado á la cabeza del gobierno (26 de febrero de 1823). Las milicias de Lima apoyaron esta representación. El congreso tenía que optar entre su disolución ó acceder á las exigencias de la fuerza armada, que era su único apoyo, faltándole hasta el de la opinión pública. Riva Agüero fué nombrado presidente pretoriano de la República Peruana (27 de febrero). El primer acto del congreso, después de este nombramiento, fué nombrar Gran Mariscal de los ejércitos del Perú á Riva Agüero, coronel nominal de milicias, que no había asistido ni siquiera á una guerrilla.

La organización del Poder Ejecutivo era una necesidad de la época. Riva Agüero, rodeado de la popularidad, representaba el sentimiento nacional, y en él estaban depositadas todas las esperanzas de los aliados. El nuevo presidente, favorecido por las circunstancias y por el desprestigio de la administración anterior, correspondió á la expectativa en los primeros momentos, por su actividad y por las acertadas medidas que el instinto de conservación indicaba. Su primer cuidado fué organizar el ejército, dándole una base nacional, según la idea de San Martín. Santa Cruz fué nombrado general en jefe, y Martínez de la división de los Andes y Chile. Reanudó las relaciones con Chile y se dirigió á Bolívar aceptando su auxilio antes rehusado por el

congreso. Ajustóse en consecuencia un tratado, por el cual el Libertador se comprometía á concurrir á la terminación de la guerra con 6000 hombres, que debían ser equipados y pagados por el Perú, quedando á su cargo el reemplazo de las bajas (12 de abril). El gobierno de Chile se prestó á dar un auxilio de 2000 á 2500 hombres equipados y listos y 1500 fusiles además de la división chilena que existía en el Perú (abril 26). San Martín desde Mendoza activaba la organización de la división argentina, que debía operar en combinación por la frontera de Salta al mando de Urdininea. Al mismo tiempo llegaba la noticia de que los enviados del ex Protector, García del Río y Paroissien—abandonado el plan de monarquización,—habían realizado en Londres un empréstito de "un millón doscientas mil libras esterlinas" (valor nominal), que fué aprobado por el congreso.

"El nuevo presidente—dice el más autorizado y bien informado historiador peruano,—se encontraba, por sólo el natural desenlace de los planes de San Martín, en capacidad de disponer de dos ejércitos auxiliares, y con suficientes recursos para facilitar la marcha de los negocios. El lo atribuía todo á sus combinaciones y cálculos; y como el vulgo sólo ve los resultados, creía que á Riva Agüero se debía el mérito del buen aspecto que tomaban las cosas públicas. La vanidad dominaba á este mandatario y ésta lo derribó bien pronto".

VII

Antes de transcurrir dos meses, el Perú contaba con un ejército nacional de 5000 hombres, pronto á entrar en campaña, además de las divisiones auxiliares de Chile y la República Argentina, que al-

canzaban como á 2500 hombres. Esto demuestra que la confianza de San Martín en los recursos del país para salvarse por sí, al tiempo de su retirada, no era ilusoria, y que, movidos oportunamente y con acierto, sobre la base de 11.000 hombres que dejó organizada, habrían bastado para cambiar el aspecto de la guerra; quedando además la reserva de Colombia para reparar cualquier contraste. Con igual confianza resolvió Riva Agüero repetir la operación de puertos intermedios con arreglo al mismo plan, pero en más grande escala, contando con la eficaz cooperación de Chile y de Colombia. El objeto era ocupar á Arequipa y Puno, para llamar el grueso de las fuerzas realistas hacia el ejército de operaciones unido, y batirlas en detall, mientras otro ejército compuesto de las tropas de las cuatro naciones aliadas invadía por Jauja, y ocupaba Huamanga, con el triple propósito de posesionarse de la sierra del centro, destruir la fuerza enemiga que allí quedase ó perseguirla en su retirada, y obrar de este modo en combinación con el ejército expedicionario. Bolívar, consultado, aprobó el plan, y se comprometió á enviar los 6000 hombres ofrecidos. Chile prometió poner en las costas del sur del Perú el contingente de 2000 hombres convenido, facilitando el envío de los caballos necesarios para la expedición. Los realistas, que después de sus triunfos en Torata y Moquegua habían vuelto á sus anteriores acantonamientos, ignorantes de estos planes y de esta aglomeración de nuevos elementos, se preparaban mientras tanto á atacar á Lima.

La expedición de intermedios, fuerte de siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería, que sumaban más de 5000 hombres, zarpó del Callao en los últimos días de mayo (14 al 25 de mayo). Componíase exclusivamente de elementos na-

cionales, para darle más cohesión, y evitar la rivalidad que se había despertado entre los cuerpos auxiliares y los del país. Su mando fué confiado al general Santa Cruz, llevando por jefe de estado mayor al coronel Gamarra. Por la primera vez el Perú tenía un ejército suyo, fuerte y compacto, mandado por generales peruanos. Esto exaltaba el sentimiento nacional, que era una nueva fuerza moral incorporada en sus filas. El general expedicionario, al tiempo de abrir su campaña, se presentó ante el congreso, y juró volver triunfante ó morir en la demanda. Ni triunfó ni murió.

Las primeras operaciones de Santa Cruz fueron más activas y acertadas que las de Alvarado. No se perdió tiempo. A mediados de junio (17 de junio), estaba dominada toda la costa de Iquique á Ilo, y el convoy expedicionario reunido en Arica. El mismo día, Canterac, con un ejército de 9000 hombres, bajaba de la sierra y se apoderaba sin resistencia de la capital. Todas las combinaciones quedaron así trastornadas por una y otra parte. El ejército del sur encontraría menor resistencia; pero tendría que obrar aisladamente como en la anterior campaña. La expedición á la sierra no era posible; pero en cambio, los realistas ejecutaban un movimiento falso que no les proporcionaba ninguna ventaja militar, y daba tiempo á los independientes para rehacer sus planes sobre la base de dos ejércitos dueños de las comunicaciones marítimas, que podían transportarse rápidamente de un punto á otro á lo largo de las costas. Quedaba todavía el refuerzo de Colombia y el auxilio de Chile, que inclinaba la balanza del lado de los independientes.

Bolívar no participaba de la confianza general. Sea que se diese mejor cuenta de la situación militar ó que no viese la victoria allí donde él no estaba presente, el hecho es que veía más claro que todos,

y que sus pronósticos se cumplieron al pie de la letra, si bien es verdad que preparando él los acontecimientos en el sentido de sus designios. Después de la desgraciada campaña de puertos intermedios, escribió á Alvarado—á quien procuraba atraerse por la importancia que le suponía:—"La derrota de las tropas en Moquegua es una consecuencia del estado anterior de las cosas.—No podía ser menos.—Prueba de que yo había previsto este suceso, es que ofrecí anticipadamente 4000 hombres, y mandé retirar nuestras tropas, porque las creía perdidas en Lima.—La revolución es un elemento que no se puede manejar. Es más indócil que el viento. Usted ha sido víctima de ella". Combinada la nueva expedición, cuyo plan aprobó como el anterior formado por San Martín, dirigía á Sucre una de sus más notables cartas: "No son Canterac y Valdés los temibles: sus recursos, posiciones y victorias, les dan una superioridad decisiva, que no puede contrarrestarse de repente, sino lenta y progresivamente. La expedición de Santa Cruz es el tercer acto y la catástrofe de la tragedia del Perú. Canterac es el héroe, y las víctimas Tristán (en Ilo), Alvarado (en Torata y Moquegua), y ahora Santa Cruz. Los hombres pueden ser diferentes, pero los elementos son los mismos, y nadie cambia los elementos. No debemos contar más con la expedición de Santa Cruz. La división de Santa Cruz no puede tomar el Perú, y la que está en Lima no puede batir á Canterac. Necesitamos reunir nuestras fuerzas para dar un golpe capaz de variar la suerte del país. Se me dirá que esto no puede ser, porque no hay recursos ni movilidad. Replicaré que, si no puede ser, no se haga nada.—Conviene hacer un movimiento general con todas nuestras tropas reunidas, y yo á su cabeza; de otro modo, las disensiones intestinas serán nuestros vencedores.

Este movimiento no deberá efectuarse sino después de saberse que los españoles no reconocen la independencia del Perú; porque este caso único es el que debe imponernos la necesidad de arrancar con las armas una decisión ya dada por la política. Lo diré más claro: perdida la esperanza, debemos buscar la salud en la desesperación de un combate que, perdido, no habrá añadido ni quitado nada al Perú; y ganado, le habrá dado la esperanza de ser independiente". Tenía la visión clara del porvenir.

Guiado el Libertador por estas luces ó procediendo en el sentido de la previsión de los sucesos que él mismo preparaba, seguro como estaba de triunfar al fin de cualquier modo, apenas tuvo noticias de las derrotas de Torata y Moquegua, que ponían en peligro la existencia del Perú, despachó desde Guayaquil una expedición de 3000 hombres, que ya tenía lista, la que debía ser seguida por otra de igual número, aun antes de celebrar el tratado de auxilios, de que ya se hizo mención. Su objeto era dominar militarmente el Perú y tener la gloria de terminar por sí la guerra de la independencia. Por eso había rehusado el concurso de San Martín y retirado antes sus fuerzas del Perú; y por eso permanecía en Guayaquil, reconcentrando allí su ejército. Las instrucciones secretas que dió en consecuencia al jefe de las tropas auxiliares, estaban concebidas en este sentido. Poca importancia daba á la pérdida ó á la posesión de Lima; pero consideraba que el Callao era la llave del Perú, y encargaba muy especialmente apoderarse á toda costa de sus fortalezas (ocupadas por los aliados), empleando en último caso cualquier estratagema militar, por ser base indispensable de todas las operaciones futuras, y el único medio de alejar la guerra del territorio de Colombia.

Para seguir de cerca el desarrollo de estos medi-

tados planes, envió al Perú "su brazo derecho"—como él llamaba á Sucre,—con la investidura de ministro plenipotenciario. Su misión era tomar la dirección del ejército auxiliar y hacerse de hecho el árbitro de la guerra; preparar el terreno en el sentido de los designios secretos del Libertador, de acuerdo con los partidarios de la intervención colombiana, y realizadas las calculadas previsiones, restablecer el equilibrio militar y hacer que fuese él llamado como un salvador. Los sucesos así preparados, le sirvieron aún más allá de sus previsiones.

Tal era la situación militar y la perspectiva general al tiempo de la ocupación de Lima por Canterac. La situación política era más complicada aún.

VIII

La ocupación de Lima por los realistas fué un error, y no podía ser sino muy precaria. No les proporcionaba ninguna ventaja militar, desde que no tuviesen el dominio de las fortalezas del Callao ó de la marina. Además, facilitaba el desarrollo del plan de campaña por puertos intermedios. Era, por otra parte, un hecho previsto, fácil de neutralizar, que precipitó la crisis política, y al centralizar el poder militar en una sola mano, dió nuevo temple á las armas independientes. El gobierno se refugió en los muros del Callao, y el ejército de Lima se situó al amparo de sus fuegos. Sucre fué nombrado general en jefe. El congreso, compuesto heterogéneo de patriotas, godos y colombianos, se dispersó en parte, pasándose algunos de sus miembros al enemigo. La minoría parlamentaria, hostil á Riva Agüero, asumió la representación soberana, y llamó á Bolívar, con la investidura de generalísimo, con-

firiéndole amplias facultades para la salvación del país (19 de junio). Declaróse cesante en consecuencia la autoridad del presidente de la República en el teatro de la guerra, para facilitar la acción militar, y Riva Agüero fué relegado á Trujillo como un fantasma de poder. Bolívar aceptó el nombramiento, declarando que, "hacía mucho, su corazón lo llamaba al Perú". A la espera del Libertador, Sucre fué investido en su representación con las facultades políticas y militares que le eran atribuídas (20 de junio). Los anhelos secretos de Bolívar estaban cumplidos: era dueño del Perú.

Santa Cruz, mientras tanto, había iniciado sus operaciones por puertos intermedios. Advertido el virrey del error cometido, mandó retrogradar el ejército que había ocupado á Lima, y se puso personalmente en campaña para contrarrestar la invasión En consecuencia, Canterac evacuó la capital y se retiró á la sierra sin ser hostilizado (16 de julio). Sucre, por su parte, se puso inmediatamente en campaña, en dirección al sur, con un ejército de las tres armas, compuesto de 3000 colombianos y chilenos, con un escuadrón peruano (20 de julio). En Lima quedó un ejército compuesto de tropas peruanas, argentinas y colombianas, que debía ocupar Jauja y Huamanga, y dominar la línea del Apurimac. El plan de Sucre era combinar los movimientos de los tres ejércitos de operaciones, tomando por base á Arequipa, y avanzar en seguida hasta el Cuzco, para obrar con una masa de 12.000 hombres, ó de 8000 por lo menos; pero cuando arribó á las costas del sur, ya Santa Cruz se había internado. Entonces resolvió desembarcar en Quilca y avanzar hasta Arequipa, buscando la incorporación del ejército expedicionario, para salvarlo, pues consideraba que en la situación en que se había colocado, estaba expuesto á perderse.

El mismo día que Sucre se ponía en marcha sobre Arequipa, el ejército del sur libraba en el alto Desaguadero, sobre el lago Titicaca, una batalla de dudoso resultado, que debía decidir del éxito de la expedición. Santa Cruz había variado el plan de campaña acordado. En vez de maniobrar con su ejército reunido, con arreglo á sus instrucciones, lo dividió en dos cuerpos, y les trazó itinerarios divergentes, que tenían por objetivo el Alto Perú. Con el primer cuerpo, desembarcó cerca de Ilo y avanzó hasta Moquegua. El segundo cuerpo, al mando de Gamarra, desembarcó en Arica y ocupó Tacna. En esta actitud permaneció en inacción hasta mediados de julio, á la espera de la división auxiliar chilena, que habría elevado su fuerza á 7000 hombres; pero no pareciendo ésta, decidióse á abrir la campaña con los 5000 hombres con que contaba (13 de julio). Santa Cruz, con la mitad de su ejército, transmontó la cordillera, atravesó el Desaguadero por el puente del Inca sin encontrar resistencia, y se posesionó de La Paz (8 de agosto). Gamarra, con la otra mitad, marchó por el camino de Tacora, y atravesando más abajo el Desaguadero, ocupó, casi simultáneamente, la ciudad de Oruro, á 250 kilómetros de La Paz.

El general Olañeta, que después de su expedición á Tarapacá se retiraba con 1500 hombres hacia Potosí, quedó sorprendido por la aparición de la columna de Gamarra, cuya marcha ignoraba, y reconociéndose débil, se replegó hacia el sur. En Oruro se incorporó á Gamarra con 600 hombres el famoso Guerrillero Lanza. Allí pudo saber también que la división argentina al mando de Urdininea, preparada antes por San Martín, se había hecho sentir por la frontera de Salta. El jefe independiente, inerte é incapaz, como siempre, al frente de más de 3000 hombres, dejó escapar esta oportunidad de

destruir á Olañeta, y permaneció en inacción en Oruro.

El plan de Santa Cruz—según él mismo,—era interponerse entre las tropas realistas al norte del Desaguadero y el ejército de Olañeta, batir á éste y hacer frente en seguida al enemigo que dejaba á su espalda. No hizo sino robar la vuelta. Sabedor de que el virrey reunía en Puno sus divisiones diseminadas, abandonó su estéril conquista, y retrogradó con el objeto de cubrir la línea del Desaguadero amenazada, estableciéndose en su margen izquierda sobre el puente del Inca. Las primeras divisiones españolas que se concentraron en Puno, fueron las de Valdés y Carratalá, que, reunidas, alcanzaban á poco más de 2000 hombres. Valdés tomó el mando en jefe, y avanzó sobre el puente; pero, hallándolo defendido con artillería, desistió del intento de forzarlo, y retrogradó al norte del inmediato pueblo de Zepita. Santa Cruz pasó el puente y tomó la ofensiva. Encontró á Valdés establecido en una fuerte posición, á cuyo pie se extiende un llano, limitado al oeste por la montaña y al este por el gran lago de Titicaca. El general republicano, por un amago de flanco sobre las alturas y una aparente fuga de su centro, consiguió hacer descender á Valdés al llano, donde únicamente podía obrar su caballería. Dos escuadrones peruanos pusieron en derrota toda la caballería española. Siguióse un encuentro de la infantería, de una y otra parte, sin resultado decisivo. La noche que sobrevino puso término al combate. Los dos generales se atribuyeron los honores del triunfo. Valdés emprendió su retirada. Santa Cruz quedó dueño del campo de batalla; pero, asustado de su semivictoria, se replegó de nuevo al Desaguadero. Esta jornada fué la primera y última de la expedición. La campaña—como lo había previsto Bolívar, y lo temía

Sucre,—estaba perdida, desde que los dos ejércitos del sur no obrasen unidos ó en combinación.

El virrey, reunido á Valdés en Zepita, atravesó el Desaguadero al frente de 4500 hombres. Santa Cruz, amedrentado, no pensó sino en buscar la incorporación con Gamarra. Reunidos ambos cuerpos de ejército al sur de Oruro, alcanzaban á cerca de 7000 hombres (8 de septiembre). En esta situación ventajosa, en vez de hacer frente, intentó interponerse entre el virrey y Olañeta, que, desde Potosí, se había movido con un ejército de 2500 hombres. La Serna, por una simple marcha lateral al oeste de Oruro por las alturas, con sólo 4000 hombres, operó sin dificultad su conjunción con Olañeta (14 de septiembre). Santa Cruz se consideró perdido, y sin probar la suerte de las armas, en que las probabilidades estaban de su lado, se puso en precipitada retirada, que muy luego se convirtió en desastrosa fuga, y al fin en dispersión casi total, con abandono de armas y bagajes. Así repasó el Desaguadero, derrotado sin combatir, ni ver la cara del enemigo. Confió la defensa del puente á una compañía de infantería con dos piezas de artillería, que á la aparición de la vanguardia española, capituló, poseídos sus oficiales del pavor que la timidez del general había infundido á sus tropas. De los 5000 hombres de la expedición desembarcada en Ilo y Arica, apenas 1000 regresaron á la costa. Al tiempo que esto sucedía, llegaba la división auxiliar de Chile, compuesta de tres batallones y un regimiento de coraceros de caballería, que al tener noticia del desastre, regresó á su país sin tomar parte en la guerra.

Sucre, en su empeño de buscar su reunión con Santa Cruz, para salvarlo ó emprender junto con él operaciones decisivas con fuerzas superiores, había procedido en su peligrosa campaña con tanta pru-

dencia como habilidad, revelando las cualidades de un eximio capitán, tan metódico como San Martín en sus empresas, y tan inspirado como Bolívar en el campo de la acción, pero con más ciencia militar que éste. Al llegar á Arequipa, tuvo noticias de la batalla de Zepita. Estaba en marcha en dirección á Puno, con el objeto de buscar su incorporación con Santa Cruz, suponiendo racionalmente que éste mantendría el terreno, cuando tuvo noticia de su completa destrucción. Los realistas convergían sobre Arequipa con todas sus fuerzas de reserva desocupadas. En tan crítica situación, emprendió su retirada, pero de modo de no proteger la de los restos del destrozado ejército expedicionario del sur. Reembarcóse en Quilca, y dió por terminada la campaña, que sería la última del sur.

IX

El plan póstumo de campaña de San Martín por puertos intermedios quedó desde entonces abandonado y desacreditado, ó por las faltas cometidas por sus ejecutores, ó porque tal vez no era ese el camino de la victoria final, como el hecho pareció demostrarlo después. Pero por una de esas combinaciones caprichosas del acaso, en que intervienen más las impresiones individuales que el encadenamiento lógico de los hechos, al mismo tiempo que el último plan de campaña del gran capitán sudamericano, ejecutado por manos ajenas, era enterrado por dos derrotas sucesivas, el libro de su destino, para siempre sellado, pareció reabrirse ante sus ojos en la página interrumpida.

Poco después de separarse del Perú, los votos de Guayaquil, expresados por dos de sus hijos más expectables, lo llamaban á volver á la vida pública.

"Sólo la mano de San Martín puede perfeccionar la grande obra de la libertad del Perú—le decían,—y los guayaquileños lo miramos también como el áncora de nuestra esperanza. No es posible que el Fundador y el Protector de la libertad deje de conmoverse, ni es honor del Libertador de Chile y del Perú que mire con indiferencia un pueblo que tiene fijos sus ojos en él. Ya es tiempo que, cubierto de la gloria que le ha dado su filantropía, vuelva en alas de nuestros deseos, á llenar los destinos de estos pueblos. Las resoluciones y planes del héroe que lleva siempre en su alma la libertad de los pueblos, deben sernos muy respetables; la convocación del cuerpo representativo del Perú y su voluntaria separación del manejo de los negocios elevan su persona al más alto punto de gloria; pero también es verdad que no puede desdeñarse de escuchar el clamor de los buenos patriotas que ansían por su presencia, y que la posteridad no hallaría tal vez disculpa, si su excesiva generosidad atrajese á estos pueblos desgracias que no están lejos de sobrevenirles. Los destinos de estos pueblos necesitan un genio que los impulse". El mismo Riva Agüero, que había conspirado contra el ex Protector, y que muy luego se puso en pugna con el congreso, le escribía: "San Martín es necesario á la América, y sus verdaderos amigos no podrían más sobrellevar, sin continuas lágrimas, la pérdida de un héroe á quien se debe la independencia, y en quien tienen fijos los ojos las naciones civilizadas. Sea cuanto antes el día en que tenga el placer de darle un abrazo". Después de los desastres de Torata y Moquegua, todos los ojos se volvieron hacia él. Uno de sus amigos, al transmitirle en multitud de cartas los votos de los peruanos, le decía: "Es general el clamor de Lima por su regreso, y creen que si no lo hace, se pierde todo el Perú. Yo estoy tan

aturdido por todo, que se me daría muy poco el que me tirasen un balazo". El gobierno de Chile, que había sucedido á O'Higgins, solicitaba oficialmente su cooperación, impulsándolo á abrir nueva campaña: "El Libertador del Perú y de Chile se ha impuesto tan sagrados deberes con respecto al Perú, que el juicio severo de los hombres presentes y de la posteridad olvidaría sus inmensos servicios para no perdonarle si rehusara algún sacrificio dirigido á terminar su obra".

La destrucción de la segunda expedición á puertos intermedios y la resistencia de una parte de la opinión contra la intervención colombiana volvieron á hacer revivir la idea de llamar al ex Protector, como la última esperanza del Perú en las críticas circunstancias que atravesaba. Una junta de jefes de mar y tierra, presidida por el general Portocarrero y el almirante de la escuadra, Guisse, con autorización de Riva Agüero, levantó un acta declarando: "Los votos del pueblo, como los del ejército; como los del presidente de la República; como los del último ciudadano; los de los jefes, como los del último defensor de la causa; en fin, los votos del Perú entero, llaman al Protector San Martín, para que vuele en auxilio del país, cuya existencia peligra". Esta resolución fué comunicada á San Martín en un oficio firmado por los jefes promotores del movimiento: "Hay ciertos hombres elegidos por el destino, cuyos nombres pertenecen á la historia, y cuya existencia consagrada á la felicidad de los pueblos, es reclamada por ellos, principalmente cuando caen en la desgracia. Entonces los hombres viles que en tiempo de prosperidad han insultado al genio y al valor, desaparecen de la escena, y todos los corazones llaman al héroe que sólo puede salvar al Estado. El Perú, que debe á San Martín sus esperanzas de independencia; que

acaba de sufrir una dispersión en el ejército que había nacido de su seno, hoy reclama el regreso del fundador de su libertad, que ha cimentado, y á quien está reservado el acabar de consolidarla. El pueblo volverá con entusiasmo al héroe que ha roto sus cadenas. El ejército se reunirá con energía bajo los estandartes del vencedor de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, quien tendrá la gloria de haber asegurado la independencia de un Estado que siempre le estará reconocido, y de haber terminado una obra que tan gloriosamente ha principiado, volviendo á fijar la fortuna bajo nuestras banderas y la prudencia en nuestros consejos". Riva Agüero, en pugna con el congreso y con la intervención boliviana, llegó hasta á ofrecerle, por medio de un comisionado especial, entregarle el mando supremo del Perú. Guido le escribía al mismo tiempo: "Los patriotas que no especulan con el país y que sinceramente desean verlo libre, vuelven los ojos á usted. Una semana ha, circuló una representación en la que se recogían firmas, pidiendo su regreso como único mediador y término de todos los partidos. Su nombre renace en el seno de estas desgracias.

El ex Protector sentía repulsión hacia la personalidad de Riva Agüero y no fiaba en su lealtad: no quería prestarse á ser instrumento de ambiciones bastardas, ni caudillo de conjuraciones pretorianas: no podía provocar un conflicto estéril, pero no podía desoir estos llamamientos hechos en nombre del interés de la América. Sintió reanimarse en su alma el fuego sagrado de la acción continua que creía apagado, y entrevió, por un momento, la posibilidad de retornar al Perú.

Próximo á emprender viaje á Buenos Aires. en busca de su hija, que había quedado huérfana de madre, contestó á Riva Agüero desde Mendoza:

"El Perú se pierde irremediablemente y tal vez la causa general de América. Un solo arbitrio hay para salvarlo. Sin perder un momento, cedan de las quejas ó resentimientos que puedan tener; reconózcase la autoridad del congreso, malo ó bueno, ó como sea, pues los pueblos lo han jurado. Unanse como es necesario, y con este paso desaparecen los españoles del Perú. Después, matémonos unos contra otros, si este es el desgraciado destino que espera á los patriotas. Muramos, pero no como viles esclavos, que es lo que irremediablemente va á suceder. He dicho mi opinión. Si ella es aceptable, estoy pronto á sacrificar mi vida privada. Venga sin pérdida de un solo momento la contestación de haberse reconocido la autoridad del congreso. La espero para decidir de mi destino".

Riva Agüero, en vez de seguir los consejos de San Martín, disolvió el congreso—como se verá después,—y lo invitó nuevamente á trasladarse al Perú: "Si dentro de tres días no ha llegado el Libertador de Colombia, me pondré en camino para ponerme á la cabeza del ejército. Entraré en Lima el día que se me antoje. Ha llegado el caso de que se cumpla su oferta de venir á prestar sus servicios". El general, indignado, se olvidó de su dignidad, y le contestó en términos tan duros como insultantes: "Me invita usted á que me ponga en marcha, asegurándome que el horizonte público es el más halagüeño. Sin duda olvidó que escribía á un general que lleva el título de Fundador de la libertad del Perú, que usted ha hecho desgraciado. Si ofrecí mis servicios con la precisa condición de estar bajo las órdenes de otro general, era en consecuencia de cumplir con el Perú la promesa que le hice á mi despedida, de ayudarle con mis esfuerzos si se hallaba en peligro, como lo creí después de la desgracia de Moquegua. ¡Pero cómo ha po-

dido persuadirse de que los ofrecimientos del general San Martín, fueran jamás dirigidos á emplear su sable en la guerra civil! ¡Y me invita á ello al mismo tiempo que proscribe al congreso y lo declara traidor! ¡Eh! ¡basta! Un pícaro no es capaz de llamar por más tiempo la atención de un hombre honrado".

El destino de San Martín estaba irrevocablemente decidido. Bolívar era el árbitro del Perú. El Libertador del norte terminaría la tarea del Libertador del sur y coronaría la obra de los dos.

X

Riva Agüero, relegado á Trujillo como un mueble inútil, y despojado de los atributos del poder real por el voto del congreso, cuya mayoría le era hostil, no se conformó con su situación. Disolvió el congreso y nombró por sí un senado de amaño, compuesto de diez de los diputados, cesantes por su orden (19 de julio de 1823). Fué entonces cuando llamó por segunda vez á San Martín para apuntalar su vacilante autoridad. La opinión se pronunció contra el presidente usurpador. Un grupo de trece diputados se reunió en Lima, llamó á los suplentes, y aunque en minoría, reasumió la potestad legislativa y constituyente (6 de julio); invistió á Torre-Tagle, delegado de Sucre, con la autoridad ejecutiva, y declaró á Riva Agüero reo de alta traición y fuera de la ley (8 de agosto). Riva Agüero, á su vez, calificó á los congresales de traidores y declaró nulos todos sus actos. Para sostener su actitud, ordenó á Santa Cruz que acudiera con todas sus fuerzas al norte, abandonando las operaciones del sur en cualquier estado en que se encontraran; pero ya el ejército del sur no existía. Sin retro-

ceder ante ningún medio ni ante la guerra civil para la conservación de su mando personal, formó en torno suyo un ejército, y procuró abrir negociaciones con los españoles sobre la base de un armisticio, comprometiéndose á hacer salir del país las tropas auxiliares. Los auxiliares, y sobre todo los colombianos, que hasta entonces habían reconocido la autoridad constitucional del presidente, se pronunciaron abiertamente contra él y le intimaron su cesación en el mando, para "no ocasionar con su obstinación males á la América".

En medio de esta situación agitada y confusa, apareció Bolívar en el Perú. Los castillos del Callao anunciaron su presencia en el puerto con una triple salva. Las banderas aliadas de las cuatro repúblicas independientes en que entonces estaba dividida la América del Sur, se izaron en todos los edificios, con leyendas en su honor. Al poner el pie en tierra, fué recibido en triunfo con grandes aclamaciones. Las tropas del Perú y las auxiliares de las Provincias del Río de la Plata, Chile y Colombia, le hicieron los honores (1º de septiembre). Jamás ningún americano había recibido una ovación más entusiasta ni más merecida. Era la gloria y era la esperanza personificada de la América.

Bolívar, al dirigirse al Perú, después de un año de espera en sus fronteras, negando, ofreciendo, retirando ó prestando á medias sus auxilios, sabía que iba á ser investido con la suma del poder, que era lo que buscaba, y desgraciadamente lo que el país necesitaba en la revuelta y peligrosa situación que atravesaba. El congreso le consultó por mera forma el proyecto de ley que lo investía con la omnipotencia política y militar. El Libertador contestó, como de costumbre, como en Caracas, como en Angostura, como en Nueva Granada, como en Cúcuta, cuando renunciaba de antemano el poder que

exigía implícitamente sin condiciones, y que él solo podía ejercer. "Mi repugnancia á emplearme en la administración supera con mucho toda exageración, y así, he renunciado para siempre el poder civil que no tiene una íntima conexión con las operaciones militares; mejor diré, he conservado sólo aquella parte del gobierno que contribuye como el cañón á la destrucción de nuestros enemigos. En este concepto, vuelvo á ofrecer al congreso del Perú mi activa cooperación á la salvación de su patria; pero esta oferta no puede extenderse á más que al empleo de mi espada". Era esta una farsa que comprometía la gran expectabilidad del personaje, repetida con tanta frecuencia y tan inoportunamente con mengua de la dignidad de los pueblos ante quienes hablaba. Los diputados peruanos, sin darse por entendidos de estas protestas de aparente desinterés, y sabiendo á qué atenerse sobre su sinceridad, dictaron la ley en que, "bajo la denominación de Libertador, se depositaba en él la suprema autoridad militar con facultades ordinarias y extraordinarias, igualmente que la autoridad política dictatorial como conexa con las necesidades de la guerra, con la latitud de poder exigida por la salvación del país". Y para que su omnímoda autoridad no tuviese embarazo alguno, se sometía á ella la autoridad del presidente de la república del Perú, que lo era el comodín Torre-Tagle. Votóle además, un sueldo de "cincuenta mil" pesos anuales; que él rehusó con el noble desinterés que lo caracterizaba.

En un banquete dado en el palacio de gobierno en honor del nuevo dictador, todos los brindis fueron dirigidos á él, olvidando estudiadamente al fundador de la independencia y de la libertad del Perú. Bolívar, ó para dar una lección que lo engrandecía moralmente, ú obedeciendo á un sentimiento gene-

roso de justicia, al contestar á todos los brindis, dijo, levantando en alto su copa: "Por el buen genio de la América que trajo al General San Martín con su ejército libertador, desde las márgenes del Río de la Plata hasta las playas del Perú: por el general O'Higgins que generosamente lo envió desde Chile". El sentimiento espontáneo estalló en dobles aplausos, confundiéndose por un momento la gloria de los dos libertadores: el uno en el ostracismo voluntario: el otro en la aurora de su grandeza continental. Su segundo brindis fué: "Por el campo en que reuna las banderas del Plata, Perú, Chile y Colombia, y sea testigo de la victoria de los americanos, ó los sepulte á todos". Y al terminar el banquete, como complemento á su primer brindis y para declinar toda solidaridad con las opiniones monárquicas manifestadas por San Martín, dijo: "Por que los pueblos de la América no consientan jamás elevar un trono en su territorio, y que, así como el de Napoleón fué sumergido en la inmensidad del Océano, y el de Itúrbide derrocado en Méjico, caigan los usurpadores de los derechos americanos, sin que uno solo quede triunfante en toda la dilatada extensión del Nuevo Mundo".—La última parte de su sentencia se cumpliría en cabeza propia.—En la noche, al presentarse en el teatro, toda la concurrencia se puso de pie, y lo saludó con muestras de respeto y simpatía. El palco que ocupaba junto con el presidente de la República, estaba adornado con las banderas del Perú y de Colombia, unidas. Un viajero europeo que asistió al espectáculo, deseoso de conocer al héroe que llenaba un mundo con su fama, ha conservado las impresiones de este momento psicológico, reflejadas en la fisonomía del Libertador: "Es muy delgado; pero toda su persona revela gran actividad. Sus facciones son bien formadas, pero su rostro está surcado por la fatiga

y la ansiedad. El fuego de sus ojos negros es muy notable. Después de observarlo, puedo decir que jamás un aspecto exterior podía dar más exacta idea de un hombre. Ensimismamiento, determinación, actividad, intriga, y un espíritu perseverante, son rasgos claramente marcados en su apostura y expresados en cada uno de los movimientos de su cuerpo".

Bolívar, especialmente autorizado por el congreso para resolver las cuestiones con Riva Agüero, ensayó los medios conciliatorios. Todos sus esfuerzos se estrellaron contra la ciega obstinación del mal aconsejado gobernante. Después de largas y estériles negociaciones, en que uno poponía la cesación de todos los poderes en que reposaba la dictadura y otro sostenía su mantenimiento, Bolívar pronunció su ultimátum, por boca de sus negociadores, en términos intemperantes, nunca oídos en el lenguaje de la diplomacia, ni aun entre enemigos: "El Libertador ha concedido á Riva Agüero un perdón á que no es acreedor, en vista de su obcecada ceguedad en seguir las banderas de la traición, del crimen y de la maldad; sin embargo, repite de nuevo su generoso perdón, y no da más plazo para aceptarlo que el que gasten las tropas libertadoras en llegar á los campamentos de la facción.—El Perú llorará siempre la perfidia de los cómplices de Riva Agüero, que han entrado en infames relaciones con los tiranos españoles, para perseguir á los libertadores y entregar su patria á las cadenas. Si no fuese por la necia ceguedad de los tiranos, el Libertador estaría con el Ejército Unido en Huamanga. Pero cualesquiera que sean los resultados de la presente guerra, el Libertador protesta ante toda la América, que son sus compañeros de perfidia los responsables ante la sagrada causa de la humanidad y de las leyes, de la sangre, de la

muerte y de la esclavitud del Perú". La guerra civil estaba próxima á estallar. La caída de Riva Agüero la previno felizmente. Una revolución pretoriana, como la que lo había levantado, lo derribó del poder. Así desapareció para siempre de la escena histórica este hombre, que en un tiempo prestó algunos servicios á su patria durante su esclavitud, fué el iniciador de la anarquía en los primeros días de su independencia, su esperanza por un momento como representante del sentimiento nacional, y por último, un fantasma de poder, que llegó hasta los límites de la traición á su causa, arrastrado por el viento de la vanidad, sin más objetivo que la satisfacción de una insensata y estéril ambición personal.

Bolívar quedó dueño absoluto del Perú. Pensó que toda la América era suya.

CAPITULO XLIX

Política sudamericana.—Sublevación del Callao, Junín y Ayacucho.

1823 - 1824

El ensueño de un gran hombre.—Primera idea de confederación americana.—Bolívar y Rivadavia.—La nueva hegemonía argentina.—Tratado entre Colombia y Buenos Aires.—Convención de Buenos Aires con los comisionados españoles en 1823.—Situación de la guerra en el Perú.—Sublevación de la guarnición del Callao.—Disolución del ejército de los Andes.—Traición de Torre Tagle.—Bolívar, dictador.—El sorteo de Matucana.—Fortaleza de Bolívar.—Se repliega á Trujillo.—Forma un ejército en Pativilca.—Organización y composición del ejército independiente.—Olañeta se subleva en el Alto Perú contra el virrey.—Bolívar abre campaña sobre la sierra.—Su proclama en Pasco.—Movimientos de Canterac contra la invasión de Bolívar.—Marchas estratégicas de los dos ejércitos.—Batalla de Junín.—Desastrosa retirada de Canterac.—Los independientes avanzan hasta la línea del Apurimac.—Bolívar se retira del ejército y delega el mando en Sucre.—Primer síntoma de resistencia contra la dictadura de Bolívar.—Situación general.—Iniciativa del congreso de Panamá.—Los realistas toman la ofensiva.—Disconformidad sobre operaciones de guerra entre Bolívar y Sucre.—Errores y hábiles maniobras de Sucre.—Marchas estratégicas de los dos ejércitos beligerantes.—Descalabro de Corpahuaico.—Batalla de Ayacucho.—Fin de la guerra de la independencia sudamericana.

I

Un ensueño suele ser el hilo fijo en la trama de la vida de un hombre. El de Bolívar fué la unificación de la América Meridional. De este ensueño sacó sus fuerzas morales para crear una gran potencia militar, y llevar sus armas triunfantes por

todo el continente, como Alejandro al través del Asia. Su primera intuición fué la creación del imperio colombiano. La segunda visión fué el establecimiento de una confederación sudamericana, sobre la base de una liga política y militar, regida por una asamblea internacional de plenipotenciaciarios, á la manera de la liga aquea en la Grecia. La última sería la monocracia, bajo la protección de las bayonetas de la hegemonía colombiana, cuando el sueño se convirtiese en delirio.

En 1815, errante de isla en isla en el mar de las Antillas, Bolívar personificaba, como el héroe de la Odisea en los tiempos antiguos, la política, la guerra y la astucia del moderno mundo sudamericano. Por entonces, sólo soñaba con Colombia. "La formación de una sola nación de todo el Mundo Nuevo, con un solo vínculo que ligase las partes entre sí", lo atraía como una "idea grandiosa" de que apartaba los ojos, por considerarla imposible, y declaraba que en el continente había espacio para diez y siete naciones (véase cap. XL, párrafo II). En 1817, al dirigir la palabra al pueblo argentino, diciendo de él, que "era la gloria del hemisferio de Colón y el baluarte de la independencia americana", le anunciaba que, "extinguidos los últimos tiranos, lo convidaría á formar una sociedad con la "Unidad" por divisa en toda la América Meridional" (véase cap. XLII, párrafo II). En 1822, triunfante en Boyacá y Carabobo, y consolidada militarmente la gran república colombiana, organizaba diplomáticamente la confederación sudamericana y bosquejaba las bases aéreas de su futuro gobierno internacional. En los tratados ajustados con el Perú y con Chile, al convenir en una liga ofensiva y defensiva en paz y guerra, para garantir la recíproca independencia y un pacto de unión perpetua, se estipuló "la reunión de una asamblea general de los Estados americanos compuesta de plenipoten-

ciarios, con el encargo de cimentar de un modo sólido y estable las relaciones íntimas entre todos y cada uno de ellos, que les sirva de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en sus tratados públicos, cuando ocurran dificultades, y de juez árbitro y conciliador en sus disputas y diferencias". El Istmo de Panamá, parte integrante de Colombia, era el punto designado para la reunión de esta nueva dieta republicana.

En este terreno diplomático se encontraron por la primera vez—y no sería la última,—la gran figura guerrera y política del Libertador de Colombia, y el genio civil de D. Bernardino Rivadavia, la más alta personificación del liberalismo sudamericano en la época de la emancipación, según el consenso universal. El uno era el árbitro de cuatro grandes pueblos. El otro era el ministro constitucional de una provincia. Bolívar aspiraba á la corona de laurel del César americano. Rivadavia quería alcanzar por una victoria incruenta (un Ayacucho diplomático, como se ha dicho), la corona del libertador pacífico. El era entonces el alma y el cerebro de las Provincias del Río de la Plata, dispersas como astillas después de un naufragio. La tempestad en que las dejó envueltas San Martín en 1820, se había apaciguado. La República Argentina, con sus fuerzas casi agotadas por sus grandes sacrificios en pro de la independencia americana y postrada por la guerra civil, estaba desarmada en la lucha continental; pero sus últimos soldados peleaban por ella en lejanas tierras, llevando sus armas hasta el Ecuador. Sus partes integrantes, no obstante su aislamiento, conservaban su cohesión, y tendían á reunirse en cuerpo de nación, para fundar el orden interno. Faltaba un centro de atracción á esta constelación de, catorce estrellas errantes, y Buenos Aires se lo dió. Rivadavia cons-

tituyó la provincia de Buenos Aires como Estado autonómico, y esta fué la célula orgánica de la futura vida nacional, el molde típico en que se vaciaron las instituciones, animadas al soplo vital las partes rudimentarias del conjunto, respondiendo al instinto de conservación á la vez que al progreso gradual en el orden político.

Por la primera vez se vió funcionar en el pequeño teatro de una provincia el sistema republicano representativo, armado con todas sus grandes piezas: con cuerpo electoral, poderes coordinados, emanación del voto público, tribuna parlamentaria, gobierno limitado y responsable, presupuesto votado anualmente, rendición de cuentas, sin facultades extraordinarias, sin secretos de Estado y sin camarillas. Esta era la nueva hegemonía que la República Argentina iniciaba con los elementos de una de sus provincias. El impulso de la propaganda no se detendría en los límites nacionales: con el vuelo de sus robustas alas, esas instituciones—que eran una novedad en el mundo con excepción de los Estados Unidos y parcialmente en Inglaterra,—después de crear un nuevo vínculo en la familia dispersa y reanimar su organismo rudimental, empezarían á enseñar á los pueblos y gobiernos sudamericanos lo que era el orden republicano representativo, demostrando con su ejemplo cómo se cierran las revoluciones bajo los mismos principios que las inauguran. Este era el complemento pacífico de la revolución americana, que tuvo por objeto fundar gobiernos justos y pueblos libres. Estas instituciones darían la vuelta á la América Meridional; irían más lejos que las armas redentoras de los Provincias Unidas del Río de la Plata; triunfarían moralmente de las dictaduras, de las oligarquías, de los planes de organización artificial fundados en la fuerza y el personalismo, y en definitiva harían prevalecer los principios constitutivos de la

hegemonía argentina, con el programa de organización con que San Martín pasó los Andes y fundó las repúblicas de Chile y del Perú, respetando los particularismos nacionales de los nuevos Estados, sin violentar sus tendencias espontáneas.

Esa actitud pacífica del Estado de Buenos Aires no excluía la fortaleza para encarar de hito en hito los problemas internacionales, sin retroceder ante la guerra en salvaguardia de los derechos argentinos y del predominio de los principios democráticos en la América del Sur. La República Argentina estaba amenazada de una guerra inminente, que estalló dos años después, y se preparaba á afrontarla. El imperio del Brasil, recientemente fundado, mantenía por este tiempo (mayo de 1823) la ocupación militar de la Banda Oriental, parte integrante de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El gobierno de Buenos Aires, inspirado por Rivadavia, afrontaba la cuestión con todas sus consecuencias. "La emancipación del Brasil, decía á su legislatura, ha completado la independencia de nuestro continente; pero las ideas que parecen dominar en el gabinete de Río de Janeiro con respecto á la provincia de Montevideo, ponen obstáculos á la buena y cordial amistad que debiera existir entre naciones que, siendo vecinas, están empeñadas igualmente en la causa de su independencia. Un enviado está pronto á partir á la corte del Brasil, con el objeto de restablecer las relaciones entre ambos gobiernos, y salvar la integridad del territorio de estas provincias. De todos modos, la libertad de la provincia de Montevideo, tanto de la violencia extranjera como de la tiranía doméstica, será siempre un objeto de atención preferente".

II

Este era el estado político interno y externo de la República Argentina cuando el plenipotenciario de Colombia llegó á Buenos Aires para proponer el ajuste de un tratado de unión, liga y confederación perpetua, indéntico al celebrado ya con el Perú y Chile, sobre la base de un congreso supremo de plenipotenciarios. El negociador era el mismo don Joaquín Mosquera, á quien hemos visto figurar en el Pacífico (21 de enero de 1823). Rivadavia estaba encargado accidentalmente del gobierno, y tomó sobre sí dirigir la negociación. Desde luego rechazó in límine la idea de un congreso en cierto modo soberano, árbitro en las cuestiones internacionales, como una imitación inútil y peligrosa del consejo anfictiónico de la antigua Grecia. Esta idea quedó para siempre muerta, y no volvió á reaparecer en lo sucesivo. Redújose el tratado á un pacto de amistad y alianza defensiva en sostén de su independencia de la nación española y de cualquiera otra dominación extranjera, el que sería reglado por convenios especiales.

Interpelado el ministro en la legislatura respecto de la supresión de algunos artículos que figuraban en los tratados análogos celebrados con el Perú y Chile, contestó con reserva diplomática, pero esparciendo bastante luz sobre la cuestión: "Un documento, en que por la primera vez los Estados de la América intervienen, dando la primera base de sus derechos, debe ser un documento del juicio con que penetran y calculan el porvenir. El proyecto de tratado de Colombia no llenaba las condiciones apetecibles, por cuanto sólo fundaba la existencia

de hecho de los gobiernos y no su legitimidad, sin acordarse de la libre representación de cada país. Los tratados de alianza, al aire, no reglados por un tratado especial, han sido siempre inutilizados de hecho por los "casus fœderis". Es preciso detenerse en el régimen representativo, en los intereses generales y recíprocos de Estado á Estado, y no en alianzas de familia".

Esta actitud teórica y expectante del gobierno de Buenos Aires respondía al plan imaginado por Rivadavia, de hacer triunfar la revolución sudamericana por un acuerdo pacífico con la madre patria, uniformando la política internacional de los Estados independientes de la América española en este sentido. En cuanto á la política respecto de la España, ella estaba netamente definida por antecedentes diplomáticos, que determinaban sus rumbos. Cuando por la primera vez, en 1820, el rey Fernando VII envió una comisión regia al Río de la Plata, con el objeto de "poner término á las diferencias existentes entre individuos de la misma familia", el gobierno de Buenos Aires contestó que no podía oir proposiciones sino sobre la base preliminar del reconocimiento de la independencia. Esta negociación no tuvo ulterioridad; pero quedó establecido el precedente.

Casi simultáneamente con el enviado de Colombia, llegaron á Buenos Aires dos nuevos comisionados del rey de España, para abrir negociaciones pacíficas con los gobiernos sudamericanos, y fueron reconocidos en el carácter de tales (30 de enero de 1822). Las Cortes españolas, reinstaladas en Cádiz en 1820, en que predominaba el espíritu liberal de la metrópoli, convencidas de que no podrían ser sometidas por la fuerza sus antiguas colonias, encararon desde este punto de vista la cuestión hispanoamericana, y resolvieron enviar comisionados á los diversos Estados hechos independientes para

tentar el terreno (13 de febrero y 18 de junio de 1822). Los nombrados para el Río de la Plata fueron: D. Luis La Robla, hijo de Montevideo, y D. Luis Antonio Pereira, conocedor de la América del Sur, que había hecho la guerra en ella bajo las banderas realistas en Chile y el Perú, y presentado en 1821 una Memoria á las Cortes, abogando por la independencia absoluta de las colonias hispanoamericanas. Los comisionados no traían una credencial en debida forma, sino un simple nombramiento del rey, expedido de mala gana, bajo la presión del ministerio liberal, por el cual se les autorizaba para oir proposiciones y celebrar tratados provisionales de comercio.

La comisión española, además de su encargo ostensible, tenía por objeto dividir las repúblicas que combatían contra la España, y como Buenos Aires era considerada como el centro del pensamiento revolucionario, los comisionados traían instrucciones reservadas para reconocer la independencia argentina, según ellos lo insinuaron, á fin de separarla de la lucha que sostenían el Perú y Colombia. Rivadavia, al saberlo, quiso definir netamente la situación, y presentó á la legislatura un proyecto de ley que fué sancionado por aclamación. "El gobierno no celebrará tratados de neutralidad—se declaró por esta ley,—de paz ni de comercio con la España, sino precedida la cesación de la guerra en todos los nuevos Estados del continente americano, y el reconocimiento de su independencia". Bajo estos auspicios se iniciaron las negociaciones entre los comisionados españoles y el gobierno de Buenos Aires.

La forma que se dió al arreglo entre las Provincias Unidas por una parte, y el rey de España por la otra, fué la de una convención preliminar de paz, sobre la base, expresamente establecida por la ley

argentina, de la previa cesación de la guerra y reconocimiento simultáneo de la independencia de los nuevos Estados americanos, y así se consignó en su preámbulo. Estipulóse una suspensión condicional de hostilidades por el tiempo de diez y ocho meses, contados dos meses después de las ratificaciones, durante el cual la Provincia de Buenos Aires negociaría la aquiescencia de los demás gobiernos americanos. Mientras tanto, las relaciones de comercio quedarían restablecidas entre la monarquía española y los Estados americanos, con la sola excepción del contrabando de guerra, y en consecuencia, los pabellones de unos y otros Estados serían recíprocamente respetados y admitidos en sus puertos. Estos preliminares, como lo observa un historiador español, "debían producir el reconocimiento sucesivo de la independencia americana, desde que se reconocía la independencia en la parte comercial, al estipular una perfecta armonía en esta clase de relaciones, y la admisión en los puertos de España de las banderas insurgentes". Pero era una ilusión de Rivadavia la esperanza de que la cuestión hispanoamericana pudiese resolverse de otro modo que por las armas.

La convención preliminar tuvo por complemento una ley, tendiente á identificar la causa del liberalismo español con la de la independencia sudamericana. Como la Francia hubiese votado veinte millones de pesos para auxiliar la restauración del rey absoluto en España, de conformidad con las decisiones de la Santa-Alianza, de que se había separado la Inglaterra, el gobierno de Buenos Aires fué autorizado para negociar igual suma entre todos los Estados americanos, "para el sostén de la independencia de España bajo el sistema representativo". En consecuencia, fué nombrado D. Félix Alzaga como plenipotenciario, para negociar con los

gobiernos de Chile, Perú y Colombia, la aquiescencia á la convención, y exhibir las leyes de su referencia. Desígnóse al mismo tiempo como comisionado cerca de las autoridades realistas del Perú, al general Las Heras, con el objeto de arreglar lo concerniente al armisticio, y como jefe de línea militar divisoria de ocupación con aquéllas, al general Arenales.

Esta ruidosa negociación, que no pasó del papel, fué en su época tan deprimida como ensalzada, así en Europa como en América, y produjo efectos tan extraños como contradictorios. Algunos historiadores la han interpretado después de una manera siniestra, así por parte de los independientes como de los ultrarrealistas, mientras otros piensan que deben consignarse en letras de oro las leyes complementarias que le dan su significación. La verdad es que, descartando del plan lo que tenía de ilusorio, la Provincia de Buenos Aires hacía en su situación cuánto era posible, y lo hacía bien y correctamente. Amenazada de una guerra inminente contra un vecino poderoso en nombre de la república contra la monarquía, guerra en que no contaba, ni contaría con aliados, cuando sus últimos veteranos combatían por la emancipación del continente, al lado de los soldados del Perú, Colombia y Chile, cumplía para con la América, haciendo solidaria su causa con la suya, al comprometerse espontáneamente, cuando se le brindaban ventajas parciales, á no tratar sino de común acuerdo con los demás pueblos, sobre la base de la cesación previa de la guerra y el reconocimiento de su independencia por España; y al ponerse sola frente á frente de la Santa-Alianza de los reyes absolutos, cumplía sus deberes para con el mundo libre, con honor para el Nuevo Mundo. Bien que fuera una ilusión de Rivadavia esperar que la cuestión hispa-

noamericana pudiera resolverse de otro modo que por las armas—si es que no entró también por parte el cálculo, para propiciarse la opinión de la Inglaterra, como sucedió,—la negociación en sí es una grande concepción ideal que honra al hombre de Estado y los propósitos elevados que la inspiraron.

En Europa, la convención con sus leyes complementarias, produjo el efecto de propiciarse la buena voluntad de la Inglaterra. En América, presentada por el plenipotenciario de Buenos Aires al gobierno de Chile, fué rechazada de acuerdo con el ministro colombiano cerca de él. Alzaga pasó en seguida al Perú, y la comunicó á los presidentes Torre-Tagle y Riva Agüero. El primero la hizo servir á un plan de traición que tenía premeditado, abriendo con este motivo correspondencia en tal sentido con los realistas. El segundo se utilizó de ella para proponer á los realistas un armisticio, sobre la base de la expulsión de las tropas colombianas. Lo más singular es que Bolívar, por cuya influencia había sido rechazada en Chile, y la calificó después de acto imprevisor de política mezquina, la acogió con favor, como un medio de salvarse de la situación embarazosa en que se encontraba. El congreso peruano, que procedía bajo la influencia de la intervención colombiana, resolvió no se tomara ninguna determinación sin previo acuerdo de Bolívar. El Libertador, consultado, contestó por el órgano de su secretario, que podía tener lugar sobre esa base un armisticio de seis meses, que pusiera á cubierto á los independientes de ser invadidos por el ejército español, cuya preponderancia numérica sobre el de Colombia era un hecho. "Al efecto, agregaba, el Libertador desea que la convención de Buenos Aires sea ratificada antes por los españoles, porque sería un medio de obtener un partido favorable, y

opina que se dirija un parlamentario al Cuzco, que tenga por base el armisticio. Luego que lleguen los auxilios de Colombia, se disiparán los temores que al presente nos arredran. El presidente debe escribir al virrey La Serna, que ha llegado á su noticia que éste deseaba terminar la guerra de América por una negociación pacífica. Que el mundo liberal está escandalizado de una contienda fratricida. Que el gobierno peninsular, las Cortes y el rey, han reconocido la independencia de toda la América. Que Buenos Aires ha concluído ya sus tratados, Méjico lo mismo, y Colombia ha entablado ya su negociación en Bogotá con los agentes españoles sobre un armisticio y preliminares de paz. Sólo el Perú no goza de paz por no haberse entendido aún las partes contendientes. Que con motivo de la negociación del Sr. Alzaga por el gobierno de Buenos Aires, y de haber propuesto la convención celebrada con los comisionados españoles, invita al general La Serna á que pronuncie explícitamente sus disposiciones, su avenimiento ó su repulsa á estos tratados". Jamás se hizo un elogio más cumplido de la oportunidad y alcance del plan de Rivadavia en sus relaciones con la política general y los intereses americanos, por el mismo que más amargamente lo ha criticado.

III

La situación que en los comienzos del año de 1824 atravesaban los independientes en el Perú, era precaria. Apenas conjurado el peligro de la guerra intestina, la traición minaba sus elementos y los enemigos estaban militarmente preponderantes. El ejército realista constaba de 18.000 hombres disciplinados, poseídos del legítimo orgullo que les da-

ban sus recientes triunfos—4000 hombres ocupaban con Olañeta el Alto Perú; 3000 formaban el ejército del sur acantonado en Puno y Arequipa; 8000 el del norte, situado en la sierra del centro y norte; 1000 en el Cuzco y como 3000 diseminados en diversas guarniciones. El ejército independiente de las cuatro naciones aliadas, apenas pasaba de 9000 hombres: de los cuales, 3000 peruanos, 4000 colombianos, 1100 chilenos y 1300 argentinos. Bolívar urgía por nuevos refuerzos de Colombia y reconcentraba su ejército en Pativilca, á 187 kilómetros al norte de Lima, con ánimo de abrir campaña sobre la sierra del centro, buscando la victoria por el camino trazado por Arenales.

En medio de esta incierta situación tuvo lugar un acontecimiento desastroso que hubo de decidir—al menos por el momento,—de la suerte del Perú. Los independientes perdieron las fortalezas del Callao, ganadas por el genio estratégico de San Martín, en momentos en que la España hacía esfuerzos por reconquistar su perdido dominio en el mar Pacífico. Casi simultáneamente, el presidente titular del Perú, Torre-Tagle, se pasaba á los españoles, arrastrando tras sí una parte de las fuerzas nacionales, y los españoles ocupaban á Lima.

Guarnecía los castillos del Callao un batallón de Colombia. Queriendo reconcentrar en el norte todas las fuerzas colombianas que constituían el nervio del ejército aliado, dándole por base la frontera de Quito, de donde esperaba mayores auxilios, dispuso que fuesen cubiertos por los batallones argentinos que á la sazón guarnecían á Lima. La división de los Andes se había puesto bajo la protección del gobierno de la Provincia de Buenos Aires, como representante de la Nación Argentina. "Nos hallamos en circunstancias dolorosas—decían sus jefes,—al ejecutar este acto. Desde la disolución

de las Provincias Unidas no tenemos un gobierno central que nos ampare y regle la conducta militar y política que debemos observar en la guerra que hacemos en el Perú á los enemigos de la libertad de la América, y que recomiende alguna vez á la posteridad los marcados y señalados servicios de nuestro ejército". Su situación era en verdad triste, como lo dice el acta. Lejos de la patria, después de diez años de campañas en tierras extranjeras; los soldados argentinos, desnudos, impagos y sufriendo hasta hambre; odiados por los peruanos, como lo eran los chilenos y colombianos, y lo son siempre los soldados libertadores que pesan sobre un país; huérfanos del gran general que los había conducido á la victoria, relegados á retaguardia con humillación, después de haber ocupado la cabeza de la columna revolucionaria, y sin un gobierno que los amparase, la división de los Andes en 1824 era un cuerpo sin alma. Además, sus bajas en este largo lapso de tiempo habían sido reemplazadas con negros libertos del Perú, lo que le había hecho perder su antiguo espíritu.

En cumplimiento de lo dispuesto por Bolívar, el regimiento Río de la Plata, el batallón número 11 de los Andes y una brigada de artillería de Chile, pasaron á ocupar el Callao. El general Alvarado fué nombrado gobernador de los castillos. El jefe colombiano negó la entrada á la división como á tropa sospechosa, y tuvo que acampar durante seis días al raso, al pie de las murallas, hasta que una orden terminante de Bolívar la hizo penetrar al recinto fortificado para deshonor de ella y de su patria (11 de enero de 1824). Formaban parte de la guarnición, además de la artillería de Chile, una compañía colombiana y el cuadro de un batallón peruano.

En la noche del 4 al 5 de febrero se sublevó si-

lenciosamente la guarnición del Callao, cuyo mayor número lo formaban las tropas argentinas, como queda dicho. La causa más inmediata del motín (además de las ya apuntadas), fué la falta de pago en más de cinco meses, á lo que se agrega, que en el día anterior habían sido abonados los sueldos de los jefes y oficiales, sin que se acordasen de la tropa. Operada la sublevación, aparecieron á la cabeza de ella los sargentos Dámaso Moyano y N. Oliva, pertenecientes ambos al regimiento Río de la Plata, que formaba su núcleo. Uno de ellos era natural de Mendoza y el otro de Buenos Aires; habían hecho todas las campañas del ejército de los Andes, distinguiéndose por su valor más que por su inteligencia. El primer paso de los sublevados fué apoderarse de la persona del gobernador Alvarado, y de todos los jefes y oficiales de la guarnición, que fueron puestos presos. Los amotinados no tenían plan: no acertaban á dictar una medida, ni á dar dirección al movimiento. Una parte de la tropa, arrastrada por la sorpresa, y otra, arrepentida tal vez, volvía instintivamente sus ojos hacia los jefes que por tantos años estaba acostumbrada á obedecer. El motín no tenía un objetivo declarado que pudiese mantener unidos 1500 soldados mandados por dos sargentos sin cabeza. Al principio se contentaban con recibir cien mil pesos á cuenta de sus haberes y regresar á su país. Más tarde pidieron plazo para resolver. El gobierno perdió mucho tiempo en satisfacer estas demandas, y cuando accedió á ellas, ya era tarde. La soldadesca, emancipada del freno de la disciplina, se entregaba á los mayores excesos, no bastando ya á contenerla la autoridad de los nuevos caudillos. Moyano, que como más audaz, asumió el mando superior, se encontraba desmoralizado en medio de su triunfo: veía desorganizarse los elementos que

había desencadenado y tenía delante de sí la perspectiva del cadalso. Oliva, menos arrojado, pero más sagaz, tuvo en aquel momento la inspiración funesta que decidió la suerte del Callao.

Hallábase entre los prisioneros españoles encerrados en las casamatas del Callao, el coronel José María Casariego, hombre de carácter firme y de gran presencia de espíritu. Habíale conocido en Chile con el sargento Oliva, y persuadió á Moyano de que debían dirigirse á él para que los aconsejase en aquel difícil trance. Moyano acogió la idea, y ambos se dirigieron en silencio á los profundos calabozos donde descansaba Casariego, ajeno á la revolución que se operaba en su destino. Comprendió desde luego todo el partido que podía sacarse en favor de la causa del rey de aquel suceso y de aquellos hombres ignorantes; pero se guardó de manifestarles todo su pensamiento. Limitóse á aconsejarles que trasladasen todos los prisioneros españoles, de quienes nada tenían que temer, al cuartel de la Puerta del Socorro, que estaba en contacto con los amotinados, y encerraran en las casamatas á los oficiales patriotas, aislando así la tropa, para prevenir una reacción. Casariego fué desde este momento el verdadero jefe del movimiento.

La indisciplina y el desorden subían de punto. Mientras tanto, el astuto Casariego, que se había insinuado con Moyano y Oliva respecto de la necesidad de dar al movimiento un carácter reaccionario, y los encontró vacilantes, se aprovechó con habilidad de aquel momento. Pintóles con negros colores lo que tenían que temer de los patriotas, después del paso que habían dado, presentándoles del modo más halagüeño las recompensas que debían esperar del rey, si levantaban en los castillos la bandera de España. Persuadidos los dos caudillos, de que no tenían otro camino de salvación y encendida

de súbito en sus almas la ambición de la grandeza, insinuaron artificiosamente á la tropa que este era el único medio de regresar á Buenos Aires y á Chile. Los prisioneros españoles fueron puestos en libertad. Moyano se declaró jefe superior con el grado de coronel en nombre del rey. Oliva fué nombrado teniente coronel. Casariego quedó asociado al mando político y militar. Dióse nueva forma á los cuerpso y los oficiales españoles se pusieron á su cabeza. Se hizo una promoción general de oficiales entre los cabos y sargentos y se ofició al general Canterac, poniendo á su disposición las fortalezas y la guarnición del Callao. La bandera española fué enarbolada en el torreón "Independencia", con una salva general de los castillos (7 de febrero). Un negro, soldado del regimiento Río de la Plata, nacido en Buenos Aires, llamado Antonio Ruiz (por sobrenombre "Falucho"), que se resistió á hacerle los honores, fué fusilado al pie de la bandera española. Murió gritando: "¡Viva Buenos Aires!", grito que repetirían todas las víctimas de esta catástrofe.

El regimento de Granaderos á caballo de los Andes, que se hallaba en Lurín, en el valle de Cañete, contaminado por el ejemplo, se sublevó también y marchó á incorporarse al Callao, sin darse cuenta de la trascendencia del movimiento (14 de febrero). Al ver flotar el pabellón español en las murallas, los soldados volvieron sobre sus pasos, y pusieron en libertad á sus jefes depuestos. Los más comprometidos persistieron en su propósito, y volvieron las armas contra sus antiguos compañeros. Quedó empero, un núcleo de 120 Granaderos fieles, que, en representación de la República Argentina, asistirían á las últimas batallas de la independencia sudamericana. Así quedó disuelto por el motín y la traición, el memorable ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

IV

Canterac, inmediatamente de recibir la noticia de la subevación del Callao, desprendió de la sierra una fuerte división de las tres armas, al mando de Monet, la que, unida á la división de Rodil, que ocupaba el valle de Ica, sobre la costa, debía apoyarla y ocupar á Lima. La capital fué evacuada por los independientes. El presidente del Perú, Torre-Tagle, que, complotado con su ministro de guerra, había entablado correspondencia secreta con los españoles, para reaccionar contra la intervención colombiana, sirviéndole de pretexto la negociación del armisticio proyectado en Buenos Aires, se pasó á los realistas con algunas fuerzas peruanas que le obedecían, y dió un manifiesto contra Bolívar.

Los españoles eran dueños de toda la sierra, y de todo el centro y sur del Perú, é iban á tener el dominio del mar. Una parte de la escuadra independiente se hallaba surta en el Callao. Guisse, recibió orden de recuperala á todo trance. El almirante peruano, con la fragata Protector y cuatro botes armados en guerra, penetró al puerto bajo los fuegos de los castillos y fuerzas sutiles de la bahía. Abordó la fragata Guayas (antes Venganza), y no pudiendo sacarla, la incendió. Lo mismo hizo con la Santa Rosa, y con los demás buques mercantes (25 de febrero). Salvóse tan sólo el bergantín de guerra Balcarce. Los españoles esperaban dos fragatas de guerra, que encontrarían un puerto de refugio, bajo el amparo de fortificaciones inexpugnables para los independientes.

Bolívar ordenó la evacuación de Lima, dictando órdenes terribles, que encontraron resistencias pa-

sivas en los peruanos. "Imagínese—escribía el encargado de cumplirlas—perdido el país. Se han roto ya los vínculos de la sociedad. No hay autoridad, no hay nada que atender sino privar á los enemigos de una inmensidad de recursos de que van á apoderarse". En el mismo día en que Bolívar fulminaba esta orden, el congreso supremo lo investía con al dictadura absoluta, declarando cesante al presidente de la República, por "ser incompatible el régimen constitucional con la salud pública, y se disolvía hasta tanto el Libertador estimase convocarlo para un caso extraordinario" (10 de febrero de 1824). Abandonada la capital, Monet la ocupó sin resistencia, y se hizo cargo de los prisioneros del Callao. No entraba en el plan de los españoles ocupar permanentemente la ciudad. Rodil tomó el mando del Callao, y Monet se replegó á la sierra.

Los oficiales patriotas prisioneros, en número de 160, fueron dirigidos á pie al valle de Jauja, custodiados en dos partidas, por la división de Monet, de regreso á Jauja, por el camino de San Mateo (8 de marzo). En la primera jornada pernoctaron á 36 kilómetros de Lima. Dos de ellos, el mayor Juan Ramón Estomba, y el capitán Pedro José Luna, se tendieron fatigados en el suelo, uno al lado del otro, y antes de entregarse al sueño, se concertaron para fugarse en la primera ocasión propicia, comunicando su proyecto al mayor Pedro José Díaz y á los oficiales Juan Antonio Prudán y Domingo Millán. Al tercer día de marcha (21 de marzo) llegaron á una estrecha ladera. Marchaban los presos en desfilada. Estomba y Luna iban entre Millán y Prudán. Al descender al fondo de la quebrada y pasar uno de sus puentecillos, Estomba y Luna se deslizaron á lo largo de una acequia como por un camino cubierto. Millán y Prudán ce-

rraron el claro, renunciando á la salvación para burlar la vigilancia de la custodia. Esta abnegación debía costarles la vida.

Informado Monet de la evasión, así que llegó al pueblo de San Juan de Matucana (19 de marzo), á 47 kilómetros de Lima, ordenó que dos de los prisioneros fueran ejecutados á la suerte en reemplazo de los dos fugados. Presentóse al grupo el general García Camba, jefe de estado mayor de la división, y haciéndolos formar en ala, les intimó la sentencia. El Dr. José López Aldana, auditor del ejército independiente, protestó contra la bárbara ley, violatoria del derecho de gentes, que constituía á la víctima en guardián de la víctima, bajo pena de la vida.—"Bastante se ha observado el derecho de gentes con ustedes, pues tienen aún la cabeza sobre los hombros", fué la contestación del jefe español. El coronel José Videla Castillo (argentino), que por su elevada graduación formaba á la cabeza, dijo con tranquila entereza:—"Es inútil la suerte. Aquí estamos dos coroneles: elíjase cuál de los dos ha de ser fusilado, ó los dos juntos si se quiere, y hemos concluído".—¡No! ¡no! ¡La suerte! gritaron los prisioneros á una voz.—El general Pascual Vivero, anciano de 60 años, el mismo que había perdido la plaza de Guayaquil y simpatizado después con la causa sudamericana, por tener dos hijos sirviendo en las filas independientes, estaba exceptuado del sorteo. Espontáneamente se puso á la cabeza de la fila.—Señor D. Pascual, con usted no reza la orden—le dijo García Camba.—¡Sí, reza!—replicó el anciano con noble laconismo.—En seguida se procedió al sorteo á muerte. Las cédulas, escritas por García Camba, sobre una caja de guerra que la tenía un tambor de órdenes, fueron dobladas por su mano, y arrojadas en el morrión cónico de un soldado del regimiento de Cantabria, que daba la

escolta del suplicio, y acto continuo se pasó nominalmente la lista fúnebre.

La primera cédula, que tomó Videla Castillo, era blanca. Las cuatro que siguieron fueron también blancas. Al llegar su turno al sexto, en el orden de la fila, que lo era un mayor, Tenorio, exclamó:—Yo no tomo la cédula. El señor—agregó señalando al capitán Ramón Lista—sabe quienes protegieron la fuga.—Yo no sé nada,—interrumpió Lista.—¡Venga la suerte!—¡Usted me lo ha dicho!—¡Es usted un infame!—En aquel momento salió un joven de entre las filas, y adelantándose cuatro pasos, prorrumpió con voz vibrante:—¡Yo soy uno!—¡Yo soy el otro!—exclamó inmediatamente un oficial, que imitó la acción de su compañero.—¡Venga la suerte!—gritaron todos, con excepción de Tenorio.—¡Es inútil!—contestaron los dos oficiales que se ofrecían como víctimas propiciatorias de sus compañeros de armas.—Uno de ellos llamábase Manuel Prudán: era hijo de Buenos Aires, había hecho las primeras campañas del Alto Perú, y, prisionero en Vilcapujio, permaneció en las casamatas del Callao durante siete años. Contaba 24 años de edad. El otro, Domingo Millán, de edad provecta, que era natural de Tucumán, y prisionero en Ayohuma, había sido compañero de infortunio de Prudán. Los prisioneros pidieron que se continuase el sorteo:—¡Es inútil!—interrumpió Millán; en prueba de que soy yo quien debo morir, aquí está una carta de Estomba.—En mi maleta se encontrará la casaca de Luna, agregó Prudán.—No hay que afligirse, dijeron á sus compañeros; verán morir dos valientes.—No hay para qué seguir la suerte, dijo entonces con frialdad García Camba; habiéndose presentado los dos culpables, serán fusilados.—Prefiero la muerte, prorrumpió Millán, á ser presidiario de los españoles.

Puestas en capilla las dos víctimas inmolatorias, los confesó el cura de Matucana. Millán pidió como última gracia, que le dejaran vestir su uniforme. Se lo puso, sacó del forro de la casaca las medallas de Tucumán y Salta, las colgó del pecho, y dijo:—"He combatido por la independencia desde joven: me he hallado en ocho batallas; he estado prisionero siete años y hubiera estado setenta antes que transigir con la tiranía española. Mis compañeros de armas vengarán este asesinato.—Los ejecutores quisieron vendarles los ojos; pero ambos se resistieron. Millán, que era calvo, con una orla de cabellos negros que le circundaban el cráneo, lo que le daba un aspecto imponente, al tiempo de apuntarle, dijo:—¡Compañeros! ¡la venganza les encargo!—Y desabrochándose la casaca, gritó con voz firme:—¡Al pecho! ¡al pecho! ¡Viva la Patria!—Prudán murió con la resignación de un mártir, gritando también "¡Viva Buenos Aires!" ¡Los verdugos hicieron en seguida desfilar á los prisioneros por delante de los dos cadáveres!

V

Al tiempo de desarrollarse estos acontecimientos desastrosos, Bolívar se hallaba en su cuartel general de Pativilca. Devorado por la fiebre que trabajaba su cuerpo y su espíritu, fué acometido de una grave enfermedad que hizo temer por su existencia. Durante seis días permaneció sin conocimiento. En los templos se hacían rogativas por la vida del Libertador. Apenas convaleciente, le llegaron las primeras noticias de la sublevación del Callao, y sucesivamente la de la ocupación de Lima y la traición de Torre-Tagle. En tal ocasión, su amigo el ministro Joaquín Mosquera, fué á visitarlo. Lo

encontró en el huerto de la casa que habitaba, sentado en una pobre silla de baqueta, recostado contra una pared, atada la cabeza con un pañuelo blanco. Estaba meditabundo. Su faz era cadavérica, su boca cavernosa, su voz hueca y débil. Vestido con ropa ligera de dril, sus miembros enflaquecidos acusaban las aristas secas del esqueleto.—¿Qué piensa usted hacer ahora? le preguntó Mosquera.—"¡Triunfar!" repuso el Libertador.—Su alma heroica se templaba en los contrastes.

En la impotencia de hacer frente á los realistas, se replegó con todas sus fuerzas á Trujillo, tomando por base de operaciones las provincias de Guayaquil, Jaén y Cuenca. Hallábase en la misma situación que San Martín al tiempo de ocupar con 4000 hombres la línea de Huaura, con la diferencia de que contaba con cerca de 7000 hombres, y tenía á su espalda la poderosa reserva de Colombia, triunfante. Tocaba ahora á Colombia completar la obra de San Martín en el sur, con el auxilio de los elementos del Perú, después de haber terminado gloriosamente la suya en el norte. Las Provincias Unidas estaban fuera de combate. Chile, cuyo auxilio solicitó Bolívar, no podía ó no quería tomar parte en la lucha. Los últimos restos de los ejércitos libertadores de estas dos repúblicas, incorporados á las divisiones peruanocolombianas, formaban parte del ejército que era la última esperanza de la América independiente. El Libertador no cesaba de exigir auxilios del gobierno de Colombia. "Si los intereses que van á decidirse en el Perú, le decía, tuvieran sólo relación con este pueblo, el ejército que tenemos podría aventurarse contra el enemigo; pero, versando sobre la de toda la América, nada debe librarse á las probabilidades, y menos aun á la casualidad ó á la fortuna". El vicepresidente Santander, al responder á este llamamiento, exageró la nota, recabando del

congreso de Colombia autorización para hacer una leva de 50.000 hombres, además de las tropas existentes (11 de mayo de 1824). Sucesivamente fueron llegando los refuerzos pedidos á Colombia, hasta el número de 3000 hombres. Con estos elementos formó Bolívar un ejército de cerca de 10.000 hombres, en Pativilca (provincia de Huaras), al pie de la cordillera del norte, sin que el enemigo lo sospechara. Lo dividió en cuatro grandes divisiones: dos colombianas, á órdenes de los generales José María Córdoba y Jacinto Lara, y una peruana, al mando de La Mar; las tres de infantería. La caballería,—compuesta de los llaneros colombianos, mandada por el coronel Lucas Carvajal; los jinetes peruanos por Míller, asistido por los comandantes Manuel Isidoro Suárez y José Olavarría (ambos argentinos); los restos de los Granaderos á caballo de los Andes, compuestos de gauchos del Río de la Plata y algunos huasos de Chile, á órdenes del coronel Alejo Brueix (francés, hermano del muerto en el Bío-Bío),—formaban la cuarta división, bajo el mando superior del general Mariano Necochea (argentino). Sucre era el jefe de estado mayor y la cabeza organizadora. Las cuatro repúblicas de la América Meridional, existentes entonces, estaban representadas (con excepción de Méjico), en un solo ejército continental.

Un acontecimiento extraordinario vino por este tiempo á equilibrar las fuerzas beligerantes y permitir á Bolívar emprender operaciones decisivas. El general Olañeta se sublevó en el Alto Perú con un ejército de 4000 hombres, y sin separar su causa de la de los realistas, se substrajo á la obediencia del virrey, como lo había anunciado á Alvarado en 1823 en su conferencia de Iquique (véase cap. XLVIII. párrafo IV). Por su calidad de americano y por sus opiniones absolutistas, Olañeta era enemigo de-

clarado de los generales españoles que profesaban ideas liberales y habían levantado á La Serna en Asnapuquio. En 1824 le llegó por la vía de Buenos Aires la noticia de que Fernando VII, sostenido por la intervención francesa, había abolido la constitución de 1820 y restablecido el antiguo régimen. Sin esperar órdenes, procedió por sí á hacer la proclamación del rey absoluto. El virrey desaprobó su conducta. El contestó despidiendo á los generales españoles La Hera y Maroto, que ocupaban altos puestos en el Alto Perú, reconcentró su ejército y se preparó á la resistencia armada. El general Jerónimo Valdés, con cuatro batallones, cuatro escuadrones y dos piezas de artillería, fué encargado de someterlo á la obediencia. Después de algunos alardes militares y negociaciones confusas, no obstante que ambas partes conviniesen en reconocer el absolutismo español, se rompieron las hostilidades. Los realistas tuvieron también su guerra civil. Libráronse varios combates sangrientos, en que Valdés tuvo la ventaja, y habría acabado al fin por destruir á Olañeta, cuando recibió orden terminante del virrey de abandonar el Alto Perú y reconcentrarse al Cuzco. Los independientes habían triunfado en Junín.

Bolívar, aprovechando la coyuntura de la sublevación de Olañeta y el alejamiento de la división de Valdés, que le quitaba de encima como 7000 enemigos, abrió su nueva campaña, sin plan determinado, pero con la resolución de buscar al enemigo, y posesionarse del valle de Jauja, siguiendo las huellas de Arenales, que había trazado dos veces el camino de la victoria. Su invasión á la sierra fué precedida por un movimiento general de las guerrillas peruanas, desde Yauly hasta Pasco, que estrecharon el círculo de los realistas en la montaña. Cubierto por esta cortina de partidarios, Sucre, con

la previsión de San Martín, reconoció los caminos de la cordillera, cuyo croquis levantó él mismo como ingeniero; estableció depósitos de víveres, leña y forrajes á lo largo del trayecto que el ejército debía recorrer, y marcó punto por punto el itinerario, midiendo las distancias. Bolívar transmontó los Andes por la parte más fragosa y elevada, con dirección á Pasco, á fin de ocultar su movimiento y sorprender al enemigo. Mientras tanto, Canterac permanecía en inacción en el valle de Jauja, con 8000 infantes, 1300 caballos y 8 piezas de artillería, ignorante del avance de los independientes.

El 2 de agosto (1824) el Libertador pasó revista á 9000 hombres sobre las armas, formados en el llano Rancas, á 36 kilómetros de Pasco y les proclamó con su genial elocuencia: "Vais á completar la obra más grande que el cielo ha encargado á los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud. El Perú y la América toda aguardan de nosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo". O'Higgins, el héroe de Chile, proscripto de su patria, y Monteagudo, levantado de hecho su destierro, acompañaban á Bolívar en esta gran revista americana. Al día siguiente, 700 montoneros peruanos se reunieron á la caballería, después de haber explorado el país al oriente de la cordillera. El día 4, Miller, destacado con una vanguardia de caballería al oeste de Jauja, daba parte de que Canterac avanzaba sobre Pasco con su ejército en masa. El Libertador aceleró su movimiento.

VI

Al sur de Pasco y en las nacientes del río Grande, comienza el gran lago de Reyes, situado entre la cordillera occidental y la oriental, que llena toda la depresión del terreno, hasta la entrada del valle de Jauja. El camino que desde Tarma conduce á Pasco, orillando su margen oriental, es el más llano: el del occidente, que va desde Pasco á Junín, es el más escabroso. En su extremidad meridional se encuentra el llano de Junín, quebrado por colinas, en medio de riachuelos y pantanos formados por los desagües del lago. Canterac, que se había reconcentrado en Jauja, informado tardía y vagamente del movimiento de los independientes, tomó con su caballería el camino oriental del lago, con el objeto de practicar un reconocimiento (1º de agosto). En Carhuamayo, á 26 kilómetros de Pasco, supo con sorpresa que Bolívar se había movido por la margen opuesta en dirección á Jauja. Los ejércitos efectuaban alternativamente una marcha paralela, en sentido contrario, lago por medio, tan ignorante el uno como el otro de sus movimientos. El general español, con su retaguardia amenazada, temeroso de perder su base de operaciones y su línea de comunicaciones, emprendió inmediatamente su retirada por el camino que había llevado para reunirse con su infantería (5 de agosto). En veinticuatro horas anduvo 88 kilómetros, y el 6, á las 2 de tarde, se hallaba en la extremidad austral del lago, en la pampa de Junín, y á su frente por la parte del oeste, aparecía al mismo tiempo el ejército independiente, con su infantería establecida en las alturas y su caballería que descendía al llano en aire de carga.

Bolívar había marchado por las faldas orientales de la cordillera occidental, con el lago á su pie sobre su izquierda, á fin de salir á la derecha del río Grande de Jauja, apoyándose siempre en posiciones inexpugnables, lo que indicaba una prudencia que no le era habitual. Al avistar frente á Junín al ejército realista, hizo avanzar su caballería al mando de Necochea, fuerte de 900 hombres, permaneciendo con su infantería en el terreno fragoso, como 8 kilómetros á retaguardia. La componían seis escuadrones de Granaderos montados y Húsares de Colombia, un escuadrón de Granaderos á caballo de Buenos Aires, y dos del Perú. La caballería española alcanzaba á 1300 hombres, y se consideraba invencible.

La caballería republicana, formada en columna sucesiva por mitades, se comprometió en un terreno desventajoso, por un desfiladero entre un cerro y un pantano, cortado por un riachuelo, ramal del lago, que obstruía sus despliegues antes de salir á la pampa. Sólo tuvo tiempo de presentar en batalla dos escuadrones de Granaderos montados de Colombia. Eran las 5 de la tarde. A Canterac le pareció propicia la oportunidad. Fiado en el número y calidad de su arma favorita, que creía saber manejar, no quiso hacer uso de la artillería ligera ni de las compañías de cazadores que tenía á la mano; se puso personalmente al frente de su caballería, desplegó su línea, reforzando las alas con escuadrones doblados, y ordenó la carga con aires violentos á una distancia desproporcionada, sin darse exacta cuenta del terreno, error reconocido por sus mismos compañeros de armas, y á que se atribuye en parte su merecido contraste. Su ánimo era flanquear con su derecha la izquierda de la columna republicana en marcha; pero antes de alcanzar su objetivo, se encontró embarazado por el pan-

tano, y se detuvo en confusión. Su izquierda y parte de su centro se desordenaron un tanto por el largo trayecto recorrido á gran galope, y chocaron con los dos escuadrones colombianos que con sus largas lanzas recibieron con firmeza la impetuosa carga; pero fueron éstos arrollados y perseguidos por la espalda, envolviendo en su fuga la cabeza de la columna independiente, que en ese momento salía del desfiladero.

Canterac, además del error técnico ya indicado, cometió otro más grave aún, y fué comprometer de golpe toda su fuerza, sin prevenir una reserva que acudiese á las partes débiles ó completase el triunfo. De aquí resultó que, lanzados los escuadrones en desorden á la persecución, se comprometieron á su vez en el desfiladero, acuchillando á los fugitivos. Necochea, traspasado de siete heridas de lanza, fué pisoteado por los caballos de vencidos y vencedores, y quedó prisionero de los españoles. El acaso dió la victoria á los independientes. La reserva estaba emboscada á la orilla del pantano. El comandante Manuel Isidoro Suárez, que con el primer escuadrón Húsares del Perú se hallaba situado en uno de sus recodos, dejó pasar por su flanco el tropel de perseguidos y perseguidores, y despejado el terreno, cargó por retaguardia á los vencedores, que á su vez se pusieron en precipitada fuga. Los escuadrones patriotas reaccionan con Miller á su cabeza, vuelven caras y quedan dueños del campo. Canterac, que consideraba seguro su triunfo, no quería dar fe á sus propios ojos al presenciar su derrota: "Sin poder imaginarme cuál fué la causa, volvió grupas nuestra caballería y se dió á una fuga vergonzosa. Parecía imposible en lo humano que una caballería como la nuestra, tan bien armada, montada é instruída, con tanta vergüenza, huyese de un enemigo sumamente inferior bajo todos res-

pectos, que ya estaba casi batido, echando un borrón á su reputación antigua y puesto en peligro al Perú todo". Todo fué obra de 45 minutos. Fué un combate al arma blanca: no se disparó un solo tiro. Quedaron en el campo 250 realistas muertos á sable y lanza. La pérdida de los republicanos no pasó de 150 entre muertos y heridos, entre ellos Necochea, gloriosamente rescatado. Los derrotados fueron perseguidos hasta guarecerse bajo los fuegos de su infantería, que se puso inmediatamente en retirada. El nervio del ejército realista quedó para siempre quebrado en este memorable combate, precursor del triunfo definitivo.

Bolívar, que con su estado mayor presenciaba el combate desde lo alto de una colina, al ver doblados los escuadrones de Colombia y en fuga los que formaban la columna sucesiva, lo dió todo por perdido, y se replegó rápidamente á su infantería, donde le alcanzó más tarde el parte de la victoria dado por Miller. Esto no ha impedido que la musa americana le haya consagrado el más inspirado de sus cantos, glorificándolo como á un héroe de Homero, en un combate decidido por el acaso y el valor de los soldados, en que no tomaron parte ni su inteligencia ni su persona, aun cuando el honor del triunfo le correspondía como general en jefe que dió la orden de pelear, y sea merecedor á sus encomios por otras batallas peleadas y ganadas por su genio militar. Sobre el campo de batalla saludó á los vencedores, y dió al primer escuadrón, mandado por el argentino Suárez, el glorioso nombre de "Húsares de Junín", con que ha pasado á la historia, como antes había dado á los Granaderos de los Andes, mandados por el argentino Lavalle, el de "Granaderos de Río Bamba".

VII

Canterac, desmoralizado por un contraste que consideraba "imposible en lo humano", emprendió una retirada que más se parecía á una fuga, sin más propósito que ponerse fuera del alcance de las armas libertadoras, para prevenir una derrota. Evacuó el valle de Jauja, y emprendió su marcha con tanta precipitación, que á los dos días se hallaba á 160 kilómetros del campo de batalla, destruyendo así por el cansancio su infantería, que era lo único que le quedaba. Abandonó sucesivamente los distritos de Tarma, Cajatambo, Huaylas, Huanuco, Huamanga, Huanvelica, Cangallo, Huanta, Pampas y Andahuilas, sin detenerse en las posesiones ventajosas á lo largo de su trayecto, ni cuidarse de los repuestos y convoyes que dejaba á su retaguardia; pidiendo con insistencia 5 ó 6000 hombres para "no sucumbir y perder el Perú sin remedio", según sus propias palabras, y no paró hasta considerarse en salvo al oriente del Apurimac, á 750 kilómetros de su punto de partida. En esta retirada, perdió como 2000 hombres, según unos, y 3000 según otros, entre rezagados y desertores, más de lo que le habría costado una gran batalla. Se perdió algo más: el crédito del general en jefe español, la moral del ejército realista y hasta la esperanza de su victoria. El virrey lo reforzó con 1500 hombres del Cuzco, con lo que se estableció sólidamente en la línea inexpugnable del Apurimac. Fué entonces cuando La Serna ordenó que la división de Valdés, ocupada en la guerra con Olañeta al sur, se concentrase al Cuzco. Sin embargo, nadie perseguía á Canterac, sino su propia sombra.

El ejército independiente descansó tres días en el campo de batalla, y sólo destacó alguna caballería con infantes montados para picar la retaguardia del enemigo. Empleó diez días en posesionarse de Jauja. Permaneció cerca de un mes en Huamanga., A mediados de septiembre atravesó el río Pampas, poderoso tributario del Apurimac, que corre en esta región de occidente á oriente, cuyo puente de maromas halló cortado. Establecióse en seguida en Andahuailas, y avanzó hasta Challhuanca al sur del Pachachaca (otro afluente del Apurimac), amagando el Cuzco sobre la línea del Apurimac á la altura de sus nacientes, con el flanco derecho cubierto por la cordillera de Huanzo, que forma el nudo andino en que las dos cordilleras se reunen, y que lo separaba de Arequipa. En este punto, Bolívar dió por terminada su campaña por el momento. No se consideraba con fuerzas suficientes para tomar la ofensiva. Además, la estación de las lluvias iba á empezar, y no parecía probable que los realistas emprendiesen operaciones. Sabedor por otra parte de que el empréstito mandado negociar por San Martín en Londres se había realizado, y que debía recibirse inmediatamente de un millón de pesos, delegó el mando del ejército en Sucre, con instrucciones de acantonarse en Andahuailas, entre el Pampas y el Pachachaca (ambos tributarios del Apurimac), prometiéndole enviarle inmediatos refuerzos desde la costa; y él se retiró á Lima por el camino de Jauja (fines de octubre). Aquí termina la carrera del Libertador como general, en la guerra de la independencia sudamericana.

En Huamanga recibió Bolívar una ley del congreso de Colombia (de 28 de julio de 1824), derogatoria de la que le había conferido facultades extraordinarias como presidente de la república en campaña, con el dominio absoluto en lo militar y

fuera de la constitución en los países que libertase ó fuesen el teatro de la guerra (en 9 de octubre de 1821). Por ella se disponía que tales facultades correspondían al encargado del Poder Ejecutivo, quien podía delegarlas, como ya lo había hecho. en los departamentos meridionales de Colombia (Patía, Pasto y Quito). En consecuencia, él no podía ya mandar directamente esos departamentos desde país extranjero, y debía solicitar del gobierno los auxilios que necesitase en ellos, y sólo en el caso de restituirse al territorio de la república, podía tener el mando de algunos de sus ejércitos. Era esta la primera señal de la resistencia del parlamentarismo liberal de Colombia contra las tendencias dictatoriales de Bolívar. Ya los congresos de Angostura y de Cúcuta habían rechazado, en nombre de los principios, las teorías constitucionales del Libertador sobre gobierno oligárquico con presidencias vitalicias y senado hereditario, deplorable adaptación de las instituciones africanas de Haití y de la aristocracia inglesa, que eran un bastardeo de la república democrática. El sentimiento liberal se había encarnado en el congreso de Bogotá y constituía un poderoso partido político, á cuyo frente estaba el vicepresidente Santander, que además representaba el particularismo de Nueva Granada, centro del gobierno general. Esto da la filiación de la ley.

Bolívar sintió el golpe; pero lo recibió con dignidad. Aunque consideró como un ataque directo á su influencia la prohibición de mandar en persona el ejército colombiano en el Perú, comprendió que era la consecuencia de la posición anómala que se había él mismo hecho al encargarse del gobierno de un país extraño, no sometido á la ley de su patria. Nombró á Sucre general en jefe del ejército, en obediencia á la ley, previniéndole que en lo sucesivo no tendría más intervención en las operaciones mi-

litares que la que le correspondía como jefe de la república peruana. Sucre, que aunque superior como general á Bolívar (y él lo sabía) no tenía ambición, y estaba identificado á su destino y á su gloria, le aconsejó prescindir de la ley, promovió una representación de los jefes al congreso para que fuese revocada, y aceptó al fin el cargo, pero declarando que no abriría relaciones directas con el gobierno de Colombia y sólo obedecería las órdenes del Libertador. Los dos cumplieron con su compromiso: Bolívar, dejando completa libertad de acción á Sucre, y éste, ajustándose á las instrucciones del Libertador, en cuanto no comprometiesen el éxito de sus operaciones.

A su llegada á la costa, Bolívar estableció su cuartel general en Pativilca. La situación había cambiado, empeorándose. La llegada del navío Asia, de 72 cañones, y del bergantín Aquiles, de 20, había dado la preponderancia marítima á los españoles. Reunidos estos buques á los que antes poseían bajo la protección de los puertos fortificados de Chiloé y del Callao, había formado una escuadra de un navío, una corbeta y tres bergantines que montaban 154 cañones. La escuadra peruanocolombiana, al mando de Guisse, la provocó al combate, y aunque el honor de la bandera se mantuvo, su inferioridad quedó evidenciada, y tuvo que refugiarse en Guayaquil. Una división de los independientes, destacada sobre Lima en observación del Callao, había experimentado un serio y vergonzoso revés. Chile, no concurría ni con sus fuerzas marítimas ni de tierra á la guerra del Perú. Mientras tanto, Bolívar preparaba en Pativilca elementos para el caso posible de un contraste que temía, aunque sin desesperar del triunfo final, y pedía con exigencia un auxilio de 6000 hombres á Colombia, para reforzar á Sucre, á quien consideraba comprometido, como en efecto lo estaba.

Bolívar, en Pativilca, como Napoleón en medio del incendio de Moscú dictando decretos sobre teatros, se ocupaba de la exhibición teatral de sus planes de engrandecimiento, para el día del triunfo final, que ya lo veía cercano. Volvió á ocuparse de su antiguo proyecto de congreso americano. Dirigió una circular á los gobiernos de América, invitándolos á enviar sus representantes al Istmo de Panamá, en que encarecía la necesidad de la reunión de la gran dieta (7 de diciembre de 1824). "Es tiempo, decía, de que los intereses y las relaciones que unen entre sí á las dos repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos. Las repúblicas americanas, de hecho, están ya confederadas. Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado, como está, en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por la otra el Africa y la Europa. El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas que trazaran la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces del Istmo de Corinto con el de Panamá?"

En medio de estas contrariedades y grandiosos sueños, le sorprendió la noticia de que los españoles habían abierto su campaña desde el Cuzco, y maniobraban en el sentido de cortar la retirada á Sucre. Al principio pensaron, tanto Sucre como Bolívar, que este movimiento tenía por objeto abrir operaciones sobre la costa, contando con la base del

sur del Perú y con el apoyo del Callao. Después se hizo el silencio. Las comunicaciones entre Lima y el ejército independiente estaban interrumpidas. Bolívar, á obscuras, recomendaba á Sucre "no dividir su ejército y conservarlo á todo trance" (noviembre 24). Ultimamente, y con la conciencia de que Sucre sobre el terreno haría las cosas mejor que él, lo autorizó á no esquivar una batalla en caso necesario, y en todo caso, mantenerse en la sierra. Ocho días después, la suerte de la América estaba decidida: Sucre triunfaba en Ayacucho.

VIII

Sólo en un punto estaban disconformes Bolívar y Sucre. El Libertador, así en las instrucciones que dejó, como en su correspondencia oficial y confidencial, prevenía acantonar el ejército en Andahuailas, sobre el Pampas, y mantenerlo reunido. El general en jefe, por el contrario, pensaba que esta posición era peligrosa ó nada prometía, y diseminó sus divisiones en la comarca, con ánimo de ganar terreno. Bolívar tenía la razón, como el hecho lo demostró, pero Sucre tenía también la suya, y el éxito se la dió en definitiva. Según Miller, á los pocos días de la partida del Libertador, Sucre reunió una junta de guerra, y las opiniones se dividieron. Unos pensaban que la situación del ejército podría ser muy crítica si los enemigos avanzaban con fuerzas superiores, y que en tal situación, no debía vacilarse en tomar la ofensiva antes que la división de Valdés se concentrase en el Cuzco y diese la preponderancia á los realistas. Otros, aunque convenían en lo peligroso de la posición—que era una consecuencia del largo avance de Bolívar sin ánimo de tomar la ofensiva,—vacilaban ante la responsabilidad de

obrar contra las precisas instrucciones del Libertador. Sucre tomó sobre sí avanzar, y se adelantó en dirección al Cuzco con una división ligera hasta Mamará, al sur del río Oropesa. Desde este punto desprendió á Miller con los Granaderos de los Andes con el objeto de practicar un reconocimiento del país.

Así que Bolívar tomó conocimiento de este plan aventurado y sin alcance, lo reprobó con amistosa severidad: "Desde luego digo rotundamente, que no creo conveniente la operación. De las cosas más seguras, la más segura es dudar. Si la ha ejecutado, habrá obrado en un sentido opuesto á lo que tantas veces le he dicho: la "unión hace la fuerza". No divida nunca el ejército y procure conservarlo á todo trance. Rodee todo lo que quiera con tal de conservar el buen estado del ejército, que es objeto primario de todas nuestras operaciones, porque mientras lo conservemos, seremos invencibles. Dividiendo el ejército se exponía á un riesgo conocido y exponía los grandes intereses de la América por un bien comparativamente pequeño. Se exponía á ser inferior á sus enemigos y perder una batalla por ocupar algunas leguas más del país. La libertad del Perú no ha de venir por la ocupación material del terreno, sino que está en el mismo campo en que obtengamos una victoria contra los enemigos". Sucre le contestaba: "Queda sin efecto el movimiento que se iba á ejecutar. Yo creía que podíamos hacer algo útil; pero, puesto que usted lo considera peligroso, renunciaré á mi deseo y haré lo que me manda. No me atreveré á decir que debemos continuar las operaciones. Dando tiempo al enemigo, puede organizarse. La cuestión más importante es si debemos ó no pasar el Apurimac. A usted toca resolverlo. Yo someteré mis deseos á su opinión y á sus órdenes. Aunque mi deseo es ade-

lantar, me conformaré en acantonarnos en Andahuailas". Apenas despachaba esta carta, Sucre recibió parte de Miller de que el enemigo se hallaba á 37 kilómetros de Mamará, y avanzaba en masa.

Sucre tenía su ejército diseminado en una extensión de 130 kilómetros, y antes de reunirlo, los realistas podían cortarle la retaguardia. Felizmente ya era tarde para enmendar el error, de que el general republicano supo sacar partido maniobrando con la habilidad y precisión de un Turenne. "Está bien castigada mi culpa, decía Sucre al replegarse, cuando he acantonado las divisiones separadamente, distrayéndome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo, que tan recientemente me ha escrito sobre esto" (7 de noviembre). Tres días después, escribía al Libertador: "Sentiré que me tomen la espalda; pero esto no me da cuidado, porque tengo tan absoluta confianza de este ejército, que me importa poco que los enemigos se pongan en cualquiera otra parte; en cualquiera parte debemos derrotarlo". En retirada, recibió la autorización de Bolívar para librar la batalla. Al día siguiente contestaba con el parte de la victoria.

Sucre estaba mal informado respecto de la verdadera fuerza de los realistas: no les daba sino 8000 hombres desmoralizados, y de ellos 3000 reclutas. Mientras tanto, el virrey, concentradas las divisiones de Canterac y Valdés, atravesaba el Apurimac y abría resueltamente su campaña al frente de 10.000 hombres, bien organizados (24 de octubre). El ejército español, que constaba de 14 batallones y dos brigadas de caballería con 10 piezas de artillería, se repartió en cuatro divisiones: tres de infantería, á órdenes de los generales Canterac, Valdés y Monet, y una de caballería bajo el inmediato mando del virrey. Valdés tomó la vanguardia, con su división compuesta de cuatro batallo-

nes. El ejército republicano no pasaba de 7000 hombres, con dos piezas de artillería.

El virrey La Serna inició sus operaciones contorneando las posiciones de los independientes, apoyada su izquierda sobre la cordillera de Huanzo, y se situó sobre el flanco de Sucre, avanzando en masa. Al principio, el general republicano no atinaba á explicarse este movimiento; pero bien pronto se dió cuenta de su objeto, cuando vió que el enemigo rebasaba su derecha y maniobraba para establecerse á su retaguardia, á fin de cortarle su línea de comunicaciones y dejarlo sin base de operaciones. Los enemigos describían un semicírculo, dentro de cuyos radios tenía él que moverse. Esto le daba algunas ventajas de que supo aprovecharse hábilmente con gran resolución y serenidad. Podía efectuar su reconcentración, por líneas rectas, dos veces más cortas que las curvas del enemigo, con economía de las fuerzas físicas de su tropa; prevenir el movimiento envolvente, anticipándose tal vez á él, y en todo caso, trazar su itinerario para marchar en posición y elegir su campo para provocar ó aceptar una batalla en condiciones relativamente ventajosas. Para esto tendría que recoger su derecha, concentrarse sobre el promedio de la línea de Pachachaca, replegarse á Andahuailas y establecerse en la línea del Pampas, á fin de abrir sus comunicaciones, ó recuperar su base de operaciones continuando su retirada en dirección á Huamanga. Esto fué lo que hizo; pero al llegar al Pampas, encontró al enemigo que á marchas forzadas se había anticipado á ocupar su margen izquierda, cortándole la retirada hacia el norte (24 de noviembre). Por primera vez se avistaron los beligerantes. Lo fragoso del país permitía á los dos ejércitos maniobrar sobre ambas márgenes del río con seguridad, y durante tres días ejecutaron alter-

nadas y simultáneas contramarchas, sin que ni uno ni otro se atreviera á atacar en las fuertes posiciones elegidas. Sucre atravesó definitivamente el Pampas en dirección á las fronterizas alturas de Matará: pero al llegar á su pie, las halló coronadas por el ejército español (2 de diciembre). Entonces se inclinó sobre su derecha (este), con el propósito de continuar su retirada, faldeando la cordillera oriental. Para efectuar esta operación, tenía que atravesar la inmediata quebrada de Corpahuaico, distante como seis kilómetros, que da acceso al valle de Acrocos en dirección á Huamanga. Esta era la zona peligrosa.

Los españloes, al observar el movimiento lateral de Sucre, se corrieron sobre su izquierda para cerrarle el camino; pero cuando llegaron á la boca meridional de la quebrada, ya las divisiones de vanguardia y centro del ejército unido habían franqueado el mal paso. La retaguardia, compuesta de tres batallones colombianos al mando del general Lara, fué atacada en ese momento por la división de Valdés, á tiempo de ponerse el sol (3 de diciembre). Uno de los batallones fué en su mayor parte sacrificado, sosteniendo la retirada: los otros ganaron las alturas en dispersión, con abandono de parte del parque y una pieza de artillería que custodiaban; pero hicieron pie firme allí. Sucre se apresuró á tomar posiciones al norte de la profunda quebrada de Corpahuaico, y las sostuvo con los fuegos de su infantería hasta entrada la noche. Los beligerantes acamparon en las cimas de los dos lados de la quebrada, barranco de por medio. Sucre confesó en este descalabro parcial una pérdida de 300 hombres, una pieza de artillería y parte de sus municiones. Los españoles no dudaron desde este momento de su victoria, pero Sucre no perdió la esperanza.

Desde Corpahuaico se inició una doble marcha, táctica y estratégica, de que la historia militar del mundo no presenta ejemplo, y que sólo puede explicarse por la naturaleza montañosa del terreno. Los dos ejércitos beligerantes marcharon á la vista uno de otro: los realistas por las alturas de uno de los ramales de la cordillera occidental; los independientes por las faldas de la cordillera oriental; interceptados ambos por un abismo. Al desembocar al valle de Acrocos, Sucre presentó batalla; pero no fué aceptada (4 de diciembre). En este punto, los realistas se inclinaron sobre su izquierda (oeste), haciendo un rodeo para ocupar con anticipación el camino de Jauja. El virrey quería empeñar la batalla en condiciones de que no se escapase un solo hombre. Siguió en dirección á Huamanguilla (al sur de Huanta), contorneando el flanco izquierdo de los independientes, hasta cortarle por segunda vez la retirada. Mandó cortar todos los puentes y cerrar todos los desfiladeros á su retaguardia, y empezó á maniobrar en el sentido de trabar la pelea en palenque cerrado. Las poblaciones entre Jauja y Huamanga se sublevaron en favor de los realistas. Una columna salida de Jauja para reforzar á Sucre, fué rechazada, y todos los convoyes de los independientes en este trayecto fueron interceptados, y los enfermos de sus hospitales degollados. La posición de Sucre era crítica: estaba entre la victoria ó la muerte. En la retirada había perdido más de 600 hombres, y el efectivo de su ejército no alcanzaba á 6000 plazas. Los españoles peruanos contaban con más de 9000 hombres. Situado el ejército unido entre Huamanga y Huamanguilla, con la cordillera oriental y occidental sobre sus flancos, en un valle abierto, aunque desigual por colinas y barrancos profundos, podía ser atacado por su frente ó por su iz-

quierda. Este lugar se llamaba Ayacucho, y debía ser el último campo de batalla de independientes y realistas en la América del Sur.

IX

Los independientes en la posición que ocupaban, tenían á su frente la serranía de Huanta, detrás de la cual maniobraba el virrey, y sobre su derecha las alturas de Condorkanqui, único punto accesible de la cordillera oriental, cuyo dominio tenían los realistas (6 de diciembre). En la tarde del 8 coronó el ejército español las alturas de Condorkanqui. Por allí venía el ataque. Sucre dió el frente á Condorkanqui. Dos horas después de ponerse el sol, se empeñaron las primeras guerrillas al pie de la cuesta. El ejército unido estaba formado en el llano, casi á tiro de cañón del enemigo.

El ejército unido se componía de 4500 colombianos, que constituían su base y su nervio, 1200 peruanos, cuyos cuerpos estaban mandados en parte por jefes argentinos, y 80 argentinos, último resto del ejército de los Andes. La derecha, mandada por Córdoba, general de 25 años, se componía de cuatro batallones colombianos. El centro, á cargo de Miller, lo formaban los escuadrones peruanos de Húsares de Junín, los regimientos de Granaderos y Húsares de Colombia, y el escuadrón de Granaderos á Caballo de Buenos Aires. A la izquierda, á órdenes de La Mar, estaban la Legión peruana y los batallones números 1, 2 y 3 del Perú. La división de reserva, mandada por el general Lara, constaba de tres batallones colombianos. Una pieza de á cuatro era toda la artillería del ejército unido. El ejército realista estaba compuesto de españoles y peruanos. Valdés, con 4 batallones, 2 escuadrones y 4 piezas

de artillería, ocupaba la derecha. Seguía la segunda división al mando del general Villalobos, fuerte de cinco batallones. La división Monet, con cinco batallones, cubría la izquierda. Diez escuadrones, con 7 piezas de artillería, escalonados en dos líneas á retaguardia, cerraban el flanco izquierdo.

Al amanecer del día jueves, 9 de diciembre de 1824, el sol se levantó radiante tras la gigantesca cumbre de los Andes orientales. Sucre recorrió á caballo la línea del ejército, proclamando á los soldados en alta voz: "¡De los esfuerzos de este día depende la suerte de la América del Sur!" En esos momentos las columnas de ataque españolas descendían las cuestas de Condorkanqui, y agregó con acento inspirado: "Otro día de gloria va á coronar vuestra constancia". Los fuegos de las guerrillas y algunos cañonazos disparados de parte á parte, dieron la primera señal del combate. Eran las 9 de la mañana. A las 10 de la mañana, los españoles situaban cinco piezas de artillería, protegidas por un batallón, al pie de la altura, y avanzaban de frente en masa con su izquierda y centro, ocultando el movimiento de su derecha, destinada á flanquear la izquierda republicana. El virrey marchaba á pie á la cabeza del centro.

El campo de batalla en que se iban á medir los dos ejércitos, es una llanura que desde el pie del Condorkanqui se extiende hacia el valle ó Pampa de Ayacucho. Su configuración es la de un cuadrado, y su extensión, como 600 kilómetros de sur á norte y 350 de este á oeste. En su fondo occidental se eleva una loma de suave pendiente, que se desarrolla en toda su longitud. En este punto estaba formado el ejército unido. Los flancos estaban cubiertos por ásperas quebradas, siendo la del sur (derecha independiente) absolutamente impracticable. La mayor parte del frente en la prolongación

de norte á sur, lo atraviesa un barranco, que los españoles tenían que salvar, pero que puede ser despuntado por la extremidad sur. En este punto fué donde los españoles establecieron su primera batería.

La división de Valdés inició la batalla por su derecha desalojando las compañías de cazadores de los independientes avanzadas sobre el barranco del frente. Al sonar los primeros tiros, una parte del centro realista comprometió á paso de carrera el ataque, con dos batallones seguidos por la línea de tiradores, con el propósito de flanquear la derecha opuesta. La división colombiana que defendía este punto, permaneció inmóvil á pie firme. Sucre reforzó su izquierda con un batallón y ordenó que Córdoba cargase rápidamente, protegido por la caballería de Miller. El joven general levantó en alto su sombrero, y dió la famosa voz de mando que ha dado relieve á su heroica figura: "¡Adelante! ¡Paso de vencedores! ¡Armas á discreción!" Y cargó con ímpetu irresistible, formado en dos columnas paralelas, con la caballería en el claro. La infantería enemiga, que se había avanzado, fué atacada á bayoneta, y por algunos minutos, la victoria estuvo indecisa. Los españoles pretendieron decidir el combate lanzando ocho escuadrones á fondo, pero fueron arrollados por los regimientos de caballería de Colombia al mando del general Laurencio Silva. El campo quedó por los independientes. La artillería realista de este flanco quedó inutilizada, antes de poder romper sus fuegos. La derecha del centro de los realistas (general Monet), que se hallaba intacta, acudió á restablecer el combate; pero, antes de pasar toda ella el barranco, fué atacada de firme por la división de reserva al mando de Lara, apoyada por la caballería colombiana, y retrocedió en desorden. Tres nuevos escuadrones

salieron al encuentro. Los jinetes colombianos á pie firme, con sus enormes lanzas enristradas, les infundieron pavor, y fueron exterminados. El virrey se lanzó valerosamente en medio de sus tropas desbaratadas, con ánimo de renovar la pelea; pero, derribado de su caballo con seis heridas, fué hecho prisionero con más de 1000 de sus soldados.

Mientas tanto, Valdés, con tres batallones y cuatro piezas de montaña, había penetrado por la izquierda republicana y abierto fuegos sobre el flanco de la división peruana al mando de La Mar, que ya empezaba á cejar, cuando acudió el batallón colombiano destinado á reforzarla, y sucesivamente los Húsares peruanos de Junín mandados por Suárez, sostenidos por los Granaderos de Buenos Aires á órdenes de Brueix, con Miller á su cabeza, que decidieron el último combate. La batalla estaba ganada en toda la línea. Era la 1 del día. Valdés, desesperado al ver su tropa en fuga, se sentó sobre una piedra para esperar la muerte; pero sus oficiales lo obligaron á replegarse á la cumbre de la montaña, donde se reunieron todos los generales vencidos con sus últimos dispersos, huérfanos de su virrey y general en jefe. Canterac asumió el mando y capituló con el vencedor, que le concedió generosamente condiciones honrosas. La guerra de la independencia de la América Meridional estaba terminada, y su emancipación por siempre asegurada. Según la expresión del poeta, mil años transcurrieron en la hora de Ayacucho.

Ayacucho fué llamado en América la batalla de los generales, como la de los soberanos en Europa. Catorce generales españoles, con todos sus jefes y oficiales, rindieron en ese día sus espadas ante la soberanía de un nuevo mundo republicano. Del ejército realista quedaron en el campo 1400 muertos y 700 heridos. La pérdida de los republicanos

fué de 300 muertos y 600 heridos. ¡La cuarta parte de los combatientes fué muerta ó herida!

En esta batalla final estuvo presente el genio de Bolívar, aun cuando no la mandase en persona; como estuvo presente el espíritu de San Martín, representado por los últimos soldados de su ejército. Sin la concepción del plan de campaña continental de San Martín; sin la creación del ejército de los Andes, su paso de las cordilleras meridionales, sus victorias de Chacabuco y Maipú; sin el dominio marítimo del Pacífico, según sus previsiones, su expedición al Perú y su intervención en la guerra de Quito, que terminó en Pichincha, no habría habido Ayacucho. Así también, sin la condensación de la revolución del norte de la América Meridional por el genio de Bolívar y su paso de los Andes Ecuatoriales; sin Boyacá y Carabobo; sin la organización militar de Colombia, no habría habido tampoco Junín y Ayacucho. Los dos Libertadores triunfaban; pero Bolívar coronaba la obra. La noble y simpática figura de Sucre, el vencedor de Pichincha y Ayacucho, se destacaba en segundo término como vínculo de unión entre los dos vencedores de Chacabuco y Maipú, de Boyacá y Carabobo.

CAPITULO L

Apogeo, decadencia y caída de Bolívar.

1824 - 1830

Consecuencias de Ayacucho.—Ocupación del Alto Perú.—La América del Sur emancipada.—Apogeo de Bolívar.—Síntomas de decadencia.—Carácter dual de la revolución sudamericana.—El delirio de Bolívar.—Sus tres primeros actos en el apogeo.—Prorrogación de la dictadura de Bolívar en el Perú.—Muerte de Monteagudo.—Plan de confederación.—Congreso de Panamá.—Creación de la república de Bolivia.—Planes aventureros de Bolívar.—Legación argentina cerca del Libertador.—La política argentina y la boliviana frente á frente.—Nueva hegemonía argentina.—Constitución de Bolívar para el Alto Perú.—Las presidencias vitalicias de Bolívar.—Plan de confederación de los Andes.—La monocracia.—Anarquía de Colombia.—Disolución de la confederación boliviana.—Política reaccionaria del Libertador.—Disolución de Colombia.—Caída y ostracismo de Bolívar.

I

La capitulación de Ayacucho puso término á la guerra de la independencia de la América del Sur. Todas las fuerzas realistas del Bajo Perú se sometieron á ella; con excepción del Callao, donde Rodil continuó tenazmente la resistencia con 2200 hombres un año más; pero que se rindió al fin (1825). Las ciudades del Cuzco, Arequipa y Puno, abrieron sus puertas al vencedor, que atravesó el Desagua-

dero, y fué recibido en triunfo en La Paz, Oruro, Potosí y Chuquisaca. El ejército realista del Alto Perú se disolvió por una sublevación, muriendo en ella el general Francisco Antonio Olañeta. El general Sucre ocupó militarmente el país, y convocó una asamblea que deliberase sobre su suerte política. La escuadra española se alejó por siempre de las costas del Perú, y se disolvió desastrosamente en el mar Pacífico. La isla de Chiloé, último punto donde las armas españolas harían su última resistencia, mandadas por Quintanilla, sería también rendida como el Callao. El poeta del siglo, transportado por la imaginación á la cumbre del Chimborazo, extendía la vista por los ámbitos del Nuevo Mundo, y no descubría un esclavo.

Bolívar había alcanzado el apogeo de la gloria humana. Era uno de los hombres más grandes que hubiese producido el Nuevo Mundo, después de su descubrimiento. Ambos mundos lo admiraban. La América del Sur lo aclamaba su Libertador. Los exagerados honores oficiales que se le tributaron, eran nubes de incienso impuro que no alcanzaban á obscurecer las grandes líneas de su figura heroica, y que un leve soplo de buen sentido habría disipado. Representaba el término positivo en el binomio de los dos Libertadores sudamericanos, elevado á la más alta potencia en el orden de la acción coeficiente como nuevo factor. Estaba en su mano resolver el problema político por el problema mismo, dando la más alta medida del gobierno con relación á su medio y al individuo, igualándose tal vez á Wáshington. No estaba empero en su naturaleza producir este resultado, que era la aspiración de la conciencia colectiva y que una ambición sana le habría sugerido. Le faltaba la fuerza moral para mantenerse con serenidad en las alturas, y ese resorte de la abnegación que hace la grandeza

moral de los genios benéficos en la plenitud del poderío. Como sucedió al Libertador del sur, el momento de su apogeo marcó el de la decadencia política y moral del Libertador del norte; pero con caracteres de caducidad más pronunciados, indicativos de una inevitable catástrofe, por efecto de la ley de dinámica histórica que regula el movimiento apropiado á las necesidades generales.

Uno de los fenómenos más notables de la revolución sudamericana, que la historia señala con rasgos prominentes, es el desnivel de las inteligencias superiores y de los instintos comunes, y el desequilibrio entre la potencia gubernamental y las fuerzas populares. La emancipación, como hecho material, estaba en el orden natural de las cosas; pero lo que propiamente se llama revolución, es decir, el desarrollo del organismo elemental, brotó de la esencia de las cosas mismas, surgió de las almas como hecho armónico y se hizo conciencia ingénita; fué no sólo un instinto y una gravitación mecánica, sino también una pasión y una idea colectiva, que se convirtió en fuerza eficiente é imprimió su sello típico al resultado general. La organización y dirección de esta fuerza fué la obra de los caudillos y los políticos, después que el hecho se produjo espontáneamente favorecido por las circunstancias. Sólo en un punto coincidieron las impulsiones y las voluntades: la independencia. En lo demás, la dirección y las fuerzas estuvieron casi siempre en desnivel y desequilibrio, y á veces en antagonismo. Los libertadores y los directores están más arriba del nivel común en el orden de la acción, pero en los movimientos complicados en que intervienen las fuerzas ocultas de las conciencias colectivas, están más abajo de la razón pública, así en las altas como en las bajas estratas sociales. Representantes los caudillos de la fuerza organizada, y

los políticos de la potencia gubernamental, removieron más hechos que ideas, y tuvieron más objetivos inmediatos que ideales. Hicieron funcionar los resortes mecánicos de la máquina militar y política, sin vivificar los órganos de la nueva sociabilidad embrionaria. No supieron manejar la masa viva, ni contar sus pulsaciones normales. De aquí ese desnivel alternativo y ese equilibrio casi constante entre las fuerzas militares y las fuerzas populares; entre los planes artificiales de los directores y las tendencias espontáneas de la colectividad.

La revolución sudamericana entraña dos revoluciones: una interna y otra externa: una que obra contra el enemigo común, y otra que reacciona dentro de sus propios elementos orgánicos. La América del Sur era genialmente democrática, tenía que ser república y no podía ser otra cosa. Era anárquica por su naturaleza, pero de su misma anarquía tenía que resurgir la nueva vida. Los primeros proyectos de monarquización con reyes extranjeros, que como remedio á esa anarquía se fraguaron en el Río de la Plata, repugnaban á los pueblos, y dieron por resultado la disgregación argentina. El plan de monarquizar al Perú despojó á San Martín de su fuerza moral. El establecimiento del imperio mejicano con un soberano indígena fué la contraprueba del error del primer plan. La dictadura prolongada de O'Higgins, después de asegurada la independencia de Chile, dió con su héroe en tierra. Las teorías del gobierno oligárquico de Bolívar con presidencias vitalicias y senadores hereditarios, que llevaban en germen la monocracia sudamericana, fueron rechazadas por los congresos impregnados del espíritu republicano de la masa, y determinaron su caída, porque estaban en pugna con las necesidades de la época. Esto revela que, así como las fuerzas impulsivas de la revolución

seguían una dirección constante en la línea de sus destinos, tenía también una alma, una conciencia ingénita, que al determinar el afocamiento de las masas batalladoras del continente, debía determinar igualmente el de las voluntades al asumir su forma definitiva. Los Libertadores con todo su poder y su gloria no podían desviar el curso natural de la revolución fuera de su esfera determinada de acción, sin embargo de ser tan eficiente, que sin San Martín en el sur y sin Bolívar en el norte, ni se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación continental de los ejércitos, que dió el triunfo final. El día que dejaron de acompañar el movimiento general, quedaron rezagados. Por esto se suprimió á sí mismo San Martín en la mitad de su carrera, cayó O'Higgins, fué fusilado Itúrbide y Bolívar fuè suprimido. Eran obstáculos á la marcha expansiva de la revolución, que la necesidad del desarrollo y el instinto de la conservación aconsejaban ú obligaban á remover. Por esto, el apogeo de Bolívar marca, no sólo su decadencia, sino también el divorcio entre la dictadura estacionaria ó reaccionaria y la democracia progresiva, y determina fatalmente una trágica caída.

II

Tres actos iniciales y característicos señalaron el apogeo y la decadencia de Bolívar: la prosecución de un sueño tras un fantasma con apariencias de realidad; la repetición de una renuncia sin seriedad, indigna de su gran expectabilidad; la transformación del Libertador, convertido en conquistador y conspirador reaccionario contra la independencia de las naciones por él redimidas.

Después de Ayacucho, asegurada la independencia

sudamericana, su misión de Libertador había terminado, y su deber, su honor y hasta su interés bien entendido, le aconsejaban retirarse del Perú, dejando á los pueblos redimidos dueños de sus destinos. Monteagudo fué el único que le acomsejó bien en este sentido. Pocos días después, Monteagudo era asesinado una noche en una calle solitaria de Lima (28 de enero de 1825). Su muerte es un misterio, que unos han atribuído á venganza política y otros á venganza particular. Bolívar, que se avocó el papel de juez inquisitorial de instrucción, ha guardado el secreto.

Entre los papeles de Monteagudo se encontró un ensayo sobre la necesidad de una federación general de los Estados hispanoamericanos, calcado sobre el plan del congreso de Panamá. El antiguo demagogo, sostenedor más tarde de la idea monárquica con San Martín, se había convertido á los principios republicanos bajo los auspicios dictatoriales de Bolívar. "Este proyecto, decía, no puede ejecutarse por la voluntad presunta y simultánea de los que deben tomar parte en él. Es preciso que el impulso salga de una sola mano". Este escrito póstumo, que acusa decadencia en la forma y en el fondo, reducido á reminiscencias diplomáticas y vagos perfiles de política internacional, se concretaba en una sola conclusión: "Un congreso que sea el depositario de toda la fuerza y voluntad de los confederados, y que las pueda emplear ambas sin demora, donde quiera que la independencia esté amenazada". Para justificar este nuevo poder, se evocaba el fantasma de la Santa-Alianza de los reyes, á que se oponía la alianza de las repúblicas del Nuevo Mundo. A la vez que se apuntaban sospechas sobre las miras del nuevo imperio brasileño y sobre la mala voluntad de Chile y de la República Argentina, se propiciaba el concurso de la Gran Bretaña y de los

Estados Unidos, que, por otra parte, alejaba por el carácter de liga guerrera contra la España y contra los reyes, que daba á la confederación, con un "contingente de tropas y un subsidio que debían prestar los confederados".

Sobre esta base aérea insistió Bolívar en su antiguo plan ó sueño, y convocó el congreso americano de Panamá, en la esperanza de ser su regulador supremo. Los Estados Unidos lo aceptaron con la condición de observar la neutralidad; la Inglaterra, como testigo; el Brasil, por mera forma; y la República Argentina y Chile, con reservas fundamentales. Sólo concurrieron los diputados del Perú, Méjico, Colombia y Guatemala. Cuando esta sombra de congreso escapó á su influencia, el mismo Bolívar lo comparaba "al loco griego que pretendía desde una roca dirigir los buques que navegaban alrededor".

Su segundo acto fué la cuarta renuncia de la presidencia de la república, fundada en que "su permanencia en Colombia no era ya necesaria, por haber él llegado al colmo de la gloria"; y protestaba de su "horror al mando supremo bajo cualquier aspecto ó nombre que se le diese". El congreso colombiano se limitó á no aceptarla por unanimidad, pero guardando un digno silencio. Tan lejos estaba de su mente la idea de desprenderse del mando en su patria, que casi al mismo tiempo de formular su renuncia, enviaba dos comisionados cerca del vicepresidente Santander, con una comunicación en que le manifestaba su propósito de "pasar al territorio argentino con el objeto de afianzar la independencia en Sud América, auxiliando á los patriotas". Santander combatió este descabellado propósito, que á nada respondía, recordándole que el permiso acordado por el congreso para dirigir la guerra fuera del territorio de Colombia, te-

nía por "condición únicamente la seguridad de la república peruana".

Su tercer acto de solemnidad teatral fué la abdicación aparente de la dictadura del Perú y su aceptación inmediata, por las razones contrarias en que fundaba su renuncia. Reunido el congreso constituyente peruano, declaró Bolívar por escrito, que le restituía el "terrible poder depositado en sus manos, poniendo fin al despotismo con su resignación". De viva voz dijo: "Hoy es el día del Perú, porque hoy no tiene un dictador. Nada me queda que hacer en esta república. Mi permanencia en ella es un absurdo: es el oprobio del Perú. Yo soy un extranjero; he venido á auxiliar como guerrero y no á mandar como político. Si aceptase el mando del Perú, vendría á ser una nación parásita ligada hacia Colombia. Yo no puedo admitir un poder que repugna mi conciencia. Tampoco los legisladores pueden conceder una autoridad que el pueblo les ha conferido para representar su soberanía. Las generaciones futuras del Perú os cargarían de execración. Vosotros no tenéis facultad para librar un derecho de que no estáis investidos. Un forastero es un intruso en esta naciente república". Una hora después, el congreso, haciendo caso omiso de las vanas protestas del Libertador, renovaba los poderes dictatoriales con mayor amplitud de facultades discrecionales, y decretaba su próxima disolución como incompatible con su autoridad absoluta; lo autorizaba para suspender los artículos de la constitución que se opusiesen á su omnímodo ejercicio, y lo constituía en árbitro de la oportunidad de la convocatoria del congreso ordinario. En seguida le votaba un millón de pesos en premio de sus servicios, que él rehusaba con desinterés; pero que aceptó al fin para obras de beneficencia, que nunca se realizaron. Aceptó, em-

pero, lisa y llanamente la dictadura que le entregaba el manejo discrecional de todos sus tesoros. Puso tan sólo una condición á la aceptación del mando absoluto, que parecía una burla, y fué que no se pronunciase la "odiosa palabra dictadura". ¡Escrúpulo de orejas! El servilismo del congreso peruano llegó al grado de repugnar al mismo Bolívar. Los historiadores colombianos más adictos al Libertador, al explicar esta abyección por la gratitud, insinúan que "sólo el senado de Tiberio se mostró tan degenerado"; y los historiadores peruanos "quisieran poder borrar esta página vergonzosa de sus anales". Sería de desear que se borrase también de la vida política del Libertador sudamericano.

Después de estas renuncias de aparato, de estas contradicciones entre las palabras solemnes y los actos por él mismo condenados y ensalzados, y de estas trivialidades, hay que reconocer que el delirio de las grandezas, síntoma de la demencia del poder absoluto ó de la depresión moral, estaba cercano. Por el momento se limitaba á aceptar contra su conciencia, según decía, lo que el congreso le daba sin derecho. ¡No tardaría en imponer á ese mismo congreso, con las bayonetas colombianas al pecho, su poder á perpetuidad, que declaraba absurdo y criminal, y merecedor de la execración de las generaciones venideras, haciendo del Perú un parásito de Colombia! El poder, y el poder personal sin contralor durante la vida, era como la túnica de la fábula adherida á su ser, y de que sólo se desprendería con los últimos pedazos de su carne.

III

La asamblea general de las provincias del Alto Perú convocada por Sucre, fué más allá que el congreso peruano. Lo declaró "hijo primogénito del Nuevo Mundo; el Salvador de los Pueblos"; se puso bajo la protección de su espada y de los auspicios de su sabiduría (19 de julio de 1825). Declarada su independencia con el consentimiento del Bajo Perú y sin oposición de las Provincias del Río de la Plata á que había pertenecido en la época colonial, dió á la nueva nación el nombre de "República de Bolívar", bajo la forma representativa, y decretó, que el Libertador tenía el supremo poder ejecutivo de ella en todo tiempo, por todo el tiempo que residiese en su territorio (11 y 31 de agosto). En su ausencia, el mando de hecho recaía en Sucre (3 de octubre). En seguida, disolvióse, y convocó una asamblea constituyente, pidiendo á Bolívar le diese un proyecto de constitución (6 de octubre) y una guarnición de 2000 colombianos para su custodia (4 de octubre). ¡Para exceder al senado de Tiberio, sólo le faltó nombrar segundo libertador á su caballo!

Sus atracciones lo llamaban hacia el sur. Ya se ha visto que, al mismo tiempo que aparentaba renunciar la presidencia de Colombia, meditaba trasladarse á territorio argentino, con el objeto, según decía, de consolidar la independencia de la América, teniendo en vista la guerra entre las Provincias Unidas y el imperio del Brasil. Poco después (julio de 1825), ofrecía á Chile sus auxilios para expulsar á los españoles de la isla de Chiloé. Aceptado el ofrecimiento sólo en cuanto á subsidios, con-

testó evasivamente, pues lo que él quería era poner el pie en aquel territorio á la cabeza de sus soldados, para dominarlo. A la vez que con las tropas de Colombia sujetaba á los pueblos que estaban bajo su dictadura y hacía presión sobre los que estaban substraídos á su influencia militar y política, se había hecho autorizar por el congreso para trasladar el ejército peruano de mar y tierra á Colombia, con el pretexto de una invasión francesa, lo que hizo atribuirle por sus mismos compatriotas el designio de oprimir á su patria con soldados extranjeros, como lo hacía en el Perú y Bolivia. En vez de propender á fundar gobiernos regulares sobre la base de la independencia de los pueblos y la verdad de las instituciones republicanas, para promover su prosperidad interna, todo su plan político iba reduciéndose á un imperio pretoriano y un presidente vitalicio ó sea un monarca ocioso sin corona, con ejércitos permanentes por todo sostén. La concepción no podía ser más grosera, y estaba, no sólo más abajo de la razón pública, sino también de su propio nivel moral. Era un doble oprobio, para los pueblos y para él, que los dos expiarían.

Deseoso de recorrer toda la extensión del territorio libertado por sus armas y tocar las soñadas fronteras argentinas, á la vez que ansioso de vanagloria, se trasladó al Alto Perú. Delegó el mando del Perú en un consejo de gobierno, con sus facultades dictatoriales sujetas á su beneplácito. Su viaje desde Lima hasta Potosí fué un paseo triunfal. Las ciudades salían á su encuentro para ofrecerle sus llaves forjadas en oro, y presentarle cada una de ellas caballos de batalla enjaezados con estribos, bocados y guarniciones de oro puro. Al pasar por Arequipa, se encontró allí con el general Alvarado, quien le ofreció un banquete rústico de una ternera

asada con cuero, á estilo de las pampas argentinas y de los llanos de Colombia, invitación que aceptó, con la condición de que el asado fuera sin sal, pues así se usaba en su país. En la mesa, al advertir que los vinos eran de Burdeos, preguntó si había "Champaña". El general Alvarado le mostró una fila de botellas con el letrero embriagador formadas á su espalda.—"De ese quiero, repuso, porque este día es muy placentero para mí".—Y se lanzó á brindar, repitiendo sus libaciones contra su habitual sobriedad.—La escena de los banquetes de Quito y Guayaquil se repitió, pero en caracteres más tempestuosos.—En uno de los brindis, al hacer alusión á la unificación de Sud América, dijo que "en breve pisaría el territorio argentino". El coronel Dehesa, que se hallaba presente y estaba también acalorado por el vino, le dijo que, "sus compatriotas no aceptaban dictadores en su territorio". Bolívar, de un salto, trepó delirante á la mesa del banquete, y rompiendo con furia vasos y platos bajo el taco de su bota, prorrumpió paseándose por ella: "¡Así pisotearé á la República Argenna!" Este estallido de iras concentradas se explica por la tenaz oposición que hacía por entonces la prensa de Buenos Aires á sus planes absorbentes y antidemocráticos.

IV

En Potosí se encontró Bolívar con dos enviados argentinos, encargados de una misión diplomática cerca de su persona como gobernante, que venían á felicitarlo á la vez en nombre del congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata, por sus grandes triunfos en pro de la independencia de la América. Los enviados eran: el general Carlos María de Alvear y el Dr. José Miguel Díaz Vélez.

Las escenas de la entrevista de Guayaquil volvieron á repetirse en punto menor. Oficialmente les significó por intermedio de su secretario que los recibiría para agradecer sus felicitaciones, aunque no pudiese tratar con ellos, por hallarse su ministro de relaciones en Lima, que era el asiento del gobierno (8 de octubre de 1825). Pero sucedía que, al mismo tiempo que adoptaba esta actitud empacada, le llegaba la noticia de que los brasileños habían ocupado las provincias de Mojos y Chiquitos, pertenecientes á Bolivia, lo que lo constituía en aliado de hecho de la República Argentina en una guerra inminente con el Brasil. Los horizontes de Bolívar se dilataron más. El había dicho al general Alvarado en Arequipa: "Tengo 22.000 hombres que no sé en que emplearlos, y cuando la República Argentina está amenazada por el Brasil, que es un poder irresistible para ella, se me brinda la oportunidad de ser el regulador de la América del Sur. Le ofrezco á usted un cuerpo de 6000 hombres para que ocupe á Salta". El general argentino rehusó el ofrecimiento con paliativos propios de su carácter. Pocos días después le dijo: "El enviado que viene de Buenos Aires, es el general Alvear; él aceptará con uñas y dientes la propuesta que usted ha desechado".

La primera conferencia confidencial del Libertador con los enviados argentinos en Potosí (18 de octubre), que ha permanecido hasta hoy desconocida, es característica, y revela lo que pasaba en aquel momento en el alma de Bolívar. Los enviados le hicieron conocer el objeto diplomático de su misión, que era ponerse de acuerdo con él para hacer frente al imperio del Brasil, que, habiendo ocupado la Banda Oriental perteneciente á las Provincias Unidas, amenazaba la existencia de las repúblicas sudamericanas, y que, por lo tanto, era de interés

común estrechar las relaciones de las cuatro repúblicas existentes de Colombia, Perú, Chile y Provincias Unidas del Río de la Plata, á fin de hacer reconocer al emperador del Brasil sus deberes internacionales y reducirlo á sus límites. El Libertador, manifestándose conforme con las vistas generales de la política argentina, objetó que su posición era singular, pues, si bien era presidente de Colombia y encargado del mando supremo del Perú, se había desprendido de dirigir las relaciones exteriores. Los plenipotenciarios argentinos, con el objeto de sondar sus disposiciones, le pidieron quisiera darles un consejo respecto del modo cómo deberían proceder en tales circunstancias. Bolívar, dejándose arrebatar por su vanidad, que anteponía á toda su personalidad, les indicó que podían dirigirse oficialmente á los gobiernos de Chile y del Perú, y limitarse por el momento á felicitarlo á él como á un general vencedor. Se le demostró perentoriamente que su proposición era inadmisible, pues un gobierno independiente y soberano como el de las Provincias Unidas, no podía enviar ministros plenipotenciarios para felicitar á un simple general, cualquiera que fuera la eminencia de sus servicios, y que por lo tanto, no podían hacerlo sino previamente reconocidos como tales por el Libertador en su carácter de jefe supremo de Colombia y del Perú. El Libertador, tratando de enmendar su ligereza, declaró que su objeción no envolvía la negativa de reconocer á los enviados en su carácter, y dando un sesgo á la conferencia, se quejó amargamente de los ataques que le dirigía la prensa de Buenos Aires, especialmente *El Argos*, haciendo moralmente responsable de ellos al gobierno argentino. El Libertador no pudo mantenerse en este terreno, después de las francas y amistosas explicaciones que le dieron los plenipotenciarios.

Abordada de nuevo la cuestión del Brasil, el Libertador buscó una evasiva, que respondía á su plan de unificación continental. "En este asunto, dijo, encuentro dificultades aun para ser tratado en Lima, y la principal es que las repúblicas del Perú y Colombia, ligadas por el pacto de confederación del congreso de Panamá, han renunciado á entrar en ningún convenio ó tratado con otra nación", El general Alvear, tomando la palabra, observó que no tenía conocimiento de tal compromiso, ni podía concebirse que las naciones independientes de la América hubieran renunciado á la facultad soberana de entrar en tratados con las demás naciones, delegándola en el congreso del Istmo, y que por lo que respectaba á su gobierno, consideraban tal proyecto absolutamente impracticable, por no estar comprendida semejante condición en la autorización pedida al efecto al congreso argentino.—Aquí volvía á encontrarse en el terreno diplomático la hegemonía argentina con la colombiana.—El Libertador, reconociendo la fuerza de la objeción, declaró: que con respecto al Perú y Colombia, el compromiso estaba subsistente; agregando con tal motivo: que él había sido de opinión de no invitar á los Estados Unidos al congreso panameño, lo que se había verificado por iniciativa exclusiva del vicepresidente Santander, á quien manifestara que, dada tal participación, era más conveniente eludir la reunión de los plenipotenciarios americanos en el Istmo, lo que felizmente estaba salvado por cuanto dichos Estados no concurrirían.

Los plenipotenciarios argentinos, volviendo á la cuestión con el Brasil, insistieron en su proposición de una liga ofensiva de las cuatro repúblicas sudamericanas, para poner á raya al imperio, ya fuese para prevenir la guerra, ya llevarle la guerra á su territorio, si no había otro medio de hacerle entrar

en razón, y que tal empresa era digna del Libertador de Colombia y del Perú, á quien le estaba reservada su dirección.—Bolívar, vivamente impresionado, se mostró dispuesto á entrar en el plan; pero descubrió sus temores de que la Inglaterra pudiese oponerse á él, por lo cual se necesitaba una razón ostensiblemente poderosa, que justificase la intervención del Perú y de Colombia en la cuestión.—Los enviados, haciendo entonces uso de un artículo secreto de sus instrucciones, le sugirieron el medio de limitar el común concurso, sin necesidad de recurrir á las armas, enviando al efecto el Libertador un plenipotenciario á Río de Janeiro, el que, unido con otro de las Provincias Unidas, y de acuerdo ambos, exigiesen la restitución de la Banda Oriental en nombre de las dos repúblicas sudamericanas, y pidiesen á la vez una reparación por el insulto hecho al Perú y Colombia al ocupar los territorios de Mojos y Chiquitos, que se hallaban bajo la protección de sus armas.—El Libertador, inclinado por un momento á aceptar este término medio, volvió á insistir en la participación que correspondía al congreso del Istmo, y que mientras tanto, enviaría un edecán suyo al gobierno imperial, que á la vez de significarle su desagrado, y "largar una que otra bravata militar", que lo alarmase, averiguara el modo de sentir de la Inglaterra al respecto.—Los enviados le declararon que, á pesar del respeto que les merecían sus opiniones, no podían menos de manifestarle que tal concurso moral era bien poco, pues el Brasil no se alarmaría por amenazas indirectas, y mantendría mientras tanto la ocupación de la Banda Oriental, á cuyo efecto hacía grandes preparativos militares en su frontera.

En este estado de la conferencia, el Libertador, no obstante la reserva que se había impuesto, dió rienda suelta á su imaginación y descubrió sus

propósitos secretos. "Voy á proponerles una idea neutra, dijo. He hecho reconocer el Pilcomayo y procurado adquirir todos los conocimientos posibles para proporcionarme la mejor ruta al Paraguay, con el proyecto de irme á esa provincia, echar por tierra á su tirano y libertar á mi amigo Bompland". Alvear le preguntó qué pretexto daría para una invasión contra el Paraguay.—"Antes haré una protesta de que voy á libertar ese país para volverlo á las Provincias del Río de la Plata, y su gobierno podría incitarme para que fuese á aquel país á sacarlo de las garras de un alzado".—A esto replicaron los enviados que, según los principios de liberalidad, adoptados por las Provincias Unidas, creían difícil que su gobierno se prestase á hacer tal invitación.—"Me bastaría solamente, dijo entonces, que los argentinos no gritasen mucho creyendo que quiero usurparles parte de su territorio; y yo protesto que se incorporará á las Provincias Unidas del Río de la Plata. En el Paraguay podría aumentar mi ejército, y bajo cualquier pretexto, que nunca falta, socorrer al gobierno de las Provincias Unidas, si estuviese empeñado en la guerra con los brasileños".

En la segunda conferencia (9 de octubre) volvió á insistir sobre la misma proposición, pidiendo á los enviados la transmitiesen á su gobierno y recabaran de él la competente autorización para entrar á un territorio que reconocía ser una pertenencia argentina. "El objeto que me propongo, agregó, tiene mucho de romancesco, y hará ruido en Europa. Es una empresa digna de los tiempos heroicos". Los enviados, que habían recapacitado sobre el auxilio de un aliado tan peligroso, prestado en condiciones tan equívocas, presentaron algunas objeciones fundamentales. Aun en el caso que el gobierno quisiese acceder á ella, dijeron, era nece-

saria una ley del congreso, y sería dudoso que pudiera autorizar una expedición semejante, por haberse adoptado una línea de conducta que se fundaba en no obligar á entrar por la fuerza ningún territorio en la asociación nacional.—A la vez le observaron, con cierta malicia, que, al transmitir la proposición á su gobierno, éste se vería en perplejidad, pues por una parte el Libertador aseguraba que no tenía facultades para entender en negocios diplomáticos, y al mismo tiempo pedía autorización para invadir una provincia que ninguna ofensa había hecho ni á Colombia ni al Perú.—A lo que satisfizo Bolívar, que el negocio del Brasil podía tener complicadas ulterioridades y era menester proceder con formalidad, mientras que con el Paraguay no era así, pues destruído su gobierno, todo estaba acabado.

La contestación del gobierno argentino fué en consonancia á las objeciones hechas de antemano por sus enviados: "El gobierno (argentino), no puede absolutamente alterar los principios que sirven de base á su política con respecto á los demás gobiernos existentes". Las dos políticas estaban frente á frente: la boliviana y la argentina.

V

Trasladado Bolívar á Chuquisaca, las negociaciones sobre alianza parcial ó general en que intervino también Sucre, no dieron ningún resultado. Los enviados argentinos volvieron á inculcar sobre la necesidad de que el Libertador, poniendo en ejercicio las disposiciones que había manifestado, diera algunos pasos en el sentido de hacer concebir temores á la corte del Brasil, á fin de contribuir á mantenerla en la actitud que parecía haber tomado.

El Libertador contestó: "He hecho recostar todo mi ejército sobre las fronteras del Brasil, y ahora voy á reforzarlo con un regimiento de caballería, y yo mismo pienso presentarme allí en persona. Esto no podrá menos de causar una grande alarma en el Janeiro, é indudablemente contribuirá al logro de vuestros deseos". Agregó que estaba dispuesto á enviar un ministro á Río de Janeiro, el que pasaría por Buenos Aires, á fin de ponerse de acuerdo con el gobierno argentino. Los enviados argentinos dieron las gracias al Libertador por las buenas disposiciones que manifestaba en favor de las Provincias Unidas; pero todo esto no pasó de sueños y palabras.

Las vidriosas relaciones entre el gobierno argentino y el boliviano se alteraron profundamente por este tiempo, con motivo de la ocupación de Tarija por tropas colombianas, que variaba los límites entre ambos países. Las negociaciones sobre alianza ofensiva y defensiva contra el Brasil, ó de mero acuerdo diplomático, quedaron de hecho interrumpidas, y todo anunciaba más bien una ruptura entre las dos repúblicas. En tal estado, Bolívar entró en conferencias privadas con el general Alvear, y éste, como lo había previsto Bolívar, entró de lleno en sus miras. Nada menos soñaba el Libertador que subordinar á su influencia las Provincias Unidas del Río de la Plata como regulador; llevar adelante en unión con ellas la guerra contra el Brasil; derribar el único trono levantado en América, y remontar de regreso la corriente del Amazonas en su marcha triunfal al través del continente subyugado por su genio. Hallábase allí por acaso el coronel Manuel Dorrego, cuya aparición hemos señalado, que como uno de los caudillos del partido federal, en oposición al unitario que dominaba en Buenos Aires, entró también de lleno en los planes de una

intervención boliviana, á fin de variar la situación argentina, conmovida ya por la sublevación parcial de algunas de sus provincias. Los tres quedaron de perfecto acuerdo.

Por este tiempo fué nombrado Rivadavia presidente de las Provincias Unidas. El consideró que Bolívar, lleno de gloria, de ambición y de soberbia, con su ejército triunfante acampado en la frontera norte de la República Argentina, era un peligro. Los planes de intervención en la vida interna de los vecinos, encontraban eco simpático en el partido anárquico, cuyos jefes iban á pedirle sus inspiraciones en Chuquisaca, mientras su nombre sonaba en los disturbios de Tarija y en los alborotos de las provincias, y principalmente en Córdoba. La prensa oposicionista á Rivadavia propiciaba su intervención armada, repitiendo, como Bolívar, que la República Argentina era impotente para triunfar por sí sola del emperador del Brasil, y aun para organizarse, sin la "asistencia del genio de la América", como por antonomasia le llamaba. Fué entonces, cuando Rivadavia dijo: "Ha llegado el momento de oponer los principios á la espada", y levantó la bandera pacífica de la nueva hegemonía argentina.—Bolívar y Rivadavia volvieron á hallarse frente á frente como en 1823. (Véase cap. XLIX, párrafo I).—El gobierno argentino, fuerte en sus principios, reaccionó contra el plan absorbente del congreso del Panamá, compuesto de las repúblicas sometidas á la influencia de Bolívar, y el proyecto quedó desautorizado. La prensa liberal del Río de la Plata empezó á analizar simultáneamente las tendencias de aquella monocracia confusa, que era la negación del sistema representativo republicano, y estos escritos repercutieron en toda la América, encontrando eco hasta en la opinión de Bolivia, el Perú y Colombia, Chile, donde los principios argen-

tinos habían cundido, bajo una administración modelada por la de Rivadavia, fué la primera república que se unió á la resistencia de las Provincias Unidas.

Bolívar, perseverando siempre en sus planes absorbentes ya madurados, meditó abrir una campaña en sentido opuesto al que habían traído sus armas libertadoras de norte á sur, llevando sus principios reaccionarios de sur á norte hasta conquistar á su propia patria, y restablecer en el hecho el sistema colonial contra el cual había heroicamente combatido. Para realizarlo, regresó al Perú, y delegó sus facultades dictatoriales en su teniente Sucre, como procónsul del imperio boliviano. Era ya el jefe supremo de tres repúblicas que abrazaban la tercera parte de la América del Sur, y de dos de ellas dictador absoluto con el título vago de Libertador. Esto no satisfacía aún su ambición: aspiraba á la monocracia vitalicia, sobre la base de la hegemonía militar de Colombia.

VI

Desde Lima envió Bolívar su proyecto de constitución para la república de Bolivia (25 de mayo de 1826). Es esta la más original de sus obras, y puede considerarse, si no como el Evangelio, como el Korán del imaginario sistema político boliviano.

Todas las obras de Bolívar, así en el orden político como militar, son tan características, que ha sido necesario inventar palabras apropiadas para simbolizarlas. Su sistema de guerra, si tal puede llamarse, es una mezcla sin nombre de las nativas propensiones guerreras de los indígenas y de la disciplina europea, en que con poca táctica y menos estrategia, el instinto preside á los combates y la inspiración á los movimientos, alcanzando al fin

la victoria por la audacia de las concepciones, el ímpetu de los ataques y la constancia incontrastable en los reveses. Esta escuela sin nombre puede llamarse la escuela militar de Bolívar, que tiene, por lo arriesgado, algo de la de Carlos XII. Su predominio se simboliza con un nombre nuevo que lo inviste con la dictadura permanente: se llama "Libertador". Su plan político no es ni democrático, ni aristocrático, ni autocrático, y para caracterizarlo, un historiador universal ha tenido que inventar la palabra "monocracia", que es la única que le cuadra. Para bautizar la nueva república del Alto Perú, al ofrecerle su constitución, él inventó un nombre derivado, y la llamó "Bolivia". "Sólo Dios tenía potestad para llamar á esa tierra "Bolivia". ¿Qué quiere decir Bolivia? Un amor desenfrenado de libertad. No hallando vuestra embriaguez una demostración adecuada á la voluntad de sus sentimientos, arrancó vuestro nombre, y dió el mío á todas vuestras generaciones". Esta definición en que la lascivia se confunde con la pasión sublime por la libertad humana, asociada al acto de la gneración sucesiva, hace pensar en su amor desenfrenado" del poder, á que le cuadraría también una palabra análoga para caracterizarlo.

La constitución de Bolivia, ideada por Bolívar, es una combinación ingeniosa por su mecanismo, una concepción de ideólogo por su propio comentario, una amalgama confusa de reminiscencias antiguas, prácticas modernas, teorías aristocráticas y formas democráticas, que tiene algo de la república griega y del cesarismo romano; un poco del monarquismo inglés y de la primera constitución consular de Napoleón, que procura alejarse y acercarse á todas ellas. En su fondo es una masa informe, en que talla la estatua de su poderío monocrático. Menos abnegado que los legisladores de Atenas y

de Esparta, en vez de emprender viaje lejano después de imponer sus leyes, ó pedir que sus miembros fueran despedazados y sus leyes se cumplieran hasta que ellos se reunieran, el legislador americano, amoldaba los miembros de los pueblos á su estatura, y los esclavizaba á su persona durante su vida, fundando un verdadero imperio inorgánico. El modelo que presenta, es la constitución de Haití, que califica como la primera república democrática del mundo; pero vese que ha tenido presente el proyecto de Sieyes, borroneado por Bonaparte, y que su ideal, es el primer cónsul de la Francia, cuya exaltación presenció en su juventud y despertó en él un gran entusiasmo.

El punto céntrico de atracción, la base de su sistema constitucional, es la presidencia vitalicia, con facultad de elegir su sucesor hereditario, como el Bajo-Imperio romano pintado por Tácito. "El presidente de la República—dice en su comentario,—viene á ser como el sol, que, firme en su centro, da vida al universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua; porque en los sistemas de jerarquías se necesita más que en otros un punto fijo, alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos: los hombres y las cosas. "Dadme un punto fijo", decía un antiguo, y "moveré el mundo". Para Bolívar este punto es el presidente vitalicio: "Un presidente con derecho de elegir su sucesor, es la expresión más sublime en el orden republicano". Y justificando la herencia como principio fundamental, agrega: "Siendo la herencia la que perpetúa el régimen monárquico, y lo hace casi general en el mundo ¿cuánto más útil no es el método para la sucesión del vicepresidente? El presidente nombra al vicepresidente para que administre el Estado y le suceda en el mando. ¿Qué fueran los príncipes hereditarios elegidos por el mérito y no por la suer-

te, y que en lugar de quedarse en la inacción se pusieran á la cabeza de la administración? La monarquía que gobierna la tierra, ha obtenido sus títulos de aprobación de la "herencia" que la hace estable, y de la unidad que la hace fuerte. Estas grandes ventajas se reunen en el "presidente vitalicio y vicepresidente" hereditario". A pesar de declarar en seguida imposible la fundación de nuevas monarquías en América, lo que propone es una monarquía electiva en su origen, fundada sobre el principio hereditario.

La noción más nuevo de este proyecto es la división de los poderes. El cuerpo electoral en su plan ideológico es una especie de asamblea popular permanente, periódicamente renovable por el voto pasivo, y constituye la base del edificio, como depositaria del ejercicio de la soberanía delegada en épocas fijas y con representación política en nombre de ella, combinación que daba á las localidades la autonomía de los Estados federados, según su carácter. Del cuerpo electoral nacía la representación nacional, que por la primera vez elegiría el presidente vitalicio, el cual á su vez crearía por la herencia, la sucesión de los presidentes perpetuos. Aleccionado con el rechazo del senado hereditario en el Congreso de Cúcuta, no insistió en la idea; dividió el poder legislativo en tres cámaras, creando una de censura como en la república romana, con las funciones del areópago de Atenas, ó sea un tercero en discordia, especie de entidad moral entre los poderes coordinados del Estado.

Con arreglo á esta constitución, sancionada con ligeras modificaciones y adiciones por el congreso de Bolivia, bajo la presión moral de Sucre y la material de las bayonetas colombianas, fué elegido el vencedor de Ayacucho casi por unanimidad presidente vitalicio de Bolivia, con la supremacía de

Bolívar, que ejercería el poder supremo toda vez que hiciese acto de presencia en su territorio. La ambición de Bolívar no podía encerrarse en el estrecho recinto de Bolivia. Su plan era más vasto. Bolivia no era sino la unidad de su sistema constitucional, con su monocracia por coronamiento. Era necesario para realizarlo, imponer la misma constitución al Perú y hacerla aceptar de Colombia, confederando las tres repúblicas, atadas por el vínculo de su persona, con el nombre de Libertador.

No habían aún transcurrido cuarenta días después de la sanción de la constitución de Bolivia, y ya era ley fundamental del Perú. Al tiempo de reunirse el congreso ordinario, apareció un partido nacional, opuesto á la continuación de la dictadura y á la ocupación de las tropas colombianas. El gobierno delegado del dictador objetó las elecciones de los diputados, y cincuenta y dos de ellos, por servilismo ó bajo la presión de amenazas y promesas, pidieron su propia disolución, á lo que concurrió en parte el descubrimiento de una conspiración contra el Libertador, que llevó al suplicio algunas víctimas y otras al destierro. Reunidos en estas circunstancias los colegios electorales, Bolívar amenazó abandonar á los peruanos á su destino. Todos los artificios oficiales y del personalismo se pusieron en juego, para hacerle desistir de su resolución, aun cuando la constitución volibiana fuese impopular á la gran mayoría y la dictadura universalmente odiada (agosto de 1826). Peticiones civiles y militares, diputaciones y manifestaciones de apariencia popular, se sucedieron, suplicando al Libertador no los desamparara. La abyección llegó á tal grado de vileza, que un dignatario del Estado se echó al suelo ante el ídolo, y le pidió que le pusiera un pie en el pescuezo, para poder decir que había sostenido al hombre más grande del siglo. No bastando

todo esto para vencer la aparente resistencia del Libertador, acudió la reserva: las limeñas. Una diputación de damas lo rodeó, lo acarició, y al fin, de aquel grupo de gracias salió una voz armoniosa que fué cubierta de aplausos: "¡El Libertador se queda!"—El dijo: "Cuando la beldad habla, ¡qué pecho puede resistirse! Yo he sido soldado de la beldad, porque he combatido por la libertad, que es bella y hechicera, y lleva la dicha al seno de la hermosura, donde se abrigan las flores de la vida". Toda esta farsa, estas presiones y ejecuciones sangrientas y esta retórica, no eran sino una exhibición teatral, para imponer brutalmente su presidencia vitalicia y realizar su sueño monocrático. Jamás un grande hombre descendió tanto, envileciendo á un pueblo. ¡Qué contraste con la sinceridad y el desprendimiento de San Martín en el mismo teatro!

El colegio electoral de Lima, rodeado de bayonetas colombianas, se reunió en la universidad de San Marcos (6 de agosto de 1826). Por unanimidad resolvió: que se derogase la constitución rèpublicana de 1823 y se aceptara la boliviana á libro cerrado, como "un código divino que convertiría la sociedad política en un paraíso de libertad". Los colegios electorales de las provincias se uniformaron con este voto; la nueva constitución fué jurada y Bolívar fué aclamado de este modo presidente perpetuo del Perú. Al anticiparse á aceptar el voto falsificado de los electores de Lima, les dijo: "Mi constitución es la obra de los dos siglos. Congratulo á los representantes de esta provincia que la hayan aceptado. Han conformado su opinión con la mía acerca de los intereses políticos, de la duración, ventura y tranquilidad de los pueblos". Como de costumbre, renunció de antemano la presidencia vitalicia que se le ofrecía, para admitirla inmediatamente después sin condiciones. Pero esto no bastaba aún á su ambición insaciable.

VII

Uniformado el sistema constitucional de Bolivia y el Perú, ocupóse Bolívar en llevar adelante sobre esta doble base su plan de confederación americana, de la que él sería múltiple presidente perpetuo y regulador supremo, con el título de Libertador ó Protector. Sería entonces más que un monarca, y tendría la ubicuidad de un Dios, desde el mar de las Antillas y el Orinoco hasta el Pacífico y las montañas de plata de Potosí. Para realizar este sueño, sólo le faltaba hacer aceptar su constitución por Colombia. En este sentido escribió á Páez, que era el árbitro de Venezuela: "Se me ha escrito que muchos pensadores desean un príncipe, con una constitución federal; pero, ¿dónde está el príncipe, y qué división política produciría su anuncio? Todo es ideal y absurdo. Se dice que de menos utilidad es mi pobre delirio legislativo que contenga todos los males. Lo conozco; pero algo he de decir para no quedarme mudo en medio de este conflicto. Yo desearía que con algunas ligeras modificaciones se acomodara el código boliviano á Estados pequeños enclavados en una vasta confederación. Desde luego, lo que más conviene es mantener el poder público con vigor para emplear la fuerza en calmar las pasiones, reprimir los abusos, ya con la imprenta, ya con los púlpitos, y ya con las bayonetas. La teoría de los principios es buena en las épocas de calma".

La gran confederación se llamaría "De los Andes", y se formaría, manteniendo la integridad de Bolivia, dividiendo al Perú en dos Estados y á Colombia en cuatro, cada uno de ellos con su pre-

sidente vitalicio, satélites del gran presidente que, según la imagen de su creador, "vendría á ser como el sol firme en su centro, que da vida al universo". Sucre propiciaba decididamente el plan; Santander lo aceptaba, y los principales caudillos de Colombia, que eran los régulos de su departamento, lo apoyarían con sus espadas. Simultáneamente, los partidarios personales de Bolívar hacían "pronunciamientos" populares en varios departamentos, empezando por Quito y Guayaquil que se hallaban bajo su inmediata influencia, y declaraban en sus actas, que "se rogase al Libertador se dignara recibirlos bajo su protección, y reasumir bajo la investidura de Dictador, además de las facultades extraordinarias, toda la soberanía nacional que reside en el pueblo; para que fijara definitivamente el sistema de la República".

Puestos de acuerdo sobre el plan monocrático los dos presidentes vitalicios de Bolivia y del Perú, celebróse entre ambos países un tratado, con el objeto de formar una liga que se denominaría "Federación boliviana", cuyo jefe supremo sería á perpetuidad el mismo Bolívar. Por este pacto, quedaban las dos naciones consolidadas en una sola, y ligadas por un congreso federal de nueve diputados por cada parte. El tratado era en sí una verdadera constitución, que determinaba de antemano las facultades del congreso y del jefe supremo, reduciendo el mecanismo del gobierno general á su más simple expresión: un soberano en el hecho, con una dieta de electores por consejeros. Este era el bosquejo de la gran confederación. Para completarla en toda su extensión territorial, se disponía por uno de sus artículos que "los gobiernos del Perú y Bolivia nombrarían plenipotenciarios cerca del de Colombia, para negociar su adhesión al pacto de federación, con alteraciones ó modificaciones que no variasen la esencia del tratado".

Bolívar debía tener una idea muy exagerada de la imbecilidad de los pueblos, cuando pretendía engañarlos con apariencias que no lo alucinaban á él mismo. El sabía y todos lo sabían, que su imperio sólo duraría lo que durase su vida, cuyos días estaban ya muy contados. Tan es así, que en el pacto entre Bolivia y el Perú, se agregó un artículo: "Muerto el Libertador, los cuerpos legislativos de las respectivas repúblicas federadas, quedarán en libertad de continuar la federación ó disolverla". El mismo auguraba el fin trágico y estéril de su gobierno personal, cuando exclamaba: "¡Mis funerales serán sangrientos como los de Alejandro!" Tenía la conciencia—y esto lo hace más responsable ante la historia,—de que era un imperio asiático el que pretendía fundar, sin más títulos que la gloria del conquistador, ni más sostén que el pretorianismo.

Es Bolívar uno de aquellos grandes hombres de múltiples fases, llenas de luces resplandecientes y de sombras que la contrastan, á quien tiene que ser perdonado mucho malo por lo mucho bueno que hizo. Aun en medio de su ambición delirante, sus planes tienen grandiosidad, y no puede desconocerse su heroísmo y su elevación moral como representante de una causa de emancipación y libertad. No quería ser un tirano; pero fundaba el más estéril de los depotismos, sin comprender que los pueblos no pueden ser semilibres ni semiesclavos. Así, en todo lo que se relaciona con la posesión del mando, sus vistas son cortas, sus apetitos son groseros, y hasta las acciones que revisten ostensiblemente el carácter de la abnegación, llevan el sello del personalismo, por no decir del egoísmo. Benjamín Constant, refutando al abate De Pradt, que sostenía la necesidad de la dictadura de Bolívar en nombre del orden, ha hecho la crítica de esta faz

sombría de su carácter: "El lo dice; pero, ¿perderíase por ventura la América Meridional, si el poder de Bolívar no fuese ilimitado? ¿Hay ejemplo de que el despotismo haya dado á una nación, cualquiera que haya sido su situación moral, la educación necesaria para el goce de su libertad? Los dictadores no son culpables solamente de los males que hacen durante su vida; ellos son responsables de los males que preparan, y estallan después de su muerte. Envileciendo la generación que tienen bajo su imperio, la disponen á sobrellevar toda clase de yugo. No, la dictadura no es nunca un bien, no es jamás permitida. Ninguno se sobrepone bastante á su país y á su siglo, para tener el derecho de desheredar á sus conciudadanos, encorvarlos bajo su pretendida superioridad, de que él es el único juez, y que todo ambicioso puede invocar á su turno, aun siendo el más estúpido, cuando tiene la fuerza en la mano".

La constitución boliviana era el falseamiento de la democracia con tendencias monárquicas. El plan de la monocracia era una reacción contra la revolución misma, y contra la independencia territorial de las nuevas repúblicas, que violaba hasta las leyes físicas de la geografía. La insurrección americana había tenido por principal causa el absurdo de un mundo gobernado automáticamente desde otro mundo, bajo un régimen autoritario y personal, que violentaba los particularismos y no satisfacía las necesidades políticas ni sociales del propio gobierno. La unificación de la América bajo una monocracia personal era la vuelta á otro sistema colonial, con otras formas, pero con inconvenientes más graves aun. Colombia sería la metrópoli y Bolívar el soberano de quien dependerían las partes. Para esto, no merecía la pena de haber hecho la revolución. El dominio del rey de España,

fundado en la tradición y en la costumbre, era más tranquilo y paternal. Mejor se gobernaba á Bolivia y al Perú desde Madrid, que desde Bogotá, y al menos la estabilidad de la monarquía daba más garantías que la vida pasajera de un hombre, que no veía más allá de ella sino anarquía y sangre.

Bolívar había anatematizado varias veces la monarquía en América, no en nombre de la república precisamente como el gobierno más perfecto, sino fundándose en la razón de hecho de no poder establecerla sólidamente, y habría rechazado con ruidosa ostentación la corona que alguna vez se le ofreció. Después de Ayacucho, un francés le escribió desde Londres aconsejándole se proclamase rey constitucional; proposición que recibió con desprecio y transmitió al vicepresidente Santander, para que la denunciase al congreso de Colombia. Más tarde, Páez le propuso hacerse coronar como Napoleón (10 de diciembre de 1826). El contestó: "Yo no soy Napoleón ni quiero serlo: tampoco quiero imitar á César, y menos á Itúrbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior á todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo". Y le ofrecía en cambio la constitución boliviana, es decir, la cosa sin el nombre; la realidad de la monarquía sin sus vanos atributos. Cuando así hablaba, había sido ya nombrado á perpetuidad jefe supremo de Bolivia y acababa de ser proclamado presidente vitalicio del Perú, siéndolo de Colombia con facultades extraordinarias. Con este poder real y absoluto durante su vida, bien podía despreciar las cuatro tablas cubiertas de terciopelo del trono de Itúrbide, cuando tenía, ó creía tener en sus manos, lo que valía más que un cetro de rey: el bastón de dictador perpetuo del Nuevo Mundo. César, con una corona de laurel, que aceptó para ocul-

tar una calvicie como la suya, no necesitó hacerse emperador para serlo. Crómwell no se atrevió ó no quiso declararse rey, y al investirse con el título de Lord Protector, hizo llevar delante de sí una biblia y su espada; Bolívar, como César y como Crómwell, era más que un rey, con su corona cívica, llevada delante de sí por atributos de su monocracia, su espada de Libertador y su código boliviano, que era la biblia de su ambición personificada. Por eso ha dicho un historiador universal, admirador de su genio bajo otros aspectos, juzgándolo severamente en este momento histórico, en presencia del gran modelo de los gobernantes de un pueblo libre: "Wáshington ha dado á la historia una medida elevada para juzgar los caracteres públicos, medida que se había casi perdido en los siglos, ocupados por el reino del sable y de la violencia. Las brillantes hazañas de un Napoleón han podido desplazar por algún tiempo esta medida, pero no alterarla permanentemente. La aparición de Bolívar en la escena del mundo no ha podido desplazarla en el más breve espacio del tiempo".

VIII

En medio de la embriaguez de estos vastos planes de engrandecimiento personal, de un mando sensual sin ideales y de los deleites enervantes de la Capua sudamericana, donde Bolívar llevaba hacía dos años la existencia voluptuosa de un monarca oriental, como Salomón, pero sin su proverbial sabiduría, le llegaron tristes noticias de la patria lejana, que parecía haber olvidado. Colombia se disolvía. Al mismo tiempo que sus partidarios de Guayaquil y Quito proclamaban su dictadura incondicional en las costas del Pacífico, Venezuela, con

Páez á su cabeza, se sublevaba contra el gobierno general, proclamando la autonomía federal. El vicepresidente Santander, en pugna con ambos movimientos, los condenaba, levantando en alto la constitución de Colombia. La prensa liberal de Nueva Granada se pronunciaba enérgicamente contra su plan monocrático. Bolívar se trasladó por mar á Guayaquil (septiembre de 1826), precedido por los pronunciamientos que lo aclamaban árbitro absoluto, y reasumió inconstitucionalmente las facultades extraordinarias de presidente de la república en ejercicio, como dictador militar de hecho (septiembre), hasta el grado de casar sentencias judiciales y sentenciar procesos que no habían terminado, mandando ejecutar los reos por su orden. El pueblo y las autoridades de Bogotá salieron á su encuentro y le manifestaron "que podía contar con su obediencia bajo el imperio de la constitución y de las leyes que habían jurado respetar y sostener". Esta insinuación lo turbó, y sin oir el fin de la arenga, repuso airado, "que esperaba una felicitación y no consejos sobre obediencia á las leyes, ni de violación de ellas causada por su misma iniquidad". Este acto de intemperancia, que parecía el síntoma de una política anticonstitucional, le enajenó las voluntades, de los liberales granadinos principalmente. El Libertador asumió el mando con facultades extraordinarias, y se trasladó á Venezuela con el carácter de tal, delegando en el vicepresidente Santander su representación en la capital (noviembre). Venezuela se sosegó con su presencia (1° de enero de 1827). La rebelión venezolana fué ensalzada, su caudillo declarado "salvador de la patria" y sus autores premiados con menoscabo del gobierno general. Bolívar y Páez se entendieron: quedó acordada entre ambos la reforma de la constitución de Cúcuta, que el Libertador había

jurado mantener por el espacio de diez años en 1821. Desde este momento quedó sin punto de apoyo en la opinión del país. La prensa liberal de Bogotá, dirigida por Santander, empezó á atacar agriamente su política reaccionaria. Irritado por estos ataques, ó para afirmar su autoridad con un golpe teatral, repitió una nueva é irrevocable renuncia que, como todas las anteriores, se disiparía en vano ruido de palabras: "Yo gimo entre las agonías de mis compatriotas y los fallos que me esperan de la posteridad. Yo mismo no me siento inocente de ambición, y por tanto, me quiero arrancar de las garras de esta furia para librar á mis conciudadanos de inquietudes, y para asegurarme después de mi muerte una memoria que merezca de la libertad. Con tales sentimientos, renuncio una y mil millones de veces la presidencia de la república. El congreso y el pueblo deben ver esta renuncia como irrevocable. Nada sería capaz de obligarme á continuar en el servicio público. El congreso y el pueblo son justos: no querrán condenarme á la ignominia de la deserción" (6 de febrero). Santander hizo también la suya, presentándose como el sostenedor de la constitución. La votación del congreso fué un desastre para el prestigio de Bolívar. Un senador levantó su voz diciendo: "La constitución boliviana es el peor ultraje que ha podido hacerse á la razón humana en este siglo de luces y de libertad; es el conjunto de todas las tiranías, es un despotismo legal, es el oprobio y la degradación de los pueblos. Ella es el "monstrum horrendum" de que habla Virgilio. ¡No! Antes federación que esclavitud, primero destierro que ser vasallo de nadie. Concluyo diciendo que debe admitirse la renuncia del presidente Bolívar, y este es mi voto". Veinticuatro votaron por la aceptación y cincuenta y seis en contra. La renuncia de Santander le in-

fligió otra mortificación: su renuncia sólo tuvo cuatro votos por la aceptación y setenta en contra. Empero, continuó siendo presidente, y no desertó. Desde entonces sus renuncias quedaron desmonetizadas.

Al mismo tiempo que los cimientos constitucionales de Colombia se conmovían, el imperio boliviano se desplomaba. El Perú y Bolivia recobraban su autonomía, rompían la constitución impuesta y deponían sus presidentes vitalicios, amparados por las mismas tropas colombianas dejadas por el Libertador para su custodia.

La división colombiana en el Perú fué la primera que dió el ejemplo, deponiendo á sus jefes, y declarando los oficiales que promovieron el levantamiento: "que sostendrían á todo trance la constitución jurada de su patria", y protestaban enérgicamente "contra los pronunciamientos criminales de Guayaquil, Quito, Cuenca, Cartagena y Venezuela, que pretendían hollar el código de la nación" (26 de enero de 1827). Las campanas se echaron á vuelo en la capital de Colombia al recibirse la noticia, y el estruendo de los cohetes pobló los aires. Santander aprobó la conducta de los sublevados, y públicamente la ensalzó á los gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! Todos los colombianos, sin distinción de colores políticos, y hasta las tropas de la capital con sus músicas á la cabeza, participaron del júbilo del vicepresidente. Estaban fatigados de la gloria y del poder personal de Bolívar, que quería imponerse, sin comprender que había hecho su tiempo ó errado su camino. Desde este momento se pronunció la ruptura entre Bolívar y Santander.

Este es el momento de acabar de perfilar la figura de Santander, para fijar sus contornos. General de la escuela mixta de Nariño y de Mariño, sin la ins-

piración de Bolívar, era más bien un hombre civil. Su carrera militar, señalada por la preparación de la reconquista de Nueva Granada, fué manchada por la cruel ejecución de los prisioneros rendidos en Boyacá, que ensangrentó sus laureles. Vicepresidente de la República, y encargado del mando en ausencia del Libertador, presidente, su administración fué desordenada y hundió al país en la bancarrota, aunque no se manchó con peculados. En política su papel fué duplo. A la vez que hacía profesión de fe de principios liberales, se adhirió al plan de confederación de los Andes, contra el cual se pronunció después, como sostenedor de la constitución. Más neogranadino que colombiano, aspiraba á suceder á Bolívar en el mando de su tierra, previendo la disolución de Colombia, y sostenido por un partido que, como se ha visto en el acto de la aceptación de las renuncias, era más poderoso en el parlamento que el del mismo Bolívar. Producida la ruptura, se lanzó en el camino de la oposición con estos propósitos, y perseverando en él, le veremos terminar su carrera, envuelto en obscuras conjuraciones contra el Libertador. Mientras tanto, su separación dejaba á Bolívar sin fuerzas políticas ni morales que lo apoyasen, y sin hombres de consejo que moderasen su ambición. En ese momento le faltó su último punto de apoyo en el exterior.

El ejemplo del Perú cundió en Bolivia. Las tropas colombianas, desmoralizadas por la misión pretoriana que les estaba encomendada, y odiadas por el país, llegaron á ser un peligro en vez de un sostén, á punto de pedir el mismo Sucre su retiro. Un escuadrón acantonado en Cochabamba se sublevó en masa y se refugió en territorio argentino. La guarnición de Chuquisaca se amotinó, y el vencedor de Ayacucho, al procurar contenerla con su presencia, recibió de sus propios soldados un balazo que

le rompió un brazo. Otra división se sublevó en La Paz. Sucre, que había participado de las prevenciones de Bolívar contra los argentinos, no veía en tal situación más remedio para mantener, al menos por un año, la armazón constitucional de Bolivia—en cuya duración no creía,—que una alianza ó confederación con la República Argentina y Chile, que la preservase de las asechanzas del Perú. Sucre, con su ascendiente moral, consiguió mantener por algún tiempo un aparente orden político y militar; pero, invadido el territorio boliviano por el ejército peruano al mando de Gamarra, resignó en la asamblea constituyente el mando vitalicio que le pesaba, y evacuó el país con sus tropas, declarando que Bolivia quedaba dueña de su soberanía (1º de octubre de 1827). El Perú y Bolivia quedaron desde entonces repúblicas independientes y soberanas, según el plan de la hegemonía argentina, en contraposición al plan absorbente de la hegemonía colombiana sostenida por ejércitos de ocupación.

IX

A la vez que el imperio boliviano se desmoronaba, Colombia entraba en el período de la descomposición. Máquina de guerra montada por el genio de Bolívar, para libertar á Venezuela con Nueva Granada, á Nueva Granada con Venezuela, á Quito con ambas, y asegurar el triunfo definitivo de la independencia sudamericana con los tres pueblos, era un absurdo como nación. Sus intereses eran opuestos, sus antagonismos invencibles, y la organización militar que le dió su fundador, contribuyó más á inocularle los gérmenes de la disolución. Venezuela y Nueva Granada, por una tendencia natural y por una ley geográfica, aspiraban á ser naciones

independientes, y no tenían un patriotismo colectivo que las identificase. Quito era como una colonia de Nueva Granada, que por sus antecedentes históricos aspiraba á la autonomía. Tal vez Bolívar pudiera haber consolidado su obra, si en vez de cambiar su papel de Libertador por el de conquistador y entregarse á delirios ambiciosos en países extraños mienras su patria se disolvía, se hubiera consagrado á regularizar su administración, promover su prosperidad interna, desarmar el militarismo, perfeccionar sus instituciones republicanas y satisfacer las legítimas aspiraciones del patriotismo ilustrado y conservador, con el prestigio de su poder y de su gloria, retirándose en tiempo para dejar una nación organizada, al menos bajo la forma federal que lo conciliaba todo. Habría sido en su medida moralmente tan grande como Wáshington, y legado á su posteridad una nación organizada y un alto ejemplo de virtud cívica que realzaría su gloria, inmortal de todos modos. Pero no estaba este esfuerzo en su naturaleza desequilibrada. Con ambiciones insaciables, fomentadas por la adulación y el orgullo, sin principios sólidos de moralidad política, con ideas convencionales cristalizadas que pretendía imponer á la razón pública en progreso, confundió su interés particular con el interés público, y como se lo decía á Benjamín Constant, llegó á creer que su dictadura ilimitada era una necesidad, que la América del Sur se perdía si no era patrimonio suyo. Así, cuando los pueblos se emanciparon de su monocracia, cuando Colombia se sublevó, cuando le faltó hasta el punto de apoyo de las bayonetas en que había fundado su imperio, llegó hasta desesperar de los destinos del Nuevo Mundo republicano que contribuyera á hacer surgir sobre la haz de la tierra, y fiar el porvenir del último fragmento de su patria despedazada á la protección de un rey extra-

ño, ¡renegando del credo inscripto en sus banderas victoriosas de Libertador!

La gran catástrofe estaba cercana, y el Libertador la aceleró al hacer decretar la reforma de la constitución, y convocar la gran convención, que sólo podría reunirse después de transcurridos diez años (en 1831). Santander se prestó á propiciar este acto con sofismas, y lo promulgó, deseoso de reconciliarse con el Libertador (7 de agosto de 1827). La convención se reunió en Ocaña, y ha pasado á la historia con este nombre, tristemente famoso en los anales del despotismo boliviano (9 de abril de 1828). El partido santanderista resultó en mayoría. Después de vanas tentativas para convenir los dos partidos en un proyecto de reforma constitucional, sin que nadie se atreviese á pronunciar la palabra de presidencia vitalicia, la convención se disolvió por la deserción de los partidarios de Bolívar en minoría, instigados indirectamente por él (10 de junio). La república se declaró acéfala de hecho. En tal situación, reunióse en Bogotá una junta popular convocada por el intendente de la ciudad (13 de junio). El general Córdoba, el de la proclama de "paso de vencedores" en Ayacucho, con un latiguillo en la mano, cruzado de piernas en una silla, dictó la siguiente resolución: "No obedecer á la convención de Ocaña; revocar los poderes de sus diputados, y que el Libertador, presidente, se encargase del mando supremo de la república, con plenitud de facultades en todos los ramos". Bolívar respondió á este llamamiento anárquico declarando que "se apresuraba á satisfacer los votos de la capital, que había tomado á su cargo salvar á la patria de la anarquía". Desde entonces, según las palabras de un imparcial historiador europeo, "el Libertador se quitó la máscara de liberalismo con que se había cubierto por tanto tiempo el rostro, y mostró en

toda su desnudez la fealdad de una ambición vulgar y repugnante".

Autorizado por los pronunciamientos que respondían al de Bogotá, asumió la dictadura, y suprimió al vicepresidente, que á última hora quiso reconciliarse otra vez con él. La jurisdicción militar prevaleció sobre la civil; los principales opositores fueron deportados como perturbadores del orden público; se prohibió en las universidades hasta la lectura de los escritos de legislación de Jeremías Bentham, que había sido su numen, y se reemplazaron con tratados de teología, suprimiendo la enseñanza del derecho público, del derecho constitucional y administrativo. Por último, quedó restringida la libertad de la prensa. Prometió, empero, reunir un nuevo congreso constituyente en el plazo de un año, y respetar mientras tanto las garantías constitucionales. No era un tirano; pero era un déspota sin rumbo.

Exaltado el espíritu de la juventud liberal, extraviada por las reminiscencias de la antigüedad, vieron en el Libertador un César, y evocaron el puñal de Bruto. Santander, que participaba de lejos de los trabajos de los conjurados, nombrado por Bolívar para desempeñar una misión diplomática, se oponía al asesinato; pero el asesinato quedó resuelto. Bolívar dormía en brazos de una querida traída de Lima, á la que el pueblo llamaba "la libertadora", cuando los conjurados golpearon su puerta á altas horas de la noche, después de sorprender la guardia de su palacio (25 de septiembre). Pudo evadirse á tiempo, y la conjuración falló. Los principales conjurados fueron juzgados militarmente y suspendidos en la horca, entre ellos el almirante Padilla, el héroe de Maracaibo, que había tomado una participación indirecta en el movimiento. Era mulato como Piar. Santander fué condenado á muer-

te, y Bolívar conmutó su sentencia en destierro. Así terminó su carrera este expectable personaje, de incontestable mérito, pero de carácter equívoco. Desde este día Bolívar quedó civil y políticamente muerto y fué una sombra de sí mismo.

Las tropas colombianas sublevadas en el Perú, introdujeron la guerra civil en Guayaquil. La provincia de Pasto volvió á insurreccionarse. El Libertador declaró la guerra al Perú, para someterlo de nuevo, y fué esta la primera guerra entre las repúblicas sudamericanas, provocada por el mismo que les dió la independencia. Los peruanos invadieron Guayaquil. Sucre, al frente de las sólidas tropas colombianas, venció al ejército peruano que le hizo frente en Guayaquil. Bolívar trató con los pastusos en condiciones humillantes, y después de abrir en persona hostilidades sobre Guayaquil, donde perdió sin pelear 3000 hombres en sus pantanos, firmó al fin la paz con el Perú.

X

Durante la guerra con el Perú, y más aun después de terminada, Bolívar consideró perdida la América, desde que no estuviesen todas las repúblicas sometidas á su dominación reguladora. Desde su cuartel general, de Quito, dirigióse oficialmente á su consejo de ministros en Bogotá: "El espantoso cuadro que ofrecen los nuevos Estados americanos, hace prever un porvenir muy funesto, si una nación poderosa no media entre ellos. No queda otro recurso (en el concepto del Libertador), que el que se hable privadamente á los ministros de los Estados Unidos y de Inglaterra, manifestándoles las pocas esperanzas que hay de consolidar los nuevos gobiernos americanos, si un Estado poderoso no in-

terviene en sus diferencias ó toma la América bajo su protección". Los ministros le objetaron que Colombia no tenía personería de los demás Estados americanos para someterlos á la protección de una potencia extranjera y disminuir así los derechos de su soberanía. El Libertador insistió en su idea, recargando las sombras del cuadro: "Desde que las diferentes secciones americanas han ensayado infructuosamente todas las formas de gobierno simples ó mixtas, comprendidas entre la democracia pura y el completo absolutismo; después que los pueblos ineptos para gobernarse á sí mismos, son frecuentemente la presa del primer ambicioso; desde que la desmoralización ha penetrado en el corazón de los ejércitos; y cuando la antigua métropoli hace preparativos para una nueva y fuerte expedición, es inevitable deplorar anticipadamente la suerte del Nuevo Mundo. La América necesita de un regulador, y con tal que su mediación, protección ó influencia, emanen de una nación poderosa del antiguo continente, y ejerza un poder bastante, que en caso de ser desatendida, emplee la fuerza y haga oir la voz del deber, lo demás es cuestión de nombre. El Libertador no se adhiere á la palabra; busca la cosa. Busquemos una tabla de que asirnos, ó resignémonos á naufragar en el diluvio de males que invaden á la desgraciada América".

Antes de emprender su última campaña del sur, el Libertador había manifestado confidencialmente á varios de sus amigos "que Colombia y toda la América española no tenía otros remedio para libertarse de la anarquía que la devoraba, que establecer monarquías constitucionales, y que, si Colombia se decidiera por este sistema de gobierno y llamase á reinar á un príncipe extranjero, él sería el primero que se sometería á su autoridad y lo apoyaría con su influjo". Fué más explícito aún con el

encargado de negocios de la Gran Bretaña, coronel P. Campbell, al que se había dirigido sobre el proyecto de monarquía que se meditaba en Bogotá. Según él, "dadas las muy graves dificultades que había para organizar la república, acaso el único medio sería el establecimiento de la monarquía, llamando á un príncipe extranjero que profesase la religión católica; pero que para esto era necesario poder contar con los auxilios de una gran potencia como la Francia ó la Inglaterra, que defendiese á Colombia de los ataques de las demás repúblicas americanas". El Libertador autorizó á Campbell á hacer el uso que quisiera de la carta.

Con estos antecedentes y afirmado por la declaración hecha á Campbell, el consejo de ministros empezó á trabajar en el sentido de propiciar la idea por medio de la prensa y exploró la opinión de los jefes del ejército, del clero y de los altos dignatarios del Estado, de quienes mereció general aprobación. Páez, que antes había aconsejado al Libertador que se coronase como Napoleón, exigió antes de prestarle su aquiescencia, que Bolívar se pronunciase categóricamente sobre el particular. Mientras tanto, los ministros del Libertador, en vez de negociar sobre la base de un protectorado europeo para toda la América, idea que consideraban, y con razón, no sería discutida por ningún diplomático serio, se consideraron autorizados para abrir una negociación confidencial con el enviado de la Francia, el conde de Bresson, acreditado cerca de la república, que había manifestado en su discurso de recepción, que "los votos de su gobierno eran por el restablecimiento de instituciones libres y fuertes, que dieran á la Europa garantías de que el orden público se conservaría, haciendo un grande elogio de las virtudes cívicas y de los talentos militares y políticos del Libertador". El plan no podía ser más

peregrino. Llevaba el carácter de condicional, sin compromiso formal ulterior hasta que se perfeccionase, cuidando de prevenir que el consejo no contaba con el asentimiento del Libertador, ni era posible que lo diese en los términos en que se había concebido el proyecto, ni consentiría jamás en coronarse rey; pero que podía contarse con la seguridad de que se sometería á la decisión del congreso y aun la apoyaría. En la hipótesis de transformar de este modo la república en una monarquía, Bolívar continuaría mandando la república durante su vida con el título de Libertador, y sólo después de su muerte entraría á reinar el príncipe de algunas de las dinastías de Europa que se eligiese; pero, siendo probable que los Estados Unidos del Norte y las demás repúblicas de la América se alarmaran y pretendiesen turbar el derecho perfecto de Colombia para cambiar su forma de gobierno, la intervención eficaz de la Gran Bretaña y de Francia era una condición indispensable. Los representantes de Inglatera y Francia, Campbell y Bresson, convinieron en todo con los ministros del Libertador (15 de septiembre de 1829). Se expidieron en consecuencia los respectivos despachos é instrucciones á los gobiernos respectivos y á los agentes diplomáticos de Colombia en Europa.

Bolívar, que desde el mes de mayo (1829) estaba instruído por sus ministros de los trabajos que se hacían en favor del plan monárquico, y había sido directamente interpelado, dejó pasar más de tres meses sin contestar. Al fin lo hizo desechando la idea de una monarquía, no por mala en sí, sino por imposible, y reveló por la primera vez lo que llamaba su secreto (3 de septiembre). Este secreto consistía en la disolución de Colombia, separando á Nueva Granada de Venezuela, por no existir conexión entre ambos países, conservándose

la primera íntegra con la anexión de Quito, regido el todo por "el mejor gobierno, que era un presidente vitalicio y un senador hereditario como el que en 1819 había propuesto en Guayana". Protestaba, como de costumbre, que él quería separarse del mando, para ser un mero mediador común entre ámbos Estados.

Apenas trascendió el plan de la monarquía, sublevóse la opinión republicana de Venezuela y Nueva Granada. Atribuyeron al Libertador el intento de coronarse rey, y sus enemigos y aun los sostenedores de su dictadura, se pronunciaron públicamente contra él. Córdoba, el héroe de Ayacucho, que, con látigo en mano había presidido al pronunciamiento de Bogotá contra la convención de Ocaña, se levantó en Antioquía (14 de septiembre). Fué vencido, y cobardemente asesinado á sablazos después de rendido, cubierto de heridas recibidas en el combate. Estas fueron las novedades con que se encontró Bolívar en Popayán, de regreso de la campaña contra Guayaquil, después de ajustar la paz con el Perú. Estaba física y moralmente enfermo; padecía de insomnios, y su carácter se resentía de este estado espasmódico. Su naturaleza estaba gastada, y nadie le daba tres años de vida, que él alargaba hasta seis á lo sumo, con la conciencia de que su carrera estaba terminada, y tristemente. Había perdido la confianza en sí mismo, y sabía que no podía contar ya con el amor de sus conciudadanos. Fué entonces cuando, después de transcuridos seis meses de la iniciativa del proyecto de monarquía, lo condenó abiertamente y reprobó en términos ásperos la conducta de sus ministros y amigos (22 de noviembre). El historiador clásico de Colombia, Restrepo, que era uno de los ministros, admirador de Bolívar hasta después de muerto, ha descrito la escena que tuvo lugar con este motivo en el consejo de gobierno,

con un rasgo á lo Tácito, raro en su estilo seco y descolorido, que ha impreso sobre su frente un tizne, cual sus más encarnizados enemigos no lo han estampado jamás. "Al terminarse la lectura de la nota del Libertador, fué uniforme el sentimiento de los miembros del consejo de ministros—la indignación. Creyéronse sacrificados á la popularidad de Bolívar, y que sin consideración á sus largos y fieles servicios al gobierno de Colombia y á la independencia de su patria, se les había dejado deslizarse por un camino peligroso".

Los ministros renunciaron en masa; pero él no aceptó la renuncia, y les dió una satisfacción amistosa, considerándose moralmente solidario, y delegó en ellos la dictadura, delegación que no fué admitida. Así terminó el sueño monocrático de Bolívar.

XI

Al finalizar el año de 1829, Venezuela consumó su revolución con Páez á la cabeza, y se declaró república independiente, desconociendo la autoridad del Libertador, cuya política estigmatizó amargamente, y decretó su ostracismo. Colombia quedó disuelta. Este fué el golpe de muerte. Bolívar, reducido á la Nueva Granada, donde era un extranjero y un huésped incómodo, convocó el congreso constituyente prometido, que se reunió bajo estos tristes auspicios (20 de enero de 1830).

En el mensaje que el Libertador dirigió al congreso, repitió su acostumbrada renuncia: "Libradme del baldón que me espera si continúo ocupando un destino, que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición. Un nuevo magistrado es ya indispensable para la República. El pueblo quiere saber si dejaré alguna vez de mandarlo. Los Estados

americanos me consideran con cierta inquietud, que puede atraer sobre Colombia males semejantes á los de la guera del Perú. Disponed de la presidencia de la república que abdico en vuestras manos. Desde hoy, no soy más que un ciudadano armado para defender la patria y obedecer al gobierno". Y terminó diciendo: "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido á costa de todos los demás". Aun á este precio, la independencia era ganancia, porque era el bien de los bienes, y el establecimiento de la república democrática, tan embrionaria como fuese, valía todos los sacrificios hechos en su honor. Y aun perdida la última esperanza, tal confesión sólo podía hacerse por un hombre inmaculado en los comunes errores, para señalar el camino de la salvación.

Bolívar, fatigado y desesperanzado, depositó el ejercicio del mando en su consejo de ministros, cerró su secretaría, y se retiró á su pintoresca quinta de Fucha, presente de la munificencia pública, á inmediaciones de Bogotá. Desde ese día no volvió á reasumir el mando. Despidióse anticipadamente de sus compatriotas con palabras de profunda melancolía: "Colombianos: hoy he dejado de mandaros. Veinte años os he servido en calidad de soldado y magistrado. He sido víctima de sospechas ignominiosas, sin que haya podido defenderme la pureza de mis principios. Nunca, os lo juro, ha manchado mi mente la ambición de un reino, que mis enemigos han forjado artificiosamente para perderme en vuestra opinión. Escuchad mi última voz al terminar mi carrera política: os ruego que permanezcáis unidos para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos" (20 de enero de 1830).

En el seno del congreso se formaron dos partidos: uno por la reelección de Bolívar y otro por su se-

paración absoluta de la vida pública. La opinión estaba decididamente contra él, y sólo lo sostenían el pretorianismo y los intereses personales de sus partidarios. García del Río, el consejero de San Martín en sus proyectos de monarquía, y el propagador en la prensa de Bogotá de la misma idea durante las negociaciones de protectorado con Inglaterra, era uno de los jefes del partido de la reelección, y escribía por este tiempo á San Martín: "Estoy tan comprometido por la causa del Libertador y la del orden, que si ésta no triunfa, soy hombre perdido. Dios sabe cómo terminará la revolución de Venezuela: de su desenlace y del de la vida pública de Bolívar pende mi existencia. En todo este año puedo subir al patíbulo ó al ministerio, ser desterrado ó proscripto, ó tener delante de mí un porvenir próspero. No hay medio para mí. En las revoluciones yo creo que es necesario tener banderas fijas: me he alistado en las de Colombia, Bolívar y el orden, y con ellas saldré avante, ó encallaré. El congreso constituyente, del cual soy miembro por Cartagena, terminará sus trabajos en todo abril: será republicana, y aunque no muy buena, lo mejor en las circunstancias actuales. Promulgada que sea, y si Bolívar continúa al frente de los negocios, es probable que la nueva administración sea buena y vigorosa. En este caso se tratará de someter á Venezuela; el resultado de esta tentativa, lo decidirá todo para Colombia, para Bolívar y para mí".

Bolívar se dejó llevar por la corriente que lo arrastraba en el sentido de sus moribundas ambiciones, y no obstante la solemnidad de su anterior renuncia y de su anticipado adiós á los colombianos, pensó reasumir el mando y trabajar decididamente por su reelección. Un motín estalló en la capital á favor de esta idea á los gritos de ¡Viva la religión

y el Libertador como presidente-dictador!, que inmediatamente se apaciguó, sofocado por la opinión. Los diputados reeleccionistas fueron amenazados de muerte por los republicanos liberales. Sus mejores amigos se declararon abiertamente en su contra, temiendo por su suerte y aun por su seguridad personal. "El, en un estado de inanición física y moral—según uno de sus confidentes en esta época,—fluctuaba de un extremo á otro, sin fijarse en ningún punto. La afrenta de presentarse ante el mundo como proscripto, lo entristecía". El gobierno delegado había invitado al congreso á disolverse, por considerar inútiles sus tareas constituyentes en el estado de desorganización del país (abril 15 de 1830). El congreso no se adhirió á esta invitación, que alarmó á Bolívar. Consultó entonces á sus amigos, y todos, unánimemente, fueron de opinión que debía retirarse por siempre de la vida pública. El presidente del consejo, en quien él había delegado el mando, se pronunció en este sentido en su presencia, encabezando una comisión de notables. El Libertador se inmutó y le insinuó que consideraba su opinión sospechosa, como aspirante á sucederle en la presidencia. "¿Cómo quedo yo, exclamó, siendo el ludibrio de mis enemigos, y apareciendo ante el mundo como un proscripto? ¿Por qué el congreso no me admitió mi renuncia desde los primeros días de su instalación, y así habría dejado yo el puesto con lucimiento?" Uno de los presentes le interrumpió, haciéndole sentir que era un extranjero en Nueva Granada, proscripto hasta por su propia patria: "General, en la "Nueva Granada" donde quiera que fijéis vuestra residencia, seréis el oráculo acatado por todos, seréis nuestro Wáshington". El doble ostracismo de Colombia quedó pronunciado. Bolívar se sometió á su destino.

Dictada la nueva constitución, calcada sobre la de Cúcuta, que fué rechazada por Venezuela, el Libertador presentó al congreso su última renuncia, esta vez, en términos nobles y sencillos, que revelaban una convicción impuesta por una triste necesidad: "La patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del país que me dió vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento á la felicidad de mis conciudadanos" (abril 27). Esta vez la renuncia quedó aceptada. Fué nombrado presidente D. Joaquín Mosquera, jefe del partido liberal, que le era opuesto. Su retrato fué despedazado por los liberales. El congreso, empero, le tributó los merecidos homenajes, declarándolo "el primero y mejor ciudadano de Colombia", y le acordó durante su vida una pensión de treinta mil pesos anuales (9 de mayo de 1830). Apenas contaba con medios de subsistencia y no tenía lo suficiente para vivir fuera de su país. Su gran patrimonio se había disipado en el curso de la revolución, sin que él lucrase con los tesoros de que pudo disponer á discreción.

El Libertador del norte Simón Bolívar, que afirmó la emancipación de la América Meridional, entró como el Libertador del sur, José de San Martín, que había preparado su triunfo, en la región de las sombras del ostracismo, crepúsculo y aurora de la inmortalidad de los dos.

CAPITULO LI

EPÍLOGO

Los dos libertadores.—Los dos ostracismos.—Resultados finales.—Juicio póstumo.

I

La posteridad ha pronunciado su juicio definitivo sobre los dos Libertadores de la América Meridional, cuya vida pública, envuelta en el movimiento revolucionario de su tiempo, hemos relatado:—*San Martín* y *Bolívar*.

Los dos fueron grandes en su medida, los más grandes hombres que, después de Wáshington, la América haya producido, dignos de figurar en el panteón universal cómo colaboradores del progreso humano. Los dos cumplieron su misión redentora en el orden de los hechos, dando el uno la primera señal de la guerra continental, cuyo plan concibió, y terminándola gloriosamente el otro. Sin San Martín en el sur del continente, y sin Bolívar en el norte, no se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación de las fuerzas revolucionarias, que dió el triunfo final, ni cómo el uno sin el otro hubiese podido llenar su tarea libertadora. Los dos erraron, empero, como políticos, y quedaron más abajo de la razón pública y aun de los instintos de las masas que removían, y no pudieron ó no supieron dirigir en sus desarrollos orgánicos la revolución

que acaudillaron militarmente. El tiempo, que disipa las falsas glorias y acrecienta las verdaderas, ha borrado las sombras que obscurecieron parcialmente en vida estas personalidades típicas, símbolos de una época, que señalan la aparición de un nuevo mundo republicano, que es el fenómeno político más considerable que haya presenciado el siglo XIX. Sus contornos se destacan netamente en el horizonte de la historia, y han merecido ambos la apoteosis de su posteridad, después de alcanzar su centenario, sometidos á la prueba del tiempo en presencia de su obra.

En el gran drama de la revolución hispanoamericana, que tiene por teatro un vasto territorio igual á la cuarta parte del globo, que se extiende desde el Cabo de Hornos hasta el golfo de Méjico y sobre ambos Océanos, los dos primeros actores, las dos grandes figuras continentales, son las de sus dos libertadores, que, partiendo de extremos opuestos, convergen á un punto céntrico movidos por las fuerzas que organizan y dirigen. Su vida y su obra tienen la unidad de la epopeya de la emancipación de un mundo nuevo, con su genialidad, su acción heroica, su carácter trágico, sus desfallecimientos y sus delirios, y coinciden hasta en su melancólica catástrofe. Roto el destino del uno antes de terminar su obra, y roto el del otro en medio de su apogeo, la revolución sigue su marcha lógica, como en las carreras antiguas, caído el conductor en la arena, el carro triunfador llegaba á la meta, abandonados los corceles á su noble instinto.

Los dos libertadores representaron alternativamente la hegemonía de dos grandes grupos de pueblos que trabajaban en pro de su independencia; pero con diversas tendencias y opuestos objetivos internacionales, aunque con un mismo propósito inmediato.

Tocó á la República Argentina y á Chile, acaudilladas por San Martín, sostener y hacer triunfar la bandera de la insurrección en el sur del continente, y llevar sus armas libertadoras de mar á mar y desde la región templada hasta la línea del Ecuador, juntamente con el Perú. Allí se operó la conjunción de las fuerzas batalladoras de la América del Sur, y allí se abrazaron y se repelieron los dos libertadores. La hegemonía del sur sólo pudo consolidar condicionalmente su propia independencia, dejando incompleta su obra en el Alto y Bajo Perú, aunque contribuyó eficazmente á completar la del norte y hacer posible su dilatación.

Tocó á Colombia, acaudillada por Bolívar, la tarea de hacer triunfar la insurrección en el norte de la América Meridional, libertando á Venezuela y Nueva Granada, y á Quito en unión con las armas peruanoargentinochilenas; afirmar la independencia del Perú y Bolivia, y garantir indirectamente por siempre la de las demás repúblicas de la América del Sur, que se habían libertado por sus propios esfuerzos, y mantenido alzada la bandera de la insurrección cuando estaba abatida en todo el resto de la América, incluso Colombia.

La lógica de la historia se cumplió en los dos libertadores, como caudillos de las dos hegemonías que representaban en acción y en conflicto. San Martín cedió el puesto á Bolívar, entregándole los destinos de la revolución sudamericana, que podía hacer triunfar en las batallas mejor que él. Con su abdicación, dió un alto ejemplo de virtud cívica, pero sobre todo de prudencia y buen sentido, por cuanto era un acto impuesto por el destino á que tuvo la fortaleza de conformarse. Bolívar coronó la obra, y los dos triunfaron en definitiva. San Martín miró sin envidia que Bolívar, con quien compartía la gloria de libertar la mitad de medio

mundo, alcanzase y mereciese la corona del triunfo final, reconociéndose modestamente inferior á él en esfuerzos y hazañas, aunque fuera moral y militarmente más grande, y aun cuando en el orden de los principios elementales corresponda el triunfo póstumo á la hegemonía que representó. La fatalidad los iguala: los dos mueren en el ostracismo.

II

El destino de los emancipadores de acción y pensamiento de la América Meridional es trágico. Los precursores de la revolución en La Paz y Quito. murieron en los cadalsos. Miranda, el gran precursor de la emancipación sudamericana, murió solo y desnudo en un calabozo, entregado á sus enemigos por los suyos. Moreno, el numen de la revolución argentina, que propagó la doctrina de la democracia, murió expatriado en la soledad de los mares. Hidalgo, el caudillo popular de la revolución de Méjico, murió en un patíbulo. Belgrano, el precursor de la independencia argentina, que salvó su revolución en las batallas de Salta y Tucumán, murió en la obscuridad y la miseria, en medio de la guerra civil. O'Higgins, el héroe de Chile, acabó sus días en la proscripción, precedido por Carrera, su rival y su colaborador, á quien la fatalidad arrastró al cadalso en tierra extraña. Itúrbide, el verdadero libertador de Méjico, murió fusilado víctima de su ambición. Carlos Montufar, el jefe de la revolución de Quito, como su compañero Villacencio, promotor de la de Cartagena, fueron ahorcados. Los primeros presidentes de Nueva Granada, que imprimieron carácter á su revolución, Jorge Tadeo Lozano y Camilo Torres, murieron sacrificados por la restauración del terrorismo colonial. Piar, el que

dió la base militar de operaciones á la insurrección colombiana, murió ajusticiado por Bolívar, á quien enseñara el camino de la victoria final. Rivadavia, el genio civil de la América del Sur, que dió la fórmula de sus instituciones representativas, murió en el destierro. Sucre, el vencedor de Ayacucho, fué asesinado alevosamente por los suyos en un camino desierto. Bolívar y San Martín murieron en el ostracismo. El de San Martín fué acto deliberado de su voluntad, aunque impuesto por su destino. El de Bolívar, aunque pronunciado por él mismo al agotarse sus fuerzas vitales, empezó con su apogeo y terminó con su catástrofe.

Los ostracismos de los dos libertadores participan del carácter de sus acciones en la vida contemporánea, y en la prolongación de su influencia póstuma. El del uno es estoico. El del otro es atormentado.

San Martín, después de ver cerrado por siempre el libro de su destino, que creyó entreabierto por un momento al ser llamado al Perú después de su abdicación, pasó desde Mendoza á Buenos Aires, donde fué recibido por el menosprecio y la indiferencia pública. No tenía patria, esposa ni hogar, y el capitán ilustre de tres repúblicas no tenía donde pasar revista en el ejército argentino. Tomó en sus brazos á su hija, huérfana de madre, y se dirigió silenciosamente al destierro (fines de 1823). Allí se encontró frente á frente á la miseria. Los fondos con que contaba en Europa para subsistir, confiados á la fidelidad de un amigo, habían sido jugados por éste en la Bolsa de Londres. De este modo, sus manos quedaron puras del oro que se había aliado al bronce heroico del Libertador.

Cinco años después sintió la necesidad de respirar en el aire de la patria, y regresó á ella con la intención de acabar obscuramente sus días en la

tierra natal. La guerra entre el Brasil y la República Argentina había terminado gloriosamente para ésta. Al llegar á la rada de Buenos Aires, el 12 de febrero de 1829, aniversario de sus gloriosos triunfos de San Lorenzo y Chacabuco, encontró en las puertas de la patria un letrero escrito por manos argentinas, que decía: "Ambigüedades: El general San Martín ha vuelto á su país á los cinco años de ausencia; pero después de haber sabido que se han hecho las paces con el emperador del Brasil". Como se ha dicho, la respuesta de San Martín había sido dada dos mil años antes por la boca de Scipión, insultado por sus compatriotas en el aniversario de una de sus grandes batallas: "En un día como este salvé á Roma. Vamos al templo á dar gracias á los dioses tutelares del Capitolio, para que siempre tenga generales que se me parezcan". Ni dió esta respuesta, ni mandó gravar sobre su sepulcro: "Ingrata patria, no tendrás mis huesos". Volvió al eterno destierro, y dió modesta y generosamente su respuesta desde la tumba: "Deseo que mi corazón descanse en Buenos Aires".

III

Bolívar, despojado del mando supremo, se retiró á inmediaciones de Cartagena, sin conformarse con el poder perdido ni decidirse á abandonar las playas de la patria. Allí supo la muerte de Sucre, que le había escrito dos años antes, que si no se retiraban en tiempo, perderían la cabeza. Estaba moribundo, pero no perdía la esperanza de ser el hombre providencial de Colombia, ya que no había podido serlo de toda la América, según sus designios. Había augurado la anarquía, y ésta se produjo casi inmediatamente. El la vió estallar con complacen-

cia, y la alentó indirectamente con su actitud y sus palabras. Lo agrió más una comunicación del presidente Mosquera, su antiguo amigo, notificándole que Venezuela ponía por condición á la paz con Nueva Granada su alejamiento perpetuo. Entonces exclamó: "¡No me iré deshonrado!"

Los partidarios personales del Libertador propalaban que sólo él podía encadenar las furias de la fuerza armada, y que por esta razón principalmente consideraban necesaria la perpetuación de su influencia. Los hechos parecían darles la razón. Parte de Venezuela y de la Nueva Granada levantó las armas en favor de su dictadura. Quito y Guayaquil siguieron el ejemplo de Venezuela desligándose de Colombia, y formaron un Estado independiente, bajo la denominación de República del Ecuador (mayo 1830). El gobierno de Mosquera fué derribado en Bogotá. La guerra civil se encendió. Los amigos triunfantes en la capital, encabezados por Urdaneta, lo llamaron á ponerse de nuevo al frente de la república, para restablecer la unidad colombiana. Envanecido y agriado, tuvo la debilidad de aceptar. "No debo excusarme de contribuir, contestó á los revolucionarios, en cuanto dependa de mis facultades al restablecimiento del orden, á la reconciliación de los hermanos enemigos, y á recuperar la integridad nacional. Para lograr tan vastos fines, ofrezco á la patria todos los sacrificios de que soy capaz. Desde luego me pondré en marcha para la capital á reiterar mis protestas solemnes de obedecer las leyes del país y las autoridades legalmente constituídas".

La muerte lo salvó del oprobio de dar pábulo á la guerra intestina de Nueva Granada, y á la guerra de carácter internacional con Venezuela y el Ecuador. Su ambición moribunda connaturalizada con su ser, lo llevaba fatalmente, ó á subir de nuevo al

poder levantado por las bandas pretorianas que él había hecho prevalecer sobre las instituciones, enajenándose la confianza y la estimación públicas, ó á ser vencido otra vez por las fuerzas morales de la opinión y la acción irresistible de los pueblos por él violentados. Agravada su enfermedad, se retiró á Santa Marta, buscando las brisas vivificantes de la mar. Trasladado á la quinta de San Pedro de Alejandría, á 10 kilómetros de la ciudad, empezó allí su agonía. Sus últimas palabras fueron consignadas por escrito, en una alocución al pueblo de Colombia, dictada por él, que fué leída al tiempo de recibir la Eucaristía: "Mis votos son por la felicidad de mi patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro". El Libertador, que escuchaba la lectura, sentado en una butaca, agregó con voz ronca: "Sí, al sepulcro... Es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... ¡pero les perdono! Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos". Fueron las últimas palabras acordes que de él se recuerdan. Expiró el 17 de diciembre de 1831, á la 1 de la tarde, á la edad de 47 años, cuatro meses y veintitrés días. Murió con la espada victoriosa de Colombia rota en sus manos, y Santa Marta presenció más tarde su apoteosis póstuma.

IV

Un año después de expirar Bolívar en Santa Marta, fué atacado San Martín por el cólera, que por aquel tiempo asoló la Europa (octubre de 1832). Vivía en el campo con su hija y sólo contaba con los pobres recursos que le había proporcionado la venta de la casa donada por el congreso argentino por la victoria de Maipú. Su destino, según sus

propias palabras, era ir á morir en un hospital. Un antiguo compañero de armas suyo en la guerra de la Península, un español, el opulento banquero Aguado, vino en su auxilio y le salvó la vida, sacándolo de la miseria. Le hizo adquirir la pequeña residencia de campo de Grand Bourg, á orillas del Sena, á inmediaciones del olmo que, según tradición, plantaron los soldados de Enrique IV que sitiaban á París. Allí, en una sencilla habitación rodeada de árboles y flores, en que abundaban las plantas americanas, que él mismo cultivaba, vivió largos años, triste y concentrado, pero sereno, llevando el peso de su ostracismo voluntario, quejoso á veces de la ingratitud de los hombres y deplorando la triste suerte de los pueblos por cuya independencia tanto había trabajado, aunque sin desesperar de sus destinos. Sólo una vez se reanimó su antiguo entusiasmo, y fué cuando, por un estrecho criterio que estaba en su naturaleza y en sus antecedentes históricos, creyó ver amenazada la independencia y el honor de su patria por las cuestiones de la Francia y la Inglaterra con el tirano Rosas (1845-1849), manifestando con la autoridad de su nombre y de su experiencia militar, que la América era inconquistable por la Europa. Sus instintos de criollo despertaban. Consecuente con este modo de ver, legó al tirano de su patria: "El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sur—son las palabras de su testamento,—como prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que el general Rosas ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla". En presencia de la muerte, como en el curso de su carrera heroica, él no veía ni quería comprender otra cosa que la independencia, que fué la pasión de su vida, á la que

lo sacrificaba todo,no obstante condenar los actos crueles del tirano á quien honraba más allá de sus días. No es posible salir inmaculado en la lucha de la vida, y es desgracia de los grandes hombres sobrevivir á su época, cuando no tienen una misión que llenar en la tierra, y cuando, sin la noción de la vida contemporánea, su alma no se agita al soplo de las pasiones que la rodean.

Al fin llegó el término de su trabajada existencia. La muerte empezó por los ojos. La catarata, esa mortaja de la visión, empezó á tejer su tela fúnebre. Cuando el famoso oculista Sichel le prohibió la lectura—otra de sus pasiones,—su alma se sumergió en la obscuridad de una profunda tristeza. La muerte asestó el último golpe al centro del organismo. La aneurisma que llevó siempre latente en su seno, amortiguó las palpitaciones de su gran corazón. Trasladóse á Boulogne-sur-Mer, en busca, como Bolívar, de las brisas vivificantes de la mar, y allí tuvo la conciencia de su próximo fin. El 13 de agosto, hallándose de pie en la playa del canal de la Mancha, con la vista apagada perdida en el nebuloso horizonte, sintió el primer síntoma mortal. Llevó la mano al corazón, y dijo con una pálida sonrisa, á su hija que le acompañaba como una Antígona: "C'est l'orage qui mène au port!" El 17 de agosto de 1850, empezó su agonía. "Esta es la fatiga de la muerte", exclamó, y expiró en brazos de la hija de su amor, á las 3 de la tarde, á la edad de 72 años y seis meses, para renacer á la vida de la inmortalidad. Chile y la República Argentina le levantaron estatuas. El Perú le debe todavía la que le decretó. La nación argentina, unida y constituída, según sus votos, repatrió sus restos mortales, celebró su apoteosis, y le erigió su monumento fúnebre en la Catedral de su metrópoli, como al más grande de sus trascendentales hombres de acción consciente.

V

Hemos dicho que en el orden definitivo de las cosas, el triunfo final de los principios elementales de la revolución sudamericana corresponde á San Martín, aunque la gloria de Bolívar sea mayor; porque, si el uno es más colosal y llena mejor su misión activa de libertador, el otro es moral, militar y políticamente más grande y equilibrado, por su carácter, por su ciencia y conciencia, y por los resultados ulteriores que responden á su iniciativa.

En la vida pública de San Martín y Bolívar se combinan y se distribuyen desigualmente los dos elementos de que se compone la historia: uno activo y presente, que forma la masa de los hechos; otro pasivo y trascendental, que constituye la vida futura. De estos dos elementos surge uno nuevo, que se combina con ambos, y es la impresión en las almas contemporáneas y la influencia en la posteridad, que viven como idea abstracta ó como efectos de causa anterior, cuyas vibraciones armónicas se prolongan en el tiempo. Bolívar representó una de estas fases, y San Martín la otra. La obra política de Bolívar en el orden nacional é internacional ha muerto con él, y sólo queda su heroica epopeya libertadora al través del continente por él hecho independiente. La obra de San Martín le ha sobrevivido, y la América del Sur se ha organizado según las previsiones de su genio concreto, dentro de las líneas geográficas trazadas por su espada.

La revolución sudamericana, como queda indicado, está representada durante la lucha de la independencia, por dos hegemonías políticomilitares: la argentina primero, que asume el carácter de chi-

lenoargentinoperuana después, acaudillada por San Martín; y la hegemonía guerrera de Colombia, acaudillada por Bolívar.

La República Argentina, al dar la señal de la guerra ofensiva en 1817 y reconquistar á Chile, impuso á su general por regla de conducta infundir á los pueblos libertados por sus armas, que "ninguna idea de opresión ó conquista, ni intento de conservar la posesión del país auxiliado, la llevaba fuera de su territorio, y que la consolidación de la independencia y de la gloria de las Provincias Unidas del Sur eran los únicos móviles á que debía atribuirse el impulso de la campaña" (véase cap. XIII, párrafo VII). Libertado Chile por las armas argentinas, celebróse una alianza sobre la base de su recíproca independencia, á fin de garantir la de las demás secciones americanas, y llevar adelante su plan de propaganda armada con arreglo á un nuevo derecho internacional, que sólo admitía por excepción las intervenciones contra el enemigo común en nombre de la solidaridad de destinos, repudiando las conquistas y las anexiones como hechos perturbadores del equilibrio futuro; y como consecuencia de estos principios fundamentales, la formación del mapa político de la América Meridional, con sus fronteras definidas por la tradición histórica, sin violar los particularismos nacionales. Su fin era la emancipación con todas sus consecuencias lógicas y necesarias de hecho y de derecho, libertando pueblos para entregarles sus propios destinos, y determinar así la regla según la cual las nuevas nacionalidades debían constituirse en lo futuro en obediencia á su espontaneidad. Este programa, cumplido en todas sus partes, da la clave para explicar el movimiento alternado y progresivo de la revolución sudamericana en su desarrollo gradual y en sus resultados ulteriores y finales. Se-

gún él, se organizan las Provincias Unidas del Río de la Plata dentro de sus propios elementos coherentes; reasume Chile su soberanía y se declara la independencia del Perú bajo los auspicios de la hegemonía argentinochilena. El mapa político del sur de la América Meridional queda trazado. Esta es la obra que representa San Martín como libertador, y esta obra es el equilibrio internacional sudamericano, que la Europa no ha encontrado todavía.

La hegemonía colombiana, más guerrera que política, obedece á otros principios y á otros propósitos. Bajo la mano poderosa de Bolívar se condensa la revolución del norte de la América Meridional; los particularismos violentados se confunden, las fronteras se borran, y Venezuela, Nueva Granada y Quito, forman un gigantesco cuerpo de nación, poderoso como máquina de guerra, pero débil por su falta de cohesión geográfica y social. Este es el tipo de la política colombianoboliviana; libertadora, conquistadora y absorbente. Bolívar liberta al Perú; pero lo convierte en nación parásita de Colombia: liberta al Alto Perú, y lo convierte en feudo de su personalidad. Pretende unificar artificiosamente los nuevos Estados autonómicos, fundando un imperio monocrático con presidencias vitalicias, en oposición á las leyes naturales y en pugna con el nuevo derecho de gentes inaugurado por la hegemonía argentina, y al reaccionar contra las mismas tendencias de la revolución, quiere hacerla retrogradar al régimen colonial en lo administrativo é imponer en el orden del derecho público instituciones que repugnan á la índole democrática de los pueblos.

Las dos políticas de estas dos hegemonías constituyen el último nudo internacional de la revolución sudamericana. En el choque de estas dos políticas

continentales prevalece por sí mismo el principio superior á que obedecen los acontecimientos por gravitación natural. Militarmente operan su conjunción en el Ecuador, y sus armas se combinan para dar los golpes finales al enemigo común, en Quito y el Perú. En el Perú se opera su divorcio. En Bolivia se encuentran frente á frente. La República Argentina cede de sus derechos históricos y reconoce la independencia del Alto Perú, fiel á sus principios proclamados. Declara al mismo tiempo al Libertador, que pretende llevar sus armas hasta el Paraguay para someterlo, que el principio tradicional de su política respecto de las diversas secciones americanas se fundaba en la regla de no hacer entrar ningún territorio por la fuerza en la asociación nacional, ni intervenir en su orden interno.

En este contacto y en este choque la política boliviana se gasta y es vencida. El Perú se emancipa de su tutela y Bolivia se subleva contra su dominación, reasumiendo la integridad de su soberanía. Colombia se disuelve en manos de su creador. Venezuela, Nueva Granada y Quito, se convierten en repúblicas independientes, obedeciendo á la ley orgánica de su naturaleza. Toda la América queda definitivamente organizada en el orden interno y en el orden internacional según el plan geográfico y político de la hegemonía argentinochilenoperuana, representada por San Martín. La gloria de Bolívar es imperecedera, y su acción como libertador más decisiva en su tiempo; pero su obra política muere con él, y no le sobreviven ni sus designios, ni sus tendencias, ni sus ideales, porque estaban en pugna con las leyes naturales y perturbaban el dinamismo vital de las nuevas sociabilidades sudamericanas. La obra de San Martín le sobrevive en sus efectos

inmediatos y en sus resultados ulteriores, y con ella, la acción eficiente á que responde como libertador del sur del continente.

VI

Los hombres de acción ó de pensamiento, que, como San Martín, realizan grandes cosas, son almas apasionadas que elevan sus pasiones á la potencia del genio y las convierten en fuerzas para obrar sobre los acontecimientos, dirigirlos ó servirlos. Ellos marcan las pulsaciones intensas de una época, de las que se deduce una ley positiva, reveladora de las leyes morales en actividad, y de percusión de las ideas circulantes en la corriente humana. Manifestaciones de una vida múltiple y de una potencia individual, condensadores ó generadores del movimiento fecundo, obran sobre su tiempo como una acción eficiente ó se lanzan en las corrientes permanentes, y de este modo su influencia se prolonga en los venideros como hecho durable ó como pensamiento trascendental.

Así como cada pueblo tiene un rasgo principal, del que todos los demás se derivan, y como las partes componentes del pensamiento se deducen de una cualidad original, así también en los hombres que condensan las pasiones activas de su época, todos sus rasgos y cualidades se derivan y deducen de un sentimiento fundamental, motor de todas sus acciones. En San Martín, el rasgo primordial, el sentimiento generador de que se derivan y deducen las cualidades que constituyen su ser moral, es el genio del desinterés, de que es la mal alta expresión en la revolución sudamericana, ya sea que medite en su limitada esfera intelectual, luche, destruya, edifique, según sus alcances; mande, obedezca, ab-

dique y se condene al eterno silencio y al eterno ostracismo.

Según este criterio y esta síntesis, puede formularse su juicio póstumo, sin exagerar su severa figura histórica, reducida á sus proporciones naturales, ni dar á su genio concreto, de concepciones limitadas, un carácter místico, al reconocer que pocas veces la intervención de un hombre fué más decisiva que la suya en los destinos de un pueblo, explicando á la vez la aparente contradicción y fluctuación de sus ideas y principios guiadores en medio de la lucha, por la inflexible lógica del hombre de acción en presencia del pasado y del presente, bajo la luz en que le vieron los contemporáneos y lo contemplarán los venideros. Como lo hemos dicho ya, la grandeza de los que alcanzan la inmortalidad, no se mide tanto por la magnitud de su figura ni la potencia de sus facultades, cuanto por la acción que su memoria ejerce sobre la conciencia humana, haciéndola vibrar de generación en generación en nombre de una pasión, de una idea, de un resultado ó de un sentimiento trascendental. La de San Martín pertenece á este número. Es una acción y un resultado que se dilata en la vida y en la conciencia colectiva, más por virtud intrínseca que por cualidades inherentes al hombre que las simboliza; más por la fuerza de las cosas que por la potencia del genio individual.

San Martín concibió grandes planes políticos y militares, que al principio parecieron una locura, y luego se convirtieron en conciencia que él convirtió en hecho. Tuvo la primera intuición del camino de la victoria continental, no para satisfacer designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana con el menor esfuerzo posible. Organizó ejércitos poderosos, que pesaron con sus bayonetas en las balanzas del destino, no á la sombra de la bandera

pretoriana, ni del pendón personal, sino bajo las austeras leyes de la disciplina, inoculándoles una pasión que los dotó de un alma. Tuvo el instinto de la moderación y del desinterés, y antepuso siempre el bien público al interés personal. Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que vivieran y se perpetuaran por sí, según su genialidad libre. Mandó, no por ambición, y solamente mientras consideró que el poder era un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto. Fué conquistador y libertador, sin fatigar á los pueblos por él redimidos de la esclavitud, con su ambición ó su orgullo. Abdicó conscientemente el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, si no de su poder, sin debilidad, sin cansancio y sin enojo, cuando comprendió que su tarea había terminado, y que otro podía continuarla con más provecho para la América. Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje á sus principios morales y en holocausto á su causa. Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y fué pensando en los demás. Pasó sus últimos años en la soledad con estoica resignación, y murió sin quejas cobardes en los labios, sin odios amargos en el corazón, viendo triunfante su obra y deprimida su gloria. Salvador de la independencia de su patria en momentos en que la República Argentina vacilaba sobre sus cimientos, fundó dos repúblicas más, y cooperó directamente á la emancipación de la América del Sur. Es el primer capitán del Nuevo Mundo, y el único que haya suministrado lecciones y ejemplos á la estrategia moderna, en un teatro nuevo de guerra, con combinaciones originales inspiradas sobre el terreno, al través de un vasto continente, marcando su itinerario

militar con triunfos matemáticos y con la creación de nuevas naciones que le han sobrevivido.

El carácter de San Martín es uno de aquellos que se imponen a la historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se transmite á su posteridad como hombre de acción consciente. El germen de una idea por él incubada, que brota de las entrañas de la tierra nativa, se deposita en su alma, y es el campeón de esa idea. Como general de la hegemonía argentina primero, y de la chilenoargentina después, es el heraldo de los principios fundamentales que han dado su constitución internacional á la América, cohesión á sus partes componentes, y equilibrio á sus Estados independientes. Con todas sus deficiencias intelectuales y sus errores políticos, con su genio limitado y meramente concreto; con su escuela militar más metódica que inspirada, y á pesar de sus desfallecimientos en el curso de su trabajada vida, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sudamericana. Fiel á la máxima que regló su vida: "Fué lo que debía ser", y antes que ser lo que no debía, prefirió: "No ser nada". Por eso vivirá en la inmortalidad.

FIN

ÍNDICE DEL SEXTO Y ÚLTIMO TOMO

CAPITULO XLIV

La guerra de Quito.—Bomboná y Pichincha.

1821 - 1822

CAPITULO XLV

Guayaquil.

1822

CAPITULO XLVI

La entrevista de Guayaquil.

1822

CAPITULO XLVIII

Torata y Moquegua.—Zepita.—Primer ensayo de gobierno nacional del Perú.

1822 - 1823

VOLÚMENES PUBLICADOS

1º **Tres novelas picarescas,** de Hurtado de Mendoza, Cervantes y Quevedo.
2º **Los Primeros Hombres en la Luna,** por H. G. Wells.
3º **La Niña Menor,** por André Theuriet, de la Academia Francesa.
4º **Aguas Primaverales,** por Iván Turgueneff.
5º **La Vida de las Abejas,** por Mauricio Mæterlinck.
6º **Serias y Humorísticas,** por B. Mitre y Vedia.
7º **Nativos,** por Santiago Maciel.
8º **La Maestrita de los Obreros,** por E. de Amicis.
9º **El Vellocino de Oro,** T. Gautier.
10. **El Fantasma,** por Pablo Bourget.
11. **El Doctor Antonio,** Ruffini, t. I.
12. **El Doctor Antonio,** Ruffini, t. II.
13. **Inocencia,** por el Vizconde D'Escragnolle Taunay.
14. **La Eva Futura,** por Villiers de l'Isle Adam.
15. **Una Familia Corsa y Una Aventura de Amor:** dos novelas de A. Dumas padre.
16. **Bug Jargal,** por Víctor Hugo.
17. **Magdalena,** por Julio Sandeau.
18. **Cien Años Después ó El Año 2000,** por E. Bellamy.
19. **El Sombrero de Tres Picos y El Capitán Veneno,** dos novelas de P. A. de Alarcón.
20. **Arengas de Bartolomé Mitre,** tomo primero.
21. **Espasmo,** por Federico de Roberto.
22. **Arengas de B. Mitre,** tomo II.
23. **Un Viaje de Novios,** por Emilia Pardo Bazán.
24. **Arengas de B. Mitre,** tomo III.
25. **Adela y Matilde ó Los cinco últimos años de la dominación española en el Perú,** por el coronel D. R. S.
26. **Las Campanas y Casa Desalquilada,** por Charles Dickens.
27. **Ella,** por H. Rider Haggard.
28. **Historia de Belgrano,** por B. Mitre, tomo primero.
29. **Los Archivos de Guibray,** por Mauricio Montegut.
30. **Historia de Belgrano,** por B. Mitre, tomo segundo.
31. **Las Alas de Ícaro,** C. de Bernard.
32. **Historia de Belgrano,** por B. Mitre, tomo tercero.
33. **La novela de un joven pobre,** por Octavio Feuillet.
34. **Historia de Belgrano,** por B. Mitre, tomo cuarto.
35. **El Corazón de Luisa,** por Enrique Gréville.
36. **Roger Laroque,** Julio Mary, t. I.
37. **Roger Laroque,** Julio Mary, t. II.
38. **El Conde de Monte Cristo,** por A. Dumas, tomo primero.
39. **El Sabueso de los Baskerville,** por Arturo Conan Doyle.
40. **El Conde de Monte Cristo,** t. II.
41. **Cuentos fant. de Hoffmann.**
42. **El Conde de Monte Cristo,** t. III.
43. **Aventuras Caballerescas,** por Constant Guéroult.
44. **El Conde de Monte Cristo,** t. IV.
45. **El Conde de Monte Cristo,** t. V.
46. **Mi Tío y mi Cura,** J. de la Brète.
47. **Una historia de los tiempos venideros,** por H. G. Wells.
48. **Feliz Hogar,** por Marcel Prévost.
49. **Bocetos californianos,** por Francisco Bret Harte.
50. **Incertidumbre,** por H. L. N.
51. **Eugenia Grandet,** H. de Balzac.
52. **Marianela,** por B. Pérez Galdós.
53. **Mi Prima Nicolasa,** M. Alanic.
54. **El Pescador de Islandia,** P. Loti.
55. **Atala—René—El último Abencerraje,** por el Vizconde de Chateaubriand.
56. **El Libro de Navidad.**
57. **El Abate Constantin,** L. Halévy.
58. **El Prisionero de Santa Elena,** por Gérard Beauregard.
59. **María,** por Jorge Isaacs.
60. **Cartas de mi Molino,** A. Daudet.
61. **Amor de Otoño,** por A. Theuriet.
62. **El Sitio de Sebastopol,** por el Conde León Tolstoi.
63. **Insolación,** Emilia Pardo Bazán.
64. **Historias Extraordinarias,** por Edgardo Allan Poe.
65. **Graziella,** por A. de Lamartine.
66. **Los Tres Mosqueteros,** Alejandro Dumas, tomo primero.
67. **Tres Años de Guerra,** por el general C. de Wet, tomo primero.
68. **Los Tres Mosqueteros,** Alejandro Dumas, tomo segundo.
69. **Tres Años de Guerra,** por el general C. de Wet, tomo segundo.
70. **Los Tres Mosqueteros,** Alejandro Dumas, tomo tercero.
71. **La Gran Aldea,** Lucio V. López.
72. **El Atentado Slughine,** por Hugues Le Roux.
73. **Colomba. Carmen,** P. Merimée.
74. **Mi Conciencia vestida de rosa,** por Guy de Chantepleure.
75. **Sor Juana de la Cruz,** M. Serao.
76. **Facundo,** D. F. Sarmiento.
77. **Noventa y Tres,** V. Hugo, t. I.
78. íd. íd. íd. t. II.
79. **El Vicario de Wakefield,** por Oliverio Goldsmith.
80. **El Deseo,** por H. Sudermann.
81. **Misterio ....,** por Hugh Conway.
82. **Iskander—Popanilla,** B. Disraeli.
83. **Historia de San Martín,** por B. Mitre, tomo primero.
84. **Anita,** por Eduardo Rod.
85. **Historia de San Martín,** tomo II.
86. **Tolla,** por Edmundo About.
87. **Historia de San Martín,** tomo III.
88. **Último Pensamiento,** P. Maël.
89. **Historia de San Martín,** tomo IV.
90. **Historia de una Capinera,** José Verga, y **Enriqueta,** F. Coppée.
91. **Historia de San Martín,** tomo V.
92. **La Novela de una Momia,** Teófilo Gautier.
93. **Historia de San Martín,** tomo VI.

EDICIONES AGOTADAS (3)

A la rústica, 1, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 23, 25, 26, 27, 33, 35, 36, 41, 46, 48, 50, 51, 52, 54, 56, 58, 59, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 68, 71 y 76.